

AGATHA CHRISTIE

Srta. MARPLE

Y

13 PROBLEMAS



SRTA. MARPLE Y TRECE PROBLEMAS

Título original:

MISS MARPLE AND THE THIRTEEN PROBLEMS

© 1928, 1929, 1930 by Agatha Christie

Traducción de

C. PERAIRE DEL MOLINO

© EDITORIAL MOLINO

Apartado de Correos 25

Calabria, 166 - 08015 Barcelona

Depósito Legal: B. 37247/89

ISBN: 84-272-0164-8

Impreso en España

Printed in Spain

Impreso en Litografía Rosés, S.A. - Cobalto, 7-9 - 08004 BARCELONA

PREFACIO

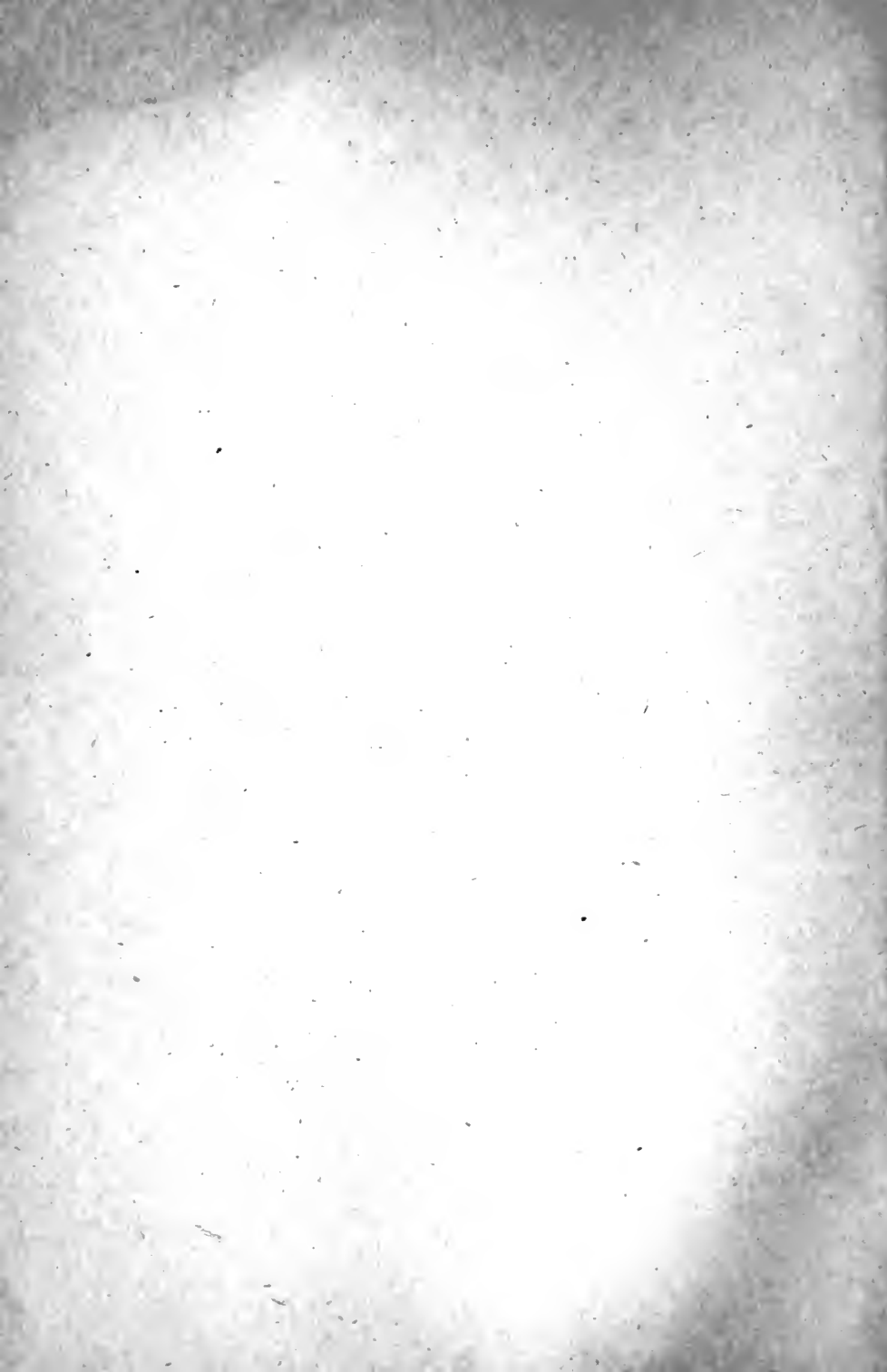
Estas historias fueron la primera introducción de la señorita Marple al mundo de los lectores de relatos policíacos. La señorita Marple tiene una ligera semejanza con mi propia abuelita, es también una anciana blanca y sonrosada, quien, a pesar de haber llevado una vida muy retirada, siempre ha demostrado tener gran conocimiento de la depravación humana. Uno se sentía terriblemente ingenuo y crédulo ante sus observaciones: «Pero ¿tú crees eso que te dicen? No debieras hacerlo. ¡Yo nunca creo nada!»

Yo disfruto escribiendo las historias de la señorita Marple; siento un profundo afecto por mi dulce anciana. Esperaba que fuese un éxito... y lo fue. Después de las seis primeras historias publicadas, me fueron solicitadas otras seis. La señorita Marple había venido para quedarse.

Ha aparecido ya en varios libros y también en una comedia... y actualmente rivaliza en popularidad con Hércules Poirot. Recibo un buen número de cartas; unas dicen: «Desearía que siempre presentara a la señorita Marple y no a Poirot», y otras: «Ojalá que su protagonista fuera siempre Poirot y no la señorita Marple.» Yo siento predilección por ella. Creo que lo suyo son historias cortas, le van mejor a su estilo. Poirot, en cambio, necesita todo un libro para desplegar su talento.

Considero que estos Trece Problemas contienen la auténtica esencia de la señorita Marple para aquellos que gustan de ella.

LA AUTORA



CAPÍTULO PRIMERO

EL CLUB DE LOS MARTES

MISTERIOS insolubles.

Raymond West, lanzando una bocanada de humo, repitió las palabras con una especie de placer deliberado.

—Misterios insolubles.

Y miró satisfecho a su alrededor. La habitación era amplia, con vigas oscuras cruzando el techo y buenos muebles. De ahí la mirada aprobadora de Raymond West. Era escritor y le gustaban los ambientes inspiradores y perfectos. La casa de su tía Jane siempre le había parecido el marco adecuado para su personalidad, y miró más allá del salón. La señorita Marple vestía un traje de brocado negro de cuerpo muy ajustado con un pechero de encaje blanco de Manila formando cascada. Llevaba puestos mitones también de encajes y un gorrito de puntilla negra recogía sus sedosos cabellos blancos. Estaba tejiendo... algo blanco y suave y sus ojos azul claro, amables y benevolentes, contemplaron con placer a su sobrino e invitado. Primero descansaron en el propio Raymond, tan satisfecho de sí mismo; luego en Joyce Lemprière, la artista, de espesos cabellos negros y extraños ojos verdosos, y en sir Henry Clithering, el gran hombre de mundo. Había otras dos personas más en la habitación: el doctor Pender, el anciano clérigo de la Parroquia, y el señor Petherick, abogado, un enjuto hombrecillo que usaba lentes aunque miraba por encima y no a través de sus cristales. La señorita

Marple dedicó un momento de atención a cada una de estas personas y luego volvió a su labor con una dulce sonrisa en los labios.

El señor Petherick lanzó una tosecilla seca que siempre anticipaba a sus comentarios.

—¿Qué es lo que has dicho, Raymond? ¿Misterios insolubles? Ah... ¿y a qué viene eso?

—A nada —replicó Joyce Lemprière—. A Raymond le agrada el sonido de esas palabras y por eso las pronuncia en voz alta.

Raymond West le dirigió una mirada de reproche que le hizo echar la cabeza hacia atrás, soltando una carcajada.

—Es un embustero, ¿verdad, señorita Marple? —preguntó Joyce—. Estoy segura de que usted lo sabe.

La señorita Marple sonrió amablemente, pero nada dijo.

—La vida misma es un misterio insoluble —sentenció el clérigo en tono grave.

Raymond se irguió en su silla para arrojar su cigarrillo al fuego con ademán impulsivo.

—No es eso lo que he querido decir. No hablaba de filosofía —dijo—. Pensaba sólo en meros hechos prosaicos y sencillos, cosas que han sucedido y que nadie ha sabido explicarse nunca.

—Sé a lo que te refieres, querido —repuso la señorita Marple—. Por ejemplo, la señorita Carruthers tuvo una experiencia muy extraña ayer por la mañana. Compró medio kilo de camarones en la tienda de Elliot. Luego fue a un par de tiendas más y cuando llegó a su casa descubrió que no tenía los camarones. Volvió a los dos establecimientos que visitara pero los camarones habían desaparecido. A mí eso me parece muy curioso.

—Una historia bien extraña —dijo sir Henry en tono grave.

—Claro que existen toda clase de posibles explicaciones —replicó la señorita Marple con las mejillas sonrosadas por la excitación—. Por ejemplo, cualquiera pudo...

—Mi querida tía —la interrumpió Raymond West con

cierto regocijo—. No me refiero a esa clase de incidentes pueblerinos. Pensaba en crímenes y desapariciones... de esa clase de cosas de las que podría hablarnos sir Henry si quisiera.

—Pero yo nunca hablo de mi trabajo —repuso sir Henry con modestia—. No, nunca hablo de mi trabajo.

Sir Henry Clithering había sido últimamente comisario de Scotland Yard.

—Supongo que habrá muchos crímenes y otros delitos que la policía nunca logra esclarecer —dijo Joyce Lemprière.

—Creo que es un hecho admitido —dijo el señor Petherick.

—Me pregunto qué cerebro es el mejor para desentrañar un misterio —dijo Raymond West—. Siempre he creído que el policía o el detective deben tropezar con su falta de imaginación.

—Esa es la opinión de los profanos —replicó sir Henry en tono seco.

—En realidad necesitan ayuda —dijo Joyce con una sonrisa—. Para psicología e imaginación acuda al escritor...

Y dedicó una irónica inclinación de cabeza a Raymond, que permaneció serio.

—El arte de escribir proporciona la percepción del interior de la naturaleza humana —agregó en tono grave—. Y tal vez el escritor ve motivos que pasarían por alto a una persona vulgar.

—Sé, querido —intervino la señorita Marple—, que tus libros son muy interesantes. Pero, ¿tú crees que la gente es en realidad tan desagradable como tú la pintas?

—Mi querida tía —repuso Raymond en tono amable—, conserva tus creencias, y no permita el cielo que yo las destruya en ningún sentido.

—Quiero decir —continuó la señorita Marple frunciendo un poco el ceño al contar los puntos de su labor—, que a mí muchas personas no me parecen ni buenas ni malas, sino sencillamente tontas.

El señor Petherick volvió a lanzar su tosecilla seca.

—¿No te parece, Raymond —dijo—, que das demasiada importancia a la imaginación? La imaginación es algo muy peligroso y los abogados lo sabemos demasiado bien. Ser capaz de examinar las pruebas con imparcialidad, y considerar los hechos sólo como factores... me parece el único método lógico de llegar a la verdad. Y debo añadir que por experiencia sé que es el único que da resultado.

—¡Bah! —exclamó Joyce echando hacia atrás sus cabellos negros—. Apuesto a que podría ganarles a todos en este juego. No soy sólo mujer... y digan lo que digan, las mujeres poseemos una intuición que les ha sido negada a los hombres..., sino además artista. Veo cosas que ustedes ni ven. Y también como artista he tropezado con toda clase de personas. Conozco la vida como no es posible que la haya conocido la señorita Marple.

—No sé, querida —replicó la señorita Marple—. Algunas veces, en los pueblos ocurren cosas muy dolorosas y terribles.

—¿Puedo hablar? —preguntó el doctor Pender con una sonrisa—. No se me oculta que hoy en día está de moda desacreditar al clero, pero oímos cosas que nos hacen conocer un lado del carácter humano que es un libro cerrado para el mundo exterior.

—Bueno —dijo Joyce—, me parece que formamos una bonita reunión representativa. ¿Qué les parece si formásemos un club? ¿Qué día es hoy? ¿Martes? Le llamaremos el Club de los Martes. Nos reuniremos cada semana y cada uno de nosotros por turno deberá exponer un problema... algún misterio que conozca personalmente y del que, desde luego, sepa la solución. En realidad tendríamos que ser seis.

—Te has olvidado de mí, querida —dijo la señorita Marple con una sonrisa radiante.

Joyce quedó ligeramente sorprendida pero se rehízo a toda prisa.

—Sería magnífico, señorita Marple —le dijo—. No creí que le gustaría participar en esto.

—Creo que será muy interesante —replicó la señorita

Marple—, especialmente estando presentes tantos caballeros inteligentes. Me temo que yo no soy muy lista, pero el haber vivido todos estos años en Saint Mary Mead me ha hecho comprender el interior de la naturaleza humana.

—Estoy seguro de que su cooperación será muy valiosa —dijo sir Henry con toda cortesía.

—¿Quién empezará?

—Supongo que no existe la menor duda en cuanto a eso —replicó el doctor Pender—, ya que tenemos la gran fortuna de contar entre nosotros a un hombre tan distinguido como sir Henry...

El aludido guardó silencio unos instantes, y al fin, con un suspiro y cruzando las piernas, comenzó:

—Me resulta un poco difícil ceñirme al tema que ustedes desean, pero creo conocer un ejemplo que llena las condiciones requeridas. Es posible que hayan leído algún comentario acerca de este caso en los periódicos del año pasado. Entonces se dejó a un lado como un misterio insoluble, pero como suele suceder, la solución llegó a mis manos no hace muchos días. Los hechos son bien sencillos. Tres personas se reunieron para cenar, entre otras cosas, langosta en lata. Poco después, los tres se sintieron indispuestos y se llamó apresuradamente a un médico. Dos de ellos se restablecieron y el tercero falleció.

—¡Ah! —dijo Raymond en tono aprobador.

—Como digo, los hechos fueron muy sencillos. Su muerte fue atribuida a envenenamiento por alimentos en mal estado, se extendió el certificado correspondiente y la víctima fue enterrada. Mas las cosas no pararon ahí.

La señorita Marple hizo un gesto de asentimiento.

—Supongo que surgirían las habladurías, como suele ocurrir —dijo.

—Y ahora debo describirles a los actores de este pequeño drama. Llamaré al marido y la esposa, el señor y la señora Jones, y a la señorita de compañía de la esposa, señorita Clark. El señor Jones era viajante de una casa de productos químicos. Un hombre atractivo, aunque ordinario y jovial, de unos cuarenta años. Su esposa era una mu-

jer bastante vulgar, de unos cuarenta y cinco años, y la señorita Clark una mujer de sesenta, robusta y alegre de rostro rubicundo y resplandeciente. De ninguno de ellos podemos decir que resultara muy interesante.

»Ahora bien, las complicaciones comenzaron de modo muy curioso. El señor Jones había pasado la noche anterior en un hotelito de Birmingham y dio la casualidad de que aquel día habían cambiado el secante, que por lo tanto estaba nuevo; y la camarera, que al parecer no tenía otra cosa mejor que hacer, se entretuvo en colocarlo ante un espejo después de que el señor Jones escribiera unas cartas. Pocos días más tarde, al aparecer en los periódicos la noticia de la muerte de la señora Jones de resultas de haber ingerido langosta en malas condiciones, la doncella hizo partícipes a sus compañeros de trabajo de lo que había averiguado por medio del papel secante, en el cual leyó estas palabras: «Depende enteramente de mi esposa... cuando haya muerto yo haré... cientos de miles...»

»Recordarán ustedes que no hace mucho tiempo hubo un caso en que la esposa fue envenenada por su marido. No se necesitó mucho más para exaltar la imaginación de la camarera del hotel. ¡El señor Jones había planeado deshacerse de su esposa para heredar cientos de miles de libras! Por casualidad, una de las doncellas tenía unos parientes en la pequeña población donde residían los Jones. Les escribió pidiendo informes y ellos contestaron que el señor Jones, al parecer, se había mostrado muy atento con la hija del médico de la localidad, que era una hermosa joven de treinta y tres años, y empezó a surgir el escándalo. Se solicitó una revisión del caso y en Scotland Yard se recibieron numerosas cartas anónimas acusando al señor Jones de haber envenenado a su esposa. Debo confesar que ni por un momento sospechamos que se tratase de algo más que las habladerías y chismorreos del pueblo. Sin embargo, para tranquilizar la opinión pública se concedió la orden de exhumación del cadáver. Fue uno de esos casos de superstición popular basada en nada sólido y que resulta justificada. La diligencia dio como resultado el ha-

llazgo de arsénico suficiente para dejar bien sentado que la difunta señora había muerto envenenada por esta droga. Y Scotland Yard, junto con las autoridades locales, tuvo que probar cómo le había sido administrada y por quién.

—¡Ah! —exclamó Joyce—. Me gusta. Esto es verdadera materia prima.

—Naturalmente, las sospechas recayeron en el marido. Él se beneficiaba de la muerte de su esposa. No con los cientos de miles que románticamente imaginaba la doncella del hotel, pero sí con la fuerte suma de ocho mil libras. Él no tenía dinero propio aparte de lo que ganaba, y era un hombre de costumbres un tanto extravagantes y que gustaba de frecuentar el trato de mujeres. Investigamos con toda la delicadeza posible sus relaciones con la hija del médico, pero aunque al parecer hubo una buena amistad entre ellos en cierto tiempo, habían roto bruscamente unos dos meses antes, y desde entonces no se volvió a verles juntos. El propio médico, un anciano de tipo íntegro y nada sospechoso, quedó aturdido por el resultado de la autopsia. Le habían llamado a eso de medianoche para atender a los tres intoxicados. En el acto comprendió la gravedad de la señora Jones y envió a buscar a su dispensario unas píldoras de opio para calmar sus dolores. No obstante, a pesar de sus esfuerzos, falleció, pero ni por un momento pudo sospechar que se trataba de algo anormal. Estaba convencido de que su muerte fue debida a una fuerte intoxicación. La cena de aquella noche había consistido en langosta de lata y ensalada principalmente y pan y queso. Por desgracia no quedaron restos de la langosta... la comieron toda y tiraron la lata. Interrogó a la camarera, Gladys Linch, que estaba llorosa y muy agitada y a cada momento se apartaba de la cuestión, pero declaró una y otra vez que la lata no estaba dilatada y que la langosta le había parecido en magníficas condiciones comestibles.

»Éstos fueron los hechos en los que debíamos basarnos. Si Jones había administrado arsénico a su esposa, parece evidente que no pudo hacerlo con los alimentos que toma-

ron en la cena, puesto que las tres personas comieron lo mismo. Y también... otro punto... el propio Jones había regresado de Birmingham en el preciso momento en que la cena era servida, de modo que no tuvo oportunidad de alterar ninguno de los alimentos de antemano.

—¿Y qué me dice de la señorita de compañía de la esposa? —preguntó Joyce—. De la mujer robusta de rostro alegre.

Sir Henry asintió.

—No nos olvidamos de la señorita Clark, se lo aseguro. Pero nos parecieron dudosos los motivos que pudiera haber tenido para cometer el crimen. La señora Jones no le dejó nada en absoluto, y como resultado de su muerte tuvo que buscarse otra colocación.

—Eso parece eliminarla —replicó Joyce.

—Uno de mis inspectores pronto descubrió un dato muy significativo —prosiguió sir Henry—. Aquella noche, después de cenar, el señor Jones bajó a la cocina y pidió un tazón de harina de maíz diciendo que su esposa no se encontraba bien. Esperó en la cocina hasta que Gladys Lynch lo hubo preparado y luego él mismo fue a llevarlo a la habitación de su esposa. Esto, admito, pareció ser el cierre del caso.

El abogado asintió.

—Motivo —dijo uniendo las puntas de sus dedos—. Oportunidad... y como viajante de una casa de productos químicos pudo conseguir el veneno fácilmente.

—Y era un hombre de moral un tanto débil —agregó el clérigo.

Raymond West miraba fijamente a sir Henry.

—Debe de haber algún impedimento —dijo—. ¿Por qué no le detuvieron?

Sir Henry sonrió sin ganas.

—Esa es la parte desgraciada de este asunto. Hasta aquí todo había ido sobre ruedas, pero luego tropezamos con dificultades. Jones no fue detenido, porque al interrogar a la señorita Clark nos dijo que el tazón de harina de maíz no se lo tomó la señora Jones como tenía por costumbre;

la encontró sentada en la cama y a su lado estaba el tazón de harina de maíz.

»—No me encuentro nada bien, Milly —le dijo—. Me está bien empleado por comer langosta de noche. Le he pedido a Alberto que me trajera un tazón de harina de maíz, pero ahora no me veo con ánimos para tomarlo.

»—Es una lástima —comentó la señorita Clark—, está muy bien hecho, sin grumos; Gladys es realmente una buena cocinera. Hoy en día hay muy pocas chicas que sepan preparar la harina de maíz como es debido. Si quiere puedo tomármelo yo, tengo apetito.

»—Creí que continuabas con tus tonterías —le dijo la señora Jones.

—Debo explicar —aclaró sir Henry— que la señorita Clark, alarmada por su constante aumento de peso, estaba siguiendo lo que vulgarmente se conoce por «dieta».

»—No te conviene, Milly, de veras —le dijo la señora Jones—. Si Dios te ha hecho robusta, tienes que serlo. Tómame esa harina de maíz, que te sentará de primera.

»Y acto seguido la señorita Clark acabó con el tazón de harina. De modo que ya ven ustedes, de este modo se vino abajo nuestra acusación contra el marido. Le pedimos una explicación de sus palabras que aparecieron en el papel secante y nos la dio en seguida. La carta, explicó, era la respuesta a una que le escribiera su hermano desde Australia pidiéndole dinero. Y él le contestó diciendo que dependía enteramente de su esposa, y que hasta que ella muriera no podría disponer de dinero. Lamentaba su imposibilidad de ayudarle de momento, pero haciéndole observar que en el mundo existen cientos de miles de personas que pasan los mismos apuros.

—Y por eso la solución del caso se vino abajo —dijo el doctor Pender.

—Y por eso la solución del caso se vino abajo —repitió sir Henry en tono grave—. No podíamos correr el riesgo de detener a Jones sin tener en qué apoyarnos.

Hubo un silencio y al cabo dijo Joyce:

—Eso es todo, ¿no es cierto?

—Así quedó el caso durante todo el año pasado. La verdadera solución está ahora en manos de Scotland Yard y probablemente dentro de dos o tres días podrán leerla en los periódicos.

—La verdadera solución —exclamó Joyce pensativa—. Quisiera saber... Pensemos todos por espacio de cinco minutos y luego hablaremos.

Raymond West hizo un gesto de asentimiento al tiempo que consultaba su reloj. Cuando hubieron transcurrido los cinco minutos miró al doctor Pender.

—¿Quiere ser usted el primero en hablar? —le preguntó. El anciano meneó la cabeza.

—Confieso —dijo— que estoy completamente despistado. No puedo dejar de pensar que el esposo tiene que ser la parte culpable de alguna manera, mas no me es posible imaginar cómo lo hizo; sólo sugerir que debió administrarle el veneno por algún medio que aún no ha sido descubierto, aunque en este caso no comprendo cómo no se ha averiguado todavía.

—¿Joyce?

—¡La señorita de compañía de la esposa! —contestó Joyce decidida—. ¡Desde luego! ¿Qué motivos pudo tener? El que fuese vieja y gorda no quiere decir que no estuviera enamorada de Jones. Podía odiar a la esposa por cualquier otra razón. Piensen lo que representa ser un acompañante... teniendo que mostrarse amable, estar de acuerdo siempre y someterse en todo. Un día, no pudiendo resistirlo más, se decide a matarla. Probablemente puso el arsénico en el tazón de harina de maíz y toda esa historia de que lo comió será mentira. mentira.

—¿El señor Petherick?

El abogado unió las yemas de sus dedos con aire profesional.

—Apenas tengo nada que decir. Basándome en los hechos no sabría qué opinar.

—Pero tiene que hacerlo, señor Petherick —dijo la joven—. No puede reservarse su opinión. Tiene que participar en el juego.

—Considerando los hechos —dijo el señor Petherick—, no hay nada que decir. En mi opinión particular y habiendo visto demasiados casos de esta clase, creo que el esposo es culpable. La única explicación es que la señorita Clark le encubrió por alguna razón deliberada. Pudo haber algún arreglo económico entre ellos. Es posible que él viera que iba a resultar sospechoso, y ella, viendo ante sí un futuro lleno de pobreza, tal vez se avino a contar la historia de haberse tomado la harina de maíz a cambio de una suma importante. Si éste es el caso, desde luego es de lo más irregular.

—No estoy de acuerdo con ninguno de ustedes —dijo Raymond—. Han olvidado ustedes un factor muy importante de este caso. *La hija del médico*. Voy a darles mi visión del caso. La langosta estaba en malas condiciones, de ahí los síntomas de envenenamiento. Se manda llamar al doctor, que encuentra a la señora Jones, que ha comido más langosta que los demás, presa de grandes dolores y manda a buscar opio como nos dijo. No va él en persona, sino que envía a buscarlo. ¿Quién entrega los comprimidos al mensajero? Sin duda su hija. Está enamorada de Jones y en aquel momento se alzan todos los malos instintos de su naturaleza haciéndole comprender que tiene en sus manos el medio de conseguir su libertad. Los comprimidos que envía contienen arsénico blanco. Ésta es mi solución.

—Y ahora díganos la suya, sir Henry —exclamó Joyce con ansiedad.

—Un momento —dijo sir Henry—. Todavía no ha hablado la señorita Marple.

La señorita Marple tan sólo meneaba la cabeza tristemente.

—Vaya, vaya —dijo—; se me ha escapado otro punto. Estaba tan interesada escuchando la historia... Un caso triste, sí, muy triste. Me recuerda al viejo Hargraves, que vivía en el Mount. Su esposa nunca tuvo la menor sospecha hasta que al morir dejó todo su dinero a una mujer con la que había estado viviendo, de la que tenía cinco hijos y que en un tiempo había sido su doncella. Era una

chica tan agradable, decía siempre la señora Hargraves; de la que podía confiar que, daba la vuelta a los colchones cada día... excepto los viernes, por supuesto. Y ahí tienen al viejo Hargraves, que puso una casa a esa mujer en la población vecina y continuó siendo sacristán y pasando la bandeja cada domingo.

—Mi querida tía Jane —dijo Raymond con cierta impaciencia—. ¿Qué tiene que ver el desaparecido Hargraves con este caso?

—Esta historia me lo recordó en seguida —dijo la señorita Marple—. Los hechos son tan parecidos, ¿no es cierto? Supongo que la pobre chica ha confesado ya y por eso sabe usted la solución, sir Henry.

—¿Qué chica? —preguntó Raymond—. Mi querida tía, ¿de qué estás hablando?

—De esa pobre chica Gladys Lynch, por supuesto... la que se puso tan nerviosa cuando habló con el doctor... y bien podía estarlo la pobrecilla. Espero que ahorquen al malvado de Jones por haber convertido en una asesina a esa pobre muchacha. Supongo que a ella también la ahorcarán, pobrecilla.

—Creo, señorita Marple, que sufre usted un ligero error —comenzó a decir el señor Petherick entre titubeos.

Pero la señorita Marple, meneando la cabeza con obstinación, miró de hito en hito a sir Henry.

—Estoy en lo cierto, ¿no? Lo veo muy claro. Los cientos de miles... la crema aromatizada... quiero decir que no puede pasarse por alto.

—¿Qué es eso de la crema y de los cientos de miles? —exclamó Raymond.

Su tía volvióse hacia él.

—Las cocineras casi siempre ponen «cientos de miles» en la crema, querido —le dijo—. Son esos azucarillos rosa y blancos. Desde luego, cuando oí que había tomado crema para cenar y que el marido se había referido en una carta a cientos de miles, relacioné ambas cosas. Ahí es donde estaba el arsénico, en los cientos de miles. Se lo entregó a la muchacha y le dijo que lo pusiera en la crema.

—¡Pero eso es imposible! —replicó Joyce vivamente—. Todos la tomaron.

—¡Oh, no! —dijo la señorita Marple—. Recuerde que la compañera de la señora Jones estaba haciendo régimen para adelgazar, y en esos casos nunca se come crema; y supongo que Jones se limitaría a separar los «cientos de miles» de su parte poniéndolos a un lado de su plato. Fue una idea inteligente, aunque malvada.

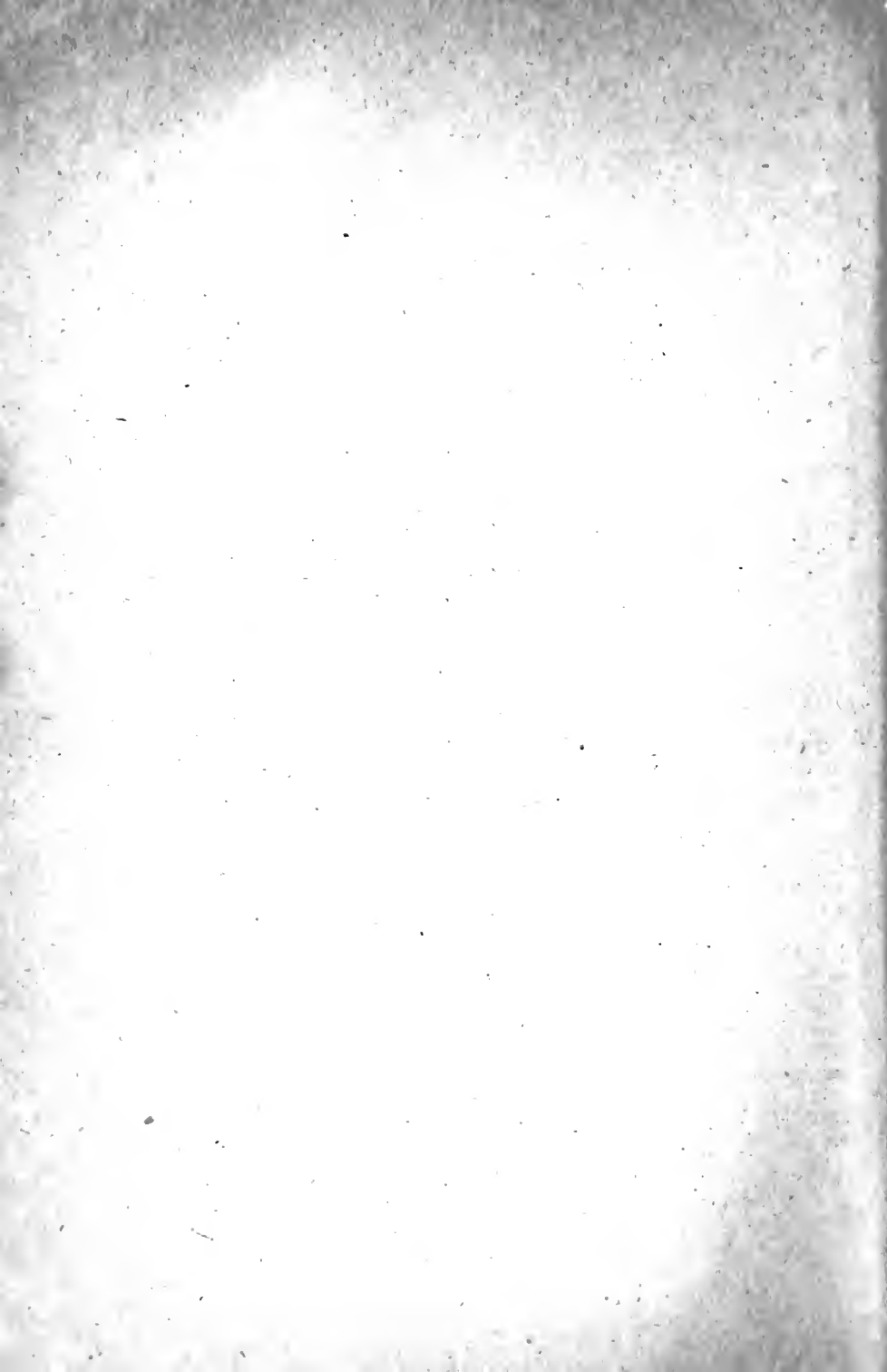
Los ojos de todos estaban fijos en sir Henry.

—Es curioso —dijo despacio—, pero da la casualidad de que la señorita Marple ha hallado la solución. Jones había seducido a Gladys Linch, como se dice vulgarmente, y ella estaba desesperada. Él deseaba librarse de su esposa y prometió a Gladys casarse con ella cuando su mujer muriese. Le entregó los «cientos de miles» envenenados con instrucciones para su uso. Gladys Linch falleció hace una semana. Su hijo murió al nacer y Jones la había abandonado por otra mujer. Cuando agonizaba confesó la verdad.

Hubo varios momentos de silencio y luego dijo Raymond:

—Bueno, tía Jane, tú has ganado. No comprendo cómo has adivinado la verdad. Nunca hubiera pensado que la cocinera pudiera tener nada que ver en el caso.

—No, querido —replicó la señorita Marple—; pero tú no conoces la vida tanto como yo. Un hombre del tipo de Jones rudo y jovial. Tan pronto como supe que había una chica bonita en la casa me convencí de que no la dejaría en paz. Todo esto son cosas muy penosas y no muy agradables... No puedes imaginarte el golpe que fue para la señora Hargraves y la sorpresa que causó en el pueblo.



CAPÍTULO II

LA CASA DEL ÍDOLO DE ASTARTE

Y AHORA doctor Pender, ¿qué va usted a contarnos? El anciano sonrió amablemente.
—Mi vida ha transcurrido en lugares tranquilos —dijo—. Y de muy pocos acontecimientos curiosos he sido testigo. No obstante, en cierta ocasión, cuando era joven, tuve una extraña y trágica experiencia.

—¡Ah! —exclamó Joyce con aire alentador.

—Nunca logré olvidarla —continuó el clérigo—. Entonces me causó profunda impresión y ahora, con un ligero esfuerzo de mi memoria, puedo sentir de nuevo todo el horror y la angustia de aquel terrible momento en que vi caer muerto a un hombre al parecer sin causa aparente.

—Me pone usted en aprensión, Pender —se lamentó sir Henry.

—También yo la tuve —replicó el otro—. Desde entonces nunca más he reído de las personas que emplean la palabra «atmósfera». Hay ciertos lugares saturados de buenos o malos influjos que dejan sentir sus efectos.

—Esa casa, «Los Alces», es uno de ellos —observó la señorita Marple—. El viejo señor Smither perdió todo su dinero y tuvo que abandonarla; luego la alquilaron los Carlslake y Johnny se cayó por la escalera, rompiéndose una pierna y la señora Carlslake se vio obligada a marchar al sur de Francia para reponerse. Ahora la tienen los Burden y he oído decir que el pobre señor Burden tendrá que ser operado inmediatamente.

—Existen demasiadas supersticiones con respecto a estos asuntos —dijo el señor Petherick—. Ocasionan muchos daños a las propiedades los rumores tontos que circulan impunemente.

—Yo he conocido un par de «fantasmas» que poseían una robusta personalidad —comentó sir Henry con una risita.

—Creo —dijo Raymond— que debiéramos dejar al doctor Pender que continuara su historia.

Joyce se puso en pie para apagar las dos lámparas, dejando la habitación iluminada solamente por el resplandor de las llamas.

—Hay que crear el ambiente —dijo—. Ahora podemos continuar.

El doctor Pender le dirigió una sonrisa y reclinándose en su butaca, y tras quitarse los lentes, comenzó su relato con voz suave y evocadora.

—Ignoro si alguno de ustedes conocerá Dartmoor. El lugar de que les hablo se halla situado cerca de los límites de Dartmoor. Era una preciosa finca, aunque estuvo varios años en venta sin encontrar comprador. Su situación tal vez resultara algo apartada en invierno, pero la vista era magnífica y sus características ciertamente curiosas y originales. Fue adquirida por un hombre llamado Haydon... Sir Richard Haydon. Yo le había conocido en sus tiempos escolares y aunque le perdí de vista durante algunos años, seguíamos manteniendo nuestros lazos de amistad, y acepté con agrado su invitación para ir al Bosque Silencioso, como se llamaba su nueva propiedad.

»La reunión no fue muy numerosa. Estaba el propio Richard Haydon, su primo Elliot Haydon... una tal lady Mannering con su hija, una joven pálida llamada Violeta. El capitán Rogers con su esposa, gente madura y buenos jinetes que sólo vivían para los caballos y la caza. Había también en la casa un joven; el doctor Symonds, y la señorita Diana Ashley. Yo sabía algo de esta última. Su fotografía aparecía a menudo en las revistas de sociedad y era una de las bellezas conocidas de la temporada. Desde

luego su aspecto resultaba atrayente. Era morena y alta, con un hermoso cutis de tono ambarino y sus ojos oscuros y rasgados le daban una picaresca expresión oriental. Poseía además una maravillosa voz profunda y musical.

»Vi en seguida que mi amigo Richard Haydon estaba muy interesado por la muchacha, y supuse que aquella reunión había sido dispuesta únicamente por ella. De sus sentimientos no estaba tan seguro. Era caprichosa al prodigar sus favores. Un día hablaba con Richard como si los demás no existiéramos y al día siguiente el favorito era su primo Elliot y no se acordaba siquiera de la existencia de Richard, y más tarde dedicaba sus más seductoras sonrisas al tranquilo y retraído doctor Symonds.

»A la mañana siguiente después de mi llegada, nuestro anfitrión nos mostró todo el lugar. La casa estaba sólidamente construida con granito de Devonshire, capaz de resistir al tiempo y sus inclemencias. Desde sus ventanas se divisaba el panorama del Moor y las vastas cordilleras.

En las laderas de las más cercanas a nosotros había varios restos de dólmenes, reliquias de los remotos días de la Edad de Piedra. En otra colina veíase un túmulo recientemente excavado y en el que fueron encontrados diversos útiles de bronce. Haydon se interesaba por las antigüedades y nos hablaba con gran entusiasmo de aquel lugar que, según nos explicó, era particularmente rico en reliquias del pasado. Se habían encontrado restos del período neolítico, de los druidas y romanos, e incluso indicios de los primeros fenicios.

»—Pero este lugar es el más interesante de todos —nos dijo—. Ya conocéis su nombre, el Bosque Silencioso. Bien, no es difícil comprender por qué se llama así.

»Y extendió su mano. Aquella parte era bastante descarnada... rocas, brezos, helechos..., pero a unos cien metros de la casa había una magnífica y espesa arboleda.

»—Es la reliquia de los tiempos pasados —dijo Haydon—. Los árboles han ido muriendo pero han sido replantados, y en conjunto se ha conservado tal como estaba... tal vez en tiempos de los fenicios. Vengan a verlo.

»Todos le seguimos. Al entrar en el bosquecillo me invadió una curiosa opresión. Creo que fue el silencio. Ningún pájaro parecía anidar en aquellos árboles y daba una sensación desolada y de terror. Vi que Haydon me contemplaba con una extraña sonrisa.

—¿No le causa una extraña sensación este lugar, Pender? —me preguntó—. ¿De hostilidad? ¿O de intranquilidad?

—No me gusta —repliqué tranquilamente.

—Está en su derecho. Este lugar fue la plaza fuerte de uno de los antiguos enemigos de la fe. Éste es el Bosque de Astarté.

—Astarté, Istharr, Ashtoreth, o como quiera llamarla.

—¿Astarté?

—Yo prefiero el nombre fenicio de Astarté. Creo que se conoce otro Bosque de Astarté en este país... al norte. No tengo pruebas, pero me gusta pensar que el de aquí es el auténtico. Y ahí, en el centro de ese espeso círculo de árboles, se llevaban a cabo los ritos sagrados.

—Ritos sagrados —murmuró Diana Ashley con mirada soñadora—. Quisiera saber cómo serían.

—Nada recomendables —dijo el capitán Rogers con una risa suave e intencionada—. Imagino que serían bastante fuertes.

»Haydon no le prestó atención.

—En el centro del Bosque debía de haber un templo —dijo—. No es que haya encontrado ninguno, pero me he dejado llevar un poco de mi imaginación.

»En aquellos momentos habíamos penetrado en el centro de la arboleda donde se elevaba una especie de glorieta de piedra. Diana Ashley miró interrogadoramente a Haydon.

—Yo la llamo la Casa del Ídolo —dijo éste—. Es la Casa del Ídolo de Astarté.

Y avanzó hacia ella. En su interior, sobre un tosco pilar de ébano, reposaba una curiosa imagen representando una mujer con cuernos en forma de media luna y sentada sobre un león.

»—Astarté de los fenicios —dijo Haydon—. La diosa de la Luna.

»—¡La diosa de la Luna! —exclamó Diana—. Oh, organicemos una fiesta pagana para esta noche... Nos disfrazaremos y vendremos aquí a medianoche para celebrar los ritos de Astarté.

»Hizo un gesto repentino y Elliot Haydon, el primo de Richard Haydon, volvióse rápidamente hacia mí.

»—A usted le desagrada todo esto, ¿verdad, Pender? —me dijo.

»—Sí —repliqué en tono grave—. Me disgusta.

»Me miró con extrañeza.

»—Pero si es una broma. Dick no puede pensar seriamente que éste sea un bosque sagrado. Sólo es producto de su fantasía. Le gusta jugar con la idea.

»—Sólo sé esto —dije pensativo—. Por lo general no soy un hombre sensible a la atmósfera, pero desde que he penetrado en este círculo de árboles, siento la extraña sensación de que estoy rodeado por todas partes del mal y de la amenaza.

»Miró intranquilo por encima de su hombro.

»—Sí —dijo—, es... curioso de todos modos. Sé lo que usted quiere decir, pero supongo que será sólo su imaginación lo que le produce esa sensación. ¿Qué dice a esto, Symonds?

»El doctor guardó silencio unos momentos antes de replicar con calma:

»—No me gusta esto y no sé decirles por qué. Pero sea por lo que fuese no me agrada.

»En aquel momento se acercó a mí Violeta Mannering.

»—Aborrezco este lugar —exclamó—. Lo aborrezco. Salgamos de aquí.

»Echamos a andar y los demás siguieron. Sólo Diana Ashley se resistía a marchar. Volví la cabeza y pude verla ante la casa del ídolo contemplando fijamente la imagen.

»El día era magnífico y caluroso, y la idea de Diana Ashley de celebrar una fiesta de trajes aquella noche fue recibida con entusiasmo general. Hubo el acostumbrado secre-

to entre risitas, se llevaron a cabo los preparativos, y cuando hicimos nuestra aparición a la hora de la cena no faltaron exclamaciones de alegría. Rogers y su esposa iban disfrazados de hombres del período neolítico, lo cual explicaba la repentina desaparición de ciertas alfombras. Richard Haydon representaba un marino fenicio, y su primo a un capitán de bandidos; el doctor Symonds se vistió de cocinero, lady Mannering de enfermera y su hija de esclava circasiana. Diana Ashley bajó la última y quedamos algo decepcionados al verla aparecer envuelta en un *dominó* negro.

»—Lo Desconocido —declaró con aire alegre—, eso es lo que soy. Y ahora, por lo que más quieras, vayamos a cenar.

»Después de cenar salimos al exterior. Hacía una noche deliciosa y cálida y estaba empezando a salir la luna.

»Estuvimos paseando de un lado a otro y charlando, y el tiempo pasó muy de prisa. Debíó ser cosa de una hora más tarde cuando nos dimos cuenta de que Diana Ashley no estaba con nosotros.

»—Seguro que no se ha ido a la cama —dijo Richard Haydon.

»Violeta Mannering meneó la cabeza.

»—Oh, no —dijo—. La vi marchar en esa dirección hará cosa de un cuarto de hora. —Y al hablar señaló el bosquecillo de árboles que se alzaban negros y sombríos a la luz de la luna.

»—Quisiera saber qué es lo que se propone —dijo Richard Haydon—. Alguna diablura, seguro. Vayamos a ver.

»Avanzamos en pelotón intrigados por ver qué era lo que tramaba la señorita Ashley. No obstante, yo sentía una extraña repugnancia a penetrar en el oscuro cinturón de árboles. Algo más fuerte que mi voluntad parecía retenerme, impidiéndome entrar, y sentí más que nunca el maleficio de aquel lugar. Creo que algunos de los otros experimentaron las mismas sensaciones que yo, aunque no hubieran querido admitirlo por nada del mundo. Los árboles estaban tan juntos que no dejaban penetrar la luz de la luna y a nuestro alrededor se oían docenas de ruidos,

susurros y suspiros. Era un ambiente que imponía y, de común acuerdo, todos nos mantuvimos agrupados.

»De pronto llegamos al claro del centro de la arboleda y quedamos como clavados en el suelo, ya que en el umbral de la Casa del Idolo se alzaba una figura resplandeciente, envuelta en una vestidura de gasa muy sutil y con dos cuernos en forma de media luna surgiendo de entre su oscura cabellera.

»—¡Cielo santo! —exclamó Richard Haydon mientras su frente se perlaba de sudor.

»Pero Violeta Mannering fue más aguda.

»—¡Vaya, si es Diana! —observó—. ¿Y qué ha hecho? ¡Oh, no sé lo que es, pero está muy cambiada!

»La figura del umbral elevó sus manos y dando un paso hacia delante en voz alta y dulce recitó:

»—Soy la sacerdotisa de Astarté. Cuidado con acercaros a mí porque llevo la muerte en mi mano.

»—No hagas eso, querida —protestó lady Mannering—. Nos estás poniendo nerviosos de veras.

»Haydon avanzó hacia ella.

»—¡Dios mío, Diana! —exclamó—. Estás maravillosa.

»Mis ojos se habían acostumbrado ya a la luz de la luna y podía ver con más claridad. Desde luego, como dijera Violeta, Diana estaba muy cambiada. Su rostro tenía una expresión mucho más oriental, sus ojos rasgados un brillo cruel, y sus labios la sonrisa más extraña que viera en mi vida.

»—¡Cuidado! —exclamó—. No os aproximéis a la diosa. Si alguien pone la mano sobre mí, morirá.

»—Eres maravillosa, Diana —dijo Haydon—; pero ahora ya basta. No sé por qué..., pero esto no me gusta en absoluto.

»Iba avanzando sobre la hierba y ella extendió una mano hacia él.

»—Detente —gritó—. Un paso más y te aniquilaré con la magia de Astarté.

»Richard Haydon se echó a reír apresurando el paso y entonces ocurrió algo muy curioso. Vaciló un momento,

tuvimos la sensación de que tropezaba y cayó al suelo cuan largo era.

»No se levantó, sino que permaneció tendido en el lugar donde cayera.

»De pronto Diana comenzó a reír histéricamente. Fue un sonido extraño y horrible que rompió el silencio del claro.

»Elliot se adelantó lanzando una exclamación de disgusto.

»—No puedo soportarlo —exclamó—. Levántate, Dick, levántate, hombre.

»Pero Richard Haydon seguía inmóvil sobre la tupida hierba. Elliot Haydon llegó hasta él y arrodillándose a su lado le dio la vuelta, e inclinándose escudriñó su rostro.

»Luego se puso bruscamente en pie tambaleándose.

»—Doctor —dijo—, doctor venga, por amor de Dios. Yo... creo que está muerto.

»Symonds corrió hacia el caído y Elliot se vino hacia nosotros con paso lento y mirando sus manos de un modo que no supe comprender.

»En aquel momento Diana lanzó un grito salvaje.

»—Le he matado —gritó—. ¡Oh, Dios mío! No quise hacerlo, pero le he matado.

»Y cayó desvanecida sobre la hierba.

»La señora Rogers lanzó un grito.

»—Salgamos de este horrible lugar —gimió—. Aquí puede ocurrirnos cualquier cosa. ¡Oh, es espantoso!

»Elliot me cogió por un hombro.

»—No es posible —murmuró—. Le digo que *no es posible*. Un hombre no puede ser asesinado así. Va... va contra la naturaleza.

»Traté de calmarle.

»—Existe alguna explicación —repuse—. Su primo puede haber tenido un fallo repentino del corazón. La sorpresa y la excitación.

»Me interrumpió.

»—Usted no lo comprende —dijo extendiendo sus ma-

nos para que yo las viera. Observé en ellas una mancha roja.

»—Dick no ha muerto del corazón, sino apuñalado... apuñalado en mitad del corazón, y *fíjese: no hay arma alguna.*

»Le miré con incredulidad. En aquel momento Symonds acababa de examinar el cadáver y se aproximó a nosotros, pálido y temblando de pies a cabeza.

»—¿Es que estamos todos locos? —dijo—. ¿Qué tiene este lugar... para que sucedan en él cosas semejantes?

»—Entonces es cierto —dije yo.

»Asintió.

»—La herida es igual a la que hubiera producido una daga larga y fina, pero... aquí no hay daga alguna.

»Nos miramos unos a otros.

»—Pero tiene que estar aquí —exclamó Elliot Haydon—. Debe haberse caído. Tiene que estar por el suelo. Busquémosla.

»Todos nos pusimos a buscar, en vano. Violeta Mannering exclamó de pronto:

»—Diana llevaba algo en la mano. Una especie de daga. Yo la vi claramente. Vi cómo brillaba cuando le amenazó.

»Elliot Haydon meneó la cabeza.

»—Él no llegó siquiera a tres metros de distancia de ella —objetó.

»Larry Mannering se había inclinado sobre la muchacha tendida en el suelo.

»—Ahora no tiene nada en la mano —anunció—, y no veo nada por el suelo. ¿Estás segura de que la viste, Violeta? Yo no lo recuerdo.

»El doctor Symonds se acercó a la joven.

»—Debemos llevarla a la casa —dijo—. Rogers, ¿quiere ayudarme?

»Entre los dos llevaremos a la muchacha de nuevo a la casa, y luego regresaremos en busca del cadáver de sir Richard.

El doctor Pender se interrumpió mirando a su alrededor.

—Ahora sabemos más cosas —dijo—, debido a la afición que existe por las novelas policíacas. Cualquier vendedor de periódicos sabe que un cadáver debe ser dejado donde se encuentra. Pero en aquellos días no teníamos estos conocimientos, y de común acuerdo llevamos el cuerpo de Richard Haydon a su dormitorio de la casa cuadrada de granito y enviamos al mayordomo para que fuese a buscar a la policía montando en su bicicleta... un paseo de unas doce millas.

»Fue entonces cuando Elliot Haydon me llevó aparte.

»—Escuche —me dijo—. Voy a volver al bosquecillo. Hay que encontrar el arma.

»—Si la hubo —dije en tono dudoso.

»Cogiéndome por un brazo me sacudió con fiereza.

»—Se le ha metido la idea supersticiosa en la cabeza. Usted cree que esta muerte ha sido sobrenatural; pues bien, yo voy a volver al bosquecillo para averiguarlo.

»Hice lo posible por disuadirle, pero sin resultado. Sólo imaginar aquel círculo de árboles me resultaba aborrecible y sentí el fuerte presentimiento de que se avecinaba otro desastre. Pero Elliot estaba decidido. Creo que también asustado, aunque no quería admitirlo. Se marchó determinado a dar con la solución del misterio.

»Fue una noche horrible; nadie pudo conciliar el sueño, ni intentarlo siquiera. La policía, cuando llegó se mostró francamente incrédula ante el relato de lo ocurrido. Manifestaron el deseo de interrogar a la señorita Ashley, pero tuvieron que desistir, puesto que el doctor Symonds se opuso rotundamente. La señorita Ashley había vuelto en sí después de su desmayo o trance y le había dado una droga para dormir, por lo que no debía ser molestada hasta el día siguiente.

»Hasta las siete de la mañana nadie pensó en Elliot Haydon, en el momento en que Symonds preguntó de pronto dónde estaba. Yo expliqué lo que Elliot había hecho y el rostro de Symonds se puso todavía más pálido y preocupado.

»—Ojalá no hubiera ido. Es... es una temeridad —dijo.

»—¿No pensará que haya podido ocurrirle algo?

»—Espero que no. Creo, señor, que será mejor que usted y yo vayamos a verlo.

»Sabía que no le faltaba razón, pero necesité toda mi fuerza de voluntad para seguirle. Salimos juntos y penetramos una vez más en la malhadada arboleda. Le llamamos un par de veces y no respondió. Al cabo de un par de minutos llegamos al claro, que aparecía pálido y fantasmal a la temprana luz de la mañana. Symonds se agarró a mi brazo y yo ahugué una exclamación. La noche anterior, cuando lo vimos bañado por la luz de la luna, había sobre la hierba el cuerpo de un hombre tendido de bruces. Ahora, a la luz del amanecer, nuestros ojos contemplaron el mismo cuadro. Elliot Haydon estaba tendido exactamente en el mismo lugar donde cayera su primo.

»—¡Cielos! —dijo Symonds—. ¡El también!

»Echamos a correr, Elliot Haydon estaba inconsciente, pero respiraba débilmente y esta vez no cabía la menor duda de la causa de la tragedia. Una larga daga de bronce permanecía clavada en la herida.

»—Le ha atravesado el hombro y no el corazón. Es una suerte —dijo el médico—. Palabra que no sé que pensar. De todas formas no está muerto y nos contará lo ocurrido.

»Pero eso fue precisamente lo que Elliot Haydon no pudo hacer. Su descripción fue extremadamente vaga. Había estado buscando el arma en vano y al fin, dando por terminada la búsqueda, se aproximó a la Casa del Ídolo. Fue entonces cuando tuvo la sensación de que alguien le observaba desde el cinturón de árboles. Luchó por librarse de aquella impresión sin poder conseguirlo. Descubrió un viento extraño y helado que comenzó a soplar y que parecía venir, no de los árboles, sino del interior de la Casa del Ídolo. Se volvió para escudriñar su interior y al ver la pequeña imagen de la diosa creyó sufrir una ilusión óptica. La figura fue creciendo y creciendo, y luego de pronto creyó percibir como un golpe en las sienes que le hizo ir hacia atrás mientras sentía un dolor ardiente y agudo en el hombro izquierdo.

»Esta vez la daga fue identificada como la misma que había sido encontrada en el túmulo de la colina y que fue comprada por Richard Haydon. Nadie sabía dónde la guardaba, si en la Casa del Ídolo o en la suya.

»La policía opinaba que había sido apuñalado por la señorita Ashley, pero en vista de nuestras declaraciones conjuntas de que nunca estuvo a menos de tres metros de distancia de él, no se pudo basar la acusación y todo continuó siendo un misterio.

—Parece que no hay nada que decir —habló al fin Joyce Lemprière—. Es todo tan horrible... y misterioso. ¿Ha encontrado alguna explicación, doctor Pender?

El anciano asintió.

—Sí —dijo—. Se me ocurre una... una especie de explicación... bastante curiosa... pero en mi mente quedan aún ciertos factores sin aclarar.

—He asistido a sesiones de espiritismo —dijo Joyce— y pueden ustedes decir lo que gusten, pero ocurren cosas muy extrañas. Supongo que pueden explicarse por cierta clase de hipnotismo. La muchacha se convirtió realmente en una sacerdotisa de Astarté, y supongo que de una manera u otra debió apuñalarle. Tal vez le arrojara la daga que la señorita Mannering viera en su mano.

—O pudo ser una jabalina —sugirió Raymond West—. Al fin y al cabo; la luz de la luna no es muy fuerte. Podía llevar el arma en la mano... una especie de lanza... y matarle a distancia, y luego es cuando entra en juego el hipnotismo colectivo. Quiero decir, que todos ustedes estaban preparados para verle caer víctima de un poder sobrenatural y así le vieron.

—He visto realizar cosas maravillosas con lanzas y cuchillos en los escenarios —dijo sir Henry—. Creo que es posible que un hombre se hubiera ocultado en el cinturón de árboles, y desde allí pudo arrojar un cuchillo o una daga con suficiente puntería... contando, desde luego, que fuese un profesional. Admito que es una idea un tanto descabellada, pero me parece la única teoría realmente aceptable. Recuerden que el otro hombre tuvo la impresión

de que alguien le observaba desde los árboles. Y en cuanto a que la señorita Mannering dijera que la señorita Ashley tenía una daga en la mano que ninguno de los otros vio, no me sorprende. Si tuvieran mi experiencia sabrían que la impresión de cinco personas acerca de la misma cosa difiere tanto que resulta casi increíble.

El señor Petherick carraspeó.

—Pero en todas esas teorías parece que hemos pasado por alto un factor esencial —declaró—. ¿Qué fue del arma? Es casi imposible que la señorita Ashley pudiera librarse de una jabalina, estando como estaba de pie en mitad de un espacio abierto; y si un asesino oculto había arrojado una daga, ésta debería seguir aún en la herida cuando dieron la vuelta al cadáver. Creo que debemos descartar todas esas teorías absurdas y ceñirnos a los hechos concisos.

—¿Y a dónde nos conducen?

—Bien, una cosa parece clara. Nadie estaba cerca del hombre cuando cayó al suelo, de modo que tuvo que ser él mismo quien se apuñalase. En resumen, un suicidio.

—¿Pero por qué iba a querer suicidarse? —preguntó Raymond West con tono incrédulo.

—Ah, eso es otra teoría —dijo—. Y de momento no me interesan las teorías. A mí me parece, excluyendo lo sobrenatural, en lo que no creo ni por un momento, que ésa es la única manera en que pudieron ocurrir las cosas. Se mató él y al caer alargó los brazos extrayendo la daga de la herida y arrojándola lejos entre los árboles. Ésta es, aunque un tanto improbable, una explicación posible. ¿No le parece?

—Yo no lo aseguraría —replicó la señorita Marple—. Todo esto me ha dejado muy perpleja, pero ocurren cosas muy curiosas. El año pasado en una fiesta al aire libre en casa de lady Sharpy el hombre que estaba arreglando el reloj del golf tropezó con uno de los hoyos... y perdió completamente el conocimiento... por espacio de cinco minutos.

—Sí, querida tía —dijo Raymond en tono amable—. Pero a él no le apuñalaron, ¿no es cierto?

—Claro que no, querido —repuso la señorita Marple—. Eso es lo que voy a explicar. Claro que existe sólo un medio de que pudieran apuñalar al pobre sir Richard, pero primero quisiera saber qué es lo que le hizo caer. Desde luego pudo ser la raíz de un árbol. Debía ir mirando a la joven y a la escasa luz de la luna es fácil tropezar con cualquier cosa.

—¿Dice usted que sólo existe un medio de que sir Richard fuera apuñalado, señorita Marple? —preguntó el clérigo mirándola con curiosidad.

—Es muy triste y no me agrada pensarlo. No era zurdo, ¿verdad? Quiero decir que para clavarse él mismo la daga en el hombro izquierdo tuvo que utilizar la mano derecha. Siempre me ha dado mucha pena el pobre Jack Baynes. Cuando estuvo en la guerra, se disparó en un pie después de una batalla, en Arras, ¿recuerdan? Me lo contó cuando fui a verle al hospital. Estaba muy avergonzado. No creo que este pobre hombre, Elliot Haydon, se beneficie gran cosa con su crimen.

—Elliot Haydon —exclamó Raymond—. ¿Crees que fue él?

—No veo quién pudo ser si no —dijo la señorita Marple abriendo los ojos con sorpresa—. Como dice sabiamente el señor Petherick, hay que considerar los hechos y descartar toda esa atmósfera de deidades paganas, que no me resulta agradable. Él fue el primero que se aproximó a Richard y le dio la vuelta, y para hacerlo tuvo que volverse de espalda a todos, y como iba vestido de capitán de bandidos es seguro que habría de llevar algún arma en su cinturón. Recuerdo que cuando era jovencita una vez bailé con un hombre disfrazado así que llevaba cinco clases de cuchillos y dagas; no es preciso que les diga lo molesto que resultaba para la pareja.

Todas las miradas se volvieron hacia el doctor Pender.

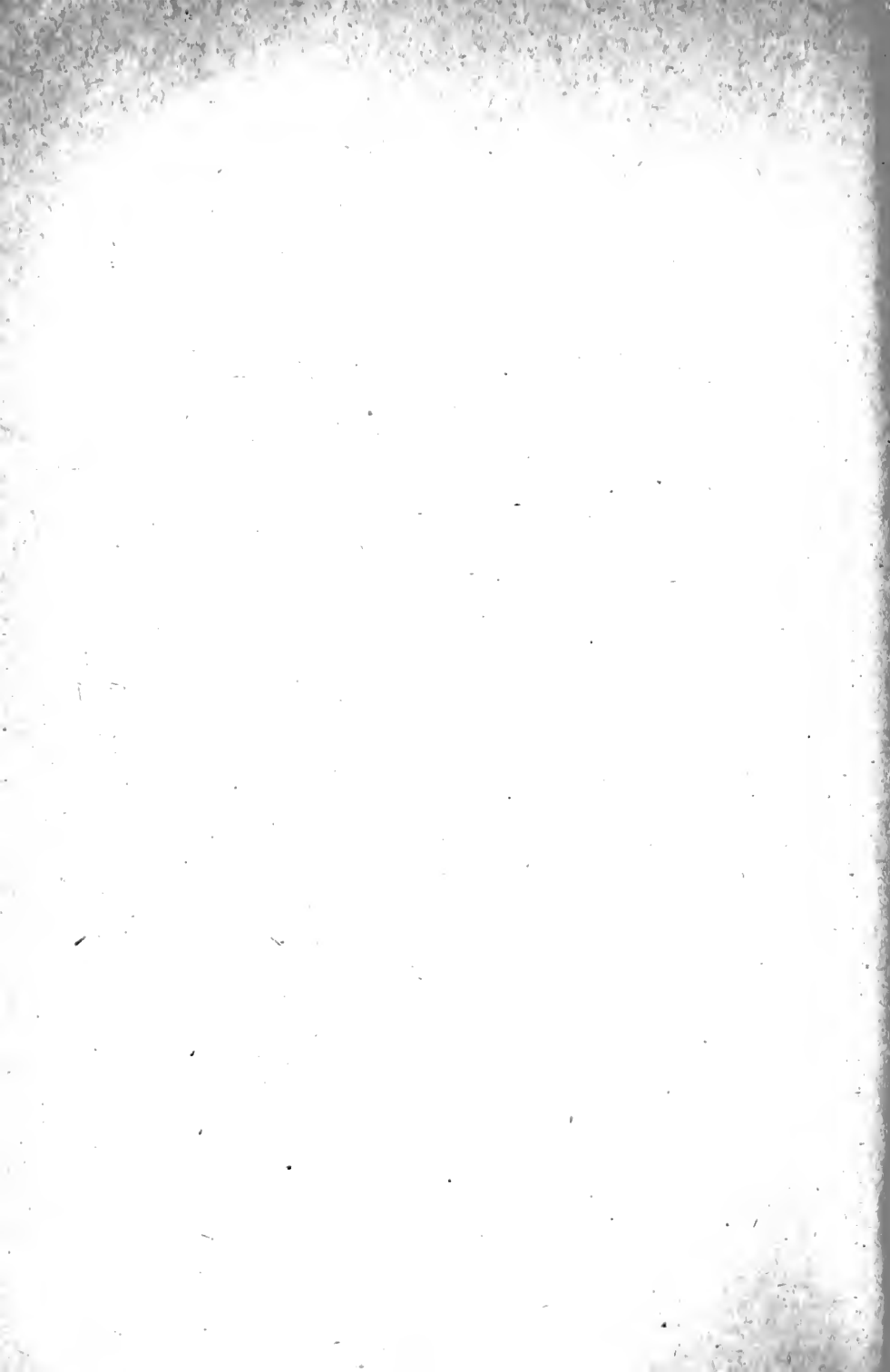
—Yo supe la verdad —exclamó—, cinco años después de ocurrida la tragedia. Me llegó en forma de carta escrita por Elliot Haydon. En ella me decía que siempre imaginó que yo sospechaba de él. Dijo que fue víctima de una ten-

tación repentina. Él también amaba a Diana Ashley, pero era sólo un pobre abogado que luchaba por abrirse camino. Sir Richard que le estorbaba el camino y heredando su título y hacienda, vio abrirse ante él un futuro maravilloso. Sacó la daga de su cinturón al arrodillarse junto a su primo, y se la clavó, volviéndola a su sitio, y luego se hirió él mismo para alejar sospechas. Me escribió la noche antes de partir con una expedición al Polo Sur, por si no regresaba. No creo que tuviera intención de regresar y sé que, como ha dicho la señorita Marple, su crimen no le proporcionó ningún beneficio. «Por espacio de cinco años, me escribió, he vivido en un infierno. Espero, que por lo menos pueda expiar mi crimen muriendo con honor.»

Hubo una pausa.

—Y murió con honor —dijo sir Henry—. Ha cambiado usted los nombres de los personajes de su historia, doctor Pender, pero creo reconocer al hombre a que usted se refiere.

—Como les dije —terminó el clérigo—, no creo que esta explicación cubra todos los hechos. Sigo pensando todavía que en aquel bosque imperaba una influencia endiablada... una influencia que impulsó a Elliot Haydon a cometer su crimen. Incluso ahora no puedo recordar sin estremecerme la Casa del Idolo de Astarté.



CAPÍTULO III

ORO EN BARRAS

No sé si la historia que voy a contarles será adecuada —dijo Raymond West—, ya que no puedo brindarles la solución. No obstante, los hechos fueron tan interesantes y tan curiosos que me gustaría proponerla como problema, y tal vez entre todos podamos llegar a alguna conclusión lógica. Ocurrió hace dos años, cuando fui a pasar la Pascua de Pentecostés en Cornualles con un hombre llamado John Newman.

—¿Cornualles? —preguntó Joyce Lemprière extrañada.

—Sí. ¿Por qué?

—Por nada. Sólo que es curioso. Mi historia también ocurrió en cierto lugar de Cornualles... en un pueblecito pesquero llamado Rathole. No irá usted a decirme que el suyo es el mismo...

—No. El mío se llama Polperran, y está situado en la costa oeste de Cornualles; un lugar agreste y rocoso. A Newman me lo habían presentado pocas semanas antes y me pareció una compañía interesante y con una imaginación romántica. Como resultado de su última afición había alquilado Pol House. Era una autoridad hablando de la época isabelina y me describió con lenguaje vivo y gráfico la ruta de la Armada española... con tal entusiasmo, que uno hubiera dicho que fue testigo presencial de todas las escalas. ¿Existe la reencarnación? Quisiera saberlo... Me lo he preguntado tantas veces...

—Eres tan romántico, querido Raymond —dijo la señorita Marple mirándole con benevolencia.

—Romántico es lo último que soy. —repuso su sobrino ligeramente molesto—. Pero ese individuo... Newman, me interesaba por esa razón, como una reliquia curiosa del pasado. Parece ser que cierto barco perteneciente a la Armada y que contenía un enorme tesoro en oro procedente de la parte oriental del mar Caribe, había naufragado en la costa de Cornualles, en las famosas y temibles Rocas de Serpiente, Newman me contó que habían llevado a cabo varios intentos para salvar el barco y recuperar el tesoro. Creo que estas historias son muy corrientes, aunque el número de barcos con tesoros mitológicos es mucho mayor que el de los verdaderos. Se formó una Compañía, pero se arruinaron y Newman pudo comprar los derechos del asunto... o como quieran llamarles... por cuatro cuartos. Se mostró entusiasmado diciendo que sólo era cuestión de utilizar la maquinaria más moderna. El oro estaba allí, no le cabía la menor duda de que podría ser recuperado.

»Mientras le escuchaba se me ocurrió pensar lo a menudo que ocurren cosas como ésta. Un hombre rico como Newman logra el éxito casi sin esfuerzo, y no obstante es probable que el valor de su hallazgo en dinero no signifique nada para él. Debo confesar que me contagié de su entusiasmo. Veía galeones surcando las aguas de la costa, desafiando la tormenta, y abatidos y destrozados contra las negras rocas. La palabra «galeón» me resultaba romántica. La frase «el oro español» emociona a los escolares... y también a los hombres hechos y derechos. Además, yo estaba trabajando por aquel entonces en una novela histórica cuyas escenas ocurrían en el siglo XVI, y vi la oportunidad de conseguir un valioso colorido local por medio de Newman.

»Salí de Paddington el viernes por la mañana ilusionado por la perspectiva de mi viaje. El compartimiento del tren estaba vacío, con la sola excepción de un hombre, sentado ante mí en el rincón opuesto. Era alto, de aspecto militar y no pude evitar la sensación de haberle visto en alguna

otra parte. Me estuve devanando los sesos en vano durante algún tiempo, y al fin di con ello. Mi compañero de viaje no era otro que el inspector Badworth, a quien yo conociera cuando escribí una serie de artículos sobre el caso de la misteriosa desaparición de Everson.

»Me di a conocer y no tardamos en charlar amigablemente. Cuando le dije que me dirigía a Polperran comentó que era una coincidencia singular ya que él también iba a aquel lugar. No quise parecer indiscreto, y me guardé de preguntarle qué era lo que le llevaba allí. Y en lugar de ello, le hablé de mi propio interés por el lugar, mencionando el naufragio del galeón español, y el inspector pareció conocer toda la historia.

»—Ese será el *Juan Fernández* —me dijo—. Su amigo no será el primero que ha fundido su dinero tratando de sacar el oro a flote. Es un capricho romántico.

»—Y probablemente toda la historia un mito —repliqué yo—. No habrá naufragado ningún barco en este lugar.

»—Oh, el hundimiento del barco sí es cosa cierta —me dijo el inspector—, así como el de muchos otros. Le sorprendería a usted conocer el número de naufragios que hubo en esa parte de la costa. A decir verdad, ése es el motivo que me lleva allí ahora. Ahí es donde hace seis meses se hundió el *Otranto*.

»—Recuerdo haberlo leído —dijo—. Creo que no hubo desgracias personales.

»—No —repuso el inspector—, pero se perdió otra cosa. No es del dominio público, pero llevaba a bordo oro en barras.

»—Sí? —pregunté muy interesado.

»—Naturalmente que utilizamos buzos para los trabajos de salvamento, pero... *el oro había desaparecido*, señor West.

»—¡Desaparecido! —exclamé mirándole asombrado—. ¿Cómo es posible?

»—He ahí el problema —replicó el inspector—. Las rocas abrieron un boquete en la cámara acorazada, y los buzos pudieron penetrar fácilmente en ella por ese camino,

pero la encontraron vacía. La cuestión es, ¿fue robado el oro antes o después del naufragio? ¿Estuvo alguna vez siquiera en la cámara acorazada?

»—Un caso muy curioso —comenté.

»—Lo es, considerando lo que representa el oro en barras. No es un collar de brillantes que puede llevarse en el bolsillo. Bueno, parece cosa del todo imposible. Debieron hacer alguna trampa antes de que partiera el barco y yo voy a investigar este asunto.

»Encontré a Newman esperándome en la estación. Se disculpó por no traer su automóvil, el cual se encontraba en Truro por causa de ciertas reparaciones necesarias, y en su lugar, se trajo una camioneta perteneciente a la finca.

»Tomé asiento a su lado y avanzamos con sumo cuidado por las estrechas callejuelas del pueblecito pesquero, subimos por una pendiente de gran desnivel, recorrimos una corta distancia por un camino zigzagante y al fin enfilamos los pilares de granito de la entrada a Pol House.

»Era un lugar encantador, situado sobre los acantilados y unos trescientos o cuatrocientos años de antigüedad, pero se le había agregado un ala moderna. Detrás de ella se extendían unos siete u ocho acres de terreno de cultivo.

»—Bien venido a Pol House —dijo Newman—. Y a la enseña del *Galeón Dorado* —y señaló hacia la puerta principal, de donde pendía una reproducción perfecta de un galeón español con todas sus velas desplegadas.

»Mi primera noche allí fue deliciosa e instructiva. Mi anfitrión me mostró viejos manuscritos que hacían referencia al *Juan Fernández*. Desplegó cartas de navegación ante mí indicándome posiciones marcadas con líneas de puntos y me enseñó planos de aparatos sumergibles, los cuales, debo confesar, me satisficieron por completo.

»Le hablé del encuentro con el inspector Badworth, cosa que le interesó en gran manera.

»—Hay gentes muy extrañas por esta costa —dijo en tono pensativo—. Llevan en la sangre el contrabando y la

destrucción. Cuando un barco se hunde en sus costas no pueden evitar el considerarlo un pillaje legal para sus bolsillos. Hay aquí un individuo que me agradaría que le conociera. Es un tipo interesante.

»El día siguiente amaneció claro y radiante. Fuimos a Polperran y allí me fue presentado el buzo de Newman, un hombre llamado Higgins. Era un individuo de rostro curtido, extremadamente taciturno y cuyas intervenciones en la conversación se reducían a monosílabos. Después de discutir entre ellos sobre asuntos técnicos nos dirigimos a las Tres Ancoras. Una jarra de cerveza contribuyó un poco a desatar la lengua de aquel individuo.

»—Ha venido un detective de Londres —gruñó—. Dicen que ese barco que se hundió en noviembre pasado llevaba a bordo gran cantidad de oro. Bueno, no fue el primero en zozobrar, y tampoco será el último.

»—Cierto, cierto —intervino el posadero de las Tres Ancoras—. Has dicho una gran verdad, mi querido Bill Higgins.

»—Vaya si lo es, señor Kelvin —replicó Higgins.

»Miré con cierta curiosidad al posadero. Era un hombre muy particular, moreno, de rostro atezado y de anchas espaldas. Sus ojos parecían inyectados en sangre y tenían un modo muy extraño de evitar la mirada de los demás. Sospeché que aquél era el hombre de que me hablara Newman, calificándole de sujeto interesante.

»—No queremos extranjeros en estas costas —dijo con tono siniestro.

»—¿Se refiere a la policía? —preguntó Newman con una sonrisa.

»—A la policía... y a *otros* —replicó Kelvin significativamente—. Y no lo olvide usted, míster.

»—¿Sabe usted, Newman, que me ha sonado como una amenaza? —le dije cuando subíamos la colina para dirigirnos a casa.

»Mi amigo se echó a reír.

»—Tonterías; yo no hago ningún daño a la gente de aquí.

»Yo meneé la cabeza pensativo. En Kelvin había algo de siniestro y salvaje y comprendí que su mente podría tomar rutas extrañas e insospechadas y desde luego hostiles.

»Creo que mi inquietud comenzó a partir de aquel momento. La primera noche había dormido bastante bien, pero la siguiente mi sueño fue intranquilo y entrecortado. El domingo amaneció gris y triste, con el cielo encapotado y la amenaza del trueno estremeciendo el aire. Me fue difícil disimular mi estado de ánimo y Newman observó el cambio operado en mí.

»—¿Qué le ocurre West? Esta mañana está hecho un manojo de nervios.

»—No lo sé —dije—; pero tengo un horrible presentimiento,

»—Es el tiempo.

»—Sí, es posible.

»No dije más. Por la tarde salimos en la canoa motora de Newman, pero se puso a llover con tal fuerza que tuvimos que regresar a la playa y ponernos inmediatamente ropa seca.

»Aquella noche creció mi ansiedad. En el exterior la tormenta aullaba y rugía. A eso de las diez calmó la tempestad y Newman fue a mirar por la ventana.

»—Está aclarando —anunció—. No me extrañaría que dentro de media hora hiciera una noche magnífica. Si es así, saldré a dar un paseo.

»Yo bostecé.

»—Tengo mucho sueño —dije—. La noche pasada no he dormido mucho, y me parece que me acostaré temprano.

»Así lo hice. La noche anterior había dormido muy poco y en cambio aquella tuve un sueño profundo. No obstante, mi sopor no me proporcionó descanso. Seguía oprimiéndome el terrible presentimiento de un cercano peligro: soñé cosas horribles..., espantosos abismos y enormes precipicios entre los cuales me hallaba vagando, sabiendo que el menor tropiezo de uno de mis pies hubiera significado la muerte. Cuando desperté, mi reloj señalaba las ocho.

Me dolía mucho la cabeza y seguía bajo la opresión de mis pesadillas.

»Tan fuerte era ésta que cuando me acerqué a mirar por la ventana me eché atrás con un nuevo sentimiento de terror, pues lo primero que vi... o creí ver... fue la figura de un hombre cavando una tumba.

»Tardé un par de minutos en rehacerme y entonces comprendí que el sepulturero no era otro que el jardinero de Newman y que «la tumba» estaba destinada a tres nuevos rosales que estaban sobre el césped esperando el momento de ser plantados.

»El jardinero alzó la cabeza y al verme se llevó la mano al sombrero.

»—Buenos días, señor. Hermosa mañana.

»—Supongo que debe serlo —repliqué pensativo sin poder sacudir por completo mi pesimismo.

»Sin embargo, como había dicho el jardinero, la mañana era espléndida. El sol brillaba en un cielo azul pálido, prometedor de un tiempo magnífico para todo el día. Bajé a desayunar silbando una tonadilla. Newman no tenía doncella alguna en la casa; sólo un par de hermanas de mediana edad, que vivían en una granja cercana, iban diariamente para atender a sus sencillas necesidades. Una de ellas estaba colocando la cafetera sobre la mesa cuando yo entré en la habitación.

»—Buenos días, Elizabeth —dije—. ¿No ha bajado todavía el señor Newman?

»—Debe de haber salido muy temprano, señor —me contestó—. Pues no estaba en la casa, cuando llegamos.

»Al instante sentí renacer mi inquietud. Las dos mañanas anteriores Newman había bajado a desayunar un poco tarde, y en ningún momento supuse que fuese madrugador. Impulsado por mis presentimientos subí a su habitación. La encontré vacía y, además, no había dormido en su cama. Tras un breve examen de su dormitorio descubrí otras dos cosas. Si Newman salió a pasear debió de hacerlo en pijama, puesto que éste había desaparecido.

»Entonces tuve el convencimiento de que mis temores

evangelista

eran justificados. Newman había salido... como dijo que haría... a dar un paseo nocturno, y por alguna razón desconocida no había regresado. ¿Por qué? ¿Le habría ocurrido algún accidente? ¿Se habría caído en los acantilados? Debíamos averiguarlo en seguida.

»En pocos minutos recluté a un gran número de ayudantes, y juntos le buscamos en todas direcciones, por los acantilados y en las rocas de abajo, pero no había rastro de Newman.

»Al fin, desesperado, fui a buscar al inspector Badgworth. Su rostro adquirió una expresión grave.

»—Tengo la impresión de que ha sido víctima de una mala jugada —dijo—. Hay gente muy poco escrupulosa por esta parte. ¿Ha visto usted a Kelvin, el posadero de las Tres Ancoras?

»Le contesté afirmativamente.

»—¿Sabía usted que estuvo cuatro años en la cárcel, por asalto y agresión?

»—No me sorprende —repliqué.

»—La opinión general de los habitantes de este pueblo parece ser que su amigo se entromete demasiado en cosas que no le conciernen. Espero que no haya sufrido serios daños.

»Continuamos la búsqueda con redoblado ánimo y hasta última hora de la tarde no vimos recompensados nuestros esfuerzos. Descubrimos a Newman en su propia finca, dentro de una profunda zanja, con los pies y manos fuertemente atados con cuerdas, y un pañuelo en la boca, bajo una mordaza, para evitar que gritase.

»Estaba terriblemente exhausto y dolorido, pero después de unas fricciones en las muñecas y tobillos y un buen trago de *whisky* pudo referirnos lo ocurrido.

»Habiendo aclarado el tiempo, salió a dar un paseo a eso de las once, llegando hasta cierto lugar de los acantilados conocidos vulgarmente por la Ensenada de los Contrabandistas, debido al gran número de cuevas que hay allí. Observó que unos hombres sacaban algo de un pequeño bote y bajó para ver de qué se trataba. Parecía ser

algo muy pesado y lo trasladaban a una de las cuevas más lejanas.

»Sin sospechar en realidad de que se tratase de algo ilegal, Newman empezó a extrañarse. Se acercó un poco más sin ser visto, mas de pronto se oyó un grito de alarma e inmediatamente dos fornidos marineros cayeron sobre él dejándole inconsciente. Cuando volvió en sí se encontró tendido en un vehículo que iba a toda velocidad y que dando tumbos y saltando sobre los baches subía, por lo que pudo averiguar, por el camino que conduce de la playa al pueblo. Ante su sorpresa el camión penetró por la entrada de su propia casa. Allí, tras sostener una conversación en voz baja, los hombres le sacaron para arrojarle a la zanja en el lugar en que su profundidad haría más difícil su descubrimiento. Luego el camión se puso en movimiento y le parecía que salía por la otra entrada situada una milla más cerca del pueblo. No pudo darnos descripción alguna de los asaltantes, excepto que desde luego eran hombres de mar y, por su acento, cornualleses.

»El inspector Badworth pareció muy interesado por el relato.

»—Apuesto a que es ahí donde ha sido escondido el oro —exclamó—. De un modo u otro debió ser salvado del naufragio y almacenado en alguna cueva solitaria, en alguna otra parte. Hemos registrado todas las de la Ensenada de los Contrabandistas, y ahora que nos dedicamos a buscar más noticias hacia el interior, han ido trasladándolo de noche a una cueva que ya ha sido registrada y que por consiguiente no es probable que vuelva a serlo. Por desgracia, han tenido por lo menos dieciocho horas para llevárselo de nuevo. Si capturaron al señor Newman ayer noche dudo de que encontremos nada allí a estas horas.

»El inspector se apresuró a efectuar un registro en la cueva, y encontró pruebas definitivas de que el oro había sido almacenado allí como supuso, pero los lingotes habían sido trasladados una vez más y no existía la menor pista de cuál era el nuevo escondrijo.

»No obstante, sí había cierta pista, y el propio inspector me la señaló al día siguiente.

—Este camino lo utilizan muy poco los automóviles —dijo—, y en uno o dos lugares se ven claramente huellas de neumáticos. A uno de ellos le falta una pieza triangular y por ello deja una huella inconfundible. Ello demuestra que penetraron por esta entrada, y aquí hay una huella que indica que salieron por la otra, de modo que no cabe duda de que se trata del vehículo que andamos buscando. Ahora bien, ¿por qué salieron por la entrada más lejana? A mí me parece clarísimo que el camión vino del pueblo. No hay muchas personas que tengan uno, dos o tres a lo sumo. Kelvin, el posadero de las Tres Ancoras, tiene uno.

—¿Cuál era la antigua profesión de Kelvin? —preguntó Newman.

—Es curioso que me pregunte usted eso, señor Newman. En su juventud Kelvin fue buzo profesional.

»Newman y yo cambiamos una mirada. El rompecabezas parecía irse reconstruyendo poco a poco.

—¿No reconoció a Kelvin en uno de los hombres de la playa? —preguntó el inspector.

Newman meneó la cabeza.

—Temo no poder ayudarle en eso —dijo pesaroso—. La verdad es que no tuve tiempo de ver nada.

»El inspector, muy amablemente, me permitió acompañarle a las Tres Ancoras. El garaje se hallaba en una calle lateral. Sus grandes puertas estaban cerradas, pero al subir por la callejuela lateral encontramos una pequeña puerta que daba acceso al interior del mismo y que estaba abierta. Un breve examen de los neumáticos fue suficiente para el inspector. «Le hemos cogido, diantre» —exclamó. Aquí está la marca, tan clara como el día, en la rueda posterior izquierda. Ahora, señor Kelvin, no creo que tenga inteligencia suficiente para salir de ésta.

Raymond West hizo un alto en su relato.

—Bueno —dijo la joven—. Hasta ahora no veo dónde está el problema... a menos que nunca encontrasen el oro.

—Nunca lo encontraron, desde luego —repitió Ray-

mond—, y tampoco pudieron acusar a Kelvin. Supongo que era demasiado listo para ellos, pero no veo cómo se las arregló. Fue detenido... por la prueba del neumático marcado, pero surgió una dificultad extraordinaria. Al otro lado de las grandes puertas del garaje había una casita que en verano alquilaba una artista.

—¡Oh, esas artistas! —exclamó Joyce riendo.

—Como tú dices: ¡Oh, esas artistas! Esta en particular había estado enferma algunas semanas, y por este motivo tuvo dos enfermeras para que la atendiesen. La que estaba de turno aquella noche acercó su butaca a la ventana, que tenía la persiana levantada, y declaró que el camión no pudo haber salido del garaje de enfrente sin que ella lo viera, y juró que nadie salió de allí aquella noche.

—No creo que esto deba considerarse un problema —comentó Joyce—. La enfermera es seguro que se dormiría. Siempre se duermen.

—Es lo que... se supone que ocurre —dijo el señor Petherick juiciosamente—; pero me parece que aceptamos los hechos sin examinarlos lo suficiente. Antes de aceptar el testimonio de la enfermera debíamos investigar de cerca sus intenciones. Una coartada que surge con tal prontitud despierta sospechas en la mente de cualquiera.

—También tenemos la declaración de la artista —dijo Raymond—. Dijo que se encontraba muy mal y pasó despierta la mayor parte de la noche, de modo que hubiera oído sin duda alguna el camión puesto que era un ruido inusitado y la noche había quedado muy apacible después de la tormenta.

—¡Hum...! —dijo el clérigo—. Eso es desde luego un factor adicional. ¿Tenía alguna coartada el propio Kelvin?

—Declaró haber estado en su casa durmiendo desde las diez en adelante, pero no pudo presentar ningún testigo que apoyara su declaración.

—La enfermera debió de dormirse lo mismo que su paciente —dijo la joven—. La gente siempre se imagina que no ha pegado ojo en toda la noche.

Raymond West miró luego interrogadoramente al doctor Pender.

—Me da lástima ese Kelvin. Me parece que es víctima de: «Por un perro que maté...» Kelvin había estado en la cárcel. Aparte de la huella del neumático, que desde luego parece demasiado notable para ser mera coincidencia no parece haber mucho en contra suyo, excepto su desgraciado informe.

—¿Y usted qué dice, sir Henry?

El aludido meneó la cabeza.

—Como suele suceder —replicó sonriendo—, yo sé algo de ese caso. De modo que no puedo hablar.

—Bien, adelante, tía Jane; ¿no tienes nada que decir?

—Espera un momento, querido —repuso la señorita Marple—. Me temo que he contado mal. Dos hebras, tres al derecho, deslizar uno, dos hebras... sí, está bien. ¿Qué me decías, querido?

—¿Cuál es tu opinión?

—No te gustaría, querido. He observado que a los jóvenes nunca les gusta. Es mejor no decir nada.

—Tonterías, tía Jane; adelante.

—Pues bien, querido Raymond —dijo la señorita Marple dejando su labor para mirar a su sobrino—. Creo que debieras tener más cuidado al escoger tus amistades. Eres tan crédulo, querido, y te dejas engañar tan fácilmente. Supongo que es debido a que eres escritor y tienes tanta imaginación. ¡Toda esa historia del galeón español! Si fueras mayor y tuvieses mi experiencia de la vida te habrías puesto en guardia en seguida. ¡Además, un hombre al que conocías sólo desde hacía unas semanas!

Sir Henry lanzó un torrente de carcajadas al tiempo que golpeaba su rodilla.

—Esta vez te han cogido, Raymond —dijo—. Señorita Marple, es usted maravillosa. Tu amigo Newman, muchacho, tenía otro nombre... es decir, varios más. En estos momentos no está en Cornualles, sino en Devonshire..., en Dartmoor, para ser exacto... y convicto en la prisión de Princetown. No pudimos cogerle por el asunto del oro ro-

bado, pero sí por robar la cámara acorazada de uno de los Bancos de Londres. Cuando revisamos su informe anterior supimos que buena parte del oro robado fue enterrado en el jardín de Pol House. Fue una idea bastante buena. Por toda la costa de Cornualles se cuentan historias de barcos hundidos llenos de oro. Pero se necesitaba una víctima propiciatoria y Kelvin era el ideal. Newman representó su pequeña comedia muy bien, y nuestro amigo Raymond, una celebridad como escritor, hizo de testigo impecable.

—Pero ¿y el neumático marcado? —objetó Joyce.

—Oh, yo lo vi en seguida, querida, y no sé nada de automóviles —dijo la señorita Marple—. Ya sabes que la gente cambia las ruedas... a menudo he visto hacerlo... y, claro, pudieron coger la rueda de la camioneta de Kelvin y sacarla por la puerta pequeña del garaje y salir en ella por una de las entradas hasta la playa, cargarla de oro y volver a entrar por la otra puerta, y luego volver a colocar la rueda en la camioneta del señor Kelvin, supongo, mientras alguien maniataba al señor Newton, arrojándolo a la zanja. Estuvo muy incómodo y probablemente tardaron en encontrarlo más de lo que había calculado. Imaginaba que el individuo que se llamaba a sí mismo jardinero cuidaría de esta parte del asunto.

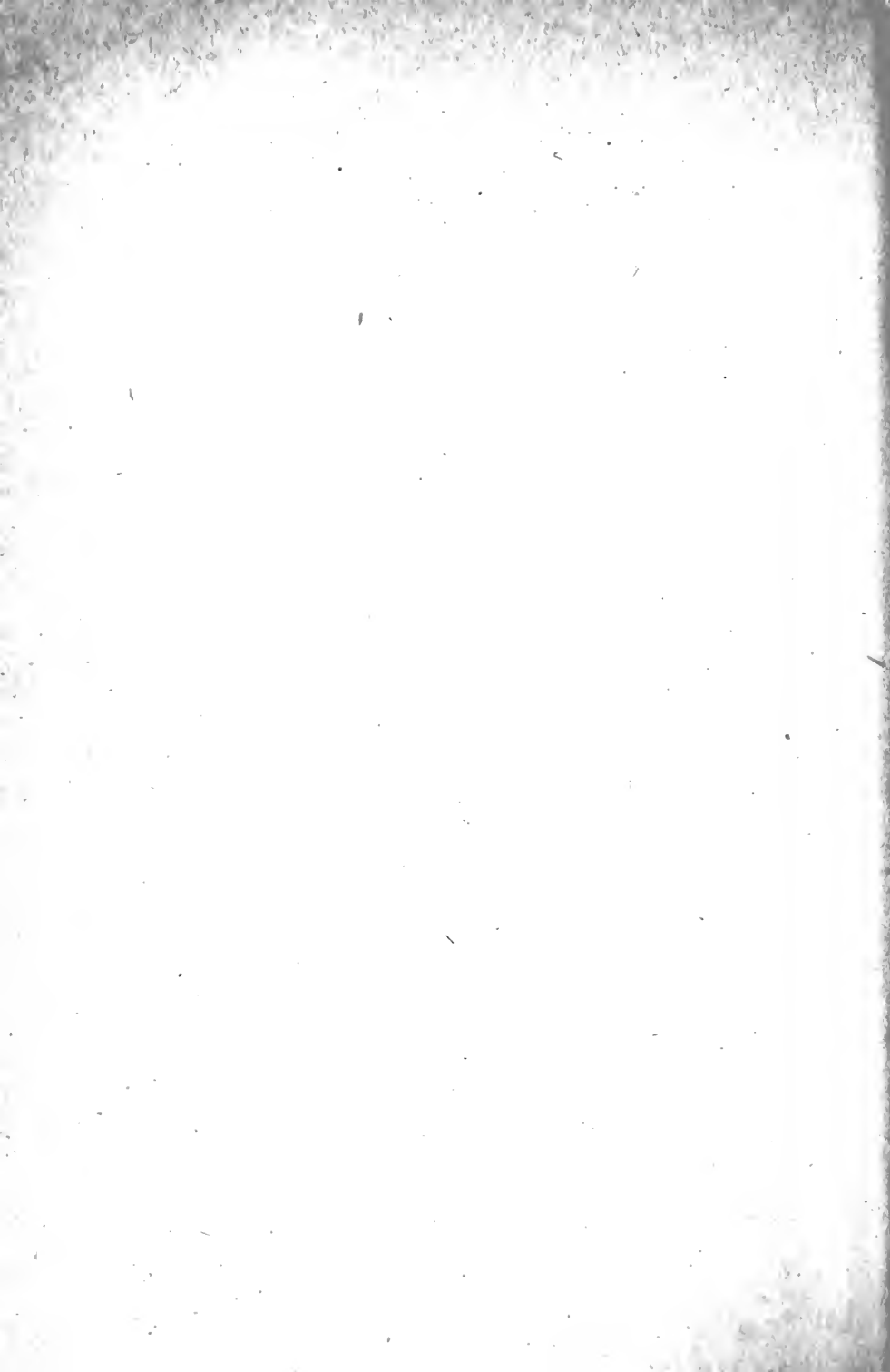
—¿Por qué dices que se llamaba a sí mismo jardinero, tía Jane? —preguntó Raymond con extrañeza.

—Pues porque no podía ser un jardinero auténtico —dijo la señorita Marple—. Los jardineros no trabajan durante la Pascua de Pentecostés. Todo el mundo lo sabe.

Sonrió sin apartar los ojos de su labor.

—En realidad fue ese pequeño detalle lo que me puso sobre la verdadera pista —dijo. Luego miró a Raymond.

—Cuando tengas tu casa, querido, y un jardinero que cuide de tu jardín, sabrás estas pequeñas cosillas.



CAPÍTULO IV

MANCHAS DE SANGRE SOBRE EL PAVIMENTO

Es curioso —comenzó a decir Joyce Lemprière—, pero casi me siento inclinada a no contarles mi historia. Sucedió hace mucho tiempo..., hace cinco años, para ser exacta... y desde entonces me tiene obsesionada. Tanto la parte brillante, alegre y superficial, como el horror que se escondía en el fondo. Y lo curioso del caso es que el boceto que pinté entonces está impregnado de la misma atmósfera. Cuando se mira por primera vez parece sólo el simple boceto de una callejuela de Cornish bañada por la luz del sol. Pero contemplándolo con más atención surge en él algo de siniestro. Nunca quise venderlo, pero no lo miro jamás. Está en mi estudio en un rincón y de cara a la pared.

»El nombre del lugar es Rathole, un extraño pueblecito pesquero muy pintoresco... tal vez demasiado pintoresco. En él se respira demasiado la atmósfera de «Las Antiguas Salas de té Cornuallescas». Tiene tiendas donde muchachas de pelo corto dibujan leyendas sobre pergamino. Es bonito y original, pero están demasiado convencidos de ello.

—No sé por qué será —dijo Raymond West con un gruñido—. Supongo que será debido a esos vehículos largos que tienen los asientos dispuestos transversalmente. Por estrechos que sean los caminos que lleven a los pueblecitos pintorescos, ninguno se libera de ellos.

Joyce asintió.

—Son muy estrechos los que conducen a Rathole y empinados como una pared. Bien, para seguir con mi historia... Yo había ido a Cornualles a pasar quince días dibujando. En Rathole existía una antigua posada. «Las Armas de Polharwith», que se supone es la única casa que dejaron en pie los atacantes cuando bombardearon ferozmente el lugar hacia el año mil quinientos, o algo por el estilo.

—No lo bombardearon —replicó Raymond West con el ceño fruncido—. Debes procurar no desvirtuar la historia, Joyce.

—Bueno, sea como fuere, desembarcaron cañones a lo largo de la costa y con ellos deshicieron las casas. De todas maneras no es ésta la cuestión. La posada era un lugar maravilloso por lo antiguo, como una especie de porche sostenido por cuatro pilares. Conseguí un buen apunte y me disponía a trabajar de firme cuando un automóvil se acercó serpenteando por la colina, yendo a detenerse delante de la posada, naturalmente... en el lugar en que más me estorbaba. Se apearon sus ocupantes... un hombre y una mujer... en los que no me fijé gran cosa. Ella llevaba un vestido de hilo malva y un sombrero del mismo color.

»El hombre volvió a salir de nuevo, y llevando el coche hasta el muelle lo dejó aparcado allí. Al regresar a la posada tuvo que pasar junto a mí, en el preciso momento en que llegaba otro automóvil, del que se apeó una mujer vestida con el traje más llamativo que viera en mi vida. Creo que su estampado consistía en ponsetias rojas y llevaba uno de esos enormes sombreros de paja que utilizan los nativos... de Cuba creo que son... y también era de un color brillante.

»La mujer no se detuvo delante de la posada, sino que llevó su automóvil más abajo de la calle. Luego se apeó y el hombre le dijo asombrado:

»—Carol, esto sí que es maravilloso... qué casualidad encontrarte en este apartado rincón del mundo. Hace años que no te veía. Margarita está aquí también... mi esposa, ya sabes. Debes venir a verla.

»Subieron juntos la empinada calle en dirección a la posada, y vi que la otra mujer acababa de salir a la puerta y se dirigía a ellos. Cuando pasaron ante mí pude echar un vistazo a la mujer llamada Carol... lo bastante para ver una barbilla muy empolvada y una boca muy roja... y me pregunté... sólo me pregunté... si Margarita se alegraría mucho de verla. A ella no la vi de cerca, pero a distancia me pareció muy formal, estirada y poco compuesta.

»Bueno, desde luego no era asunto mío, pero a veces se ven pequeñas cosas en la vida y uno no puede por menos de hacer cábalas. Desde donde estaba podía oír fragmentos de su conversación. Hablaban de ir a bañarse. El marido, cuyo nombre al parecer era Denis, deseaba coger un bote y bordear la costa. Había allí una cueva famosa que merecía ser vista, a cosa de una milla de distancia según dijo. Carol deseaba verla también, pero surgió la idea de ir andando por los acantilados y verla desde el lado de la costa, diciendo que odiaba los botes. Al fin lo acordaron así. Carol iría andando por el camino del acantilado y se reuniría con ellos en la cueva, en tanto que Denis y Margarita cogerían una barca para trasladarse allí.

»Al oírles hablar de bañarse me entraron ganas a mí también. Era una mañana muy calurosa y no adelantaba apenas mi trabajo. Además, imaginé que la luz de la tarde daría al lugar un efecto atrayente, de modo que tras recoger mis bártulos me dirigí a una pequeña playa que había descubierto... en dirección completamente opuesta a la cueva. Me estuve bañando allí y comí lengua en lata y dos tomates, volviendo por la tarde a continuar mi apunte llena de entusiasmo y confianza.

»Todo Rathole parecía dormido. Tuve razón al imaginar la luz del sol por la tarde... las sombras resultaban mucho más sugestivas, «Las Armas de Polharwith» eran el tema principal de mi dibujo. Un rayo de sol caía oblicuamente sobre la tierra ante la posada, produciendo un efecto curioso. Me pregunté si los bañistas habrían regresado felizmente, ya que dos trajes de baño, uno rojo y otro

azul oscuro, estaban tendidos en el balcón, secándose al sol.

»Había colocado mal uno de los extremos de mi apunte y estuve inclinada unos minutos, arreglándolo. Cuando volví a alzar la vista había una figura apoyada en uno de los pilares de la posada. Vestía ropas de marinero, y supuse sería un pescador. Además llevaba una larga barba negra, y si hubiera buscado un modelo para presentar a un malvado capitán no lo hubiera podido imaginar mejor. Me puse a trabajar con ardor antes de que se marchara, aunque a juzgar por su actitud parecía dispuesto a sostener el pilar por toda la eternidad.

»Sin embargo, al fin se movió, pero ya no había obtenido lo que deseaba. Se acercó a mí y empezamos a charlar. ¡Oh, cómo hablaba aquel hombre!

»—Rathole es un lugar muy interesante —me dijo.

»Yo ya lo sabía, pero aunque se lo dije, eso no me salvó. Tuve que oír toda la historia del bombardeo..., quiero decir, de la destrucción del pueblo; que el posadero de «Las Armas de Polharwith» resultó muerto en el mismo umbral de su puerta atravesado por la espada de un capitán y que su sangre manchó el pavimento y nadie consiguió limpiar la mancha por espacio de cien años.

»Todo aquello concordaba admirablemente con la lánguida pesadez de la tarde. La voz del hombre era muy suave y no obstante al mismo tiempo resultaba un tanto amenazadora. Sus modales eran obsequiosos, pero comprendí que en el fondo debía ser un hombre cruel.

»Mientras me estuvo hablando yo continué mi trabajo y de pronto me di cuenta de que distraída escuchando su historia había pintado algo que no estaba allí. Sobre el blanco pavimento, en el lugar donde el sol caía ante la puerta de «Las Armas de Polharwith», había pintado manchas de sangre. Parece extraordinario que el subconsciente pudiera jugar semejante treta a mi mano, mas al mirar de nuevo hacia la posada tuve un segundo sobresalto. Mi mano había pintado únicamente lo que veían mis ojos... gotas de sangre sobre el blanco pavimento.

»Las miré por espacio de un par de minutos. Luego, cerrando los ojos, dije para mis adentros: «No seas tonta, allí no hay nada en realidad.» Los volví a abrir y las manchas de sangre estaban allí.

»De pronto me di cuenta de que no podría soportarlo e interrumpí con una pregunta el torrente de palabras del pescador.

»—Dígame —le dije—, no tengo muy buena vista. ¿Esto que se ve en el suelo son manchas de sangre?

»Me miró con benevolencia.

»—No hay manchas de sangre hoy en día, señora. Le estoy hablando de lo que ocurrió hace casi quinientos años.

»—Sí —repuse—, pero ahora..., sobre el pavimento... —las palabras se ahogaron en mi garganta. *Sabía..., me daba cuenta* de que él no vería lo mismo que yo. Me puse en pie y con las manos temblorosas empecé a recoger mis cosas, y entonces observé que el joven que había llegado en automóvil aquella mañana salía de la posada mirando a ambos lados de la calle con perplejidad. En el balcón apareció su esposa para recoger las prendas de baño. Echó a andar hacia el coche, pero al ver al pescador desvió su camino y cruzó la calle para acercarse a nosotros.

»—Oiga, buen hombre —le dijo—, ¿sabe usted si la señora que llegó en el otro automóvil ha regresado ya?

»—¿Una señora con un vestido floreado? No, señor, no la he visto. Esta mañana se fue hacia la cueva por los acantilados.

»—Lo sé, lo sé. Nos bañamos juntos, y luego nos dejó para ir al hotel y no hemos vuelto a verla desde entonces. No es posible que tarde tanto. Los acantilados no serán peligrosos, ¿verdad?

»—Según por donde se vaya, señor. Lo mejor es llevar a un hombre que conozca el lugar.

»Era evidente que se refería a sí mismo y se disponía a seguir hablando, mas el joven le interrumpió sin ninguna clase de ceremonias y volvió de nuevo a la posada, gritando a su esposa, que estaba en el balcón:

»—Oye, Margarita, Carol no ha regresado todavía. Es extraño, ¿no te parece?

»No oí la respuesta de Margarita, pero su esposo continuó:

»—Bueno, no podemos esperar más. Tenemos que continuar hasta Penrithar. ¿Estás ya? Iré a dar la vuelta al coche.

»Hizo lo que decía y en seguida se marcharon juntos. Entretanto, yo había esperado ansiosa el momento de probar lo ridículo de mis imaginaciones. Cuando el automóvil se hubo alejado fui hasta la posada para examinar de cerca el pavimento. Desde luego allí no había manchas de sangre. No, todo había sido producto de mi exaltada imaginación. No obstante, en cierto modo todavía resultaba más aterrador, y fue entonces, mientras permanecía en pie como clavada en aquel lugar, cuando oí la voz del pescador, que me miraba con curiosidad.

»—Usted creyó ver manchas de sangre aquí, ¿eh, señora?

»Asentí.

»—Es muy curioso, muy curioso. Aquí tenemos una superstición, señora. Si alguien ve esas manchas de sangre...

»Hizo una pausa.

»—¿Y bien? —dije yo.

»—Dicen, señora, que si alguien ve esas manchas de sangre auguran que morirá antes de veinticuatro horas.

»—¡Diantre! —sentí que un estremecimiento recorría mi espina dorsal.

»Él continuó en tono persuasivo:

»—Hay una lápida muy interesante en la iglesia acerca de una muerte...

»—No, gracias —dije terminantemente, y girando sobre mis talones eché a andar calle arriba hacia la casita donde me albergaba.

»Cuando llegué vi a lo lejos a la mujer llamada Carol que venía corriendo por el camino del acantilado. Contra el color gris de las rocas parecía una venenosa flor roja. Su sombrero era rojo como la sangre...

»Me dominé. La verdad es que estaba obsesionada por la idea de la sangre.

»Más tarde oí el ruido de su automóvil, y me pregunté si también ella se dirigía a Penrithar, mas tomó la carretera de la izquierda, en dirección contraria. Observé cómo desaparecía por la colina y respiré un poco más tranquila. Rathole volvía a parecer de nuevo dormido.

—Si eso es todo —dijo Raymond West cuando Joyce se detuvo para respirar—, daré mi dictamen en seguida. Indigestión. Lo cual hace ver manchas ante los ojos después de las comidas.

—No es eso todo —replicó Joyce—. Tienes que oír el final. Dos días más tarde lo leí en el periódico bajo el titular: «Bañista que perece ahogada.» Contaba cómo la señora Dacre, esposa del capitán Denis Dacre, se ahogó en la Ensenada de Landeer, a poca distancia de la costa. Ella y su esposo se encontraban hospedados en el hotel del lugar y expresaron el propósito de bañarse, pero comenzó a soplar un viento helado y el capitán Dacre declaró que hacía demasiado frío y por ello fue en compañía de otros huéspedes del hotel a las pistas de golf cercanas al mismo. No obstante, la señora Dacre dijo que ella no tenía frío y marchó sola a la ensenada. Como no regresara, su esposo empezó a alarmarse y bajó a la playa acompañado de sus amigos. Encontraron sus ropas junto a una roca, pero ni rastro de la infortunada esposa. Su cadáver no fue hallado hasta casi una semana más tarde, cuando el mar lo arrojó a la playa bastante más lejos del suceso. Tenía un gran golpe en la cabeza que debió recibir antes de morir y la teoría general fue que debió arrojarse al mar, golpeándose contra una roca. Por lo que pude averiguar, su muerte debió ocurrir veinticuatro horas después de que yo viera las manchas de sangre.

—Protesto —dijo sir Henry—. Esto no es un problema... sino una historia de fantasmas. Evidentemente la señorita Lemprière es una médium.

El señor Petherick lanzó su risita acostumbrada.

—Una cosa me sorprende —dijo—, el golpe en la ca-

beza. Creo que no debemos descartar la posibilidad de que su muerte fuese violenta, pero no veo que tengamos dato alguno en qué basarnos. La alucinación o visión de la señorita Lemprière desde luego es interesante, pero no comprendo qué es lo que desea que digamos.

—Indigestión o coincidencia —dijo Raymond—, una de las dos cosas, y de todas formas no puede estar segura de que fueran las mismas personas. Además, la maldición, o lo que fuere, sólo podría afectar a los actuales habitantes de Rathole.

—Yo tengo la impresión —dijo sir Henry— de que el siniestro pescador tiene algo que ver en esta historia, pero estoy de acuerdo con el señor Petherick en que la señorita Lemprière nos ha dado pocos datos.

Joyce volvióse hacia el doctor Pender, que meneó la cabeza.

—Es una historia muy interesante —dijo—, que estoy de acuerdo con sir Henry y el señor Petherick que son muy pocos los datos que nos ha dado.

Joyce miró a la señorita Marple, que le sonrió.

—Yo también considero que eres un poco injusta, Joyce, querida —le dijo—. Claro que para mí es distinto. Quiero decir que yo, por ser mujer, sé apreciar la importancia que tienen los vestidos, y por lo tanto no creo que sea justo presentar un problema así a un hombre. Debí de cambiarse con inusitada rapidez. ¡Qué mujer más perversa! Y él es todavía peor.

Joyce la miraba con ojos muy abiertos.

—Tía Jane —le dijo—. Quiero decir, señorita Marple, creo que ya sabe usted la verdad.

—Sí, querida —dijo la señorita Marple—, a mí, que estoy sentada tranquilamente, me ha resultado mucho más sencillo que a ti... y eso que por ser artista eres muy susceptible al ambiente, ¿no es cierto? Sentada aquí con mi labor de punto, veo los hechos con claridad. Las gotas de sangre cayeron sobre el pavimento, ya que los mismos criminales no se dieron cuenta de que el traje de baño estaba manchado. ¡Pobrecilla, pobrecilla infeliz!

—Perdóneme, señorita Marple —intervino sir Henry—, pero usted sabe que sigo todavía en la más completa oscuridad. Usted y la señorita Lemprière parecen saber de lo que están hablando, pero nosotros los hombres seguimos ignorantes de todo.

—Ahora les contaré el final de la historia —dijo la joven—. Ocurrió un año más tarde. Yo me encontraba en un pueblecito de la costa pintando, cuando de pronto experimenté la extraña sensación de presenciar algo que ya había ocurrido antes. Ante mí tenía a dos personas, un hombre y una mujer que saludaban a una tercera, una mujer vestida con un traje estampado con ponsetias rojas.

»—¡Carol, esto sí que es maravilloso! ¡Qué casualidad encontrarse después de tantos años. ¿No conoces a mi esposa? Joan, te presento a una antigua amiga mía, la señorita Harding.

»Reconocí al hombre al instante. Era el mismo Denis que viera en Rathole. La esposa era distinta..., es decir, se llamaba Joan en vez de Margarita, pero tenía el mismo tipo, era joven, e iba bastante sencilla y sin maquillar. Por un momento creí volverme loca. Empezaron a hablar de irse a bañar. Les diré lo que hice: dirigirme directamente al puesto de policía. Pensé que lo más probable era que me tomaran por loca, pero no me importaba, y todo salió bien. Encontré allí a un hombre de Scotland Yard que había ido precisamente por aquel asunto. Al parecer... oh, es horrible hablar de esto... la policía sospechaba de Denis Dacre. Aquél no era su verdadero nombre... lo cambiaba según las distintas ocasiones. Acostumbraba a hacer amistad con muchachas sencillas que no tuvieran muchos parientes ni amigos, y después de casarse con ellas aseguraba sus vidas por grandes sumas y luego... ¡oh, es horrible! La mujer llamada Carol era su verdadera esposa y juntos llevaban a cabo siempre el mismo plan. Así es como llegaron a atraparlo. Las Compañías de Seguros entraron en sospechas. Acudía a algún lugar de veraneo con su nueva esposa, allí se encontraba con la otra mujer y se iban a bañar los tres. Entonces asesinaban a la esposa, y Carol, ponién-

dose sus ropas, regresaba en el bote con él. Más tarde abandonaban el lugar, después de preguntar por la supuesta Carol, y al llegar a las afueras del pueblo, Carol regresaba con sus ropas llamativas y su extremado maquillaje para marchar de allí en su propio automóvil. Averiguaban hacia qué lado iba la corriente y la asesinaban en el próximo lugar de la costa y en aquella dirección. Carol representaría el papel de esposa y se iría sola a alguna playa solitaria para dejar las ropas de ésta junto a una roca y ella marcharía con su traje llamativo a esperar tranquilamente que su esposo fuera a reunirse con ella.

»Supongo que al asesinar a la pobre Margarita parte de la sangre debió empapar el traje de baño de Carol, y por ser de color rojo no lo notaron, como dice la señorita Marple. Mas al tenderlo en el balcón cayeron algunas gotas sobre el pavimento. ¡Ugh! —se estremeció—. Todavía puedo verlas.

—Claro —exclamó sir Henry—. Ahora lo recuerdo muy bien. Su nombre verdadero era Davis. Había olvidado que uno de sus muchos alias fue Dacre. Era una pareja extraordinaria. Siempre me sorprendió que nadie descubriera su cambio de personalidad. Supongo, como dice la señorita Marple, que será porque los trajes se identifican más fácilmente que los rostros; pero fue un plan inteligente, ya que aunque sospechábamos de Davis no fue fácil detenerle, ya que siempre parecía tener una coartada impecable.

—Tía Jane —dijo Raymond—, ¿cómo lo haces? Has llevado una vida apacible y nada parece sorprenderte.

—Siempre recuerdo un caso familiar ocurrido en esta pequeña parte del mundo —replicó la señorita Marple—. Fue la señora Green, ya sabes, la que enterró a cinco niños... todos con la vida asegurada. Y bueno, naturalmente, alguien empieza a sospechar...

Meneó la cabeza.

—Existe mucha perversidad en la vida de un pueblecito, y espero que vosotros los jóvenes no lleguéis a saber nunca lo malvado que es el mundo.

CAPÍTULO V

MOTIVO CONTRA OPORTUNIDAD

El señor Petherick aclaró su garganta, dándose más importancia que de costumbre.

—Temo que mi problema les parezca muy sencillo —dijo en tono de disculpa—, después de las sensacionales historias que acabo de escuchar. En el mío no hay derramamiento de sangre, pero a mí me parece interesante e ingenioso y por fortuna estoy en condiciones de conocer la solución exacta.

—No será terriblemente legal, ¿verdad? —preguntó Joyce Lemprière—. Me refiero a que no se tratará de artículos del Código, ni de casos ocurridos en mil ochocientos ochenta y uno, ni nada parecido.

El señor Petherick la miró fijamente por encima de sus lentes.

—No, no querida jovencita. No debe temer nada de eso. La historia que voy a contarles es bien sencilla y puede ser seguida por cualquiera.

—Nada de retóricas jurídicas —dijo la señorita Marple, amenazándole con una aguja de hacer punto.

—Desde luego que no —replicó el señor Petherick.

—Ah, no estoy tan segura, pero oigamos su historia.

—Hace referencia a un antiguo cliente mío, a quien llamaré señor Clode... Simón Clode. Era un hombre muy rico y vivía en una gran casa no muy lejos de aquí. Le mataron un hijo en la guerra, y este hijo había dejado una niña. Su madre murió al nacer ella, y al fallecer su padre se fue

a vivir con su abuelo, que en seguida le cobró gran afecto. La pequeña Cris hacía lo que quería de su abuelo. Nunca he visto un hombre más dominado por una criatura, y no puedo describir su pena y desesperación cuando a los once años la niña contrajo una pulmonía y falleció.

»El pobre Simón Clode estaba inconsolable. Un hermano suyo había fallecido recientemente, dejando a su familia en situación económica un tanto difícil, y Simón Clode se ofreció generosamente a tener en su casa a los hijos de su hermano... dos niñas, Grace y Mary, y un niño, Jorge. Pero aun siendo amable y generoso con ellos, el anciano nunca experimentó por sus sobrinos el afecto y la devoción que sintiera por su pequeña nietecita. Jorge Clode encontró un empleo en un Banco y Grace contrajo matrimonio con un inteligente y joven investigador químico llamado Philip Garrod. Mary, que era una muchacha tranquila y reservada, continuó en la casa cuidando de su tío. Yo creo que le apreciaba mucho, aunque era poco expresiva. Al parecer, todo marchaba sobre ruedas. Debo decir que después de la muerte de la pequeña Cristobalita, Simón Clode vino a verme para que le redactara un testamento. Según éste, toda su fortuna, que era considerable, debía ser repartida en partes iguales entre sus sobrinos, es decir, una tercera parte para cada uno.

»El tiempo fue pasando. Al encontrar un día casualmente a Jorge Clode le pregunté por su tío, a quien no había visto por espacio de algún tiempo, y ante mi sorpresa vi que su rostro se ensombrecía.

»—Ojalá usted pudiera hacer entrar en razón a tío Simón —me dijo dolido y preocupado—. Su buen sentido comercial va cada vez de mal en peor.

»—¿Qué buen sentido comercial? —pregunté extremadamente sorprendido.

»Entonces Jorge me lo contó todo. Como el señor Clode se había interesado en el asunto y cuando más lo estaba había encontrado casualmente a una médium americana, una tal Eurídice Spragg. Esta mujer, a quien Jorge no vacilaba en calificar de estafadora de primera, había logrado al-

canzar una gran ascendencia sobre Simón Clode. Prácticamente estaba siempre en la casa, donde celebraban muchas sesiones en las que el espíritu de Cristobalita se manifestaba al crédulo abuelo.

»Debo confesar antes de pasar adelante, que yo no soy de los que gustan de hablar de espiritismo con rencor o sarcasmo. Ya les he dicho que creo sólo en la evidencia. Por otro lado, el espiritismo conduce muy fácilmente al fraude y la impostura, y por lo que me dijo Jorge Clode de aquella Eurídice Spragg me convencí más y más de que Simón Clode se hallaba en malas manos y que probablemente la señora Spragg era una impostora de la peor especie. El anciano, tan sagaz para los asuntos prácticos, estaba siendo fácilmente engañado en lo que se refiere a su afecto por su nietecita fallecida.

»Dando vueltas al problema en mi mente, cada vez me sentí más intranquilo. Yo apreciaba a los jóvenes. Clode, Mary y Jorge, y comprendí que aquella señora Spragg y su influencia sobre su tío podría acarrear complicaciones en el futuro.

»A la primera oportunidad que se me presentó busqué un pretexto para visitar a Simón Clode. Encontré a la señora Spragg instalada en su casa como huésped de honor. En cuanto la vi se confirmaron mis peores sospechas. Era una mujer robusta, de mediana edad, que vestía de un modo extravagante, y que había intercalado frases como «nuestros queridos difuntos que han pasado a la otra vida» y cosas por el estilo.

»Su esposo estaba también en la casa. El señor Absalom Spragg era un hombre delgado, de expresión melancólica y ojos de mirada extremadamente fugitiva. En cuanto me fue posible me llevé aparte a Simón Clode para sondearle con tacto sobre el asunto. ¡Se mostró entusiasmado, Eurídice Spragg era maravillosa! ¡Le había sido enviada como respuesta a sus plegarias! A ella no le importaba el dinero, le bastaba la satisfacción de ayudar a un corazón atribulado, y sentía un afecto completamente maternal por la pequeña Cris, a quien empezaba a considerar casi como

una hija. Luego me fue dando detalles... cómo había oído la voz de Cris hablándole... diciéndole que estaba bien y feliz en compañía de sus padres. Continuó contándome otros sentimientos expresados por la niña, que me parecieron completamente falsos al recordar a la pequeña Cristobalita, que ya había dicho que «su papá y su mamá querían mucho a la querida señora Spragg».

»—Pero, desde luego, usted se burla de estas cosas, Peter-herick —me dijo.

»—No, no me burlo. Nada más lejos de mi intención.

»Simón continuó ensalzando a la señora Spragg. Le había sido enviada por el cielo. La había encontrado en el balneario donde él pasaba dos meses cada verano. ¡Un encuentro casual, con un resultado maravilloso!

»Me marché muy disgustado. Mis peores sospechas se habían confirmado, pero no veía qué podía hacer. Después de pensarlo mucho escribí a Philip Garrod, que como ya he dicho antes, acababa de contraer matrimonio con la mayor de los Clode, Grace. Le expuse el problema... desde luego con la mayor prudencia, indicándole el peligro que representaba que una mujer semejante fuera ganando ascendencia en la voluntad del anciano, y sugiriéndole que pusieran al señor Clode en contacto con alguien que pudiese analizar la conducta de la señora Spragg, cosa que consideré no sería difícil para Philip Garrod.

»Garrod actuó rápidamente. Se había dado cuenta de que la salud de Simón Clode era precaria y, como hombre práctico no tenía intención de dejar que su esposa y sus cuñados se quedaran sin la herencia que les correspondía por derecho. Se presentó a la semana siguiente llevando consigo como invitado nada menos que al famoso detective Longman. Longman era un policía de primer orden, cuyos éxitos en investigaciones rayaban a gran altura. Y no sólo era un científico brillante, sino también un hombre de la mayor rectitud e integridad.

»El resultado de su visita fue de lo más aciago. Al parecer, Longman había hablado muy poco mientras estuvo allí. Se celebraron dos sesiones... cuyas condiciones ignoro.

Longman no hizo comentarios mientras permaneció en la casa, pero después de su marcha escribió una carta a Philip Garrod en la que admitía que no pudo sorprender a la señora Spragg llevando a cabo ningún truco, pero que, sin embargo, su opinión particular era que el fenómeno no era auténtico. Dijo que el señor Garrod quedaba en libertad de enseñar la carta a su tío si lo creía conveniente.

»Philip Garrod llevó la carta directamente a su tío, pero el resultado fue muy distinto al que él había supuesto. El anciano montó en cólera, diciendo que todo aquello era un complot para desacreditar a la señora Spragg, que era una santa calumniada injustamente. Ya le habían informado de la envidia que le tenían en aquel país, e hizo resaltar el que Longman dijera que se veía obligado a confesar que no logró sorprenderla realizando ninguna superchería. Eurídice Spragg había aparecido a su lado en las horas más negras de su vida para darle aliento y ayuda, y estaba dispuesto a defender su causa, aunque ello significara el tener que romper con todos los miembros de su familia. Ella era para él más que ninguna otra persona del mundo.

»Philip Garrod fue arrojado de aquella casa sin grandes ceremonias, pero como resultado de su ataque de ira, la salud de Clode empeoró notablemente. Durante el último mes había estado en cama casi continuamente y cabía la posibilidad de que no pudiera volver a levantarse hasta que la muerte le liberara. Dos días después de la partida de Philip recibí una llamada urgente y acudí a la casa a toda prisa. Clode estaba en cama y parecía muy enfermo. Apenas podía respirar.

»—Este es mi fin —me dijo—. Lo siento. No discuta conmigo, Petherick. Pero antes de morir quiero cumplir con el único ser humano que ha hecho por mí lo que nadie. Deseo hacer otro testamento.

»—Muy bien —le dije—, si me da instrucciones le redactaré uno y se lo enviaré para que lo firme.

»—Sería inútil —replicó—. Pues es posible que no pase de esta noche. Aquí he escrito lo que deseo —buscó debajo de su almohada—, y usted dirá si está como es debido.

»Sacó una hoja de papel en la que aparecían burdamente escritas unas pocas palabras en lápiz. Era sencillo y estaba bien claro. Dejaba cinco mil libras a cada uno de sus sobrinos y el resto de sus vastas propiedades a Eurídice Spragg «como prueba de gratitud y admiración».

»No me gustó nada, pero allí estaba. No cabía la posibilidad de que hubiera perdido la razón; el anciano estaba completamente cuerdo.

»Hizo sonar el timbre para llamar a las criadas, que acudieron prontamente. El ama de llaves, Emma Gaunt, era una mujer de mediana edad y elevada estatura que llevaba muchos años al servicio de Clode. Con ella vino la cocinera, una mujer joven y frescachona de unos treinta años. Simón Clode las contempló a las dos bajo sus pobladas cejas.

»—Quiero que atestigüéis mi testamento. Emma, tráeme mi pluma estilográfica.

»Emma se aproximó obediente al escritorio.

»—En el cajón de la izquierda, no —dijo el viejo Clode irritado—. ¿Es que no sabes que está en el de la derecha?

»—No, está aquí, señor —replicó Emma sacándola.

»—Entonces debes de haberla guardado mal la última vez —gruñó el anciano—. No puedo soportar que las cosas no estén siempre en su sitio.

»Todavía refunfuñando tomó la pluma de su mano y copió su papel. Luego firmó, así como también Emma Gaunt y la cocinera, Lucy Davud; yo doblé el testamento y lo introduje en un sobre azul. Comprendan que por necesidad el testamento había sido redactado en una hoja de papel corriente.

»Cuando las dos mujeres se disponían a abandonar la habitación, Clode se desplomó sobre las almohadas respirando entrecortadamente y con el rostro descompuesto. Me incliné sobre él con ansiedad y Emma Gaunt volvió junto al lecho. El anciano se recobró sonriendo débilmente.

»—Estoy bien. No se alarme, Petherick. De todas formas, ahora que he hecho lo que deseaba, moriré tranquilo.

»Emma Gaunt me miró interrogadoramente como si me

pidiera permiso para abandonar la habitación. Le hice un gesto de asentimiento y salió... deteniéndose primero para recoger el sobre azul que yo había dejado caer al suelo en el momento de mi sobresalto. Me lo entregó y cuando lo hube guardado de nuevo en mi bolsillo se decidió a marchar.

»—Está usted preocupado, Petherick —me dijo Simón Clode—. Está predispuesto en contra suya como todo el mundo.

»—No es cuestión de prejuicios —repliqué—. La señora Spragg puede ser todo lo que ella dice, y no vería inconveniente en que le dejara un pequeño legado como recuerdo agradecido, pero, se lo digo con franqueza, Clode, es una equivocación desheredar a los de su propia sangre por favorecer a una extraña.

»Y dicho esto me volví para marcharme. Había hecho todo lo posible para demostrar mi protesta.

Mary Clode salió del salón y se reunió conmigo en el recibidor.

»Tomará el té antes de marcharse, ¿verdad? Pase usted, haga el favor —y me introdujo en el salón.

»En el hogar ardía un alegre fuego y la estancia resultaba cómoda y acogedora. Me ayudó a quitarme el abrigo mientras su hermano Jorge entraba en la habitación. Lo cogió de sus manos dejándolo sobre una silla al otro extremo del salón, y luego vino a sentarse junto al fuego, donde tomamos el té. Durante la comida había surgido una pregunta acerca de un asunto referente a la hacienda y Simón Clode dijo que no quería preocuparse por ello y que dejaba a Clode en libertad de decidir. Jorge no se atrevía a confiar en su propio juicio y después del té pasamos al despacho para que yo echara un vistazo a los papeles en cuestión. Mary Clode nos acompañó.

»Un cuarto de hora más tarde me dispuse a marchar, y recordando que había dejado mi abrigo en el salón, entré a buscarlo. El único ocupante de la habitación era la señora Spragg, que estaba arrodillada junto a la silla donde estaba mi abrigo. Al parecer arreglaba innecesariamente la

funda de cretona de la misma, y al verme entrar se levantó con el rostro sonrojado.

»—Esta funda no cae bien —se lamentó—. ¡Dios mío! Yo hubiera sabido hacerla mejor.

»Cogí mi abrigo y me lo puse, y al hacerlo observé que el sobre que contenía el testamento se había salido del bolsillo y estaba en el suelo. Volví a meterlo en él y tras despedirme, me marché.

»Les describiré mis siguientes actos con todo cuidado desde la llegada a mi despacho. Me quité el abrigo sacando el testamento del bolsillo y lo tenía en la mano cuando entró mi pasante para anunciarme que me llamaban por teléfono. Como el de mi secretario estaba estropeado, le acompañé al despacho contiguo y por espacio de cinco minutos estuve ocupado hablando por teléfono.

»Cuando terminé encontré esperándome a mi pasante.

»—El señor Spragg ha venido a verle, señor. Le espera en su despacho.

»Encontré al señor Spragg sentado junto a mi mesa. Se puso en pie para saludarme con aire obsequioso, y luego pronunció un largo discurso cuya principal intención parecía ser el querer justificarse a sí mismo y a su esposa. Temía que la gente anduviese diciendo que... etcétera... Su esposa había sido conocida desde su infancia por la pureza de su corazón y sus motivos... eran... esto, lo otro y lo de más allá. Temo que estuve bastante brusco con él. Al fin debió comprender que su visita no había sido precisamente un éxito y se marchó un tanto intempestivamente. Entonces recordé, que había dejado el testamento encima de mi mesa y cogiéndolo, sellé el sobre, escribí una palabras en él y lo guardé en la caja fuerte.

»Ahora viene el punto crucial de mi historia. Dos meses más tarde falleció Simón Clode. Me limitaré ahora a los hechos concretos. *Cuando fue abierto el sobre sellado que contenía el testamento se halló únicamente una hoja en blanco.*

Hizo una pausa para contemplar el círculo de rostros interesados, sonriendo con cierto regocijo.

—¿Se dan cuenta, verdad? Por espacio de dos meses el sobre sellado había permanecido en mi caja fuerte y por lo tanto no pudo ser cambiado. No, el tiempo límite fue muy corto; desde el momento en que fue firmado el testamento hasta que yo lo guardé en la caja fuerte. Ahora bien, ¿quién tuvo oportunidad y quién se beneficiaba con ello?

»Recogeré los puntos principales en un breve sumario: El testamento fue firmado por el señor Clode y colocado por mí dentro del sobre. Mi abrigo fue recogido por Mary y entregado a Jorge, a quien no perdí de vista mientras lo colocaba en la silla. Durante el rato que yo permanecí en el despacho, la señora Eurídice Spragg hubiera tenido tiempo de sobra para sacar el sobre del bolsillo de mi abrigo, leer su contenido y, a decir verdad, el hecho de encontrar el sobre en el suelo y no donde yo lo dejara, parece indicar que así lo hizo. Pero ahora llegamos a un punto curioso: ella tuvo *oportunidad* de sustituirlo por una hoja en blanco, pero no *motivo*. El testamento fue hecho en su favor y al sustituirlo por una hoja en blanco se privaba de una herencia que tanto había deseado alcanzar. Lo mismo ocurre con el señor Spragg. Él también tuvo oportunidad al quedarse solo con el documento en cuestión durante unos dos o tres minutos en mi propio despacho. De modo que nos enfrentamos con este curioso problema. Las dos personas que tuvieron *oportunidad* de sustituirlo por un papel en blanco carecen de motivos para hacerlo y a las dos que tenían *motivo* les faltó *oportunidad*. A propósito, no descartaré al ama de llaves, Emma Gaunt, como sospechosa. Era muy fiel a su joven amo y a la señorita Mary y detestaba a los Spragg. Estoy seguro de que hubiera sido igualmente capaz de sustituirlo de habersele ocurrido. Pero aunque me lo entregó al recogerlo del suelo, ciertamente no tuvo oportunidad de variar su contenido y no pudo sustituirlo por otro sobre con un hábil manejo (cosa de todas formas imposible), ya que el sobre en cuestión fue llevado allí por mí y no era probable que tuviera un duplicado.

Miró a todos los reunidos con el rostro resplandeciente.

—Ahí tienen mi pequeño problema. Espero haberlo expuesto con claridad y me interesa oír sus opiniones.

Ante el asombro de todos, la señorita Marple lanzó una risita prolongada. Al parecer algo la divertía extraordinariamente.

—¿Qué te ocurre, tía Jane? ¿No podemos saber de qué te ríes? —preguntó Raymond.

—Estaba pensando en el pequeño Tommy Symonds, un muchacho muy travieso, pero algunas veces muy divertido. Es uno de esos niños de cara inocente que siempre andan tramando una diablura u otra. Recordaba que la semana pasada, en la Escuela dominical, dijo: «Maestra, ¿se dice la yema del huevo *es blanca*, o la yema de los huevos *son blancas*?» Y la señorita Durston explicó que todo el mundo diría «las yemas de los huevos *son blancas*, o la yema del huevo *es blanca*», y el travieso Tommy replicó: «¡Bueno, yo diría que la yema del huevo es amarilla!» Desde luego fue una diablura y más antigua que las montañas. Yo la sabía desde pequeña.

—Muy divertido, querida tía Jane —dijo Raymond en tono amable—, pero sin duda no tiene nada que ver con la interesantísima historia que nos ha contado el señor Petherick.

—Oh, sí que tiene que ver —replicó la señorita Marple—. ¡Es una triquiñuela! Lo mismo que la historia del señor Petherick. ¡Y tan propia de un abogado! ¡Ah, mi querido amigo! —y meneó la cabeza con aire aprobador.

—Me pregunto si lo sabe usted realmente —dijo el abogado guiñándole un ojo.

La señorita Marple escribió unas palabras en un pedazo de papel y se lo entregó.

El señor Petherick lo desdobló y al leer lo escrito por ella lo miró apreciativamente.

—Mi querida amiga —le dijo—, ¿es que hay algo que usted no sepa?

—Lo sabía desde niña —repuso la señorita Marple—. Y también la empleé varias veces.

—Yo me siento desorientado —intervino sir Henry—.

Estoy seguro de que el señor Petherick ha hecho uso de algún truco jurídico.

—En absoluto —replicó el aludido—. En absoluto. Es perfectamente justo. No deben prestar atención a la señorita Marple, que tiene un modo muy personal de ver las cosas.

—*Deberíamos* desentrañar la verdad —dijo Raymond West un tanto molesto—. Los hechos parecen bien sencillos. Cinco personas tocaron ese sobre. Es evidente que los Spragg pudieron efectuar la sustitución, mas es igualmente manifiesto que no lo hicieron. Quedan otros tres. Ahora bien, considerando las maravillas que los prestidigitadores realizan para efectuar cualquier escamoteo ante nuestra vista, me parece que el papel pudo ser extraído del sobre por Jorge Clode y sustituido por otro mientras llevaba el abrigo al otro extremo de la habitación para guardarlo.

—Pues yo creo que fue la joven —replicó Joyce—. El ama de llaves bajaría a toda prisa a decirle lo que estaba ocurriendo y buscaría un sobre azul, limitándose a cambiarlo por el otro.

Sir Henry meneó la cabeza.

—No estoy de acuerdo con ninguno de los dos —dijo despacio—. Los prestidigitadores hacen cosas semejantes, pero sólo en las novelas y en la escena, ya que son imposibles en la vida real, especialmente ante la mirada astuta de un hombre como mi amigo Petherick. Pero tengo una idea... es una idea y nada más. Sabemos que el detective Longman fue a hacerles una visita y que habló muy poco, y es razonable suponer que los Spragg estuvieran ansiosos de conocer el resultado de esta visita. Si Simón Clode no les dijo lo que proyectaba, cosa muy probable, pudieron creer que había enviado a buscar al señor Petherick por un motivo muy distinto. Tal vez creyeron que el señor Clode había hecho ya testamento en beneficio de Eurídice Spragg y que en este caso expresaba el deseo de negarle toda participación en él como resultado de las revelaciones del detective Longman, o cabe la alternativa, como dicen uste-

des los abogados, de que Philip Garrod hubiera impresionado a su tío reclamando los derechos de la propia sangre. En este caso, supongamos que la señora Spragg se dispusiera a efectuar la sustitución. La lleva a cabo, pero la entrada del señor Petherick en el momento crítico le impide leer el documento auténtico y se apresura a quemarlo por si el abogado descubriera su pérdida.

Joyce meneó la cabeza en ademán de ostensible determinación.

—No lo hubiera quemado nunca sin leerlo.

—La solución es bastante endeble —admitió sir Henry—. Supongo que el... señor Petherick no se encargaría de hacer de Providencia.

La sugerencia fue hecha en tono festivo, mas el abogado se irguió con aire ofendido.

—Es un comentario altamente impropio —dijo con cierta aspereza.

—¿Qué dice el doctor Pender? —preguntó sir Henry.

—No puedo decir que tenga ninguna idea. Yo creo que la sustitución pudo ser efectuada por la señora Spragg, o su esposo, por el motivo indicado por sir Henry. Si ella no leyó el testamento hasta después de la marcha del señor Petherick, debió encontrarse en un dilema, ya que no podía rectificar su intervención en el asunto. Posiblemente lo colocaría entre los papeles del señor Clode con la esperanza de que fuese encontrado después de mi muerte. Pero lo que ignoro es por qué no fue encontrado. *Pudiera* ser que Emma Gaunt lo encontrase... y llevada de su devoción por sus jóvenes amos lo destruyera deliberadamente.

—Creo que la solución del doctor Pender es la mejor de todas —dijo la joven—. ¿Fue efectivamente así, doctor Petherick?

El abogado negó con la cabeza.

—Continuaré a partir del punto en que lo dejé. Yo estaba tan perplejo y despistado como todos ustedes y no creo que hubiese adivinado nunca la verdad... probablemente no lo habría hecho... pero me la hicieron ver, y de un modo muy inteligente.

»Cosa de un mes más tarde fui a cenar con Philip Garrod, y durante el transcurso de nuestra sobremesa él mencionó un caso muy interesante que acababa de llegar a su conocimiento.

»—Me gustaría contárselo, Petherick, de un modo confidencial, por supuesto —me dijo.

—Desde luego —repliqué.

»—Un amigo mío que esperaba heredar a uno de sus parientes sufrió una gran decepción al descubrir que su deudo tenía intención de beneficiar a una persona totalmente inmerecedora de ello. Mi amigo, según me temo, no es muy escrupuloso en sus métodos, y en la casa había una doncella fiel a los intereses del que llamaremos parte legal. Mi amigo le dio unas instrucciones bien sencillas, entregándole una pluma estilográfica debidamente cargada, que debía colocar en un cajón de su escritorio, pero no en el que acostumbraba a guardarla. Si su amo le pedía que atestiguara su firma de cualquier documento y le pedía que le trajera la pluma, ella no debía entregarle la suya, sino aquélla, que era un duplicado exacto. Eso era todo lo que tenía que hacer, y no le dio más detalles. Era una doncella fiel y cumplió sus instrucciones al pie de la letra.

»Se interrumpió para decirme.

»—Espero no estarle cansando con mi prolijidad, Petherick.

»—En absoluto —repliqué—. Me interesa muchísimo todo lo que dice.

»Nuestros ojos se encontraron.

»—Desde luego, mi amigo le es completamente desconocido —dijo.

—»—Completamente —le contesté.

»—Entonces, magnífico —replicó entusiasmado Phillip Garrod.

»—¿Comprende el caso? La pluma estaba cargada con lo que vulgarmente llamamos tinta invisible... una solución de almidón y agua a la que se han añadido unas gotas de yodo. Esto produce un líquido azul oscuro pero la

escritura desaparece por completo a los cuatro o cinco días.

La señorita Marple rió por lo bajo.

—Tinta invisible —dijo—. La conozco. Muchas veces he jugado con ella siendo niña.

Y les miró a todos con el rostro resplandeciente, deteniéndose para amenazar con el dedo al señor Petherick una vez más.

—Pero de todas formas es una triquiñuela, señor Petherick —le dijo—, muy propia de un abogado.

CAPÍTULO VI

LA HUELLA DEL PULGAR DE SAN PEDRO

Y AHORA, tía Jane, te toca la vez a ti —dijo Raymond West.

—Sí, tía Jane, esperamos algo verdaderamente sabroso —exclamó en tono festivo Joyce Lemprière.

—Vamos, vamos, no os riáis de mí, queridos —replicó la señorita Marple plácidamente—. Creéis que por haber vivido toda mi vida en este apartado rincón del mundo no he de tener ninguna experiencia un tanto interesante.

—Dios no permita que considere la vida de un pueblo como apacible y monótona —replicó Raymond con calor—. ¡Después de las horribles revelaciones que acabamos de oír de tus labios! El mundo cosmopolita parece tranquilo y pacífico comparado con Saint Mary Mead.

—Bueno, querido —dijo la señorita Marple. La naturaleza humana es la misma en todas partes y, claro, en un pueblecito se tienen más ocasiones de observarla de cerca.

—Es usted realmente única, tía Jane —exclamó Joyce—. Espero que no le importará que la llame tía Jane... —agregó—. No sé por qué lo hago.

—¿No, querida? —replicó la señorita Marple.

Y la miró tan fijamente por espacio de un par de segundos que hizo acudir toda la sangre a las mejillas de la muchacha. Raymond, muy nervioso, carraspeó para aclarar su garganta.

La señorita Marple volvió a contemplarles sonriente y luego dedicó de nuevo su atención a su labor de punto.

—Es cierto que he llevado lo que se llama una vida tranquila, pero he tenido muchas experiencias resolviendo pequeños problemas que fueron surgiendo a mi alrededor. Algunos verdaderamente ingeniosos, pero de nada serviría contároslos ya que son cosas de tan poca importancia que no les interesarían... como éstas: «¿Quién cortó las mallas de la bolsa de la señora Jones? y ¿por qué la señora Simons sólo se puso una vez su abrigo de pieles nuevo?» Cosas realmente interesantes para cualquiera que guste de estudiar la naturaleza humana. No, la única experiencia que recuerdo que pueda tener interés para ustedes es la de mi pobre sobrina Mabel y su esposo.

»Ocurrió hace diez o quince años y, por fortuna, todo pasó y nadie lo recuerda. La memoria de las gentes es muy flaca... afortunadamente.

La señorita Marple hizo una pausa mientras murmuraba para sí:

—Tengo que contar esta vuelta. El menguado es un poco difícil. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, y luego tres menguados, está bien. ¿Qué estaba diciendo? Oh, sí, hablaba de la pobre Mabel.

»Mabel era mi sobrina. Una muchacha simpática y muy agradable sólo que un poquitín... tonta. Le gustaba armar un drama por cualquier cosa siempre que se enfadaba y decía muchas más cosas de las que pensaba. Se casó con un tal señor Denman cuando tenía veintidós años y me temo que no fue muy feliz en su matrimonio. Yo había esperado que aquella boda no llegara a celebrarse ya que el tal señor Denman era un hombre de temperamento violento... y no la clase de persona que hubiera sabido tener paciencia con las debilidades de Mabel... y también porque supe que en su familia había habido algunos casos de locura. No obstante, entonces las muchachas eran tan obstinadas como ahora y como lo serán siempre, y Mabel se casó con él.

»Después de su matrimonio no la vi muy a menudo. Vino a pasar unos días a mi casa un par de veces, y ellos me invitaron en varias ocasiones, pero, a decir verdad, no me agrada mucho estar en casa de otros y siempre me

las arreglé para excusarme. Llevaban diez años de casados cuando el señor Denman falleció repentinamente. No habían tenido hijos y dejaba todo su dinero a Mabel. Yo le escribí, como es natural, ofreciéndome a acompañarla si me necesitaba; pero me contestó con una carta muy sensata y yo imaginé que no estaba demasiado abatida por la pena, cosa que juzgué natural sabiendo que desde algún tiempo atrás hacían vida aparte. No fue hasta unos tres meses después cuando recibí una carta de mi sobrina, por demás histérica, en la que me pedía acudiera a su lado, que las cosas iban de mal en peor y que no sería capaz de soportar las adversidades que la agobiaban por mucho tiempo.

»Así que recogí mis cosas y marché en seguida. Encontré a Mabel muy nerviosa. La casa, Myrtle Dene, era muy grande y estaba magníficamente amueblada. Tenían cocinera, camarera y una enfermera que cuidaba del anciano señor Denman, padre del esposo de Mabel, quien estaba lo que se dice «un poco mal de la cabeza». Era un hombre tranquilo y se portaba bien, aunque a veces era algo raro. Como ya he dicho, había habido casos de locura en la familia.

»Me sorprendí realmente al ver el cambio sufrido por Mabel. Era un manojo de nervios y tuve dificultad en hacer que me contara lo que ocurría. Lo conseguí, como siempre se consiguen estas cosas, indirectamente. Le pregunté por unos amigos suyos a quienes siempre mencionaba en sus cartas, los Callagher. Y ante mi sorpresa me respondió que apenas los veía. Y lo mismo me contestó al preguntarle por otros. Le hablé de lo tonto que era encerrarse en casa y renunciar al trato social, y entonces me contó la verdad.

»—No es cosa mía. Ahora no hay una sola persona en el lugar que quiera dirigirme la palabra. Cuando paso por la Calle Alta todos se apartan para no tener que saludarme. Soy una especie de leprosa. Es horrible y no podré soportarlo por mucho tiempo. Tendré que vender la casa y marcharme al extranjero. Y, sin embargo, ¿por qué tienen

que hacerme abandonar una casa como ésta? Yo no he hecho nada.

»Me inquieté más de lo que puedan ustedes imaginar. Estaba tejiendo una bufanda para la anciana señora Hay y en mi tribulación dejé escapar unos puntos y no lo descubrí hasta mucho después.

»—Mi querida Mabel —le dije—, me sorprendes. Pero, ¿cuál es la causa de todo esto?

»Incluso de niña Mabel fue siempre difícil y me costó muchísimo sacarle la verdadera respuesta a mi pregunta. Sólo sabía hablar con la vaguedad de las personas ociosas que no tienen nada mejor que hacer que chismorrear.

»—Lo veo bien claro —le dije—. Evidentemente debe de circular alguna historia referente a ti y tú lo sabes, de modo que vas a decírmelo.

»—¡Es tan malvada la gente! —gimió Mabel.

»—Claro que es malvada —repliqué—. No hay nada que puedas contarme acerca de la mentalidad humana que me sorprenda. Y ahora, Mabel, ¿quieres decirme lisa y llanamente lo que la gente anda diciendo de ti?

»Entonces salió todo.

»Al parecer, la repentina e inesperada muerte de Geoffrey Denman había levantado varios rumores. En resumen, la gente creía que ella había envenenado a su esposo.

»Ahora bien, como supongo que ustedes ya saben, no hay nada más cruel ni más difícil de combatir que la murmuración. Cuando la gente habla a nuestras espaldas nada puede uno rebatir o negar y las habladurías van creciendo sin que nadie pueda detenerlas. Yo estaba completamente segura de una cosa: Mabel era incapaz de envenenar a nadie y no comprendía por qué iban a amargarle la vida haciéndole insoportable la estancia en aquella casa sólo por su tontería.

»—No hay humo sin fuego —le dije—. Mabel, ahora vas a decirme el motivo de que la gente comenzara a murmurar. Debió ser por algo.

Mabel estuvo muy incoherente, declarando que no había sido por nada... por nada en absoluto, como no fuese,

naturalmente, por lo repentino del fallecimiento de Geoffrey. A la hora de cenar parecía encontrarse perfectamente, y por la noche se puso muy enfermo. El pobre Geoffrey falleció a los pocos minutos de llegar el médico. Su muerte fue atribuida a envenenamiento por haber comido setas venenosas.

»—Bueno —le dije—, supongo que una muerte repentina de esa clase puede desatar las lenguas, pero sin duda no sin muchos hechos adicionales. ¿Te peleaste con Geoffrey o algo por el estilo?

»Admitió que había sostenido una discusión con él la mañana anterior, a la hora del desayuno.

»—Supongo que lo oirían los criados... —comenté.

»—No estaban en la habitación.

»—No, querida; pero probablemente al otro lado de la puerta —le contesté.

»Yo conocía muy bien la voz histérica de Mabel cuando se enfadaba. Geoffrey Denman también era un hombre dado a elevar la voz en las discusiones.

»—¿Por qué os peleasteis? —quise saber.

»—Oh, tonterías, como siempre. Cualquier cosa nos enzarzaba en una discusión. Geoffrey se ponía imposible, diciendo cosas abominables y yo le decía todo lo que pensaba de él.

»—Entonces, ¿discutíais a menudo? —pregunté.

»—No era culpa mía...

»—Mi querida niña —le dije—, no importa de quién fuera la culpa. Eso no es lo que estamos discutiendo ahora. En un sitio como éste los asuntos privados de todo el mundo son poco más o menos del dominio público. Tú y tu marido estabais siempre discutiendo. Una mañana tenéis una pelea más que regular y aquella noche tu marido muere repentina y misteriosamente. ¿Es eso todo o hay algo más?

»—No sé lo que quieres decir —dijo Mabel apesadumbrada.

»—Pues lo que he dicho, querida. Si has cometido alguna tontería, no lo ocultes. Yo sólo quiero ayudarte...

»—Nadie ni nada puede ayudarme, excepto la muerte —dijo Mabel con desesperación.

»—Ten un poco más de fe en la Providencia, querida —le dije—. Ahora sé perfectamente que *hay* algo más que tratas de ocultar.

»Siempre supe, incluso cuando era una niña, cuándo no me decía la verdad. Tardó mucho tiempo, pero al fin lo dijo. Aquella mañana había ido a la farmacia para comprar arsénico, para lo cual tuvo que firmar en el libro y, naturalmente, el farmacéutico lo había contado.

»—¿Quién es tu médico? —le pregunté.

»—El doctor Rawlinson.

»Yo le conocía de vista. Mabel me lo había indicado el día anterior, y era lo que vulgarmente se llama un viejo decrepito. Además yo tenía demasiada experiencia de la vida para creer en la infalibilidad de los médicos. Algunos son inteligentes y otros no, y la mayor parte de las veces no saben lo que ocurre a uno. Yo no tengo confianza en los médicos ni en las medicinas.

»Luego de reflexionar sobre lo que había averiguado, me puse el sombrero y me fui a visitar al doctor Rawlinson. Era precisamente lo que yo había supuesto... un anciano amable y tan corto de vista que daba lástima, ligeramente sordo, y al mismo tiempo susceptible y quisquilloso en grado extremo; en cuanto yo mencioné la muerte de Geoffrey Denman se puso a la defensiva, hablándome largo rato de las setas, las que eran comestibles y las que no. Había interrogado a la cocinera, quien admitió que una o dos setas de las que preparó le parecieron «un poco extrañas», pero pensó que debían ser buenas, puesto que se las habían enviado de la tienda. Cuanto más pensaba en ello desde entonces, más convencida estaba de que su apariencia no era normal.

»—Y no es extraño —dije yo—. Debieron empezar por ser semejantes a las demás en apariencia y terminar adquiriendo un color naranja con manchas rojas. No hay nada que no se recuerde si uno se esfuerza.

»Averigüé que Denman ya no podía hablar cuando lle-

gó el doctor y que falleció a los pocos minutos. El médico parecía completamente satisfecho de su dictamen, pero yo no estaba segura de si era debido a un firme convencimiento o a su testarudez.

»Me fui derecha a casa y pregunté a Mabel por qué había comprado arsénico.

»—Debiste hacerlo con algún propósito —le dije.

»Mabel se echó a llorar.

»—Quise suicidarme —gimió—. Me sentí tan desgraciada... y creí que así terminaría todo.

»—¿Tienes aún el arsénico? —le pregunté.

»—No. Lo tiré.

»Estuve durante unos momentos dando vueltas en mi mente al problema.

»—¿Qué fue lo que ocurrió cuando se sintió mal? ¿Te llamó?

»—No —meneó la cabeza—. Hizo sonar el timbre con violencia. Debí llamar varias veces y al fin Dorothy, la camarera, lo oyó y, tras despertar a la cocinera, bajó con ella. Cuando Dorothy le vio se asustó mucho. Estaba inquieto y delirando. Dejó allí a la cocinera y vino corriendo a buscarme. Yo me levanté y al verle comprendí en el acto que estaba muy grave. Por desgracia, Brewster, que cuida del anciano señor Denman, tenía la noche libre, de modo que no había nadie en la casa que supiera lo que debía hacerse. Mandé a Dorothy que fuera a avisar al médico, y la cocinera y yo quedamos con él, pero al cabo de unos minutos no pude soportarlo más, era demasiado horrible, y regresé a mi habitación, encerrándome en ella.

»—Fuiste muy egoísta y cruel —le dije—, y estoy segura que tu comportamiento no te habrá ayudado precisamente. La cocinera lo habrá repetido en todas partes. Vaya, vaya, es un mal asunto.

»Luego hablé con la servidumbre. La cocinera deseaba contarme lo de las setas, pero la contuve; estaba harta de aquellas setas. En vez de ello, las interrogué estrechamente acerca del estado de su amo en aquella trágica noche. Las dos estuvieron de acuerdo en que parecía agonizante,

que apenas podía tragar, sólo hablaba con voz apagada y delirante... y no dijo nada que tuviera sentido.

»—¿Qué dijo en su delirio? —pregunté con curiosidad.

»—Algo acerca de pescado, o una tontería por el estilo —replicó—. En seguida comprendí que el pobre señor había perdido la cabeza.

»No era posible sacar ninguna consecuencia de aquello, y como último recurso fui a ver a Brewster, que era una mujer delgada de unos cincuenta años.

»—Fue una lástima que no estuviera yo aquella noche —dijo—. Al parecer nadie intentó hacer nada por él hasta que llegó el médico.

»—Supongo que deliraba —dije pensativa—; pero eso no es síntoma de envenenamiento producido por ptomaína, ¿no es cierto?

»—Eso depende —replicó Brewster.

»Le pregunté por el estado de su paciente.

»Meneó la cabeza.

»—Está bastante mal —replicó.

»—¿Débil?

»—Oh, no; físicamente está bastante bien... aparte de la vista, que le empieza a fallar. Puede que nos sobreviva a todos nosotros, pero va perdiendo la razón muy de prisa. Yo les dije a los señores Denman que debían internarle en un sanatorio, pero la señora Denman no quiere oír hablar de ello siquiera.

»Bien, así estaban las cosas. Consideré cada uno de sus aspectos y al fin decidí que sólo quedaba una cosa por hacer. En vista de los rumores que circulaban, debíamos solicitar un permiso para desenterrar el cadáver, practicarle la autopsia y hacer que las lenguas se callaran para siempre. Desde luego, Mabel armó un gran alboroto en el terreno sentimental... diciendo que no se debía molestar a un muerto en su tumba, etcétera... pero yo me mantuve firme.

»No me alargaré en esta parte de mi historia. Conseguimos el permiso y se llevó a cabo la autopsia, o como se llame eso, mas el resultado no fue lo satisfactorio que de-

biera haber sido. No se encontró el menor rastro de arsénico... cosa favorable..., pero las palabras exactas del informe forense fueron *que no había nada que demostrase la causa origen de la muerte.*

»De modo que aquello no solucionó nada. La gente continuó hablando... de venenos raros que no dejan rastro y tonterías por el estilo. Yo había visto al patólogo que efectuó la autopsia, al que hice varias preguntas, aunque se esforzó cuanto le fue posible para no responder a la mayoría de ellas; mas logré sonsacarle que consideraba altamente improbable que las setas venenosas hubieran sido la causa del fallecimiento. Una idea iba tomando forma en mi mente y le pregunté qué veneno, si es que existía alguno, podía haber sido empleado para lograr aquellos efectos. Me dio una extensísima explicación, que debo confesar apenas entendí, pero que puede resumirse así: la muerte pudo ser producida por algún fuerte alcaloide vegetal.

»Mi idea era ésta: Suponiendo que Geoffrey Denman llevara también en la sangre la tara de la locura, ¿no pudo haberse suicidado? Durante un período de su vida estudió medicina y debía tener un buen conocimiento de los venenos y sus efectos.

»No me parecía muy probable, pero fue lo único que se me ocurrió, y puedo asegurarles que estuve a punto de volverme loca. Ahora, aunque ustedes los jóvenes lo tomen a risa, les confesaré que cuando me encuentro en un verdadero apuro siempre rezo para mis adentros... en cualquier parte donde me encuentre... caminando por la calle o en el interior de una tienda, y siempre obtengo una respuesta a mi plegaria. Tal vez parezca una cosa sin importancia y sin relación aparente con este asunto, pero la tiene. Cuando era niña tenía este lema escrito sobre mi cama: *Pedid y recibiréis.* La mañana a la que me refiero yo estaba pasando por la Calle Alta rezando intensamente. Cerré los ojos y al abrirlos, ¿qué creen ustedes que fue lo primero que vi?

Cinco rostros se volvieron hacia la señorita Marple, de-

mostrando diversos grados de interés. Sin embargo era de presumir que ninguno adivinase la respuesta a la pregunta.

—Vi —dijo la señorita Marple con aire misterioso— *el escaparate de la pescadería*. Y sólo había una cosa en él: *un ródalo fresco*.

Miró a su alrededor con aire triunfante.

—¡Oh, cielos! —exclamó Raymond West—. La respuesta a tu pregunta fue... un ródalo fresco.

—Sí, Raymond —repuso la señorita Marple con aire severo—; no debes portarte como un profano. La mano de Dios está en todas partes. Lo primero que vi fueron las manchas negras de ese pescado... las huellas del pulgar de San Pedro, según cuenta la leyenda, ya sabes. Y eso me hizo recordar cosas... que necesitaba fe, la verdadera fe de San Pedro, y relacioné las dos cosas, la fe... y el pescado.

Sir Henry se sonó con bastante apresuramiento y Joyce se mordió el labio.

—¿Qué es lo que trajo esto a mi memoria? Pues el que la doncella y la cocinera mencionaran el pescado por ser del convencimiento absoluto de que la solución del misterio había de encontrarse en aquellas palabras. Volví a casa resuelta a llegar al fondo del asunto.

Hizo una pausa.

—¿Se le ha ocurrido pensar —continuó la anciana— cuántas veces nos dejamos llevar por lo que creo se ha dado en llamar la contextura de las cosas? Existe un lugar en Dartmoor llamado Tiempo Gris. Si uno habla con un granjero de allí y menciona las palabras Tiempo Gris, sin duda deducirá que se refiere a aquellas rocas, aunque es posible que usted le hable de la atmósfera; y del mismo modo, si uno hace referencia a ese lugar ante un extraño que sólo oiga un fragmento de la conversación puede pensar que se trata del tiempo. De modo que al repetir una conversación, por lo general no empleamos las palabras exactas, sino otras que para nosotros tienen el mismo significado.

»Me entrevisté por separado con la cocinera y Dorothy.

Pregunté a la primera si estaba segura de que su amo había mencionado un montón de pescado y respondió afirmativamente.

»—¿Fueron entonces esas sus palabras exactas —pregunté—, o nombró alguna clase especial de pescado?

»—Eso es —replicó la cocinera—, una clase especial, que ahora no puedo recordar. Un montón de..., ¿qué era lo que dijo? No es ninguno de los que se sirven en la mesa. ¿Diría sollo... o perca? No, no empezaba con P.

»Dorothy también recordaba que su amo había mencionado una clase determinada de pescado.

»—Era un nombre poco corriente —dijo.

»—Una pila de..., ¿qué es lo que dijo?

»—¿Dijo montón o pila? —pregunté.

»—Creo que dijo pila. Pero no estoy segura... es tan difícil recordar las palabras exactas, ¿no es cierto, señorita, especialmente cuando no tienen sentido? Pero ahora que lo pienso, estoy casi segura de que dijo pila, cosa que me sonó muy extraña, y luego pronunció el nombre de un pescado que empieza con C, pero no era el congrio ni cangrejo.

»Lo que sigue a continuación me enorgullece —dijo la señorita Marple—, porque, desde luego, nada sé de drogas... que considero desagradables y peligrosas. Tengo una receta de mi abuela para hacer té de tanaceto que vale más que todas las medicinas. Pero yo sabía que en la casa había varios libros de medicina y que uno de ellos era un índice de drogas. ¿Comprenden? Mi idea fue que Geoffrey había tomado alguna dosis de veneno e intentó decirlo.

»Bien, primero miré las que empezaban por R, sin encontrar nada que me pareciese probable; luego seguí con la letra P, y casi en seguida di con ella..., ¿qué creen ustedes que era?

Miró a su alrededor saboreando su triunfo.

—Pilocarpina. ¿No adivinan cómo sonaría en labios de un hombre que apenas pudiera pronunciar esta palabra?

¿Y a oídos de una cocinera que la desconociera? ¿No debió darle la impresión de «pila de carpas»?

—¡Diantre! —exclamó sir Henry.

—Nunca se me hubiera ocurrido —confesó el doctor Pender.

—Es muy interesante —dijo el señor Petherick—. Interesantísimo.

—Busqué apresuradamente la página que señalaba el índice y leí los efectos que la polícarpina produce en los ojos y otras cosas que no hacen al caso, y al fin llegué a una frase muy significativa. *Ha sido empleada con éxito como antídoto contra el envenenamiento producido por la atropina.*

»Entonces lo vi todo con claridad. Nunca consideré muy probable que Geoffrey Denman se hubiera suicidado. No, esta nueva solución era no sólo posible, sino que estaba segura de que era la verdadera, ya que todas las piezas del rompecabezas encajaban lógicamente.

—No voy a tratar de adivinarlo —dijo Raymond—. Continúa, tía Jane, y dínos lo que estaba tan claro para ti.

—Yo no sé nada de medicina, por supuesto —replicó la señorita Marple—; pero por casualidad sabía que cuando mi vista empezó a fallar el médico me recetó unas gotas de sulfato de atropina. Fui directamente a la habitación del anciano señor Denman y no me anduve por las ramas.

»—Señor Denman —le dije—. Lo sé todo. ¿Por qué envenenó usted a su hijo?

»Me miró por espacio de un par de segundos... era un hombre bastante atractivo a su manera... y luego se echó a reír. Fue una de las risas más malvadas que he oído en mi vida, y les aseguro que se me puso la carne de gallina. Sólo en una ocasión oí algo parecido, cuando la pobre señora Jones se volvió loca.

»—Sí —me contestó—. Yo maté a Geoffrey. Yo era demasiado listo para él y él quería quitarme de en medio ¿no es cierto? Encerrarme en un asilo. Le oí hablar con Mabel... Mabel se puso de mi parte, pero yo sabía que no

iba a poder contenerle indefinidamente. Al fin se habría salido con la suya, como siempre. Pero yo acabé con él... con mi hijo amable y cariñoso. ¡Ja, ja! Bajé durante la noche... Fue muy sencillo. Brewster había salido, y mi querido hijo estaba durmiendo; tenía un vaso de agua en la mesilla de noche; siempre bebía cuando se despertaba a medianoche. Lo vacié... ¡ja, ja!, y luego vertí en él mi botella de gotas para los ojos. Cuando se despertase lo bebería antes de saber lo que era. Sólo me quedaba una cucharada... era suficiente... suficiente. ¡Y así lo hice! A la mañana siguiente me dieron la noticia con grandes precauciones. Temían que me afectara, ¡ja, ja, ja!

»Bien, éste es el final de mi historia. Desde luego el pobre viejo fue internado en un sanatorio. En realidad no era responsable de lo que había hecho, se supo la verdad y todo el mundo se compadeció de Mabel y no sabían qué hacer para compensarla de sus injustas sospechas. Pero de no haber sido porque Geoffrey se dio cuenta de lo que había tomado e intentó pedir que le trajeran el antídoto a toda prisa, es posible que nunca se hubiera descubierto. Creo que la atropina produce ciertos síntomas muy marcados... dilatación de la pupila y demás, pero desde luego, y como ya les he dicho, el doctor Rawlinson era muy corto de vista, pobre viejo. Y en el mismo libro de medicina que continué leyendo... porque era *muy interesante*... se daban los síntomas del envenenamiento producido por los alimentos estropeados y la atropina y no se diferencian gran cosa. Pero les aseguro que no he vuelto a ver un ródalo fresco sin acordarme de la huella del pulgar de San Pedro.

Hubo una larga pausa.

—Mi querida amiga —dijo el señor Petherick—, es usted realmente maravillosa.

—Diré en Scotland Yard que vengan a pedirle consejo —intervino sir Henry.

—Bueno, de todas formas hay una cosa que ignoras, tía Jane —dijo Raymond.

—Oh, sí que lo sé, querido —replicó la señorita Mar-

ple—. Ha ocurrido precisamente antes de cenar, ¿no es cierto? Cuando llevaste a Joyce a contemplar la puesta de sol. Es un lugar muy adecuado... junto a los jazmines. Allí es donde el lechero le preguntó a Annie cuánto podrían empezar a publicarse las preceptivas amonestaciones.

—Vaya, tía Jane —replicó el joven—, no lo estropees. Joyce y yo no somos como el lechero y Annie.

—En eso te equivocas, querido —dijo la señorita Marple—. En realidad todos somos iguales, aunque afortunadamente tal vez no nos demos cuenta.

CAPÍTULO VII

EL GERANIO AZUL

CUANDO estuve aquí el año pasado... —comenzó a decir sir Henry Clithering, pero se interrumpió.

Su anfitriona, la señora Bantry, le miraba con curiosidad. El ex comisario de Scotland Yard se hallaba pasando unos días en casa de unos viejos amigos suyos, el coronel y la señora Bantry, quienes vivían cerca de Saint Mary Mead.

La señora Bantry, con la pluma en ristre, acababa precisamente de pedirle consejo sobre a quién invitar a cenar aquella noche.

—¿Sí? —le dijo la señora Bantry animándole—. Cuando usted estuvo aquí el año pasado...

—Dígame —preguntó sir Henry—, ¿conoce a la señorita Marple?

La señora Bantry se sorprendió. Era lo último que hubiera esperado.

—¿Que si la conozco? ¡Y quién no! Es la típica solterona de las comedias. Bonísima, pero pasada de moda. ¿Quiere decir que le agradecería que la invitara a cenar?

—¿Le sorprende?

—Un poco, debo confesarlo. Nunca hubiera dicho que usted... pero tal vez exista una explicación...

—La explicación es bastante sencilla. Cuando estuve aquí el año pasado teníamos la costumbre de discutir casos misteriosos que hubiesen ocurrido... Éramos cinco o seis... Raymond West, el novelista, fue quien lo propuso. Cada

uno de nosotros debía contar una historia de la que conociera la solución y los demás ejercitar sus facultades deductivas... para ver quién se aproximaba más a la verdad.

—¿Y bien?

—Pues que apenas nos dimos cuenta de que la señorita Marple estaba entre nosotros, pero nos mostramos muy amables y la dejamos participar en el juego para no herir sus sentimientos. Y ahora viene lo mejor. ¡Ella nos venció todas las veces!

—¿Qué?

—Se lo aseguro... iba derecha a la verdad como una paloma mensajera de regreso al palomar.

—¡Es extraordinario! ¡Vaya, si la anciana señorita Marple apenas ha salido de Saint Mary Mead!

—¡Ah!, pero según ella, ha tenido ilimitadas oportunidades de observar la naturaleza humana... bajo microscopio.

—Debe de tener razón —concedió la señora Bantry—. Por lo menos se llega a conocer el lado mezquino de las personas. Pero no creo que tengamos criminales interesantes en nuestro mundo. Después de cenar le contaremos la historia del fantasma de Arturo. Le agradecería que encontrase la solución.

—No sabía que Arturo creyese en fantasmas.

—¡Oh!, claro que no cree en fantasmas. Por eso le preocupa tanto. Le ocurrió a un amigo suyo, Jorge... Pritchard... una persona sumamente prosaica, y en realidad fue bastante trágico para el pobre Jorge. O bien su extraordinaria historia es cierta... o bien...

—¿O bien qué?

La señora Bantry no respondió, mas al cabo de un par de minutos dijo:

—A mí me agrada Jorge... y a todo el mundo. No es posible creer que él..., pero la gente hace cosas tan extraordinarias.

Sir Henry asintió. Sabía, mejor que la señora Bantry, las cosas que la gente es capaz de hacer.

De modo que aquella noche, cuando la señora Bantry

miró en derredor de su mesa (estremeciéndose un tanto, ya que su comedor, como la mayoría de los comedores ingleses, era extremadamente frío) sus ojos se fijaron en la anciana sentada, muy erguida, a la derecha de su esposo. La señorita Marple vestía de negro con mitones de encaje. Una pañoleta de encaje antiguo cubría sus hombros y un gorrito también de encaje antiguo rodeaba sus cabellos blancos. Estaba charlando animadamente con el anciano doctor Lloyd del orfanato y de las supuestas negligencias de las enfermeras del distrito.

La señora Bantry volvió a maravillarse. Incluso se preguntaba si sir Henry no le habría gastado una broma... aunque sin ver el motivo. Era increíble que fuera cierto lo que le había contado.

Su mirada fue a detenerse afectuosamente en su esposo, de rostro sonrosado y anchas espaldas, que hablaba de caballos con Jane Helier, la hermosa y popular actriz. Jane, más hermosa, si ello era posible, vista de cerca que en la escena, abría sus enormes ojos azules murmurando de vez en cuando «¿De veras? ¡Oh, sí! ¡Qué extraordinario!» No entendía nada de caballos y le interesaban aún menos.

—Arturo —dijo la señora Bantry—. Estás aburriendo a la pobre Jane. Deja ya los caballos y cuéntale en cambio tu historia de fantasmas. Ya sabes... la de Jorge Pritchard.

—¿Eh? ¿Dolly? ¡Oh! No sé si...

—Sir Henry desea oírla también. Le he hablado de ella esta mañana. Y sería interesante oír las opiniones de todos.

—¡Oh, hágalo! —dijo Jane—. ¡Me encantan las historias de fantasmas!

—Bueno... —el coronel Bantry vacilaba—. Nunca he creído en lo sobrenatural. Pero esto... No creo que ninguno de ustedes conozca a Jorge Pritchard. Es un hombre inmejorable. Su esposa... ahora ya ha muerto, pobre mujer... no le dio un momento de descanso mientras vivió. Era una de esas personas semiinválidas... creo que realmente estaba enferma, pero fuera cual fuese su mal lo ex-

plotaba a conciencia, siendo caprichosa, exigente e insoportable y quejándose de la mañana a la noche. Jorge tenía que hacerle de pies y de manos, y aun así todo lo encontraba mal y encima le reprendía. Estoy convencido de que cualquier otro hombre le hubiera abierto la cabeza con un hacha mucho tiempo atrás. ¿Eh, no te parece, Dolly?

—Era una mujer terrible —repuso la señora Bantry con convicción—. Si Jorge Pritchard la hubiese matado con una hacha y, hubiera habido alguna mujer en el Jurado le hubiesen absuelto.

—No sé bien cómo empezó este asunto. Jorge no lo precisó. Imagina que la señora Pritchard tuvo siempre debilidad por los adivinos, quirománticos y videntes... A Jorge no le importaba. Con tal que su esposa encontrase alguna diversión todo le parecía bien, pero se negaba a intervenir, y eso era otro de los muchos agravios que tenía que soportar según ella.

»Una serie de enfermeras desfilaban sin interrupción por la casa, ya que la señora Pritchard solía cansarse de ellas al cabo de pocas semanas. Una enfermera joven supo llevarle la corriente en lo de la quiromancia y durante un tiempo le tuvo gran afecto. Luego de pronto se cansó también de ella e insistió en que se marchara, y volvió a tomar a una mujer ya de edad, experimentada y con mucho tacto para tratar a neuróticos, que ya la había asistido anteriormente. La enfermera Copling, según Jorge, era una buena persona... muy sensata, con la que daba gusto hablar, y que soportaba los berrinches de nervios de la señora Pritchard con absoluta indiferencia.

»La señora Pritchard siempre comía arriba en su habitación, y por lo general Jorge y la enfermera durante el almuerzo solían preparar el plan de la tarde. Estrictamente hablando, la enfermera salía de dos a cuatro, pero «por complacer», algunas veces tomaba sus horas libres después del té cuando Jorge deseaba tener la tarde libre. En aquella ocasión le anunció que pensaba ir a Golders Green a visitar a una hermana suya y que tal vez regresaría un poco tarde. Jorge se contrarió, ya que había quedado en

ir a jugar al golf, pero la enfermera Copling le tranquilizó diciéndole:

»—No nos echará de menos, señor Pritchard —sus ojos brillaron—. La señora Pritchard va a tener una compañía mucho más excitante que la nuestra.

»—¿Quién?

»—Espere un minuto —a la enfermera Copling le brillaron los ojos más que nunca—. Déjeme decírselo bien. *Zarida. Adivinadora del Porvenir.*

»—¡Cielo santo! —rugió mi amigo—. Esa es nueva, ¿no?

»—Completamente nueva. Creo que la envía mi predecesora, la enfermera Carstairs. La señora Pritchard aún no la ha visto. Ha hecho que yo le escribiera fijando una entrevista para esta tarde.

»—Bueno, de todas maneras no pienso perderme mi partida de golf —exclamó Jorge, marchando con un sentimiento de gratitud hacia Zarida, la Adivinadora del Porvenir.

»A su regreso encontró a la señora Pritchard en un estado de gran agitación, sentada en su sillón de inválida, como casi siempre, y con un frasquito de sales en la mano, que aspiraba frecuentemente.

»—Jorge —exclamó al verle—. ¿Qué te dije yo de esta casa? ¡Desde el momento que entré en ella *sentí* que aquí *había* algo raro! ¿Acaso no te lo dije entonces?

»Conteniendo su deseo de contestar: “Siempre lo dices”, Jorge replicó:

»—No lo recuerdo.

»—Tú nunca recuerdas nada que tenga que ver conmigo. Los hombres sois extraordinariamente insensibles... pero creo que tú lo eres incluso más que la mayoría.

»—Oh, vamos, Mary querida, eso no es justo.

»—Bueno, como te decía, esa mujer lo *supo* en seguida. Casi retrocedió al pisar el umbral de esa puerta y dijo: “Aquí se respira un aire pernicioso... sí, se adivina el peligro.”

»Jorge se echó a reír con muy poco tacto.

»Su esposa cerró los ojos y aspiró profundamente el frasquito de sales.

»—¡Cómo me odias! ¡Te burlarías abiertamente aunque me estuviera muriendo!

»Jorge protestó y al cabo de unos minutos su esposa se dispuso a continuar:

»—Puedes reírte, pero voy a contártelo todo. Esta casa es peligrosa para mí... esa mujer me lo ha dicho...

»Los sentimientos de gratitud que Jorge sintiera anteriormente hacia Zarida sufrieron un cambio, pues sabía que su esposa era capaz de querer trasladarse a una casa nueva si se le encaprichaba.

»—¿Qué más te ha dicho? —le preguntó.

»—No pudo decirme mucho. ¡Estaba tan trastornada! Sólo me dijo una cosa. Yo tenía unas violetas en un vaso y las señaló exclamando: "Sáquelas de aquí. Nada de flores azules... no tenga nunca flores azules. *Las flores azules son fatales para usted... recuérdelo.*" Y ya sabes —agregó la señora Pritchard— que siempre te he dicho que el azul es un color que me repele. Siento como una especie de prevención natural hacia el color azul.

»Jorge era demasiado inteligente para hacerle observar que nunca le había oído decir semejante cosa, y en vez de ello le preguntó cómo era la misteriosa Zarida, y la señora Pritchard tuvo gran placer en describírsela con todo detalle.

»—Tiene el pelo negro y lo lleva recogido en dos rodets sobre las orejas... los ojos semicerrados con grandes ojeras oscuras... y cubre su boca y barbilla con un velo negro... habla con voz melodiosa con marcado acento... español, según creo.

»—En resumen, el aspecto acostumbrado —dijo mi amigo alegremente.

»Su esposa cerró los ojos inmediatamente.

»—Me siento muy mal —dijo—. Llama a la enfermera. La falta de comprensión me afecta mucho, y tú lo sabes demasiado bien.

»Dos días más tarde la enfermera Copling se acercó a Jorge con el rostro grave.

»—¿Quiere usted venir a ver a la señora, por favor? Acaba de recibir una carta que la ha afectado en gran manera.

»Encontró a su esposa con la carta en la mano, y al verle se la alargó.

»—Lee —le dijo.

»Jorge la leyó. Estaba escrita en un papel muy perfumado y las letras eran grandes y negras.

“He visto el Porvenir. Prevéngase antes de que, sea demasiado tarde. Tenga cuidado cuando llegue la Luna Llena. La Primavera Azul significa Aviso; la Malva Azul, Peligro, y el Geranio Azul simboliza la muerte.”

»Cuando estaba a punto de soltar la carcajada, Jorge captó la mirada de la enfermera Copling, que le hizo al mismo tiempo un rápido gesto de advertencia, y dijo bastante sorprendido: “Esa mujer trata de asustarte, Mary. De todas formas, no existen primaveras ni geranios azules.”

»Mas la señora Pritchard empezó a llorar y a decir que sus días estaban contados. La enfermera Copling salió al pasillo con Jorge.

»—Esto es una estupidez —exclamó mi amigo.

»—Supongo que lo será.

»El tono de la enfermera le sorprendió y la contempló extrañado.

»—No irá usted a creer...

»—No, no, señor Pritchard. No creo en las adivinatoras del porvenir... eso es una tontería. Lo que me extraña es el *significado* de todo esto. Las adivinatoras suelen hacer estas cosas para ver lo que pueden sacar, pero esta mujer parece querer asustar a la señora Pritchard sin sacar nada en su provecho. No veo el porqué. Y hay otra cosa...

»—¿Sí?

»—La señora Pritchard dice que esa Zarida le era ligeramente familiar.

»—¿Y qué?

»—Pues que no me gusta, señor Pritchard, eso es todo.

»—No sabía que fuera usted tan supersticiosa, señora Copling.

»—No soy supersticiosa, pero sé cuándo una cosa no tiene explicación.

»Dos días después tuvo lugar el primer incidente. Para explicárselo mejor voy a describirles la habitación de la señora Pritchard.

—Será mejor que lo haga yo —le interrumpió la señora Bantry—. Tenía las paredes empapeladas con esos papeles en los que se aplican grupos de flores formando una cenefa. El efecto es casi como estar en un jardín... aunque, desde luego, las flores no tienen lógica. Quiero decir que en la realidad no sería posible que florecieran todas al mismo tiempo.

—No te dejes llevar de tu afición a la horticultura, Dolly —le dijo su esposo—. Todos sabemos que eres una jardinera entusiasta.

—Bueno, es *absurdo* —protestó la señora Bantry—. Tener campanillas azules, narcisos, altramuces, malvas y margaritas de San Miguel reunidos en un solo grupo.

—No es nada científico —dijo sir Henry—. Pero siga con su historia.

—Bien, entre esos grupos de flores había primaveras amarillas y rosadas y... oh, pero sigue tú, Arturo, es tu historia...

El coronel Bantry volvió a coger el hilo del relato.

—Una mañana, la señora Pritchard hizo sonar el timbre violentamente. El servicio acudió corriendo... pensando que estaba *in extremis*; pero en absoluto. La encontraron muy excitada y señalando el papel de las paredes; y allí, desde luego, veíase *una primavera azul en medio de las otras*.

—¡Oh! —exclamó la señorita Helier—. ¡Qué desagradable!

—La cuestión era: ¿Había estado siempre allí? Ésa fue la sugestión de Jorge y de la enfermera, pero la señora Pritchard no se dejó convencer de ninguna manera. Ella no la había visto hasta aquella misma mañana y la noche anterior había habido Luna Llena, cosa que ya la preocupaba.

—Aquel mismo día encontré a Jorge Pritchard y me lo contó —dijo la señora Bantry—. Fui a visitar a la señora Pritchard e hice cuanto pude por ridiculizar aquel asunto, pero sin éxito. Regresé realmente preocupada, y recuerdo que encontré a Jean Instow y se lo expliqué. Jean es una muchacha extraña, y me dijo: «De modo que está muy preocupada?» Yo le contesté que la creía capaz de morir de terror... ya que era extraordinariamente supersticiosa.

»Recuerdo que Jean me sobresaltó al responderme: "Bueno, eso sería lo mejor, ¿no le parece?" Y lo dijo en un tono tan frío y extraño que, la verdad... me chocó. Claro que ahora se estila el ser franco y brutal, pero nunca me acostumbraré a ello. Jean me sonrió de un modo extraño y me dijo: "A usted no le gusta que lo diga..., pero es cierto. ¿De qué le sirve la vida a la señora Pritchard? Para nada en absoluto, y convierte en un infierno la de su esposo, y lo mejor que pudiera ocurrir es que ella se muriera de miedo." Yo le respondí: "Jorge es bonísimo con ella siempre." Y me contestó: "Sí, se merece un premio el pobrecito. Es muy atractivo Jorge Pritchard. Eso pensaba la última enfermera... aquella tan mona..., ¿cómo se llamaba? Castairs. Ésa fue la causa de que la despidiera la señora Pritchard." No me gustó que Jean dijera eso. Claro que uno no se *preguntaba*...

La señora Bantry movió la cabeza e hizo una pausa significativa.

—Sí, querida —comentó la señorita Marple plácidamente—. Uno siempre se pregunta lo que no entiende. ¿Esa señorita Instow es bonita? Y supongo que jugará al golf.

—Sí. Es una gran deportista, y muy atractiva... muy rubia, de cutis blanco y con unos preciosos ojos azules.

Desde luego, siempre hemos pensado que ella y Jorge Pritchard hubieran hecho muy buena pareja... es decir, en otras circunstancias.

—¿Y eran amigos? —preguntó la señorita Marple con interés.

—Oh, sí. Grandes amigos.

—¿Crees que podrás dejarme continuar mi historia, Dolly? —dijo el coronel Bantroy en tono plañidero y ridículo.

—Arturo —dijo la señora Bantroy con aire resignado— desea volver a sus fantasmas.

—Supe el resto de lo ocurrido por el propio Jorge —continuó el coronel—. No cabe la menor duda de que la señora Pritchard armó un alboroto terrible a finales del mes siguiente. Marcó en el calendario el día en que iba a haber luna llena, y aquella noche hizo que la enfermera y el esposo permanecieran en su habitación estudiando atentamente el papel de las paredes. Había narcisos rojos, pero ninguno azul. Luego, cuando Jorge salió de su dormitorio, ella cerró la puerta con llave...

—Y a la mañana siguiente había un gran narciso azul —dijo la señorita Helier en tono alegre.

—Cierto —replicó el coronel Bantroy—. O por lo menos casi ha acertado. Una flor de uno de los narcisos que había precisamente encima de su cabeza se había vuelto azul. Aquello asustó a Jorge, y claro, cuanto más se asustaba menos quería tomarlo en serio, e insistió en que todo aquello era una broma. Hizo caso omiso de la prueba de la puerta cerrada con llave y de que la señora Pritchard hubiera descubierto el cambio antes que nadie... ni siquiera la enfermera Copling... entrara en su habitación.

»Jorge estaba asustado y se comportó de un modo irrazonable. Su esposa deseaba abandonar la casa, y él no quiso permitirselo. Por primera vez sentíase inclinado a creer en lo sobrenatural, pero no estaba dispuesto a admitirlo. Por lo general dejaba que su esposa se saliera siempre con la suya, pero aquella vez no lo consentiría. Mary no debía ponerse en evidencia, y dijo que todo aquello era una tontería.

»Y así transcurrió rápidamente otro mes. La señora Pritchard protestó menos de lo que era de esperar. Creo que era lo bastante supersticiosa para creer que no podría escapar a su destino, y se repetía una y otra vez: La primavera azul... aviso. El narciso azul... peligro. El geranio azul... muerte. Y contemplaba por espacio de horas y horas el grupo de geranios rosados y rojos más cercano a su cama.

»Aquel asunto iba alterando los nervios de todos. Incluso la enfermera se contagió, y fue a ver a Jorge dos días antes de la luna llena para suplicarle que se llevara de allí a la señora Pritchard. Jorge se puso sumamente furioso.

»—¡Aunque todas las flores de esa condenada pared se volvieran azules no podrían de ningún modo matar a nadie! —gritó.

»—Sí que pueden. Muchas personas han muerto de *shock* antes de ahora.

»—Tonterías —repuso Jorge.

Jorge había sido siempre un poco testarudo. Era imposible dirigirle. Creo que albergaba la secreta idea de que su esposa era la autora de aquellos cambios de color y que formaba parte de alguno de sus histéricos y morbosos planes.

»Pues bien, llegó la noche fatal. La señora Pritchard cerró la puerta con llave como de costumbre. Estaba muy tranquila..., pero con una calma extraña. La enfermera se preocupó por su estado de ánimo... deseaba darle un estimulante, una inyección de estricnina, mas el señor Pritchard se negó. Creo que en cierto modo aquello divertía a su esposa. Por lo menos eso dijo mi amigo.

—Creo que es muy posible —dijo la señora Bantry—. Para ella debía tener una especie de extraño encanto.

—A la mañana siguiente no sonó violentamente el timbre. La señora Pritchard solía despertarse a las ocho. Como a las ocho y media no hubiera dado aún señales de vida, la enfermera golpeó con fuerza la puerta de su habitación, y al no obtener respuesta fue a buscar a Jorge e

insistió en que la echaran abajo. Al fin lograron abrirla con un escoplo.

»Una mirada a la figura inmóvil que yacía en la cama fue suficiente para la enfermera Copling. Corrió a llamar al médico por teléfono, pero era demasiado tarde. La señora Pritchard, según dijo, debía llevar muerta por lo menos ocho horas. El frasco de sales estaba sobre la cama junto a su mano y *en la pared uno de los geranios rosados había adquirido un intenso color azul.*

—Horrible —exclamó la señorita Helier con un estremecimiento.

Sir Henry tenía otro detalle adicional.

El coronel Bantry meneó la cabeza; mas su esposa intervino rápidamente.

—El gas.

—¿Qué hay del gas? —quiso saber sir Henry.

—Cuando llegó el médico se olía ligeramente a gas, y en la chimenea encontró un hornillo de gas ligeramente abierto; pero tan poco que no pudo haberle ocasionado la muerte.

—¿Lo notaron el señor Pritchard y la enfermera cuando entraron por primera vez?

—La enfermera dice que notó un ligero olor, y Jorge que no olió a gas, pero sí a algo que le hizo sentirse incómodo; pero lo atribuyó a la sorpresa y probablemente fue eso. De todas formas no murió por causa del gas, y el olor era casi imperceptible.

—¿Y éste es el final de la historia?

—No. Se habló mucho. Comprendan, los criados habían oído cosas... por ejemplo, que la señora Pritchard dijo a su esposo que él la odiaba y que se alegraría y reiría aunque ella se estuviera muriendo. Y también algunos comentarios más recientes. Un día había dicho, a propósito de su negativa para que abandonara la casa: «Muy bien, cuando haya muerto espero que la gente comprenda que tú me has matado.» Y dio la mala suerte de que él estuviera arreglando unas hierbas venenosas del jardín el día

antes. Uno de los criados jóvenes le vio y luego le había visto llevar un vaso de leche caliente a su esposa.

Los comentarios fueron aumentando. El médico declaró en su informe que la señora Pritchard había muerto de... *shock*, síncope, fallo del corazón o cualquier otro término médico parecido. Sin embargo, se solicitó una orden de exhumación, que fue concedida.

—Y recuerdo que el resultado de la autopsia fue nulo —dijo sir Henry en tono grave—. Por una vez, hubo humo sin fuego.

—Todo esto es realmente curioso —dijo la señora Banttry—. Por ejemplo... la adivinadora del porvenir, Zarida... ¡En la dirección que de ella tenían nunca oyeron hablar de tal persona!

—Apareció una vez... surgiendo de lo azul... —dijo su esposo—, y luego desapareció por completo. De lo azul ¡tiene gracia!

—Y lo que es más —continuó la señora Banttry—, la enfermera Carstairs, que se suponía fue quien la recomendó, nunca había oído hablar de ella.

Se miraron unos a otros.

—Es una historia misteriosa —dijo el doctor Lloyd—. Uno puede tratar de adivinar, pero para ello hay...

Meneó la cabeza.

—¿Se ha casado el señor Pritchard con la señorita Instow? —preguntó la señorita Marple con su dulce voz.

—¿Por qué lo pregunta? —quiso saber sir Henry.

La señorita Marple abrió del todo sus ojos azules.

—Me parece importante —explicó—. ¿Se han casado...?

El coronel Banttry meneó la cabeza.

—Pues, esperábamos que ocurriera... pero ya han transcurrido dieciocho meses y no creo que ni siquiera se vean a menudo.

—Eso es importante —dijo la señorita Marple—. Muy importante.

—Entonces piensa usted lo mismo que yo —intervino la señora Banttry—. Usted cree...

—Vamos, Dolly —la atajó su esposo—. Lo que vas a

decir... no tiene justificación. No podemos acusar a la gente sin la más leve sombra de prueba.

—No seas tan... tan masculino, Arturo. Los hombres siempre tenéis miedo a decir *cualquier* cosa. De todas formas, esto queda entre nosotros. Es sólo una fantástica idea que se me ha ocurrido... que Jean Instow pudo haberse disfrazado de adivinadora. Tal vez lo hiciera para gastarle una broma. No creo ni por un momento que tuviera intención de ocasionarle daño alguno; pero si lo hizo y la señora Pritchard fue lo bastante tonta como para morir de miedo... bueno, eso es lo que ha querido decir la señorita Marple, ¿no es cierto?

—No, querida, no es eso exactamente —replicó la señorita Marple—. Mire, si yo fuera a matar a alguien... lo cual, por supuesto, no lo imagino ni por un momento porque sería una maldad y además no me gusta matar... ni siquiera a las avispas, aunque sé que debe hacerse, y estoy segura de que los jardineros lo hacen tan humanamente como es posible. Pero veamos, ¿qué estaba diciendo?

—Que si usted fuera a matar a alguien... —le recordó sir Henry.

—Oh, sí. Bien, si quisiera hacerlo, no me contentaría con asustar. Leemos a menudo que la gente fallece de terror, pero lo considero un tanto incierto, y las personas más nerviosas son mucho más valientes de lo que uno cree. Preferiría algo definitivo y seguro y trazaría a conciencia un buen plan para ponerlo en práctica.

—Señorita Marple —dijo sir Henry—, me asusta usted. Espero que nunca se le ocurriera eliminarme. Sus planes serían demasiado buenos.

—Creí haber dejado bien patente que nunca sería capaz de una maldad semejante —exclamó la señorita Marple—. No, sólo intentaba situarme en el lugar de... er... de cierta persona.

—¿Se refiere a Jorge Pritchard? —preguntó el coronel Bantry—. Yo nunca creí que Jorge... aunque hasta la enfermera lo cree. Fui a verle un mes después, cuando la

exhumación. Ella ignoraba cómo lo hizo... la verdad es que no dijo nada en absoluto... pero era evidente que estaba plenamente convencida de que Jorge era responsable de la muerte de su esposa.

—Bueno —comentó el doctor Lloyd—, tal vez no anduviera muy equivocada. Permítame que le diga que una enfermera suele *saber*. No puede hablar... no tiene pruebas... pero lo *sabe*.

Sir Henry inclinóse hacia delante.

—Vamos, señorita Marple —le dijo en tono persuasivo—. Está usted perdida en sus pensamientos. ¿Por qué no nos hace partícipes de ellos?

La señorita Marple se sobresaltó, poniéndose muy colorada.

—Le ruego me perdone —replicó—. Estaba pensando en la enfermera de nuestro distrito. Un caso muy difícil.

—¿Más difícil que el problema del geranio azul?

—En realidad todo depende de las primaveras —dijo la señorita Marple—. Quiero decir, que la señora Bantry dijo que eran amarillas y rosadas. Si la que se volvió azul era de color rosa, desde luego encaja perfectamente, pero si fue una de las amarillas...

—Fue una de las rosadas —repuso la señora Bantry. Todos miraron a la señorita Marple.

—Entonces todo encaja —explicó la anciana meneando la cabeza con pesar—. La estación de las avispas y todo lo demás. Y desde luego el gas.

—Supongo que le recordará incontables tragedias ocurridas en el pueblo —dijo sir Henry.

—Tragedias no —repuso la señorita Marple—. Y desde luego nada criminal. Pero sí me recuerda ciertas complicaciones que hemos tenido con la enfermera del distrito. Después de todo, las enfermeras son seres humanos, y a pesar de tener que ser tan correctas y de llevar esos cuellos tan incómodos... bueno, ¿puede uno extrañarse de que a veces ocurran ciertas cosas?

Una tenue lucecita iluminó la mente de sir Henry.

—¿Se refiere a la enfermera Carstairs?

—Oh, no. A la enfermera *Copling*. Mire, ella ya había estado antes en la casa, y era muy adicta al señor Pritchard, que según ustedes es un hombre atractivo. Me atrevo a decir que la pobre pensó... bueno, no es necesario entrar en detalles. No creo que supiera lo de la señorita Instow, y cuando lo descubrió, quiso volverla contra él y ocasionarle todo el daño posible. Claro que la carta la delata, ¿no le parece?

—¿Qué carta?

—Pues ella escribió a la adivinadora a petición de la señora Pritchard, y la adivinadora acudió al parecer como respuesta a la carta. Pero más tarde descubrieron que en aquella dirección no existía semejante persona. Por lo tanto, eso demuestra que la enfermera *Copling* únicamente simuló escribirla... de manera que, ¿no es muy probable que fuese ella misma la adivinadora?

—No me había fijado en el detalle de la carta —comentó sir Henry—. Y desde luego es un dato muy importante.

—Un paso muy arriesgado —dijo la señorita Marple—, ya que la señora Pritchard pudo haberla reconocido a pesar de su disfraz... aunque de haber sido así, la enfermera hubiera dicho que se trataba de una broma.

—¿Qué quiso significar al decir que si usted fuera cierta persona no hubiera confiado sólo en asustar? —preguntó sir Henry.

—No se puede estar seguro de ese modo —replicó la señorita Marple—. No, yo creo que la amenaza y las flores azules fueron, si me permite emplear un término militar, un *camuflaje* —rió satisfecha.

—¿Y lo auténtico?

—Sí —dijo la señorita Marple a modo de disculpa— que tengo metida en la cabeza la idea de las avispa. Pobrecillas, son destruidas a miles... y por lo general en un día de verano tan hermoso como éste. Pero recuerdo haber pensado al ver a un jardinero mezclando cianuro de potasio en una botella de agua, que se parecía mucho a las sales. Y si se coloca en un frasco de sales sustituyéndolo por

éstas... la pobre señora tenía la costumbre de utilizar su frasquito de sales y dicen que lo encontraron junto a su mano. Luego, mientras el señor Pritchard fue a telefonear al médico, la enfermera lo cambiaría por el frasco auténtico, y abriría un poco el gas para disimular el olor a almendras. Siempre he oído decir que el cianuro no deja rastro si se espera lo suficiente. Pero es posible que me equivoque y tal vez puso algo completamente distinto en la botella; pero eso no tiene importancia, ¿verdad?

La señorita Marple hizo una pausa para cobrar aliento. Jane Helier, inclinándose hacia delante, dijo:

—Pero, ¿y el geranio azul y las otras flores?

—Las enfermeras siempre tienen papel tornasol, ¿no es cierto? —exclamó la señorita Marple—, para... bueno, para hacer pruebas. No es un tema muy agradable, y no vamos a entrar en detalles. Yo he hecho también de enfermera. —Enrojeció ligeramente—. El azul se vuelve rojo por la acción de un ácido y el rojo azul por la de un álcali. Fue fácil pegar un pedazo de papel rojo de tornasol encima de una flor roja... cerca de la cama, desde luego, y después, cuando la pobre señora destapara su frasquito de sales, las emanaciones del fuerte álcali volátil la transformaron en azul. Realmente muy ingenioso. Claro que el geranio no era azul la primera vez que entraron en la habitación... nadie se fijó en él hasta después. Cuando la enfermera cambió las botellas acercó la de las sales de álcali a la pared por espacio de un minuto.

—Parece como si hubiera estado presente, señorita Marple —dijo sir Henry.

—Lo que me preocupa —continuó la señorita Marple— es el señor Pritchard y esa muchacha tan encantadora, la señorita Instow. Probablemente sospecharían uno de otro y por ello se han ido distanciando... y la vida es tan corta.

Meneó la cabeza con pesar.

—No necesita preocuparse —replicó sir Henry—. A decir verdad, yo ya sospechaba algo. Acaba de ser detenida una enfermera acusada de haber asesinado a un anciano paciente suyo que le había dejado su herencia. Para ello

sustituyó las sales de su frasco por cianuro de potasio. La enfermera Copling quiso repetir el mismo truco. La señorita Instow y el señor Pritchard ya no pueden tener dudas.

—¿No es estupendo? —exclamó la señorita Marple—. No me refiero al nuevo crimen, desde luego. Es muy triste y demuestra la maldad que hay en el mundo y que cuando se cae una vez... bueno, eso me recuerda que *debo* terminar mi conversación con el doctor Lloyd acerca de la enfermera de mi pueblecito.

CAPÍTULO VIII

LA SEÑORITA DE COMPAÑÍA

USTED, doctor Lloyd —dijo la señorita Helier—, ¿no sabe alguna historia inteligente?

Le sonrió... con aquella sonrisa que cada noche embrojada al público que acudía al teatro. Jane Helier era llamada la mujer más hermosa de Inglaterra, y algunas de sus compañeras de profesión, celosas de ella, solían decir entre sí: «Claro que Jane no es una *artista*. No sabe *actuar*... en el verdadero sentido de la palabra. ¡Son sus ojos!»

Y sus ojos estaban en aquel momento mirando suplicantes al solterón y anciano doctor que durante los cinco últimos años había atendido todas las dolencias de los habitantes del pueblecito de Saint Mary Mead.

Con un gesto inconsciente, el médico tiró de las puntas de su chaleco (que tenía tendencia a quedársele estrecho), buscando afanosamente en su memoria algún recuerdo, para no decepcionar a la encantadora criatura que se dirigía a él con tanta confianza.

—Esta noche me gustaría sumergirme en el crimen —dijo Jane con aire soñador.

—Espléndido —exclamó su anfitrión, el coronel Banttry—. Espléndido, espléndido. —Y lanzó su potente risa militar—. ¿Eh, Dolly?

Su esposa se apresuró a atender las exigencias de la vida social (mentalmente estaba planeando qué flores plantaría la próxima primavera) y convino con entusiasmo:

—Claro que es espléndido. —Lo dijo de corazón, aunque sin saber de qué se trataba—. Siempre lo he pensado.

—¿De veras, querida? —preguntó la señorita Marple con ojos chispeantes.

—En Saint Mary Mead no tenemos muchos casos interesantes... y menos en el terreno criminal, señorita Helier —dijo el doctor Lloyd.

—Me sorprende usted —dijo sir Henry Clithering, ex comisario de Scotland Yard, volviéndose hacia la señorita Marple—. Siempre he creído, por lo que he oído decir a nuestra amiga, que Saint Mary Mead es un verdadero nido de crímenes y vicios.

—¡Oh, sir Henry! —protestó la señorita Marple, mientras sus mejillas enrojecían—. Estoy segura de no haber dicho nunca semejante cosa. Lo único que digo es que la naturaleza humana es la misma en un pueblo que en cualquier parte, sólo que uno tiene oportunidad y tiempo para estudiarla más de cerca.

—Pero *usted* no ha vivido siempre aquí —dijo Jane Helier dirigiéndose al médico—. Usted ha estado en toda clase de sitios y en diversas partes del mundo... sitios donde ocurren cosas.

—Es cierto, desde luego —dijo el doctor Lloyd pensando desesperadamente—. Sí, claro... sí... ¡Ah! ¡Ya lo tengo!

Y se inclinó en su butaca con un suspiro de alivio.

—De esto hace ya algunos años... y casi lo había olvidado. Pero los hechos fueron realmente extraños... muy extraños. Y también la coincidencia final que puso la pista en mis manos.

La señorita Helier esperó impaciente. Los demás también volvieron sus rostros hacia el doctor.

—No sé si alguno de ustedes conoce las Islas Canarias —empezó a decir el médico.

—Deben de ser maravillosas —dijo Jane Helier—. Están en los Mares del Sur, ¿no? ¿O en el Mediterráneo?

—Yo las visité camino del Africa del Sur —dijo el coronel—. Es muy hermosa la vista del Teide, en Tenerife, iluminado por el sol poniente.

—El incidente que voy a referirles —continuó el médico sucedió en la isla de Gran Canaria, no en Tenerife. De ello hace ahora muchos años. Mi salud no era muy buena y me vi obligado a dejar Inglaterra y marchar al extranjero. Estuve ejerciendo en Las Palmas, que es la capital de Gran Canaria. Allí disfruté mucho. El clima es suave y soleado, excelente playa —yo soy un bañista entusiasta— y la vida del puerto me atraía sobremanera. Barcos de todo el mundo atracaban por el muelle cada mañana, lo que me tenía más interesado que a cualquier miembro del sexo femenino que pasase por una calle de tiendas de sombreros.

»Como les decía, barcos procedentes de todas las partes del mundo atracaban en Las Palmas. Algunas veces hacían escala unas horas, y otras un día o dos. En el hotel principal, el «Metropol», podían verse gentes de todas razas y nacionalidades... aves de paso. Incluso los que se dirigían a Tenerife se quedaban unos días antes de pasar a la otra isla.

»Mi historia comienza allí, en el hotel «Metropol», un jueves por la noche, del mes de enero. Se celebraba un baile y yo contemplaba la escena sentado en una mesa con un amigo mío. Había algunos ingleses y gentes de otras nacionalidades, pero la mayoría de los que bailaban eran españoles; y cuando la orquesta inició los compases de un tango sólo media docena de parejas de esta nacionalidad permanecieron en la pista. Todos bailaban admirablemente mientras nosotros les contemplábamos. Una mujer en particular excitó vivamente nuestra admiración. Alta, delgada, hermosa e insinuante se movía con la gracia de una pantera. Había algo peligroso en ella. Así lo dije a mi compañero, que estuvo de acuerdo conmigo.

»—Las mujeres como ésta —me dijo— suelen tener historias. Mi vida se limita a pasar junto a ellas sin rozarlas.

»—La hermosura es quizá la riqueza más peligrosa —repliqué.

»—No es sólo su belleza —insistió—. Hay algo más. Mírela de nuevo. A esa mujer han de sucederle cosas o suce-

derán, por su causa. Como le digo, la vida no pasará sin rozarla, y se verá rodeada de sucesos excitantes. Sólo hay que mirarla para comprenderlo.

»Hizo una pausa y luego agregó con una sonrisa.

»—Igual que sólo hay que mirar a esas dos mujeres de ahí, para saber que nada extraordinario puede sucederles a ninguna de ellas. Han nacido para llevar una existencia segura y tranquila.

»Seguí su mirada. Las dos mujeres a las que se refería eran dos viajeras que acababan de llegar... Un buque holandés había entrado en el puerto aquella noche y sus pasajeros iban llegando al hotel.

»Al mirarlas comprendí en el acto lo que quiso decir mi amigo. Eran dos señoras inglesas... el tipo clásico de viajera inglesa que se encuentra en el extranjero. Las dos debían rayar en los cuarenta años. Una era rubia y un poquitín... sólo un poquitín llenita; la otra era morena y un poco... también sólo un poquitín inclinada a la delgadez. Estaban lo que se ha dado en llamar bien conservadas: vestían, con sencillez, ropas de buen corte e iban sin ninguna clase de maquillaje. Tenían la tranquila prestancia de la mujer inglesa, bien educadas y de buena familia. Ninguna de las dos tenía nada de particular. Eran iguales a miles de sus compatriotas: verían lo que quisieran ver y estarían ciegas a todo lo demás. Debían acudir a la biblioteca inglesa y la iglesia americana en cualquier lugar donde se encontrasen, y era probable que una de las dos pintase un poco. Como mi amigo había dicho, nada excitante o extraordinario habría de ocurrirle nunca a ninguna de las dos, aunque viajaban alrededor de medio mundo. Aparté mis ojos de ellas para mirar de nuevo a nuestra sinuosa española de provocativa mirada, y sonreí.

—¡Pobrecillas! —dijo Jane Helier con un suspiro—. Yo considero una tontería que las personas no saquen el mayor partido posible de sí mismas. Esa mujer de Bond Street... Valentine... es realmente maravillosa. Audrey Dennman es cliente suya, ¿y la han visto ustedes en "La Pendiente"? En el primer acto representa una colegiala y está realmen-

te maravillosa. Y sin embargo, Audrey tiene más de cincuenta años. A decir verdad, he sabido por casualidad que anda muy cerca de los sesenta.

—Continúe —dijo la señora Bantroy al doctor Lloyd—. Me encantan las historias de sinuosas bailarinas españolas. Me hacen olvidar lo gorda y vieja que soy.

—Lo siento —dijo el doctor Lloyd a modo de disculpa—. Pero a decir verdad, mi historia no se refiere a la española.

—¿No?

—No. Como sucede a menudo, mi amigo estaba equivocado. A la belleza española no le ocurrió nada excitante. Se casó con un empleado de una Compañía Naviera, y cuando yo abandoné la isla tenía ya cinco hijos y estaba engordando mucho.

—Igual que la hija de Israel Peters —comentó la señorita Marple—. La que se hizo actriz y tenía unas piernas tan bonitas que no tardó en lograr el papel de protagonista. Todo el mundo decía que acabaría mal, pero se casó con un viajante de comercio y se comportó siempre bien.

—El ejemplo paralelo ocurrido en el pueblo —murmuró sir Henry.

—No —continuó el médico—. Mi historia se refiere a las dos damas inglesas.

—¿Les ocurrió algo? —preguntó la señorita Helier.

—Sí... al día siguiente.

—¿Sí? —dijo la señora Bantroy intrigada.

—Al salir aquella noche, por curiosidad miré el libro de registro del hotel, y encontré sus nombres con facilidad. Señora Mary Barton y señorita Amy Durrant, de "La Dehesa" de Caughton Weir, Bucks. Qué poco imaginaba entonces lo pronto que iba a encontrar de nuevo a las poseedoras de aquellos nombres... y en qué trágicas circunstancias.

»Al día siguiente había planeado ir de excursión con unos amigos. Teníamos que atravesar la isla en automóvil, llevándonos la comida, hasta un lugar llamado (apenas lo recuerdo... ¡ha pasado tanto tiempo!) Las Nieves, una

bahía resguardada donde podíamos bañarnos si ése era nuestro deseo. Este programa se llevó a cabo casi por completo, con la excepción de que salimos más tarde de lo previsto y nos detuvimos por el camino para comer, yendo a Las Nieves después, para bañarnos antes de la hora de tomar el té.

»Al aproximarnos a la playa, percibimos en seguida una gran conmoción. Todos los habitantes del pequeño pueblecito parecían haberse reunido allí, y en cuanto nos vieron corrieron hacia el automóvil y empezaron a explicarnos lo ocurrido con gran excitación. Nuestro español no era demasiado bueno y me costó bastante entenderles, pero al fin lo logré.

»Dos señoras inglesas habían ido allí a bañarse, y una se alejó demasiado de la orilla y no pudo volver. La otra fue en su auxilio intentando traerla a la playa, pero le fallaron las fuerzas y hubiera perecido también a no ser porque un hombre salió en un bote y las recogió... aunque la primera ya no precisaba ayuda.

»Tan pronto como supe lo que ocurría aparté a la multitud y corrí hasta la playa. Al principio no reconocí a las dos mujeres. La figura rolliza enfundada en un traje de baño negro y la apretada gorra de baño verde me impidieron reconocerla cuando alzó la cabeza mirándome con ansiedad. Estaba arrodillada junto al cuerpo de su amiga tratando de hacerle torpemente la respiración artificial. Cuando le dije que era médico lanzó un suspiro de alivio y yo le ordené que fuera en seguida a una de las casas a darse una buena fricción y a ponerse ropas secas. Una de las señoras que venía con nosotros la acompañó. Me puse a trabajar para volver a la vida a la ahogada, pero era evidente que había dejado de existir, y al fin tuve que darme por vencido.

»Me reuní con los otros en la casita de un pescador donde tuve que dar la mala noticia. La superviviente se había vestido ya, y entonces la reconocí inmediatamente como una de las recién llegadas en la noche anterior. Recibió la mala nueva con bastante calma, y era evidente que

el horror de lo ocurrido la había impresionado más que cualquier otro sentimiento personal.

»—Pobre Amy —decía—. Pobre, pobrecita Amy. Había deseado tanto poder bañarse aquí. Y era muy buena nadadora; no lo comprendo. ¿Qué cree usted que pudo haber sido, doctor?

»—Posiblemente un calambre. ¿Quiere contarme exactamente lo que ha ocurrido?

»—Habíamos estado nadando las dos durante algún tiempo... unos veinte minutos. Entonces dije que iba a salir ya, pero Amy quiso seguir en el agua, de pronto la oí gritar y comprendiendo que pedía ayuda nadé hacia ella tan deprisa como pude. Cuando llegué a su lado aún flotaba, pero se agarró a mí con tanta fuerza que nos hundimos las dos, y de no haber sido por ese hombre que se acercó en el bote me hubiera ahogado yo también.

»—Eso es lo que ocurre a menudo —dije—. El salvar a cualquiera que se esté ahogando no es tarea fácil.

»—Es horrible —continuó la señorita Barton—. Llegamos ayer, y estábamos encantadas con el sol y la perspectiva de nuestras vacaciones. Y ahora... ocurre esta horrible tragedia.

»Le pregunté por los datos personales de la difunta, explicándole que haría cuanto pudiese por ella, yo que las autoridades españolas pedirían plena información. Y me los dio minuciosamente en todos los aspectos interesados, con presteza.

»La fallecida era miss Amy Durrant, su señorita de compañía, que había entrado a su servicio cinco meses atrás. Se llevaban muy bien, pero miss Durrant le habló muy poco de su familia. Quedó huérfana desde muy tierna edad y fue educada por un tío, ganándose la vida desde los veintún años.

—Y eso fue todo —continuó el doctor. Hizo una pausa y volvió a decir, esta vez con cierta intención—: Y eso fue todo.

—No lo comprendo —dijo Jane Helier—. ¿Es eso todo? Quiero decir que es muy trágico, pero no... bueno, no es

precisamente lo que a mi modo de ver las cosas yo llamo misterio.

—Yo creo que la historia no acaba ahí —interpuso sir Henry.

—No —replicó el doctor Lloyd— continúa. Desde el principio me di cuenta de que había algo extraño. Desde luego interrogué a los pescadores sobre lo que habían visto. Ellos eran testigos presenciales. Y una de las mujeres me contó una historia bastante curiosa, a la que entonces no presté atención, pero que recordé más tarde. Insistió en que la señorita Durrant no se encontraba en ningún apuro cuando gritó. La otra nadadora se había acercado a ella, según esta mujer, y deliberadamente le sumergió la cabeza debajo del agua. Como les digo, no le presté mucha atención. Era una historia fantástica, y las cosas suelen verse muy distintas desde la playa. Tal vez la señorita Barton hubiera tratado de dejarla inconsciente al ver que la otra, presa de pánico, se agarraba a ella con desesperación y que podían ahogarse las dos. Y según la historia de aquella mujer española, parecía como... bueno, como si la señorita Barton hubiera intentado en aquel momento ahogar deliberadamente a su compañera.

»Como les digo, presté poca atención a aquella historia por aquel entonces, pero más tarde acudió a mi memoria. Nuestra mayor dificultad fue averiguar algo de aquella mujer, Amy Durrant. Al parecer no tenía parientes. La señorita Barton y yo revisamos juntos sus cosas. Encontramos una dirección a la que escribimos, pero resultó ser la de una habitación que había alquilado para guardar algunas de sus pertenencias. La patrona nada sabía, y sólo la vio al alquilarle la habitación. La señorita Durrant había comentado entonces que le gustaba tener un lugar al que poder llamar suyo y al que pudiera regresar en un momento dado. Había allí un par de muebles antiguos, algunos cuadros y un baúl lleno de esas cosas que se adquieren en la subasta, pero nada personal. Había explicado a la patrona que sus padres habían muerto en la India cuando era ella un niña y que fue recogida y educada por un tío suyo

sacerdote, pero no dijo si era hermano de su padre o de su madre, de modo que el nombre no nos sirvió en absoluto de guía.

»No es que fuese un caso precisamente misterioso, pero sí poco claro. Debe de haber muchas mujeres solas, orgullosas, y en su misma posición. Entre sus cosas encontramos en Las Palmas un par de fotografías... bastante antiguas y desvaídas y que fueron recortadas para que cupieran en sus marcos respectivos, de modo que no constaba en ella el nombre del fotógrafo, y también un daguerrotipo antiguo que pudo haber sido de su madre o con más probabilidad de su abuela.

»La señorita Barton poseía, según dijo, la dirección de dos personas que le dieron referencias suyas. Una la había olvidado, pero la otra logró recordarla tras algunos esfuerzos. Resultó ser la de una señora que ahora vivía en Australia. Se la escribió, y su respuesta, que naturalmente tardó bastante en llegar, no sirvió de gran ayuda. Decía que miss Durrant había sido señorita de compañía suya por espacio de algún tiempo, cumpliendo su cometido del modo más eficiente, que era una mujer encantadora, pero nada sabía de sus asuntos particulares ni de sus parientes.

»De modo que..., como les digo, no era nada extraordinario en realidad, pero fueron las dos cosas juntas las que despertaron mis celos. Aquella Amy Durrant de quien nadie sabía nada, y la curiosa historia de la española que presencia la escena. Sí, y añadiré otra cosa: cuando me incliné por primera vez sobre el cuerpo de la ahogada y la señorita Barton se dirigía hacia las cabañas, se volvió a mirar con una expresión en su rostro que sólo puedo calificarla de intensa ansiedad..., una especie de duda angustiosa que se me quedó grabada en la mente.

»Entonces no me pareció extraño. Lo atribuí a la terrible pena que sentía por su amiga. Pero más tarde comprendí que no era por eso. Entre ellas no existía relación alguna, y por ello no podía sentir un hondo pesar. La señorita Barton apreciaba a Amy Durrant y su muerte la había sobresaltado... eso era todo.

»Pero entonces, a qué atribuir aquella inmensa angustia? Esa es la pregunta que me fue martilleando mi cerebro. No me equivoqué al interpretar aquella mirada, y casi contra mi voluntad una respuesta comenzó a tomar forma en mi mente. Supongamos que la historia de la mujer española fue cierta. Supongamos que Mary Barton hubiera intentado ahogar a sangre fría a Amy Durrant. Consigue mantenerla bajo el agua mientras simula salvarla y es rescatada por un bote. Se encuentra en una playa solitaria lejos de todas partes, y entonces aparece yo... lo último que ella esperaba. ¡Un médico! ¡Y un médico inglés! Sabe muy bien que personas que han permanecido sumergidas en el agua más tiempo que Amy Durrant han vuelto a la vida gracias a la respiración artificial. Pero ella tiene que representar su papel... y marcharse dejándome solo con su víctima. Y cuando se vuelve a mirar por última vez, su terrible angustia se refleja en su rostro. ¿Volverá a la vida Amy Durrant y *contará lo que sabe*?

—¡Oh! —exclamó Jane—. Estoy emocionada.

—Visto bajo este aspecto, el caso parece más siniestro y la personalidad de Amy Durrant se hace más misteriosa. ¿Quién era Amy Durrant? ¿Quién era ella, una señorita de compañía insignificante a quien se paga para ser asesinada por su ama? ¿Qué historia se escondía tras la fatal excursión a la playa? Había entrado al servicio de Mary Barton, la llevó consigo al extranjero y al día siguiente de su llegada ocurre la tragedia. ¡Y ambas eran dos vulgares y refinadas inglesas! La sola idea resultaba fantástica, y tuve que reconocer que me estaba dejando llevar de mi imaginación.

—¿Entonces, no hizo nada? —preguntó la señorita Helier.

—Mi querida jovencita, ¿qué podía hacer yo? No existían pruebas. La mayoría de testigos refirieron la misma historia que la señorita Barton. Yo había basado mis sospechas en una mera expresión que bien puede haber imaginado. Lo único que podía hacer e hice fue que se ampliasen las pesquisas para encontrar a los familiares de

Amy Durrant. « La próxima vez que estuve en Inglaterra fui a ver a la patrona que le alquiló la habitación, obteniendo los resultados que ya les he referido.

—Pero usted presentía que había algo extraño —dijo la señorita Marple.

El doctor Lloyd asintió.

—La mitad del tiempo me avergonzaba de pensar así. ¿Quién era yo para sospechar que aquella dama inglesa simpática y de trato amable hubiera cometido un crimen a sangre fría? Hice cuanto me fue posible para mostrarme lo más cortés con ella durante el corto espacio de tiempo que permaneció en la isla. La ayudé a entenderse con las autoridades españolas y todo lo que podía como inglés para ayudar a una compatriota en un país extranjero; y no obstante tengo el convencimiento de que supo que me desagradaba y sospechaba de ella indudablemente.

—¿Cuánto tiempo permaneció allí? —preguntó la señorita Marple.

—Creo que unos quince días. La señorita Durrant fue enterrada allí, y unos días después la señorita Barton tomó un barco de regreso a Inglaterra. El golpe la había trastornado tanto que no se sentía con ánimo de pasar el invierno allí, como había planeado al emprender el viaje. Eso es lo que dijo.

—¿Y parecía afectada? —quiso saber la señorita Marple.

El doctor vaciló.

—Bueno, no creo que ello afectara su aspecto personal —replicó con ciertas precauciones.

—¿No engordaría por casualidad? —insistió la señorita Marple.

—¿Sabe? Es curioso que usted diga eso. Ahora que vuelvo a pensarlo, creo que tiene razón. Sí... si es que varió en algo... es en que parecía haber engordado un poco.

—Qué horrible —dijo Jane Helier con un estremecimiento—. Es como... como engordar con la sangre de la propia víctima.

—Y no obstante, por otro lado, es posible que la esté haciendo víctima de una injusticia —prosiguió el doctor Lloyd—. Antes de marchar me dijo algo que me puso sobre una pista completamente distinta. Debe de haber, y yo creo que las hay, conciencias que obran muy lentamente... y que tardan algún tiempo en despertar de la monstruosidad del delito cometido.

»Fue la noche antes de que partiera de las Canarias. Me había pedido que fuera a verla y me agradeció calurosamente todo lo que había hecho por ella. Yo, como es de suponer, quité importancia al asunto, diciendo que hice únicamente lo natural dadas las circunstancias, etcétera, etc. Después hubo una pausa, y de pronto me hizo una pregunta.

»—¿Usted cree —me dijo— que alguna vez está justificado el tomarse la justicia por propia mano?

»Le contesté que era una pregunta difícil de contestar, pero que en conjunto yo creía que no. Que la ley era la ley, que debíamos someternos a ella.

»—¿Incluso cuando es importante?

»—No la comprendo a usted.

»—Es difícil de explicar; pero uno puede hacer algo que esté considerado como definitivamente equivocado... que sea considerado incluso un crimen, por una razón muy buena y justificada.

»Le repliqué secamente que algunos criminales lo habían pensado al cometer sus crímenes, y se horrorizó.

»—Pero eso es horrible —murmuró—. Horrible.

»Y luego, cambiando de tono, me pidió que le diera algo que la hiciera dormir, ya que no había podido hacerlo últimamente... desde... desde que sufrió aquel terrible golpe.

»—¿Está segura de que es esto? ¿No le ocurre nada? ¿No hay algo que torture su mente?

»Me contestó furiosa y con recelo.

»—Le he dicho que sufro de insomnio.

»—Las preocupaciones son muchas veces la causa del insomnio —dije en tono ligero.

»Pareció reflexionar unos momentos.

»—¿Se refiere a las preocupaciones del porvenir o las del pasado que ya no tienen remedio?

»—A cualquier preocupación.

»Sería inútil preocuparse por el pasado. No puede volver... ¡Oh!, ¿para qué? No hay que pensar. No se debe pensar.

»Le receté un somnífero y me despedí. Luego estuve pensando en lo que acababa de decirme. «No puede volver...» ¿El qué? ¿A quién?

»Creo que esta última entrevista me predispuso en cierto modo para lo que iba a suceder. Yo no lo esperaba, por supuesto, pero cuando ocurrió, no me sorprendí. Porque Mary Barton me había dado la impresión de ser una mujer consciente... no una pecadora sin voluntad, sino una mujer de convicciones firmes, que actuaría según ellas, y que no cesaría mientras siguiera creyendo en ellas. Imaginé que durante nuestra última conversación empezó a dudar de sus propias convicciones. Sus palabras me hicieron creer que empezaba a sentir la comezón de ese terrible perseguidor del alma... el remordimiento... y cuando nace...

»La cosa sucedió en Cornualles, en un pequeño balneario bastante desierto en aquella época del año. Debía... ser... veamos... a últimos de marzo, y lo leí en los periódicos. Una señora se había hospedado en un pequeño hotel de aquel lugar... una tal señorita Barton, que se mostró muy extraña en su comportamiento, cosa que fue observada por todos. Por la noche paseaba de un lado a otro de su habitación, hablando sola y sin dejar dormir a las personas que ocupaban los dormitorios contiguos al suyo. Un día llamó al vicario y le dijo que tenía que comunicarle algo de la mayor importancia y que había cometido un crimen. Y luego, en vez de continuar, se puso en pie violentamente diciéndole que iría a verlo otro día. El vicario la consideró una perturbada mental y no tomó en serio su grave acusación.

»A la mañana siguiente se descubrió que había desa-

parecido de su habitación, donde había dejado una nota dirigida al juez, y que decía lo siguiente:

»Ayer intenté hablar con el vicario para confesarme, pero no pude. Ella no me deja. Sólo puedo remediarlo de una manera... dando mi vida por la suya; y debo perderla del mismo modo que ella. Yo también debo ahogarme en el mar. Creí hacerlo justificadamente. Ahora comprendo que no era así. Si deseo el perdón de Amy debo ir allí. No se culpe a nadie de mi muerte. — Mary Barton.

»Sus ropas fueron encontradas en una cueva cercana a la playa, al parecer se había desnudado allí y nadado resueltamente mar adentro donde la corriente era peligrosa, ya que arrastraba hasta el sur de la costa.

»El cadáver no fue recobrado, pero al cabo de un tiempo se la dio por muerta. Era una mujer rica, resultó tener más de cien mil libras. Puesto que murió sin hacer testamento, todo fue a parar a manos de sus parientes más próximos... unos primos que vivían en Australia. Los periódicos hicieron alguna discreta alusión a la tragedia ocurrida en las Islas Canarias, y exponiendo la teoría de que la muerte de la señorita Durrant había trastornado la razón de su amiga. En la encuesta se pronunció el veredicto acostumbrado de *Suicidio cometido en un rapto de locura*.

»Y de este modo cayó el telón sobre la tragedia de Amy Durrant y Mary Barton.

Hubo una larga pausa y luego Jane Helier dijo conteniendo el aliento:

—Oh, pero no debe detenerse ahí... precisamente en el momento más interesante. Continúe.

—Pero comprenda, señorita Helier, esto no es un serial. Sino la vida real, y en la vida real las cosas se detienen inesperadamente.

—Pero yo no quiero que se detenga —dijo Jane—. Quiero saber.

—Ahora es cuando debe hacer uso de su inteligencia, señorita Helier —explicó sir Henry—. ¿Por qué asesinó Mary Barton a su señorita de compañía? Ése es el problema que nos ha planteado el doctor Lloyd.

—Oh —replicó la aludida—, pudo ser asesinada por muchísimas razones. Quiero decir... oh, no lo sé. Tal vez se saliera de sus casillas, o tuviera celos, aunque el doctor Lloyd no haya mencionado a ningún hombre, pero es posible que durante el viaje en barco... bueno, ya sabe usted lo que dice todo el mundo de los buques y los viajes por mar.

La señorita Helier se detuvo por falta de aliento, mientras todo su auditorio pensaba que el exterior de la encantadora cabeza de Jane era muy superior a su inteligencia.

—A mí me gustaría hacer mil sugerencias —dijo la señora Bantry—, pero supongo que debo limitarme a una. Bueno, yo creo que el padre de la señorita Barton haría fortuna arruinando al de Amy Durrant, y Amy determinó vengarse. Oh, no, tendría que haber sido al revés. ¡Qué pesado! ¿Por qué la rica dama asesinó a su humilde señorita de compañía? Ya lo tengo. La señorita Barton tenía un hermano joven que se enamoró perdidamente de Amy Durrant. La señorita Barton espera su oportunidad... cuando Amy salga al mundo, y la toma como señorita de compañía y la lleva a Canarias para llevar a cabo su venganza. ¿Qué tal?

—Excelente —dijo sir Henry—. Sólo que ignorábamos que la señorita Barton tuviera un hermano joven.

—Eso lo he deducido —replicó la señora Bantry—. A menos que tuviera un hermano menor, no veo que exista motivo. De modo que debía tenerlo. ¿No lo ve usted así, Watson?

—Todo esto está muy bien, Dolly —dijo su esposo—. Pero es sólo una mera conjetura.

—Claro —repuso la señora Bantry—. Es todo lo que podemos hacer... adivinar. No tenemos la menor pista. Adelante, querido, ahora te toca a ti.

—Les doy mi palabra de que no sé qué decir. Pero creo que la sugerencia de la señorita Helier acerca de que debía haber un hombre por medio la considero acertada. Esas mujeres siempre pierden la cabeza por un hombre bien parecido. Se oye decir una vez y otra.

—Creo que debemos tratar de encontrar una explicación un poco más plausible —dijo sir Henry—, aunque admito que también es sólo una conjetura. Yo sugiero que la señorita Barton fue siempre una desequilibrada mental. Existen más casos así de los que pueden imaginar. Su manía fue aumentando y empezó a creer que su obligación era librar al mundo de ciertas personas... posiblemente de las «mujeres desgraciadas». No sabemos gran cosa del pasado de la señorita Durrant. De modo que es muy posible que *tuviera* un pasado... «desgraciado». La señorita Barton lo averigua y decide exterminarla. Más tarde, su crimen empieza a preocuparla y se siente abrumada por los remordimientos. Su fin demuestra que estaba completamente desequilibrada. Ahora dígame si está de acuerdo conmigo, señorita Marple.

—Me temo que no, sir Henry —replicó la señorita Marple sonriendo para disculparse—. Creo que su fin demuestra que había sido una mujer inteligente y resuelta.

Jane Heiler la interrumpió lanzando un grito.

—¡Oh! ¡Qué tonta he sido! ¿Puedo probar otra vez? Claro que debió ser eso. ¡Chantaje! La señorita de compañía le estaba haciendo víctima de sus chantajes. Sólo que no comprendo por qué dice la señorita Marple que fue una mujer inteligente por el hecho de suicidarse. No lo comprendo en absoluto.

—¡Ah! —exclamó sir Henry—. Es que la señorita Marple conoce un caso exactamente igual ocurrido en Saint Mary Mead.

—Usted siempre se burla de mí, sir Henry —repuso la señorita Marple con aire de reproche—. Debo confesar que me recuerda un poco, sólo un poco, a la anciana Trout. Cobró las pensiones de tres ancianas fallecidas en distintas parroquias.

—Me parece un crimen muy complicado y muy provechoso —dijo sir Henry—; pero no me parece que arroje ninguna luz sobre el problema presente.

—Claro que no —replicó la señorita Marple—. Para usted... no. Pero algunas de las familias eran muy pobres, y la pensión de las ancianas representaba mucho para los niños. Sé que es difícil de entender para los extraños. Pero lo que quiero hacer resaltar es que todo se basó en que una anciana es totalmente parecida a cualquier otra.

—¿Eh? —preguntó sir Henry intrigado.

—Siempre me explico mal. Lo que quiero decir es que cuando el doctor Lloyd descubrió a esas dos señoras no sabía quién era quién, ni supongo que lo supiera tampoco nadie del hotel. Desde luego, lo hubieran sabido al cabo de uno o dos días, pero al día siguiente una de las dos pereció ahogada y si la superviviente dijo que era la señorita Barton, no creo que a nadie se le ocurriera dudarlo.

—Usted cree... ¡Oh! Ya comprendo —dijo sir Henry despacio.

—Es el único medio natural de pensarlo. Nuestra querida señora Bantry acaba de empezar a hacerlo ahora. ¿Por qué *habría* de matar una mujer rica a su humilde acompañante? Es mucho más lógico que fuera al contrario. Quiero decir... que es así como suelen suceder las cosas.

—¿Sí? —comentó sir Henry—. Me sorprende usted sobremedida.

—Pero claro —prosiguió la señorita Marple—, luego tuvo que usar la ropa de la señorita Barton, que probablemente debía estarle un tanto estrecha, por lo que daría la impresión de haber engordado un poco. Por eso hice esa pregunta. Un caballero seguramente pensaría que estaba aumentando de peso y no que la ropa le quedaba pequeña... aunque no sea éste el modo correcto de explicarlo.

—Pero si Amy Durrant asesinó a la señorita Barton, ¿qué ganaba con ello? —quiso saber la señorita Bantry—. No podía mantener la ficción indefinidamente.

—Sólo la mantuvo por espacio de un mes aproximada-

mente —indicó la señorita Marple—. Y durante este tiempo supongo que viajaría, manteniéndose alejada de todo el que pudiera conocerla. Eso es lo que quise significar al decir que una mujer de cierta edad resultaba muy parecida a cualquier otra. No creo que ni siquiera notasen la distinta fotografía de su pasaporte... ya saben ustedes lo malas que son. Y luego, en marzo, marchó a ese balneario de Cornish, donde comenzó a actuar de un modo extraño, a atraer la atención de la gente para que cuando encontrasen sus ropas en la playa y leyeran su última carta llegaran a la conclusión de más sentido común.

—¿Y para qué...? —preguntó sir Henry.

—Que se había suicidado —replicó la señorita Marple—. Eso es lo que hubiera saltado a la vista de todos gracias a la cantidad de señuelos falsos tendidos para apartarles de la verdadera pista... incluyendo el detalle de la comedia del arrepentimiento. Pero *nadie se suicidó*.

—¿Quiere usted decir...? —preguntó la señorita Banttry—. ¿Quiere decir que no hubo tal arrepentimiento? ¿Y que... que no se ahogó?

—¡Ella no! —replicó la señorita Marple—. Igual que la señora Trout. Ella también supo preparar muchos señuelos falsos, pero no contó conmigo. Yo sé ver a través del fingido remordimiento de la señorita Barton. ¿Ahogarse ella? Se marchó a Australia, y no temo equivocarme.

—No se equivoca, señorita Marple. —dijo el doctor Lloyd—. Tiene razón. Otra vez me deja usted sorprendido. Vaya, aquel día en Melbourne hubieran podido tirarme al suelo de un soplo.

—¿Era eso a lo que se refería usted al hablar de una confidencia final?

El doctor Lloyd asintió.

—Sí, tuvo muy mala suerte la señorita Barton... o la señorita Amy Durrant... o como quieran llamarla. Durante algún tiempo fui médico de un barco y al desembarcar en Melbourne, la primera persona que vi cuando paseaba por allí fue la señora que yo creía que se había ahogado en Cornualles. Ella comprendió que su juego estaba descubier-

to por lo que a mí se refería, e hizo lo más osado que se le ocurrió... convertirme en su confidente. Era una mujer extraña, completamente desprovista de moralidad. Era la mayor de nueve hermanos, todós muy pobres. En una ocasión pidieron ayuda a su prima rica, que vivía en Inglaterra, siendo rechazados, y la señorita Barton se peleó con su padre. Necesitaban dinero desesperadamente, ya que los tres niños más pequeños estaban delicados y necesitaban un costoso tratamiento médico. Parece ser que entonces Amy Barton trazó el plan de su crimen a sangre fría. Marchó a Inglaterra, ganando su pasaje trabajando como niñera, y obtuvo su empleo de señorita de compañía con la señorita Barton, haciéndose llamar Amy Durrant. Alquiló una habitación en la que se puso algunos muebles para crearse una cierta personalidad. El plan de simular un suicidio fue una inspiración repentina. Había estado esperando que se le presentara alguna oportunidad. Luego de representar la escena final del drama regresó a Australia, al mismo tiempo que ella y sus hermanos heredaban todo el dinero de la señorita Barton como parientes más próximos.

—Un crimen osado y perfecto —dijo sir Henry—. Casi el crimen perfecto. De haber sido la señorita Barton quien muriera en las Canarias, las sospechas hubieran recaído en Amy Durrant y se hubiese descubierto su parentesco con la familia Barton; pero el cambio de identidad y el doble crimen, como podemos llamarle, evitó esa posibilidad. Sí, casi fue un crimen perfecto.

—¿Qué fue de ella? —preguntó la señora Bantry—. ¿Cómo intervino en el asunto, doctor Lloyd?

—Me encontraba en una posición muy curiosa, señora Bantry. Pruebas, tal como las entiende la Ley, tenía muy pocas todavía. Y también, como médico, me di cuenta de que, a pesar de su aspecto vigoroso y robusto, aquella mujer no iba a vivir mucho. La acompañé a su casa y conocí al resto de los hermanos... una familia encantadora que adoraba a su hermana mayor sin tener la menor idea de que hubiese cometido un crimen. ¿Por qué llenarles de pena

si no podía probar nada? La confesión de aquella mujer no fue oída por nadie más que por mí, y dejé que la Naturaleza siguiera su curso. La señorita Amy Barton falleció seis meses después de mi último encuentro con ella. Y a menudo me he preguntado si vivió alegre y sin arrepentimiento hasta que le llegó su fin.

—Seguramente no —dijo la señora Bantry.

—Yo creo que sí —dijo la señorita Marple—. Como la señora Trout.

Jane Helier estremeciése.

—Vaya —dijo—. Es muy emocionante. Aunque aún no entiendo quién ahogó a quién, y qué tiene que ver esa señora Trout con todo eso.

—No tiene nada que ver, querida —replicó la señorita Marple—. Fue sólo una persona... y no precisamente agradable que vivía en el pueblo.

—¡Oh! —exclamó Jane—. En el pueblo. Pero si en los pueblos nunca ocurre nada, ¿no es cierto? —Suspiró—. Estoy segura de que si viviera en un pueblo sería tonta de remate.

CAPÍTULO IX

LOS CUATRO SOSPECHOSOS

LA conversación giró alrededor de crímenes insolubles, cuyos autores no recibieron el castigo merecido. Cada uno por turno fue dando su opinión; el coronel Bantry; su esposa simpática y gordinflona; Jane Helier, el doctor Lloyd, e incluso la señorita Marple. El único que no habló fue el que estaba más capacitado para ello. Sir Henry Clithering, ex comisario de Scotland Yard, permaneció silencioso, retorciendo su bigote... o más bien dicho, tirando de él... y con una media sonrisa en sus labios, como si le divirtiera algún pensamiento interno.

—Sir Henry —le dijo al fin la señora Bantry—. Si no dice usted algo, gritaré. ¿Hay muchos crímenes que quedan impunes, o no?

—Usted piensa en los titulares de la Prensa, señora Bandy. SCOTLAND YARD FRACASA DE NUEVO. Y a continuación la lista de crímenes que siguen.

—Que en realidad deben de sumar un porcentaje muy pequeño, supongo —dijo el doctor Lloyd.

—Sí. Los cientos de crímenes que se resuelven rara vez se pregonan. Por eso no es precisamente lo que discutimos. Los crímenes no *descubiertos*, y los crímenes *impunes*, son dos cosas distintas por completo. En la primera categoría entran todos los crímenes de los que Scotland Yard ni siquiera se entera..., los que nadie sabe que se hayan cometido.

—Pero supongo que no debe haber muchos de éstos —dijo la señora Bantry.

—¿No?

—¡Sir Henry! ¿No querrá usted decir que sí los hay?

—Yo creo —dijo la señorita Marple pensativa— que deben de haber muchísimos.

La encantadora anciana, con su aire tranquilo y anticuado, hizo esta declaración con la mayor calma.

—Mi querida señorita Marple —dijo el coronel Bantry.

—Claro que muchas personas son estúpidas —dijo la señorita Marple—. Y a las personas estúpidas se las descubre hagan lo que hagan. Pero también hay muchas que no lo son, y uno se estremece al pensar lo que serían capaces de hacer de no poseer principios muy arraigados.

—Sí —replicó sir Henry—. Hay muchísimas personas que no son estúpidas. Muchas veces un crimen llega a descubrirse por un fallo insignificante y cada vez uno se hace la misma pregunta. De no haber sido por aquel fallo, ¿hubiese llegado a descubrirse?

—Pero esto es muy serio, Clithering —dijo el coronel Bantry—. Pero que muy serio.

—¿Sí?

—¿Qué quiere usted decir? ¡Lo es! Claro que es serio.

—Usted dice que hay crímenes que quedan impunes; pero, ¿acaso es cierto? Tal vez no reciban el castigo de la Ley; pero la causa y el efecto actúan aun fuera de la Ley. El decir que cada crimen lleva en sí su propio castigo parecerá una vulgaridad, y no obstante en mi opinión nada hay más cierto.

—Tal vez —dijo el coronel Bantry—. Pero eso no altera la seriedad... la... la seriedad... —Se detuvo desorientado.

Sir Henry Clithering sonrió.

—El noventa y nueve por ciento sin duda piensa como usted —le dijo—. Pero, ¿sabe usted?, no es la culpabilidad lo importante..., sino la inocencia. Eso es lo que nadie comprende.

—No lo entiendo —exclamó Jane Helier.

—Yo sí —replicó la señorita Marple—. Cuando la señora Trent descubrió que le faltaba media corona que llevaba en el bolso, la persona más afectada fue la mujer que les hacía la limpieza, la señora Arthur. Desde luego los Trent pensaron que había sido ella, pero por ser personas amables y sabiendo que tenía una familia numerosa y un marido aficionado a beber, pues... naturalmente no quisieron tomar medidas extremas. Pero cambiaron totalmente su actitud hacia ella; ya no la dejaban al cuidado de la casa cuando se ausentaban, y otras personas empezaron a comportarse con ella de un modo semejante. Y luego se descubrió de pronto que había sido la institutriz. La señora Trent la descubrió a través de una puerta que se reflejaba en el espejo. Por pura casualidad... a la que yo prefiero llamar Providencia. Y creo que eso es lo que quiere decir sir Henry. La mayoría de personas se hubieran interesado únicamente por quién cogió el dinero, que resultó ser la más insospechada... como en las novelas policíacas. Pero la verdadera persona para quien el averiguarlo era cuestión de vida o muerte, fue la pobre señora Arthur, que no había hecho nada. Eso es lo que quiso usted decir, ¿verdad, sir Henry?

—Sí, señorita Marple, ha dado usted en el clavo. La asistentá de su historia tuvo suerte en el instante que se descubrió el hurto y brilló su inocencia. Pero algunas personas pueden pasar toda su vida oprimidas por el peso de una sospecha completamente injusta.

—¿Se refiere usted a algún caso en particular, sir Henry? —preguntó la señora Bantry con astucia y con verdadera curiosidad.

—Pues a decir verdad, sí, señora Bantry. Y a uno muy curioso. Un caso en que creíamos se había cometido un crimen, pero no teníamos la más remota posibilidad de probarlo.

—Veneno, supongo —exclamó Jane—. Algo que no deja rastro.

El doctor Lloyd se removió inquieto y sir Henry meneó la cabeza.

—No, querida señorita. ¡No fue el veneno secreto de las flechas de los indios sudamericanos! ¡Ojalá *hubiera sido* algo de esa clase. Tuvimos que habérnoslas con algo mucho más prosaico... tanto, en realidad, que no cabe la esperanza de dar con su autor. Un anciano que cayó por la escalera desnucándose; uno de tantos lamentables accidentes que ocurren a diario.

—¿Y qué sucedió en realidad?

—¿Quién puede decirlo? —Sir Henry encogióse de hombros—. ¿Le empujaron por detrás? ¿Ataron un cordón de lado a lado de la escalera que luego fue quitado cuidadosamente? Eso nunca lo sabremos

—Pero usted cree que... bueno, que no fue un accidente ¿Por qué? —quiso saber el médico

—Ésa es una historia bastante larga, pero bueno, sí, estamos casi seguros. Como les digo, no hay posibilidad de poder culpar a nadie... las pruebas serían vagas... Pero existe otro aspecto del caso... aquel de que hablábamos antes Hay cuatro personas que pudieron haberlo hecho: Una es culpable, *pero las otras tres son inocentes* Y a menos que se averigüe la verdad, permanecerán bajo la terrible sombra de la duda

—Creo —dijo la señora Bantry— que será mejor que nos cuente usted toda la historia

—En realidad no es necesario hacerla tan larga —replicó sir Henry— Puedo resumir el principio Se refiere a una secreta sociedad alemana: «La Mano Vengadora...», algo parecida a la «Camorra», o a la idea que la gente tiene de ella Un plan de chantaje y terrorismo La cosa empezó repentinamente después de la guerra, y se fue extendiendo con sorprendente rapidez, siendo numerosas las personas víctimas de la organización Las autoridades no pudieron disolverla, ya que sus secretos eran guardados celosamente, y era casi imposible encontrar a nadie que quisiera traicionarles.

»En Inglaterra no tuvo grandes consecuencias, pero en Alemania iba causando un efecto paralizador. Al fin fue disuelta gracias a los esfuerzos de un hombre, un tal doctor

Rosen, que en un tiempo fue muy notable en el Servicio Secreto. Se hizo miembro de la sociedad, penetró en el círculo más íntimo y fue, como les digo, el instrumento que la desmoronó.

»Pero, en consecuencia, se convirtió en un hombre marcado y tuvo que abandonar Alemania... por lo menos durante algún tiempo. Se vino a Inglaterra, y la policía de Berlín nos escribió hablándonos de él. Se entrevistó personalmente conmigo y su punto de vista era resignado y desesperado a la vez. No le cabía la menor duda de lo que le reservaba el futuro.

»—Me cogerán, sir Henry —me dijo—. No existe la menor duda. —Era un hombre alto, de hermosa cabeza y voz profunda, que sólo dejaba adivinar su nacionalidad por su ligera pronunciación gutural—. Es una conclusión prevista. No me importa, estoy preparado. Ya afronté ese riesgo al emprender esta empresa. He hecho lo que me propuse. La organización no podrá volver a levantarse, pero quedan muchos de sus miembros en libertad y se vengarán de la única manera que pueden... con mi vida. Es sólo cuestión de tiempo; pero desearía alargarlo lo más posible. Estoy recogiendo y editando material muy interesante... el resultado de toda mi vida de trabajo. Y de ser posible, me gustaría poder completar mi tarea.

»Habló con sencillez, pero con cierta grandeza que no pude dejar de admirar. Le dije que tomaríamos toda clase de precauciones, pero no me dejó insistir.

»—Algún día, más pronto o más tarde, me cogerán —repetía—. Y cuando ese día llegue, no se preocupe. No me cabe la menor duda de que habrá hecho todo lo posible por evitarlo.

»Luego me expuso sus planes, que eran bastante sencillos. Se proponía adquirir una casita en el campo donde vivir tranquilamente y continuar su trabajo. Al fin escogió un pueblecito de Somerset... King's Gnaton, situado a unas siete millas de la estación de ferrocarril y singularmente apartado de la civilización. Compró una casita preciosa en la que llevó a cabo algunas reformas y mejoras e

instalóse en ella muy contento, con su sobrina Greta, un secretario, una vieja criada alemana que le había servido fielmente por espacio de casi cuarenta años, y un jardinero nativo de King's Gnaton.

—Los cuatro sospechosos —dijo el señor Lloyd con voz apagada.

—Exacto. — Los cuatro sospechosos. No hay mucho más que decir. La vida transcurrió apaciblemente en King's Gnaton por espacio de cinco meses y entonces ocurrió la desgracia. El doctor Rosen se cayó una mañana por la escalera, y fue encontrado muerto media hora más tarde. En el momento en que debió ocurrir el accidente Gertrud estaba en la cocina con la puerta cerrada y no oyó nada... o por lo menos *eso dice*. La señorita Greta se hallaba en el jardín plantando unos bulbos... también *según dice*. El jardinero, Dobbs, en el cobertizo, desayunando... *según dice*; y el secretario había ido a dar un paseo y tampoco tenemos otra cosa mejor que su palabra. Nadie tiene una coartada ni es capaz de atestiguar la declaración de los demás. Pero una cosa es *cierta*. Nadie del exterior pudo hacerlo, ya que un extraño hubiera sido notado sin falta en el pueblecito de King's Gnaton. La puerta principal y la de atrás estaban cerradas, y cada uno de los habitantes de la casa tenía su llave. De modo que ya ven que los sospechosos se reducen a estos cuatro. Greta, la hija de su propio hermano. Gertrud, que llevaba cuarenta años sirviéndole fielmente. Dobbs que nunca había salido de King's Gnaton, y Carlos Templeton, el secretario.

—Sí —intervino el coronel Bantry—. ¿Qué nos dice de él? A mí me parece el más sospechoso. ¿Qué sabía usted de él?

—Pues lo que sé de él es lo que le deja completamente al margen de sospechas... por lo menos de momento —dijo sir Henry en tono grave—. Carlos Templeton era uno de mis hombres.

—¡Oh! —exclamó el coronel Bantry visiblemente sorprendido.

—Sí. Quise tener a alguien en la casa, y al mismo tiem-

po que no llamara la atención en el pueblo. Rosen realmente necesitaba un secretario, y yo le proporcioné a Templeton. Es un caballero, habla el alemán a la perfección y es, en conjunto, un individuo muy capacitado.

—Pues entonces, ¿de quién sospecha usted? —preguntó la señora Bantry con extrañeza—. Todos parecen tan... buenos, tan imposibles.

—Sí, eso parece. Pero podemos considerar el caso desde un ángulo distinto. La señorita Greta era su sobrina y una muchacha encantadora, pero la guerra nos ha demostrado a menudo que un hermano puede volverse contra su hermana, un padre contra su hijo, etcétera, etcétera, y que las más encantadoras y gentiles jovencitas fueron capaces de cosas sorprendentes. Lo mismo puede aplicarse a Gertrud, y quién sabe qué otros factores pudieron obrar en su caso. Tal vez una disputa con su amo, un creciente resentimiento más intenso, debido a los largos años de fidelidad. Las mujeres que cuentan tantos años y pertenecen a esa clase, algunas veces viven muy amargadas. ¿Y Dobbs? ¿Queda eliminado por no tener relación alguna con la familia? Con dinero se consiguen muchas cosas. Pudieron aproximarse a él de algún modo y sobornarle.

»Una cosa parece segura: debió llegar algún mensaje u orden del exterior, de otro modo, ¿por qué aquellos cinco meses de espera? No, los agentes de «La Mano Vengadora» debieron estar trabajando. No estarían seguros de la perfidia de Rosen, y debieron retrasar su venganza hasta comprobar su traición sin ningún género de dudas. Y luego, una vez desaparecidas éstas, debieron enviar su mensaje al espía que tenían dentro de su misma casa... el mensaje que decía: «Mata».

—¡Qué horror! —dijo Jane Helier con un estremecimiento.

—Pero, ¿cómo llegaría el mensaje? Ése es el punto que traté de aclarar... como única esperanza para resolver mi problema. Una de esas cuatro personas debió aproximarse a alguien o comunicarse con ellos de alguna manera. Tan

pronto como llegara la orden sería ejecutada sin la menor dilación, eso lo sabía. Era la particularidad de «La Mano Vengadora».

»Me puse a trabajar de tal forma que probablemente les parecerá ridícula y meticulosa. ¿Quiénes habían estado en la casa aquella mañana? No descarté a nadie. Aquí está la lista.

Y sacando un sobre de su bolsillo escogió un papel entre los que contenía.

—*El carnicero*, que trajo la carne de ternera. Hice averiguaciones y resultaron exactas.

—*El chico del colmado*, fue a llevar un paquete de harina de maíz, dos libras de azúcar, una de mantequilla y otra de café. Mis comprobaciones resultaron ciertas.

—*El cartero*, trayendo dos circulares para la señorita Rosen, una carta de la localidad para Gertrud, tres para el doctor Rosen, una con sello extranjero, y dos para el señor Templeton, una de ellas también con sello extranjero.

Sir Henry hizo una pausa y luego extrajo varios documentos del sobre.

—Tal vez les interese verlos. Me fueron entregados por los interesados, o recogidos del cesto de los papeles. No necesito decirles que fueron examinados por los expertos para ver si se encontraban en ellos rastros de tinta invisible, etcétera. Pero no se ha encontrado nada.

Todos se agruparon para mirar. Las circulares eran de un jardinero y de un establecimiento de Londres muy importante. Las dos cartas dirigidas al doctor Rosen contenían una factura de las semillas adquiridas a un jardinero local para su jardín y la otra de una papelería de Londres. La carta dirigida a él y que voy a leerles, decía lo siguiente:

Mi querido Rosen: Acabo de regresar de Helmuth Spath's. El otro día vi a Edgar Jackson. Él y Amos Perry acaban de llegar de Tsingtau. Con toda sinceridad no puedo decir que envidie su viaje. Envíame pronto noticias tuyas. Como ya dije antes: Guárdate de cierta persona.

Ya sabes a quién me refiero, aunque no estés de acuerdo conmigo. Tuya,

GEORGINA

—El correo del señor Templeton consistía en esta factura, que como ustedes ven, la envía su sastre, y una carta de un amigo suyo de Alemania —prosiguió sir Henry—. Esta última, desgraciadamente, la rompió durante su paseo. Y por último tenemos la carta que recibiera Gertrud.

Querida señora Swartz: Esperamos que pueda usted asistir a la reunión del viernes por la noche; el vicario dice que tiene la esperanza de verla entre nosotros... será usted bien venida. La receta del jamón era estupenda y le doy las gracias por ella. Confiando en que se encuentre bien de salud y podamos verla el viernes, queda de usted afectísima,

EMMA GREENE.

El doctor Lloyd sonrió amable, al igual que la señora Bantry.

—Creo que esta última carta puede eliminarse —dijo el doctor Lloyd.

—Yo opino lo mismo —replicó sir Henry—; pero tomé la precaución de comprobar que existía esa tal señora Greene y que se celebraba la reunión. Ya saben, nunca se toman bastantes.

—Esto es lo que dice siempre nuestra amiga la señorita Marple —comentó el doctor Lloyd sonriendo—. Está usted ensimismada, señorita Marple. ¿En qué piensa? La veo preocupada.

La aludida se sobresaltó.

—¡Qué tonta soy! —exclamó—. Me estaba preguntando por qué en la carta del doctor Rosen la palabra Sinceridad estaba escrita con mayúscula.

La señora Bantry exclamó:

—Es cierto. ¡Oh!

—Sí, querida —repuso la señorita Marple—. ¡Pensé que usted lo notaría!

—En esa carta hay un aviso definitivo —dijo el coronel Bantry—. Es lo primero que me llamó la atención. Me fijó más de lo que ustedes creen. Sí, un aviso definitivo..., ¿contra quién?

—Hay un punto muy curioso con respecto a esa carta —explicó sir Henry—. Según Templeton, el doctor Rosen la abrió durante el desayuno y se la alargó diciendo que no sabía quién podía ser aquel individuo.

—¡Pero si no era un individuo! —dijo Jane Helier—. ¡Si estaba firmada por «Georgina»!

—Resulta interesante —dijo el coronel Bantry— que se la enseñara simulando no saber quién se la escribía. Pudiera ser también Georgy; pero desde luego parece más bien Georgina. Sólo que la letra no es femenina.

—Es difícil de asegurar —replicó el doctor Lloyd—. Quizá pudo observar el rostro de alguien. ¿De quién? ¿De la muchacha o del joven?

—¿O tal vez de la cocinera? —insinuó la señora Bantry—. Quizá se encontrase en la habitación sirviendo el desayuno. Pero lo que no comprendo es... es muy curioso...

Frunció el ceño contemplando la carta y la señorita Marple se acercó a ella y señalando la hoja de papel con un dedo cuchicheando entre sí.

—Pero, ¿por qué rompió la otra carta el secretario? —preguntó Jane Helier de pronto—. Parece..., ¡oh! No sé... parece extraño. ¿Por qué había de recibir cartas de Alemania? Aunque, claro, si como usted dice está por encima de toda sospecha...

—Pero sir Henry no ha dicho eso —replicó la señorita Marple a toda prisa, abandonando su conferencia secreta con la señora Bantry—. Ha dicho que los sospechosos son *cuatro*. De modo que incluye al señor Templeton. ¿Tengo razón, sir Henry?

—Sí, señorita Marple. He aprendido una cosa a través de amargas experiencias: Nunca diga que *nadie* está por

encima de toda sospecha. Acabo de darles razones por las cuales tres de estas personas pudieran ser culpables, por improbable que parezca. Entonces no apliqué el mismo procedimiento a Carlos Templeton, pero al fin tuve que seguir la regla que acabo de mencionar. Y me vi obligado a reconocer esto: Que todo ejército, toda marina y toda policía tienen cierto número de traidores dentro de sus filas, por mucho que nos cueste admitirlo. Y por ello examiné el caso contra Carlos Templeton sin el menor apasionamiento.

»Me hice muchas veces la pregunta que la señorita He-
lier acaba de exponer. ¿Por qué fue el único que no pudo
presentar la carta que recibiera con sello alemán? ¿Por
qué recibía correspondencia de Alemania?

»La última pregunta era inocente y por lo tanto se la
hice a él, siendo su respuesta bastante sencilla. La herma-
na de su madre estaba casada con un alemán, y la carta era
de una prima suya alemana. De modo que me enteré de
algo que ignoraba hasta entonces... que Carlos Templeton
tenía parientes alemanes. Y eso le colocó inmediatamente
en la lista de sospechosos. Es uno de mis hombres... un mu-
chacho en el que siempre he confiado, pero para ser justo
y ecuánime debo admitir que es el que encabeza la lista.

»Pero ahí tienen... ¡no lo sé! No lo sé... y con toda pro-
babilidad nunca lo sabré. No es cuestión de castigar a un
asesino, sino de algo que considero cien veces más impor-
tante: Se trata, quizá, del fin de la carrera de un hombre
honrado... por causa de meras sospechas... sospechas que
no me atrevo a despreciar.

La señorita Marple carraspeó y dijo en tono amable:

—Entonces, sir Henry, si no le he entendido mal, ¿de
quien sospecha principalmente es del joven Templeton?

—Sí, en cierto sentido. En teoría serían los cuatro igual-
mente sospechosos, pero no es este el caso. Dobbs, por
ejemplo, aunque yo le consideraba culpable mentalmente,
mis sospechas no afectarían a su carrera. En el pueblo na-
die recela que la muerte del doctor Rosen no fuese acci-
dental. Gertrud resulta un poco más afectada.

»En cuanto a Greta Rosen... bueno, aquí llegamos al

punto crucial del asunto. Greta es una joven muy hermosa y Carlos Templeton un muchacho apuesto, vivieron cinco meses bajo el mismo techo sin otras distracciones exteriores, y ocurrió lo inevitable. Se enamoraron el uno del otro... aunque no quieren admitir el hecho con palabras.

»Y luego ocurrió la catástrofe. Ahora han transcurrido tres meses, y un día o dos después de mi regreso, Greta Rosen vino a verme. Había vendido la casita y regresaba a Alemania, una vez arreglados los asuntos de su tío. Acudió a mí, aunque sabía que me había retirado, porque en realidad deseaba verme por un asunto personal. Tras dar algunos rodeos al fin me expuso su propósito. ¿Cuál era mi opinión? Aquella carta con sello alemán... la que Carlos había roto, le habían preocupado y seguía preocupándola... ¿Era cierto? Sin duda *debía* serlo. Claro que creía su historia pero... ¡oh!, si pudiera *saberlo*... con absoluta certeza.

»¿Comprenden? El mismo sentimiento; el deseo de confiar..., pero la terrible sospecha persistiendo en el fondo de nuestra mente a pesar de luchar contra ella. Le hablé con absoluta franqueza pidiéndole que hiciera lo mismo, y le pregunté si estaba enamorada de Carlos y él de ella.

«—Creo que sí —me contestó—. Oh, sí, lo sé. Éramos tan felices. Los días pasaban en medio de tanta alegría... Los dos lo sabíamos, pero no había prisa... teníamos toda la vida por delante. Algún día me diría que me amaba y yo le contestaría que también... ¡Ah! ¡Pero puede usted figurarse! Ahora todo ha cambiado. Una nube negra se ha interpuesto entre nosotros... nos mostramos retraídos y cuando nos vemos no sabemos qué decir. Quizás a él le ocurre lo mismo... Nos decimos interiormente: ¡Si estuviera seguro! Por eso, sir Henry, le suplico que me diga: "Puede estar segura, quienquiera que matase a tu tío, no fue Carlos Templeton." ¡Dígamelo! ¡Oh, se lo suplico! ¡Se lo suplico... se lo suplico!

—Y maldito sea —exclamó sir Henry, dejando caer su puño con fuerza sobre la mesa—. No pude decírselo. Se

fueron separando más y más... Entre ellos se levantaba la sospecha como un fantasma que no podían apartar.

Reclinóse en su butaca con el rostro cansado y grave mientras meneaba la cabeza con desaliento.

—Y no hay nada más que hacer, a menos —volvió a enderezarse con una sonrisa burlona—, a menos que la señorita Marple pueda ayudarnos. ¿Puede usted, señorita Marple? Tengo el presentimiento de que esa carta de la reunión benéfica le recuerda a alguien o algo que le hace ver este asunto muy claro. ¿No puede hacer algo por ayudar a dos jóvenes indefensos que desean ser felices?

Tras su sonrisa burlona se escondía cierta ansiedad en su pregunta. Había llegado a formar una gran opinión del poder deductivo de aquella solterona frágil y anticuada, y la miró con cierta esperanza en sus ojos.

La señorita Marple carraspeó y arregló su manteleta de encaje.

—Me recuerda un poco a Annie Poultny —admitió—. Claro que la carta está clarísima... para la señora Bantry y para mí. No me refiero a la que habla de la reunión benéfica, sino a la otra. Por vivir tanto en Londres y no tener aficiones jardineras, sir Henry, no es de extrañar que no lo haya notado usted.

—¿Eh? —exclamó sir Henry—. ¿Notar qué?

La señora Bantry, alargando la mano, escogió una de las circulares, un catálogo que abrió leyendo con toda pausa:

»*Mister Helmuth Saphs. Lila pura, una flor maravillosa, su tallo alcanza altura inusitada. Espléndida para cortar y adornar el jardín. Una novedad de sorprendente belleza.*

»*Ulises Jackson. Crisantemo de hermosa forma y de color rojo ladrillo y muy brillante.*

»*Ellick Perry. Rojo brillante. Sumamente decorativa.*

»*Rsingtau. Color naranja brillante, flor muy vistosa para jardín y de gran duración una vez cortada.*

»*Timidez. Flor de extraordinaria perfección en su forma. Tonos rosa y blanco.*»

La señora Bantry, dejando el catálogo, terminó diciendo con extraordinaria potencia:

—¡Y Espuelas de Caballero!

—Las letras iniciales de sus nombres componen la palabra «MUERTE» —explicó la señorita Marple, satisfecha.

—Pero la carta la recibió el propio doctor Rosen —objetó sir Henry.

—Ésa fue la maniobra más inteligente —explicó la señorita Marple—. Eso y la amenaza que se encerraba en ella. ¿Qué es lo que haría al recibir una carta de alguien desconocido, y llena de nombres extraños para él? Pues, naturalmente, mostrársela a su secretario y pedirle su parecer.

—Entonces, después de todo.

—¡Oh, no! —exclamó la señorita Marple—. El secretario, no. Vaya, eso precisamente demuestra que no fue él. De ser así nunca hubiera permitido que se encontrase la carta, e igualmente se le hubiese ocurrido destruir una carta dirigida a él y con sello alemán. Su inocencia resulta evidente.

—Entonces, ¿quién...?

—Pues parece casi seguro... todo lo seguro que puede ser algo en este mundo. Había otra persona presente durante el desayuno y pudo... Es natural dadas las circunstancias... alargar la mano y leer la carta. Y así fue. Recuerden que recibió un catálogo de un jardinero en el mismo correo...

—Greta Rosen —dijo sir Henry despacio—. Entonces su visita...

—Los caballeros nunca saben ver a través de estas cosas —replicó la señorita Marple—. Y me temo que muchas veces a las viejas nos consideran... como gatos, porque vemos cosas que a ellos les pasan inadvertidas. Pero es así. Una sabe mucho de las de su propio sexo, por desgracia. No me cabe la menor duda de que se alzó una barrera entre ellos. El joven sintió una repentina e inexplicable aversión hacia ella. Sospechaba, puramente por instinto, y no podía ocultarlo. Y creo que la visita que le

hizo la joven a usted fue sólo con mala idea. En realidad estaba bastante segura de sí misma, pero antes de marcharse quiso que usted fijara definitivamente sus sospechas en el pobre señor Templeton. Nunca sospechó tanto de él hasta después de su visita.

—Estoy convencido de que no fue nada de lo que ella dijo... —comenzó a decir sir Henry.

—Los caballeros —continuó la señorita Marple con calma—, nunca ven estas cosas.

—Y esa joven... —se detuvo—. ¡Comete semejante crimen a sangre fría y queda impune!

—¡Oh, no, sir Henry! —dijo la señorita Marple—. Impune no. Usted y yo lo sabemos. Recuerde lo que dijo no hace mucho rato. No. Greta Rosen no escapará a su castigo. Para empezar, deberá vivir entre gente extraña... chantajistas y terroristas... que no le harán ningún bien y probablemente, la arrastrarán a un final miserable. Como usted dice, no vale la pena preocuparse por el culpable, es el inocente quien importa. El señor Templeton, que me atrevo a pronosticar se casará con su prima alemana, ya que el que rompiera su carta resulta... bueno, un tanto *sospechoso*... empleando la palabra en un sentido distinto al que la hemos estado utilizando toda la noche. Parece que lo hizo como si temiese que Greta lo observara y le pidiera que se la dejase leer. Sí, creo que entre ellos debió de haber algo. Y luego está Dobbs que, como usted dice, las sospechas no le afectarán mucho. Probablemente lo único que le interesa es su abuelo. Y la pobre Gertrud... que me recuerda a Annie Poultny. Pobrecilla Annie Poultny. Cincuenta años sirviendo fielmente a la señorita Lamb, y luego sospecharon que había hecho desaparecer su testamento, aunque no pudo probarse. Aquello destrozó el corazón de aquella criatura tan fiel; y luego que hubo muerto se encontró en un cajón secreto de la caja donde guardaban el té donde la propia señorita Lamb lo había guardado. Pero era ya demasiado tarde para la pobre Annie.

»Por eso me preocupa esa pobre alemana. Cuando se es viejo uno se amarga fácilmente. Lo siento mucho más

por ella que por el señor Templeton, que es joven, bien parecido y, según se comenta, el predilecto de las damas. ¿Querrá usted escribirle, sir Henry, para decirle que su inocencia está bien patente? Con su amo muerto y el agobio de las sospechas... ¡Oh! ¡No quiero ni pensarlo!

—Le escribiré, señorita Marple —dijo sir Henry mirándola con curiosidad—. ¿Sabe una cosa? Nunca llegaré a comprenderla. Su punto de vista es siempre distinto al que yo esperaba.

—Me temo que mis puntos de vista sean muy insignificantes —replicó la señorita Marple humildemente—. Apenas salgo nunca de Saint Mary Mead.

—¡Y no obstante ha resuelto usted lo que podríamos llamar problema internacional! —dijo sir Henry—. Porque lo ha resuelto. Estoy pues, completamente convencido de lo dicho.

La señorita Marple enrojeció y luego, parpadeando, explicó:

—Creo que fui bien educada para lo que se acostumbraba en mis tiempos. Mi hermana y yo tuvimos una institutriz alemana... una señorita muy sentimental. Nos enseñó el lenguaje de las flores... un estudio casi olvidado hoy en día, pero encantador. Un tulipán amarillo, por ejemplo, simboliza el Amor Sin Esperanza, mientras un Aster Chino significa Muero de Celos a Tus pies. Esa carta estaba firmada: Georgina, que me parece recordar significa dalia en alemán. Ojalá pudiera recordar el significado de la dalia, pero escapa a mi memoria... que ya no es tan buena como antes.

—De todas formas no significa MUERTE.

—No, desde luego. Horrible, ¿no? En este mundo hay cosas muy tristes.

—Sí —replicó la señora Bantry con un suspiro—. Es una suerte tener flores y amigos.

—Observen que nos coloca en último lugar —dijo el doctor Lloyd.

—Un admirador solía enviarme orquídeas rojas cada noche —dijo Jane Helier con aire soñador.

—«Espero sus favores...» eso es lo que significa —dijo la señorita Marple.

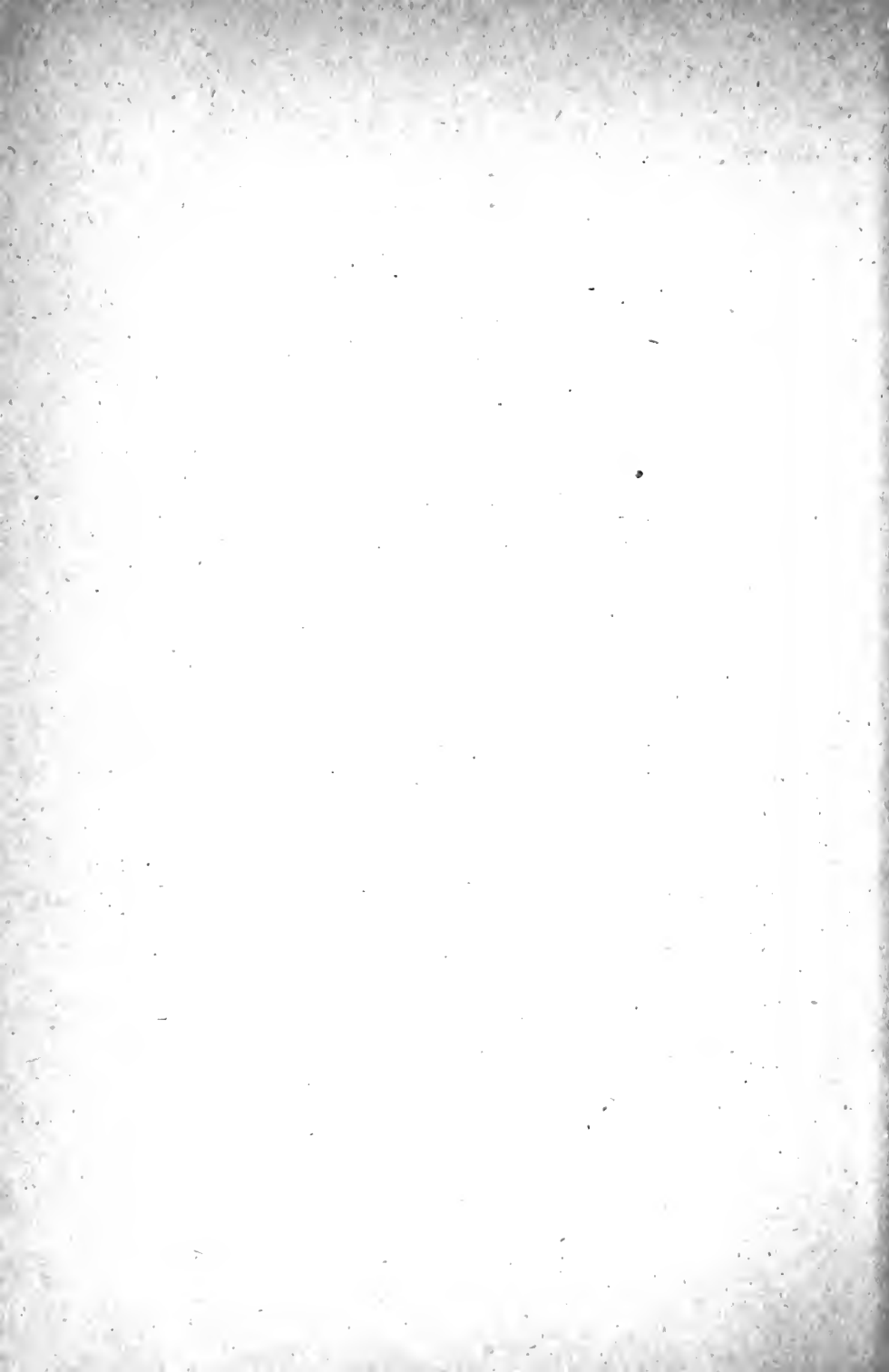
Sir Henry carraspeó de un modo peculiar y volvió la cabeza.

La señorita Marple lanzó una repentina exclamación.

—Acabo de recordarlo. La dalia significa «Traición y Falsedad».

—Maravilloso —replicó sir Henry—. Absolutamente maravilloso.

Y suspiró.



CAPÍTULO X

TRAGEDIA NAVIDEÑA

T ENGO que presentar una queja —dijo sir Henry Clithering, mientras sus ojos chispeantes contemplaban a los reunidos. El coronel Bantry, con las piernas estiradas, tenía los ojos fijos en la repisa de la chimenea y el entrecejo fruncido, como un soldado culpable, y su esposa hojeaba recelosa un catálogo de bulbos que acababa de llegarle en el último correo. El doctor Lloyd observaba con franca admiración a Jane Helier, y la joven y hermosa actriz sus uñas sonrosadas. Sólo aquella anciana solterona, la señorita Marple, hallábase sentada, muy erguida, y sus ojos azules se encontraban con los de sir Henry para preguntarle:

—¿Una queja?

—Una queja y muy seria. Nos hallamos reunidos seis personas, tres representantes de cada sexo, y yo protesto en nombre de los caballeros. Esta noche hemos contado tres historias... una cada uno de nosotros. Protesto de que las señoras no cumplan su parte.

—¡Oh! —exclamó la señora Bantry, indignada—. Estoy segura de que hemos cumplido. Hemos escuchado con toda atención, adoptando la actitud más femenina... la de no querer exhibirnos.

—Es una excusa excelente —replicó sir Henry—; pero no sirve. ¡Y es que tiene buen precedente en *Las mil y una noches*! de modo que adelante, Schrezade.

—¿Se refiere a mí? —preguntó la señora Bantry—. ¡Pero

si yo no tengo nada que contar! Nunca me he visto rodeada de sangre ni de misterios.

—No ha de tratarse necesariamente de un crimen sangriento —dijo sir Henry—. Pero estoy seguro que una de nuestras tres damas tiene algún misterio pequeñito. Vamos, señorita Marple... cuéntenos «La Extraña Coincidencia de la Mujer de la Limpieza», o «El Misterio de la Reunión de las Madres de Familia». No me desilusione usted en Saint Mary Mead.

La señorita Marple meneó la cabeza.

—Nada que pudiera interesarle, sir Henry. Tenemos nuestros pequeños misterios, por supuesto... un kilo de camarones que desaparecieron de la manera más incomprensible; pero eso no puede interesarle, porque resultó ser muy trivial, aunque arrojava mucha luz acerca de la naturaleza humana.

—Usted me ha enseñado a amarla —replicó sir Henry en tono solemne.

—¿Y qué nos cuenta usted, señorita Helier? —preguntóle el coronel Bantry—. Debe de haber tenido algunas experiencias interesantes.

—Sí, desde luego —intervino el doctor Lloyd.

—¿Yo? —dijo Jane—. ¿Es que... es que quieren que les cuente algo que me haya ocurrido?

—A usted o a uno de sus amigos —rectificó decididamente sir Henry.

—¡Oh! —dijo Jane con aire ausente—. No creo que nunca me haya ocurrido nada... me refiero a esa clase de cosas. He recibido muchas flores, por supuesto, y extraños mensajes... pero es propio de los hombres, ¿no les parece? No creo... —y haciendo una pausa quedó absorta en sus recuerdos.

—Veo que tendremos que resignarnos a saber lo que fue del kilo de camarones —dijo sir Henry—. Empiece, señorita Marple.

—Es usted tan aficionado a las bromas, sir Henry. Lo de los camarones es una tontería; pero ahora que lo pienso, recuerdo un incidente... en realidad, no se trata de un

incidente sino de algo mucho más serio... de una tragedia. Y yo, en cierto modo, me vi mezclada en ella; y nunca me he arrepentido de lo que hice... no, en absoluto. Pero no ocurrió en Saint Mary Mead.

—Eso me decepciona —dijo sir Henry—. Pero procuraré sobreponerme. Sabía que podíamos confiar en usted.

Y adoptó la posición del que escucha, mientras la señorita Marple enrojecía ligeramente.

—Espero saber contarle como es debido —disculpóse preocupada—. Siempre tengo tendencia a *divagar*. Me voy de una cosa a otra sin darme cuenta. Y es tan difícil recordarlo todo con el orden debido. Tienen que perdonarme si les cuento mal la historia; ocurrió hace tanto tiempo... Como digo, no tiene relación alguna con Saint Mary Mead. A decir verdad, ocurrió en un Hydro...

—¿Se refiere a uno de esos aviones que van por el mar? —preguntó Jane con los ojos muy abiertos.

—No, querida —dijo la señora Bantry explicándole que se trataba de un balneario, y su esposo agregó este comentario:

—¡Son unos lugares horribles... horribles! Hay que levantarse temprano para beber un vaso de agua con gusto a demonios. Hay montones de mujeres sentadas por todas partes y charlando todo el día sin parar. Cielos, cuando pienso...

—Vamos, Arturo —dijo su esposa en tono amable—. Sabes que te sienta admirablemente.

—Montones de mujeres comentando escándalos —gruñó el coronel Bantry.

—Eso sí me temo que es cierto —dijo la señorita Marple—. Yo misma...

—Mi querida señorita Marple —exclamó el coronel, horrorizado—. No quise decir ni por un momento...

Con las mejillas sonrosadas y un ademán de su mano, la señorita Marple le hizo callar.

—Pero si es *cierto*, coronel Bantry. Sólo quería decirle esto. Déjeme ordenar mis ideas. Sí. Hablan de escándalos, como usted dice... y *mucho*. La gente es muy aficionada a

eso. Especialmente los jóvenes. Mi sobrino que escribe libros... y muy bien, según creo... ha dicho cosas *escandalosas* de los caracteres de las personas, y sin la menor clase de prueba..., de lo malvadas que son, y demás. Pero lo que yo digo es que ninguna persona joven se detiene a *pensar*. En realidad no examinan los hechos. Y sin duda el problema es éste: ¡*Cuántas* veces son ciertas las habladurías, como usted las llama! ¡Y como les digo, yo creo que si en realidad las examinaran descubrirían que son ciertas nueve veces de cada diez! Por eso la gente se interesa tanto por ellas.

—Por adivinación —dijo sir Henry.

—¡No!, ¡nada de eso! En realidad se trata de una cuestión de práctica y experiencia. Tengo entendido que si a un egiptólogo se le enseñan algunas ánforas de esas tan curiosas, con sólo mirarlas puede decir si datan de antes de Jesucristo, o se trata de una vulgar imitación. Lo *sabe*, por haber pasado toda su vida manejando gran cantidad de tales cosas.

»Y eso es lo que estoy tratando de decir (muy mal, ya lo sé). Lo que mi sobrino llama «mujeres superfluas» tienen mucho tiempo en sus manos y su principal interés por lo general es ocuparse de la *gente*. Y por eso llegan a convertirse en *expertas*. Ahora los jóvenes hablan con toda libertad de cosas que ni siquiera se mencionaban en mis días, y en cambio sus mentalidades son completamente inocentes. Creen en todo y en cualquiera. Y si alguien intenta prevenirles, aunque sea con prudencia, le dicen que tiene una mentalidad anticuada... y eso, según ellos, equivale a una *fregadera*.

—Al fin y al cabo —dijo sir Henry—, ¿qué tiene de malo una *fregadera*?

—Exacto —dijo la señorita Marple—. Es lo más necesario en una casa; pero desde luego, nada romántico. Ahora debo confesarles que yo tengo mis *sentimientos*, como cualquiera, y algunas veces me hieren profundamente los comentarios impremeditados. Sé que a los caballeros no les interesan las cuestiones domésticas, pero debo mencio-

nar a una doncella. Ethel... una muchacha muy atractiva y cumplidora en todo. Ahora bien, en cuanto la vi me di cuenta de que pertenecía al mismo tipo de Annie Webb y la hija de la pobre señora Bruitt. Si se le presentaba ocasión, ni lo tuyo ni lo mío no significarían nada para ella. De modo que la despedí a fin de mes dándole una carta de recomendación en la que decía que era honrada y sensata, pero por mi cuenta advertí a la señora Edwards de su defecto, para que no la tomara, y mi sobrino Raymond se puso furioso y dijo que nunca había visto una maldad semejante... sí, *maldad*. Pues bien, entró en casa de lady Ashton, a quien yo no tenía obligación de advertir... ¿y qué ocurrió? Desaparecieron todos los encajes de su ropa interior y dos broches de brillantes... la muchacha se marchó a medianoche y nadie ha vuelto a saber noticias de ella.

La señorita Marple hizo una pausa para tomar aliento y luego continuó:

—Ustedes dirán que esto no tiene nada que ver con lo que ocurrió en Keston Spa Hydro..., pero lo tiene en cierto modo. Explica que yo no tuviera la menor duda, desde el momento en que vi juntos a los Sanders, de que él pretendía deshacerse de ella.

—¿Eh? —exclamó sir Henry, inclinándose hacia delante.

La señorita Marple volvió su apacible rostro hacia él.

—Como le decía, sir Henry, no me cupo la menor duda. El señor Sanders era un hombre corpulento, bien parecido, de rostro coloradote, muy franco en su trato y popular entre todos. Y nadie podía ser más amable con su esposa. ¡Pero yo sabía que trataba de deshacerse de ella!

—Mi querida señorita Marple...

—Sí, lo sé. Eso es lo que diría mi sobrino, Raymond West... que no tenía la menor prueba. Pero yo recuerdo a Walter Hones... una noche que volvía paseando con su esposa, ella cayó al río... y él cobró el dinero del seguro. Y también recuerdo a un par de personas que andan sueltas por ahí hasta la fecha... por cierto que una de ellas

pertenece a nuestra misma esfera social. Marchó a Suiza para hacer excursiones durante el verano con su esposa. Y le aconsejé que no fuera... la pobre ni siquiera se enfadó conmigo... se limitó a reír. Le parecía tan gracioso que una viejecilla como yo le dijera semejantes cosas de su Harry. Bien, bien... hubo un accidente... y ahora Harry está casado con otra. Pero, ¿qué *podía hacer yo*? Lo *sabía*, pero no tenía la menor prueba.

—¡Oh, señorita Marple! —exclamó la señora Bantry—. No querrá decir...

—Querida, estas cosas son muy corrientes... ya lo creo que lo son. Y los caballeros se sienten especialmente tentados por ser mucho más fuertes que nosotras. Es tan fácil que parezca un accidente. Como les digo, en cuanto vi a los Sanders lo supe. Fue en un tranvía. Estaba lleno y tuve que subir a la imperial. Nos levantamos los tres para apearnos y el señor Sanders perdió el equilibrio empujando a su esposa y haciéndola caer escaleras abajo; por fortuna el cobrador era un hombre muy fuerte y logró sujetarla.

—Pero pudo tratarse muy bien de un accidente.

—Desde luego que lo fue... nada pudo parecer más accidental. Pero el señor Sanders había pertenecido a la Marina mercante, según me dijo, y un hombre que es capaz de conservar el equilibrio en uno de esos barcos que se inclinan tanto, no lo pierde en la imperial de un tranvía, cuando no lo perdió una vieja como yo. ¡No me diga!

—De todas formas estaba usted muy convencida, señorita Marple —manifestó sir Henry—. Completamente convencida.

La anciana asintió.

—Estaba bastante segura, pero otro incidente ocurrido al cruzar la calle no mucho después me convenció todavía más. Ahora le pregunto a usted, sir Henry, ¿qué *podía hacer yo*? Allí estaba una mujercita casada y feliz que no tardaría en ser asesinada.

—Mi querida amiga, me deja usted sin aliento.

—Eso es porque, como la mayor parte de la gente de

hoy en día, no hace usted frente a los hechos. Prefiere pensar que ciertas cosas son imposibles. Pero era así, y yo lo sabía. ¡Pero una se ve atada de pies y manos! Por ejemplo, no podía acudir a la policía, y el advertir a la joven hubiera sido inútil. Estaba enamorada de aquel hombre. De modo que me dispuse a averiguar todo lo que pudiera acerca de ellos. Hay un sinfín de oportunidades mientras se hace labor alrededor del fuego. La señora Sanders, Gladys era su nombre de pila, estaba deseosa de hablar. Al parecer no llevaban mucho tiempo de casados. Su esposo debía heredar algunas propiedades, pero por el momento estaban bastante mal de dinero. En resumen, vivían de la pequeña renta de ella. Ya había oído la misma historia de otras veces. Se lamentaba de no poder tocar el capital. ¡Al parecer, alguien había tenido un poco de sentido común! Pero el dinero era suyo y podía dejárselo a quien quisiera... Según averigüé. Ella y su esposo habían hecho testamento, poco después de su matrimonio, uno en favor del otro. Muy conmovedor. Claro que cuando a Jack le fueran bien las cosas. Era una carga que debían soportar y entretanto andaban bastante apurados... en la actualidad tenían una habitación en el piso más alto, entre las del servicio... y tan peligrosa en caso de incendio, aunque tenían una escalera de incendios precisamente delante de la ventana. Me interesé prudentemente por si tenían balcón... son tan peligrosos... un empujón y...

»Le hice prometer que no se asomaría al balcón, diciéndole que había tenido un sueño. Eso la impresionó... puede hacerse algún bien a veces aprovechándose de las supersticiones. Era una joven rubia, de facciones un tanto desdibujadas que llevaba los cabellos recogidos en un moño sobre la nuca. Y muy crédula. Le contó a su marido lo que yo le había dicho y observé que él me miraba con curiosidad. Él no era crédulo, y recordaba que yo iba en aquel tranvía.

»Pero yo estaba preocupada... muy preocupada... porque no sabía cómo engañarle. Yo podía impedir que la matase en el Hydro con sólo decir unas palabras que le de-

mostrarán mis sospechas. Pero eso únicamente significaría aplazar su plan hasta más tarde. No, empecé a creer que la única política aconsejable era la osadía... y de un modo u otro tenderle una trampa. Si consiguiera inducirle a atentar contra la vida de su esposa por algún medio escogido por mí... entonces quedaría desenmascarado y ella obligada a enfrentarse con la verdad por mucho que la sorprendiera.

—Me deja usted sin respiración —dijo el doctor Lloyd—. ¿Qué plan podría usted adoptar?

—Hubiera encontrado alguno... no tema —replicó la señora Marple—. Pero aquel hombre era demasiado listo para mí y no esperó. Pensó que yo podía sospechar y por ello se dispuso a actuar antes de que pudiera asegurarme, y sabiendo que yo recelaría de un accidente, cometió un crimen.

»Temo haberlo expuesto con bastante brusquedad. Debo tratar de explicarles exactamente lo ocurrido. Siempre he experimentado un sentimiento de amargura al recordarlo..., me parece como si debiera haberlo evitado a toda costa, pero sin duda la Providencia es más sabia. De todas formas hice lo que pude.

Todos contuvieron el aliento, y la señorita Marple hizo un gesto de asentimiento con los labios apretados.

—Se respiraba una atmósfera extraña..., como si flotara una amenaza en el aire oprimiéndonos a todos: el presentimiento de una desgracia. Para empezar, primero murió Jorge, el portero, que llevaba años en el balneario y conocía a todo el mundo. Cogió una pulmonía complicada con bronquitis y falleció al cuarto día. Fue muy triste para todos. Y, además, cuatro días antes de Navidad. Y luego una de las camareras... una chica muy simpática... se le infectó un dedo y murió a las veinticuatro horas de iniciarse la infección.

»Yo me encontraba en el salón con la señorita Trollope y la anciana señora Carpenter, y ésta se mostraba terriblemente pesimista.

—Fíjense bien en lo que les digo —anunció—. *Este*

no es el fin. ¿Conocen el refrán? No hay dos sin tres. Siempre resulta cierto... Tendremos otra muerte, no me cabe la menor duda, y no habrá que esperar mucho. No hay dos sin tres.

»Cuando dijo estas últimas palabras meneando la cabeza y haciendo tintinear sus agujas de hacer punto, miré hacia el señor Sanders, que acababa de hacer su aparición junto a la puerta. Por un momento le pillé desprevenido y pude leer en su rostro con la misma facilidad que en un libro abierto. Creeré hasta el fin de mis días que las palabras de la señora Carpenter le dieron la idea. Vi cómo trabajaba su cerebro. Y penetró en la estancia con su habitual sonrisa:

»—¿Puedo hacer alguna compra de Navidad para las damas? —preguntó—. Voy a ir a Keston.

»Permaneció en nuestra compañía por espacio de unos minutos, riendo y charlando y luego se marchó. Como les digo, yo estaba preocupada y dije inmediatamente:

»—¿Dónde está la señora Sanders? ¿Lo sabe alguien?

»La señorita Trollope dijo que había ido a jugar al bridge con unos amigos suyos, los Mortimer, y me tranquilicé de momento. Pero seguía preocupada por no saber qué hacer. Media hora más tarde subí a mi habitación y por el camino encontré al doctor Coler, mi médico, y como quería consultarle acerca de mi reuma, le llevé a mi habitación, y entonces me habló (confidencialmente, según dijo) de la muerte de la pobre Mary, la camarera. El gerente no quería que se supiera y por ello me aconsejó que no lo dijera. Desde luego yo no le dije que no hablábamos de otra cosa desde hacía una hora... cuando la pobre joven exhaló su último suspiro. Esas noticias corren en seguida, y un hombre de su experiencia debía saberlo bastante bien; mas el doctor Coler fue siempre un individuo que creía lo que quería creer, que no recelaba de nadie, y eso fue lo que me alarmó un minuto más tarde, al decirme que Sanders le había pedido que echara un vistazo a su esposa, pues últimamente no hacía bien las digestiones, etc.

»Y aquel mismo día Gladys Sanders me había dicho que había hecho maravillosamente la digestión y que estaba muy contenta.

»¿Comprenden? Todas mis sospechas volvieron a mí centuplicadas. Estaba preparando el camino... ¿para qué? El doctor Coler se marchó antes de que yo me hubiera decidido a hablarle... aunque de haberlo hecho no hubiera sabido qué decir. Cuando salí de la habitación... Sanders en persona bajaba del piso de arriba. Iba vestido para salir y me preguntó si quería algún encargo para la ciudad. ¡Haciendo un esfuerzo terrible conseguí contestarle amablemente! Y luego fui al vestíbulo para pedir un té. Recuerdo que eran más de las cinco y media.

»Ahora quisiera explicarles claramente lo que ocurrió a continuación. A las siete menos cuarto seguía aún en el vestíbulo cuando vi entrar al señor Sanders acompañado de dos caballeros, y los tres venían muy alegres. El señor Sanders, dejando a sus amigos, vino hacia donde yo me encontraba sentada con la señorita Trollope para pedirnos consejo acerca del regalo de Navidad que pensaba hacer a su esposa. Se trataba de un bolso de noche muy elegante.

»—Y comprenden, señoras —nos dijo—. Yo soy simplemente un rudo lobo de mar, ¿cómo voy a entender de estas cosas? Me han enviado tres para que escoja y deseo conocer una opinión entendida.

»Por supuesto, nosotras le dijimos que le ayudaríamos encantadas, y nos pidió que le acompañáramos a su habitación, ya que si los bajaba temía que su esposa pudiera llegar en cualquier momento. De modo que subimos con él. Nunca olvidaré lo que ocurrió luego... aún tiemblo al pensarlo.

»El señor Sanders abrió la puerta de su dormitorio y encendió la luz. No sé cuál de nosotras la vio primero...

»*La señora Sanders estaba tendida en el suelo, boca abajo... muerta.*

»Yo fui la primera en llegar junto a ella. Me arrodillé y le cogí la mano para tomarle el pulso, pero era inútil,

su brazo estaba frío y rígido. Junto a su cabeza había un calcetín lleno de arena... el arma con que la habían golpeado. La señorita Trollope, una criatura estúpida, gemía en la puerta con las manos en la cabeza. Sanders gritó: "Mi esposa, mi esposa", y corrió hacia ella. Yo le impedí tocarla. Comprendan, en aquel momento estaba segura de que había sido él, y tal vez quisiera ocultar alguna cosa.

»—No hay que tocar nada —le dije—. Domínesse, señor Sanders; señorita Trollope, haga el favor de ir a avisar al gerente.

»Yo permanecí arrodillada junto al cadáver. No quería que Sanders quedara a solas con él. Y no obstante tuve que adivinar que si el hombre estaba fingiendo, lo hacía maravillosamente. Daba la impresión de estar asombrado, fuera de sí.

»El gerente no tardó en reunirse con nosotros, y tras inspeccionar rápidamente la habitación nos hizo salir a todos y cerró la puerta con llave, que se guardó. Luego fue a telefonar a la policía, que tardó un siglo en aparecer (luego supimos que la línea estaba estropeada). El gerente tuvo que enviar a un mozo al puesto de policía y el Hydro está fuera de la ciudad, al borde de los páramos. La señora Carpenter estaba muy satisfecha de que su profecía "No hay dos sin tres" se hubiera cumplido tan rápidamente. Oí decir que Sanders paseaba por los alrededores con las manos en la cabeza, gimiendo y demostrando un gran pesar.

»Sin embargo, al fin llegó la policía y subieron a la habitación con el gerente y el señor Sanders. Más tarde enviaron a buscarme. El inspector escribía sentado ante una mesa. Era un hombre inteligente y me agradó.

»¿La señorita Marple? —preguntó.

»—Sí.

»—Tengo entendido que estaba usted presente cuando fue encontrado el cadáver de la difunta...

»Respondí que sí y pasé a contarle lo ocurrido. Creo que para el buen hombre fue un alivio encontrar a alguien

que respondiera a sus preguntas con coherencia, después de haber tenido que tratar con Sanders y Emily Trollope, que estaba completamente desmoralizada... es natural, la pobrecilla. Recuerdo que mi querida madre me enseñó que una señora ha de saber dominarse siempre en público, por mucho que se descomponga en privado.

—Un principio admirable —dijo sir Henry con admiración.

—Cuando hube terminado, el inspector me dijo:

»—Gracias, señora. Ahora lamento tener que pedirle que vuelva a mirar el cadáver. ¿Era ésa exactamente su posición cuando usted entró en el dormitorio? ¿No ha sido tocado?

»Le expliqué que había impedido que lo hiciera el señor Sanders, y el inspector asintió con aire de aprobación.

»—El caballero parece muy afectado —observó.

»—Sí... lo parece —repliqué.

»No creí haber puesto ningún énfasis especial en el "lo parece", mas el inspector me miró con interés.

»—¿De modo que el cadáver se encuentra exactamente igual a como estaba cuando lo encontraron? —me dijo.

»—Sí, con la excepción del sombrero —repliqué.

»El inspector me miró sorprendido.

»—¿Qué quiere usted decir?

»Le expliqué que primero la pobre Gladys lo llevaba puesto, mientras que ahora estaba junto a ella. Yo supe que había sido cosa de la policía, mas no obstante el inspector lo negó rotundamente. Hasta el momento nada había sido tocado, y permaneció unos instantes contemplando la figura de la difunta con el ceño fruncido. Gladys iba vestida como si se dispusiera a salir... llevaba un abrigo de *twed* rojo oscuro con cuello de piel, y el sombrero, un modelo barato de fieltro rojo, estaba caído junto a su cabeza.

»—¿Recuerda usted por casualidad si la difunta llevaba pendientes o si solía llevarlos?

»Por suerte tengo la costumbre de ser muy observadora. Recordaba haber visto brillar una perla bajo el ala

del sombrero, aunque entonces no le presté una atención especial, pero pude contestar afirmativamente a la primera pregunta.

»—Entonces concuerda. Ha sido robado el contenido del joyero de esta señora... aunque no había en él gran cosa de valor según tengo entendido... y le quitaron los anillos de los dedos. El asesino debió olvidar los pendientes y regresó por ellos después de descubierto el crimen. ¡Valiente sangre fría! O tal vez... —miró a su alrededor y dijo despacio—: Es posible que haya estado escondido en esta habitación todo el tiempo.

»Pero yo me negué a aceptar la idea. Le expliqué que yo misma había mirado debajo de la cama, y que el gerente registró el interior del armario, y no existía ningún otro lugar donde pudiera esconderse un hombre. Es cierto que la parte central del armario estaba cerrada con llave, pero era sólo un espacio lleno de estantes y nadie pudo haberse escondido allí.

»El inspector meneaba la cabeza mientras yo le iba explicando todo aquello.

»—Acepto su palabra, señora —me dijo—. En ese caso, como ya le he dicho antes, debió regresar. ¡Un asesino de tremenda sangre fría!

»—¡Pero el gerente cerró la puerta y se guardó la llave!

»—Eso no significa nada. Queda el balcón y la escalera de incendios, por ahí entró el asesino. Es probable que ustedes le sorprendieran, se deslizaría por la ventana, y luego, al marcharse, regresaría para continuar su trabajo.

»—¿Está usted seguro —le pregunté— de que era un ladrón?

»Me contestó secamente:

»—Bueno, eso parece, ¿no?

»Pero su tono me tranquilizó. Comprendí que no estaba dispuesto a tomar muy en serio al señor Sanders en su papel de viudo inconsolable.

»Admito con toda franqueza que me encontraba bajo lo que nuestros vecinos los franceses llaman *idée fixe*. Sabía

que aquel hombre, Sanders, intentaba matar a su esposa. Y no me cabía en la cabeza la extraña y fantástica posibilidad de la coincidencia. Estaba segura de que mi presentimiento acerca del señor Sanders era absolutamente certero. Aquel hombre era un malvado. Y a pesar de todos sus fingimientos hipócritas, su dolor no me impresionó lo más mínimo. Recuerdo haber pensado que su *sorpres*a y *dolor* estaban magníficamente fingidos, y debo admitir que después de mi conversación con el inspector sentía una extraña sensación de duda. Porque si Sanders había sido el autor de aquel horrible crimen, yo no podía imaginar razón alguna por la que debiera haber vuelto por la escalera de incendios a quitar los pendientes a su esposa. No era razonable, y Sanders era un hombre muy sensato... por eso le consideré siempre tan peligroso.

La señorita Marple contempló unos instantes a sus oyentes.

—¿Vislumbran tal vez adónde quiero ir a parar? En este caso creo que estaba tan *segura*, que eso me cegó, y el resultado me causó profunda sorpresa, *ya que se probó, sin la menor duda posible, que el señor Sanders no pudo cometer el crimen*.

La señora Bantry contuvo el aliento sorprendida, y la señorita Marple volvióse hacia ella.

—Sé, querida, que no era eso lo que usted esperaba cuando empecé mi historia. Pero los hechos son los hechos, y si se demuestra que uno se ha equivocado, hay que ser humilde y volver a empezar de nuevo. Yo sabía que el señor Sanders era un asesino en potencia y nunca ocurrió nada que destruyera esta opinión.

»Y ahora supongo que le gustará saber lo que ocurrió en realidad. La señora Sanders, como ya saben, pasó la tarde jugando al bridge con unos amigos, los Mortimer, a quienes dejó a eso de las seis y cuarto. De la casa de sus amigos al Hydro había un cuarto de hora paseando... y algo menos a buen paso. Nadie la vio entrar, de modo que debió hacerlo por la puerta lateral y subir directamente a su habitación. Allí se cambió (el traje chaqueta que lle-

vó para jugar al bridge estaba colgado en el armario) y se disponía a salir otra vez cuando la mataron. Es muy posible que no llegara a enterarse de quién la golpeó. Tengo entendido que un calcetín relleno de arena es un arma eficiente. Eso hace creer que su agresor debía estar escondido en la habitación, posiblemente en uno de los armarios... él que no abrió.

»Ahora pasemos a relatar los movimientos del señor Sanders. Salió, como ya he dicho, a eso de las cinco y media... o un poco después. Realizó algunas compras en un par de tiendas y cerca de las seis entró en el Gran Hotel Spa, donde se reunió con dos amigos... los mismos que más tarde le acompañaron al Hydro. Imagino que estuvieron jugando al billar y tomaron bastante whisky. Esos dos hombres (se llamaban Hitchcock y Spencer) estuvieron con él desde las seis en adelante. Fueron caminando con él hasta el Hydro y sólo se separó de ellos para venir a hablarme a mí y a la señorita Trollope, y eso fue cerca de las siete menos cuarto... hora en que su esposa ya debía estar muerta.

»Debo decirles que yo misma hablé con esos dos amigos, y no me gustaron. No eran ni simpáticos ni caballeros, pero tuve la certeza de que decían absolutamente la verdad al declarar que Sanders había pasado todo el tiempo en su compañía.

»Luego se averiguó otra cosa. Al parecer, durante la partida de bridge llamaron por teléfono a la señora Sanders. Un tal señor Littleworth deseaba hablar con ella. Pareció excitada y satisfecha por algo. Incidentalmente, cometió un par de errores importantes, y se marchó antes de lo que esperaban.

»Le preguntaron al señor Sanders si sabía si aquel señor Littleworth se contaba entre las amistades de su esposa, mas declaró que nunca había oído aquel nombre. Y a mí me pareció por la actitud de su esposa... que ella tampoco debía saber gran cosa de aquel Littleworth. Sin embargo, volvió del teléfono sonriente y ruborizada, lo cual hace suponer que quienquiera que fuese no nos dio su ver-

dadero nombre, y eso en sí tiene un aspecto sospechoso, ¿no les parece?

De todas formas el problema quedaba planteado así: O bien era cierta la historia del ladrón, cosa improbable, o la teoría de que la señora Sanders se estaba preparando para ir a reunirse con alguien. ¿Ese alguien, entraría en su habitación por la escalera de incendios? ¿Hubo una pelea? ¿O la atacó a traición?

La señorita Marple se detuvo.

—¿Y bien? —preguntó sir Henry—. ¿Cuál es la solución?

—Me estaba preguntando si la habría adivinado alguno de ustedes.

—Nunca he sido buena adivina —repuso la señora Banttry—. Me parece una lástima que Sanders tuviera una coartada tan maravillosa; pero si a usted le satisfizo, tenía que ser cierta.

Jane Helier hizo una pregunta moviendo su hermosa cabecita.

—¿Por qué estaba cerrada la parte del armario?

—Qué inteligente es usted, querida —dijo la señorita Marple con el rostro resplandeciente—. Eso es lo que yo me pregunté. Aunque la explicación era bien sencilla. En su interior había un par de zapatillas y unos pañuelos de bolsillo que la pobrecilla había bordado para su esposo como regalo de Navidad. Por eso estaba cerrado, y la llave fue encontrada en su bolso.

—¡Oh! —dijo Jane Helier—. Entonces al fin y al cabo no tiene interés.

—¡Oh, claro que sí! —replicó la señorita Marple—. Es precisamente la única cosa interesante... lo que hizo fracasar los planes del asesino.

Todos miraron a la anciana.

—Yo no lo comprendí hasta al cabo de dos días —dijo la señorita Marple—. Le estuve dando vueltas y más vueltas... y de pronto lo vi todo claro. Fui a ver al inspector para pedirle que probara una cosa y lo hizo.

»Le pedí que le pusiera el sombrero a la pobre difun-

ta... y no pudo, por supuesto. No le cabía. ¿Comprenden?, no era suyo.

La señora Bantry se sobresaltó.

—Pero, ¿no lo tenía puesto al principio?

—En *su cabeza*, no...

La señorita Marple se detuvo un momento para dejar que sus palabras causaran impresión, y luego continuó:

—Dimos por hecho que aquel cadáver era el de la pobre Gladys; pero no le miramos la cara. Recuerden que estaba boca abajo y el sombrero le tapaba toda la cabeza.

—Pero, ¿fue asesinada?

—Sí, más tarde. En el momento en que nosotros avisábamos a la policía, Gladys Sanders estaba viva y perfectamente.

—¿Quiere decir que otra se fingió muerta? Pero sin duda cuando usted la tocó...

—Era un cadáver lo que yo toqué, desde luego —replicó la señorita Marple en tono grave.

—Pero válgame el cielo —dijo el coronel Bantry—, no es posible deshacerse de un cadáver con tanta facilidad. ¿Qué hicieron después con el primero?

—Lo devolvió —dijo la señorita Marple—. Fue una idea malvada..., pero muy inteligente, y se la dieron nuestras palabras que oyó en el salón. ¿Por qué no utilizar el cadáver de la pobre Mary, la doncella? Recuerden que la habitación de los Sanders estaba entre las de los criados. Y la de Mary estaba dos puertas más allá, y los de la funeraria no irían a recogerlo hasta después de oscurecer... él contaba con ello. Se llevó el cadáver por el balcón (a las cinco era ya de noche) vestido con un traje de su esposa y su abrigo encarnado. ¡Y entonces encontró cerrado con llave el departamento del armario donde su esposa guardaba los sombreros! Sólo podía hacer una cosa: coger uno de los sombreros de la camarera. Nadie habría de notarlo. Dejó el calcetín relleno de arena junto a ella y fue en busca de sus amigos para establecer su coartada.

»Telefoné a su esposa... dando el nombre del señor Littleworth. Ignoro lo que le diría... ella era tan crédula...

pero consiguió que abandonara su partida de bridge y regresara antes para encontrarse con él a las siete junto a la escalera de incendios del Hydro. Probablemente diciéndole que le reservaba una sorpresa.

»Regresó al Hydro con sus amigos y se las arregló de modo que la señorita Trollope y yo descubriéramos el crimen con él. Incluso hizo ademán de querer volver al cadáver... ¡y yo le detuve! Luego me mandó avisar a la policía y él salió a pasear por los alrededores.

Nadie le pidió que estableciera una coartada *después* del crimen. Se reúne con su esposa, la hace subir por la escalera de incendios y entrar en su dormitorio. Tal vez le ha contado ya alguna historia acerca del cadáver. Ella se detiene junto a él y Sanders la golpea con el calcetín relleno de arena. ¡Oh, Dios mío! ¡Todavía me estremezco! Y la chaqueta, la cuelga en el armario y le viste las ropas del otro cadáver.

»*Pero el sombrero no le entra.* La cabeza de Mary es pequeña, y en cambio Gladys Sanders, como ya he dicho, llevaba un gran moño en la nuca. Por ello se ve obligado a dejarlo junto a ella con la esperanza de que nadie lo note. Luego vuelve a llevar el cuerpo de la pobre Mary a su habitación, donde la coloca decorosamente de nuevo.

—Parece increíble —dijo el doctor Lloyd—. Los riesgos que llegó a correr. La policía podía haber llegado demasiado pronto.

—Recuerde que la línea telefónica estaba averiada —replicó la señorita Marple—. Eso fue parte de *su* obra. No podía arriesgarse a que la policía se presentara demasiado pronto, y cuando llegaron estuvieron un buen rato en el despacho del gerente antes de subir al dormitorio. Ese era el punto más débil... el que alguien observara la diferencia entre un cadáver que llevaba sólo dos horas muerto y otro que sólo llevaba media; pero confiaba en que las personas que habían descubierto el crimen no fueran expertas en la materia.

El doctor Lloyd asintió.

—Debió suponerse que el crimen había sido cometido a

las siete menos cuarto poco más o menos —dijo—. Y en realidad lo fue a las siete, o pocos minutos después. Cuando el forense examinó el cadáver debían ser a lo sumo las siete y media, y no podía precisarlo.

—Yo era la persona que debía haberse dado cuenta —dijo la señorita Marple—. Cogí la mano de la muchacha y estaba fría como el hielo. ¡Poco después el inspector dijo que el crimen debía haberse cometido poco antes de nuestra llegada... y yo no vi nada!

—Creo que vio usted mucho, señorita Marple —replicó sir Henry—. Ese caso ocurrió antes de que yo ocupara mi cargo de comisario. Ni siquiera recuerdo haberlo oído. ¿Qué ocurrió?

—Sanders fue ahorcado —explicó la señorita Marple—. Nunca me arrepentiré de haber ayudado a hacer justicia. No tengo esos escrúpulos humanitarios que rechazan el castigo capital.

Su rostro se dulcificó.

—Pero me he reprochado a menudo amargamente el no haber sabido salvar la vida de aquella pobre joven. Pero, ¿quién hubiera escuchado a una pobre vieja? Vaya... vaya... ¿quién sabe? Tal vez fuera mejor para ella morir cuando era feliz que vivir luego desgraciada y desilusionada en un mundo que de pronto le hubiera parecido horrible. Ella amaba a aquel canalla y confiaba en él. Nunca llegó a descubrirle.

—Bueno, entonces —dijo Jane Helier— todo terminó bien. Muy bien. Quiero decir —se detuvo.

La señorita Marple miró a la hermosa y célebre Jane Helier y dijo asintiendo con la cabeza:

—Comprendo, querida. Comprendo.



CAPÍTULO XI

LA HIERBA MORTAL

A HORA usted, señora B —dijo sir Henry Clithering. La señora Bantry, su anfitriona, le miró con aire de reproche.

—Le he dicho muchas veces que no me gusta que me llame señora B. Es una falta de respeto.

—Scherezade, entonces...

—¡Y menos Sch... como se llame! Nunca fui capaz de contar una historia con propiedad; pregúntele a Arturo, si no me cree.

—Eres bastante buena relatando los hechos, Dolly —exclamó el coronel Bantry—; pero no sabes adornarlos.

—Eso es —repuso la señora Bantry, hojeando el catálogo de bulbos que tenía ante ella—. Les he estado escuchando a todos y no sé cómo lo hacen. «Él dijo, ella dijo, yo me pregunté, ellos pensaron, todos supieron...» Bueno, pues, ¡yo no sé! Y además no conozco ninguna historia interesante para contar.

—No lo creemos, señora Bantry —dijo el doctor Lloyd meneando su cabeza, de cabellos grises, con incredulidad.

La anciana señorita Marple dijo con su dulce voz:

—Desde luego que no, querida...

La señora Bantry continuó meneando la cabeza obstinadamente.

—Ustedes no saben lo monótona que es mi vida. Entre las dificultades del servicio, el ir a la ciudad de compras, el dentista y luego el jardín...

—¡Ah! —dijo el doctor Lloyd—. El jardín. Ya sabemos todos dónde tiene usted puesto el corazón, señora Bantry.

—Debe de ser muy bonito tener un jardín —dijo Jane Helier, la hermosa y joven actriz—. Es decir, cuando no hay que cavar y ensuciarse las manos. ¡Me gustan tanto las flores...!

—El jardín... —exclamó sir Henry—. ¿No podríamos tomarlo como punto de partida? Vamos, señora. ¡El bulbo envenenado, los narcisos de la muerte, la hierba mortal!

—Es curioso que haya dicho eso —observó la señora Bantry—. Acaba de recordarme algo. Arturo, ¿te acuerdas de aquel caso que se presentó ante el Juzgado de Clodderham? Ya sabes. El del viejo sir Ambrose Bercy. ¿Recuerdas que le considerábamos un anciano cortés y encantador?

—Vaya, pues es verdad. Sí, fue un caso extraño. Adelante, Dolly.

—Sería mejor que lo contaras tú, querido.

—Tonterías. Adelante. Eres capaz de gobernar tu propio barco. Yo ya lo hice.

La señora Bantry aspiró el aire con fuerza, y entrelazando las manos y con rostro angustiado empezó a hablar muy de prisa.

—Bueno, en realidad no hay mucho que contar. La hierba mortal... es lo que me lo ha hecho recordar, aunque interiormente lo llamo *Salvia y Dedalera*.

—¿Salvia y dedalera? —preguntó el doctor Lloyd.

La señora Bantry asintió.

—Así es como sucedió. Arturo y yo estábamos en casa de sir Ambrose Bercy, en Clodderham, y un día, por error (que siempre consideraré muy estúpido), cogieron un montón de hojas de dedalera entre la salvia. Aquella noche rellenaron los platos con ellas y todos se sintieron mal, y una pobre muchacha, la pupila de sir Ambrose, murió.

Se detuvo.

—Vaya, vaya —dijo la señorita Marple—, qué tragedia.

—¿Verdad?

—Bien —replicó sir Henry—, ¿y qué pasó luego?

—Pues nada más —repuso la señora Bantry—, eso es todo.

Todos quedaron sorprendidos. Aunque ya les había advertido, no esperaban una brevedad semejante.

—Pero, mi querida señora —insistió sir Henry—, tiene que haber algo más. Lo que usted acaba de contarnos es un caso trágico, pero no tiene nada de problema.

—Bueno, claro que hay algo más —dijo la señora Bantry—. Pero si se lo digo, ya sabrán de quién se trata.

Y mirando desafiadoramente a los reunidos les dijo con sencillez:

—Ya les dije que yo no sabía adornar las cosas y convertirlas en una verdadera historia.

—¡Ah, já! —exclamó sir Henry ajustándose los lentes—. ¿Sabe, Scherezade, que es muy ingenioso su modo de desafiar nuestro ingenio? No estoy seguro de que no lo haya hecho a propósito... para estimular nuestra curiosidad. Proponga una ronda de preguntas. Señorita Marple, ¿quiere usted empezar?

—Me gustaría saber algo de la cocinera —dijo la señorita Marple—. Debía ser una mujer muy tonta, o muy inexperimentada.

—Era muy tonta —replicó la señora Bantry—. Después se estuvo lamentando diciendo que le habían llevado las hojas como si fueran de salvia, ¿cómo iba ella a saber que no lo eran?

—Cualquiera lo hubiera visto —dijo la señorita Marple.

—¿Era una mujer mayor y muy buena cocinera?

—Excelente —contestó la señora Bantry.

—Ahora le toca a usted, señorita Helier —dijo sir Henry.

—¡Oh! ¿Se refiere... a que me toca preguntar? —hubo una pausa mientras Jane reflexionaba, y al fin dijo—: La verdad es que no sé qué preguntar,

Sus hermosos ojos miraron suplicantes a sir Henry.

—¿Por qué no pregunta por los personajes del drama? —le sugirió con una sonrisa.

Jane seguía mirándole extrañada.

—Que haga la presentación de los personajes por orden de aparición —continuó sir Henry en tono amable.

—¡Ah, sí! —exclamó Jane—. Es una buena idea.

La señora Bantry empezó a contarlos con los dedos.

—Sir Ambrose... Silvia Keene (ésa es la joven que murió); una amiga suya que pasaba unos días allí, llamada Maud Wye, una de esas muchachas morenas y feas que no sé cómo se las arreglan para resultar atractivas... nunca supe cómo lo consiguen. Luego un tal señor Curle, que había ido a discutir acerca de algunos libros de latín... y de mohosos pergaminos. Jerry Lorimer... una especie de vecino. Su finca, Firilies, lindaba con la de sir Ambrose. Y una tal señora Carpenter, una de esas gatas de mediana edad que siempre se las arreglan para instalarse cómodamente en cualquier parte. Supongo que en cierto modo hacía de *dame de compagnie* de Silvia.

—Ahora me toca a mí —dijo sir Henry—, puesto que estoy sentado junto a la señorita Helier. Y quiero saber muchas cosas. Quiero que nos haga un breve relato verbal, señora Bantry, de todos los personajes.

—¡Oh! —la señora Bantry vacilaba.

—Empiece por sir Ambrose —continuó sir Henry—. ¿Qué tal era?

—¡Oh! Era un anciano de aspecto distinguido... y en realidad no muy viejo... supongo que no tendría más de sesenta años. Pero estaba muy delicado... tenía el corazón muy débil, nunca podía subir la escalera... tuvieron que ponerle ascensor y por eso parecía mayor de lo que era en realidad. *Cortés*... de modales y amable. Nunca le vimos enfadado o molesto. Tenía unos hermosos cabellos blancos y una voz particularmente agradable.

—Bien —dijo sir Henry—. Ya conozco a sir Ambrose. Ahora pasemos a Silvia... ¿cómo dijo que se llamaba?

—Silvia Keene. Era muy bonita... *mucho*. Rubia y con un cutis precioso. Tal vez no muy inteligente, mejor dicho, bastante estúpida.

—¡Oh, vamos, Dolly! —protestó su esposo.

—Es natural que Arturo no piense así —dijo la señora

Bantry en tono seco—; pero era estúpida... en realidad nunca decía nada que valiera la pena escuchar.

—Era una de las criaturas más graciosas que he visto nunca —dijo el coronel Bantry con calor—. Si la hubiesen visto jugando al tenis... encantadora, realmente. Y rebo-sando simpatía... era divertidísima... y tan bonita. Apuesto a que todos los jóvenes pensaban así.

—Ahí es donde te equivocas —dijo la señora Bantry—. Las jóvenes así no tienen encanto para los muchachos de hoy en día. Sólo los viejos chapados a la antigua como tú Arturo, gustan de las chicas jóvenes.

—El ser joven no lo es todo —intervino Jane—. Hay que tener S.A.

—¿Qué es S.A.? —quiso saber exactamente la señorita Marple.

—*Sex appeal* —replicó Jane.

—¡Ah, sí! —dijo la señorita Marple—. Lo que en mis tiempos se llamaba «tener encanto personal».

—No es mala descripción —comentó sir Henry—. Creo haber entendido que ha descrito usted a la *dame de compagnie* como una gata, señora Bantry...

—No me refería a una *gata*, sino a algo muy distinto —exclamó la señora Bantry—. Adelaida Carpenter era una persona muy dulce siempre.

—¿Qué edad tendría?

—¡Oh! Yo diría que unos cuarenta años. Llevaba algún tiempo en la casa... creo que desde que Silvia tenía once años. Era una persona de mucho tacto. Una de esas viudas que quedan en circunstancias económicas difíciles, con muchos parientes aristócratas pero sin dinero. A mí no me gustaba mucho... pues nunca me han gustado las personas de manos blancas y largas, ni tampoco los gatos.

—¿Y el señor Curle?

—¡Oh! Era uno de esos ancianos encorvados como hay tantos, y que apenas se distinguen unos a otros. Demostraba gran entusiasmo cuando se hablaba de sus libracos, pero ninguno en otras ocasiones. No creo que sir Ambrose le conociera muy bien.

—¿Y Jerry, el vecino?

—Era un muchacho realmente encantador, y estaba prometido a Silvia, por eso fue tan triste.

—Quisiera saber... —empezó a decir la señorita Marple, y luego se calló.

—¿El qué?

—Nada, querida.

Sir Henry contempló a la anciana con curiosidad y al cabo dijo, pensativo:

—De modo que esa joven pareja estaban prometidos. ¿Hacía mucho tiempo que eran novios?

—Cosa de un año. Sir Ambrose se había opuesto a su noviazgo pretextando que Silvia era demasiado joven. Pero al cabo de un año de relaciones se prometieron y la boda debía haberse celebrado muy pronto.

—¡Ah! ¿Tenía alguna propiedad esa joven?

—Casi nada sólo unas cien o doscientas libras al año.

—Ahí no hay gato encerrado, Clithering —dijo el coronel Bantry riendo.

—Ahora le toca preguntar al doctor —dijo sir Henry—. Yo me doy por vencido.

—Mi curiosidad es principalmente profesional —dijo el doctor Lloyd—. Quisiera saber el dictamen médico que se presentó en la encuesta es decir, si nuestra anfitriona lo recuerda o lo sabe.

—Lo sé muy por encima —replicó la señora Bantry—. Dijeron que la muerte fue debida a envenenamiento por digitalina...» ¿Lo digo bien?

El doctor Lloyd asintió.

—El principio activo de la dedalera actúa sobre el corazón. Por cierto que es una droga muy valiosa para ciertas afecciones cardíacas. Es un caso muy curioso. Nunca hubiera creído que el comer una preparación de hojas de dedalera pudieran resultar fatal. Se han exagerado mucho los daños producidos por comer hojas venenosas y bayas. Muy pocas personas comprenden que el principio vital o alcaloide ha de ser extraído con mucho cuidado y preparación.

—La señora McArthur envió el otro día unos bulbos especiales a la señora Toomie —explicó la señorita Marple—. Y la señora Toomie los tomó por cebollas y al comerlos toda la familia se puso enferma.

—Pero no se murió nadie —dijo convencido el doctor Lloyd.

—No, es cierto —admitió la señorita Marple.

—Una amiga mía murió envenenada con potomanía —dijo Jane Helier.

—Debemos continuar investigando el crimen —intervino sir Henry.

—¿Crimen? —exclamó Jane sobresaltada—. Yo creí que se trataba de un accidente.

—Si fuera un accidente —repuso sir Henry en tono amable—, no creo que la señora Bantry nos hubiera contado esta historia. No, fue accidente sólo en apariencias... detrás se escondía algo más siniestro. Recuerdo un caso... varios invitados a una fiesta charlaban después de cenar. Las paredes estaban adornadas con toda clase de armas antiguas. Bromeando, uno de los reunidos cogió una vieja pistola y apuntó a otro simulando disparar. La pistola estaba cargada y se disparó matando al otro hombre. Tuvimos que averiguar, primero quién había preparado secretamente la pistola, y segundo quién había dirigido la conversación para obtener el resultado final... ya que el hombre que había disparado el arma era completamente inocente.

»Me parece que en este caso se nos presenta el mismo problema. Esas hojas de dedalera fueron mezcladas deliberadamente con las de salvia sabiendo cuál sería el resultado. Puesto que descartamos a la cocinera... la descartamos, ¿verdad...?, la pregunta es: "¿Quién cogió las hojas y las llevó a la cocina?"

—Eso es fácil de responder —dijo la señora Bantry—. Por lo menos la última parte de la pregunta. Fue la propia Silvia quien las llevó a la cocina. Era parte de sus ocupaciones diarias recoger la ensalada, hierbas, manojos de zanahorias... todas esas cosas que los jardineros nunca escogen bien. No les gusta coger nada tierno... esperan a

que maduren demasiado. Silvia y la señora Carpenter soñan ir a buscarlas ellas mismas, y había una mata de dedalera entre las de salvia en una esquina y por ello la equivocación no tiene nada de extraño.

—Pero ¿las cogió la propia Silvia?

—Eso nadie lo sabe. Se dio por supuesto.

—Las suposiciones son siempre muy peligrosas —dijo sir Henry.

—Pero sé que no fue la señora Carpenter —replicó la señora Bantry—. Porque dio la casualidad de que estuvo toda la mañana paseando conmigo por la terraza. Salimos después de desayunar. Hacía un día extraordinariamente cálido y espléndido para estar tan a principios de primavera. Silvia bajó sola al jardín, pero más tarde la vi paseando del brazo de Maud Wye.

—De modo que eran grandes amigas, ¿verdad? —preguntó la señorita Marple.

—Sí —repuso la señora Bantry, y pareció querer añadir algo más, pero no lo hizo.

—¿Llevaba muchos días en la casa? —quiso saber la señorita Marple.

—Unos quince días —dijo la señora Bantry con voz preocupada.

—¿No le agrada la señorita Wye? —insinuó sir Henry.

—Sí, eso es lo malo, que sí.

Su preocupación se trocó en disgusto.

—Usted nos oculta algo, señora Bantry —dijo sir Henry en tono acusador.

—Me estaba preguntando una cosa —dijo la señorita Marple—; pero no quiso continuar.

—¿Cuándo?

—Cuando usted dijo que esa joven pareja se había comprometido y que por eso resultaba más triste. Pero su voz no me sonó del todo convincente... no sé si me comprende.

—Qué terrible es usted —replicó la señora Bantry—. Parece que siempre *sabe las cosas*. Sí, pensaba en algo, pero en realidad no sé si es mejor decirlo o no decirlo.

—Tiene que decirlo, déjese de escrúpulos —intervino sir Henry.

—Bien, pues era esto —dijo la señora Bantry—: Una noche... precisamente la anterior a la tragedia... salí a la terraza antes de cenar. La ventana del salón estaba abierta y por casualidad vi a Jerry Lorimer y Maud Wye. Él... bueno... la estaba besando. Claro que yo ignoro si se trataba de un *flirt* sin importancia, o... bueno, quiero decir que nunca se sabe. Yo sabía que a sir Ambrose nunca le había gustado Jerry Lorimer... tal vez porque conocía su modo de ser. Pero de una cosa *estoy segura*; de que esa chica, Maud Wye, estaba *realmente* interesada por él. Sólo había que ver cómo le miraba cuando no se creía observada. Y, además, hacían mejor pareja que él y Silvia.

—Voy a hacerle rápidamente una pregunta antes de que se me adelante la señorita Marple —dijo sir Henry—. Quiero saber si, después de la tragedia, Jerry Lorimer se casó con Maud Wye.

—Sí —dijo la señora Bantry—. Seis meses después.

—¡Oh! Scherezade, Scherezade —dijo sir Henry—. ¡Y pensar en la forma que nos presentó su historia al principio! Los huesos pelados y hay que ver la carne que vamos encontrando ahora en ellos.

—No hable usted así, como un vampiro —dijo la señora Bantry—. Y no emplee la palabra carne. Los vegetarianos siempre lo hacen. Dicen «yo nunca como carne» de un modo que le hacen a uno dejar la chuleta que está a punto de comerse. El señor Curle era vegetariano, y solía desayunar una especie de mejunje parecido al salvado. Los ancianos encorvados que llevan barba suelen tener muchas manías y llevan ropa interior muy particular.

—¿Qué sabes tú de la ropa interior que llevaba el señor Curle? —preguntó su marido.

—Nada —replicó la señora Bantry muy digna. Sólo estaba tratando de adivinar.

—Voy a rectificar mi declaración —dijo sir Henry—.

Y diré en cambio que los personajes del drama son muy interesantes. Empiezo a conocerlos a todos... ¿eh, señorita Marple?

—La naturaleza humana es siempre interesante, sir Henry. Y es curioso ver cómo ciertos tipos tienden a actuar siempre del mismo modo.

—Dos mujeres y un hombre —dijo sir Henry—. El eterno triángulo. ¿Es ésa la base de nuestro problema? Yo creo que sí.

El doctor Lloyd se aclaró la garganta.

—He estado pensando —dijo con bastante dificultad—. ¿Dice usted, señora Bantry, que usted también se sintió indisputada?

—¡Yo! ¡Arturo! ¡Y todos!

—Eso es... todos —dijo el médico—. ¿Comprenden lo que quiero decir? En la historia que sir Henry acaba de contarnos un hombre disparó contra otro..., pero no contra todos los que se encontraban reunidos en la habitación.

—No comprendo —replicó Jane—. ¿Quién disparó contra quién?

—Estoy diciendo que quienquiera que planeó este crimen lo hizo de un modo muy particular. O bien con una fe ciega en la casualidad o con un desprecio absoluto de la vida humana. Apenas puedo creer que exista un hombre capaz de envenenar deliberadamente a ocho personas con el objeto de suprimir a una de ellas.

—Comprendo su punto de vista —dijo sir Henry, pensativo—. Confieso que debiera haber pensado en ello.

—¿Y no pudo haberse envenenado él también? —preguntó Jane.

—¿Faltó alguien a la mesa aquella noche? —quiso saber la señorita Marple.

La señora Bantry negó con la cabeza.

—Excepto el señor Lorimer, supongo, querida. Él no vivía en la casa, ¿no es cierto?

—No, pero aquella noche cenaba con nosotros —repuso la señora Bantry.

—¡Oh! —exclamó la señorita Marple—. Eso cambia mucho las cosas.

Y agregó frunciendo el ceño y como para sus adentros:

—He sido una tonta.

—Confieso que su punto de vista me preocupa, Lloyd —dijo sir Henry—. ¿Cómo asegurarse de que la muchacha y sólo ella, tomase la dosis fatal?

—No era posible —replicó el doctor—. Eso nos plantea otra cuestión. *Supongamos que la joven no fuera la víctima esperada...*

—¿Qué?

—En todos los casos de envenenamiento por vía bucal el resultado es muy cierto. Varias personas participan del mismo plato. ¿Y qué ocurre? Una o dos enferman ligeramente, otras dos, digamos, de gravedad, y otra fallece. Así es como ocurre siempre... no es posible tener la plena seguridad. Pero hay otros casos en que puede intervenir otro factor. La digitalina es una droga que afecta directamente al corazón... y como les he dicho se receta en ciertos casos. *Ahora bien, en la casa había una persona que sufría del corazón.* Supongamos que fuese la víctima escogida. Lo que no sería fatal para el resto lo iba a ser para él... o eso es lo que pudo suponer el asesino. Que todo resultara distinto es sólo una prueba de lo que acabo de decirles... la incertidumbre y relatividad de los efectos de las drogas en los seres humanos.

—¿Cree usted que la víctima tenía que haber sido sir Ambrose? —preguntó sir Henry—. Sí, sí, y la muerte de la joven fue un error.

—¿Quién heredó su dinero después de su muerte? —preguntó Jane.

—Una pregunta muy sensata, señorita Helier. Una de las primeras que hacía siempre en mi antigua profesión —dijo sir Henry.

—Sir Ambrose tenía un hijo —replicó lentamente la señora Bantry—. Creo que era muy indómito; no obstante no estaba en manos de sir Ambrose el poder desheredar-

le... ya que Clodderham Court pasaba de padres a hijos. Martin Bercy heredó el título y la hacienda. Sin embargo, sir Ambrose tenía bastantes propiedades más que podía dejar a quien quisiera y que dejó a su pupila Silvia. Sé que sir Ambrose falleció al cabo de medio año de haber sucedido lo que les estoy contando, y no se tomó la molestia de hacer nuevo testamento después de la muerte de Silvia. Creo que el dinero pasó a la Corona... o tal vez a su hijo como pariente más cercano... no lo recuerdo exactamente.

—De modo que los únicos interesados fueron un hijo que no estaba allí y una muchacha que falleció por querer deshacerse de él —resumió sir Henry, pensativo—. No resulta muy prometedor.

—¿Las otras mujeres no heredaron nada? —preguntó Jane—. Esa que la señora Bantry califica de «gata».

—En el testamento no constaba su nombre —dijo la señora Bantry.

—Señorita Marple, no escucha usted —le dijo sir Henry—. Está muy lejos de aquí.

—Estaba pensando en el anciano señor Badger, el químico —repuso la aludida—. Tenía un ama de llaves muy joven... lo suficiente no sólo para ser su hija, sino para ser su nieta. No dijo una palabra a nadie, y su familia y un montón de sobrinos abrigaban la esperanza de heredarle, y cuando falleció, ¿quieren ustedes creerlo?, llevaba dos años casado con ella en secreto. Claro que el señor Badger era químico y también un hombre muy rudo y vulgar, y sir Ambrose Bercy un caballero muy fino, según dice la señora Bantry, pero en conjunto la naturaleza humana es la misma en todas partes.

Hubo una pausa, durante la cual sir Henry miró fijamente a la señorita Marple que no apartó sus ojos azules e inteligentes hasta que Jane Helier con una pregunta rompió el silencio.

—¿La señora Carpenter era bien parecida? —preguntó.

—Sí, pero sencilla, nada llamativa.

—Tenía una voz muy simpática —dijo el coronel Banttry.

—Ronroneante... así es como yo la llamo —intervino la señora Banttry—. ¡Ronroneante!

—A ti también vamos a llamarte «gata» cualquier día de estos, Dolly.

—Me gustaría serlo en mi casa —replicó ella—. De todas formas ya sabes que no me gustan mucho las mujeres. Sólo los hombres y las flores.

—Un gusto excelente —exclamó sir Henry—. Especialmente por haber nombrado a los hombres en primer lugar.

—Eso fue por delicadeza —repuso la señora Banttry—. Bueno, ¿qué me dicen de mi problemita? Me parece que he sido bien justa, Arturo, ¿no crees que he sido completamente justa?

—Sí, querida. Pero no creo que ninguno de nosotros adivinemos la solución.

—Usted primero —dijo la señora Banttry señalando a sir Henry.

—Voy a ser algo extenso, ya que no tengo ninguna seguridad en este caso. Primero consideremos a sir Ambrose. Bueno, no creo que empleara un método tan original para suicidarse... y por otro lado no ganaba nada con la muerte de su pupila. Descartado sir Ambrose. Ahora el señor Curle. No tenía motivos para matar a la joven. De haber sido sir Ambrose su presunta víctima, posiblemente hubiera robado un par de manuscritos raros que nadie hubiera echado de menos. Es una teoría muy vaga y poco probable. De modo que considero que, a pesar de las sospechas de la señora Banttry en cuanto a su ropa interior, el señor Curle queda eliminado. Señorita Wye. ¿Motivos para matar a sir Ambrose?... Ninguno. ¿Motivos para matar a Silvia?... Poderosos. Ella quería al prometido de Silvia... con locura... según dice la señora Banttry. Aquella mañana estuvo en el jardín con Silvia, de modo que tuvo oportunidad de coger las hojas. No, no podemos descartar a la señorita Wye así como así y al joven Lorimer. Tiene

motivos en ambos casos. Si se deshace de su novia puede casarse con la otra. No obstante me parece excesivo asesinarla... ¿qué significa hoy en día una rotura de compromiso? Si muere sir Ambrose, se casará con una mujer rica en vez de una pobre. Eso puede tener importancia o no... depende de su situación económica. Si descubro que sus propiedades estaban hipotecadas y la señora Bantry nos ha ocultado deliberadamente este detalle, no ha sido justa. Ahora la señora Carpenter. Estas manos tan blancas, y su magnífica coartada en el momento en que fueron cogidas las hojas... siempre desconfío de las coartadas. Y tengo otra razón para sospechar de ella, que me reservo. No obstante, en conjunto, si tuviera que acusar a alguien sería a la señorita Maud Wye, ya que tenemos más pruebas contra ella que contra nadie.

—Ahora usted —dijo la señora Bantry señalando al doctor Lloyd.

—Creo que se equivoca usted, Clithering, al aferrarse a la teoría de que la muerte de la joven fuese intencionada. Estoy convencido de que el asesino intentaba deshacerse de sir Ambrose. No creo que el joven Lorimer tuviera el conocimiento necesario y me siento inclinado a creer que la culpa fue de la señora Carpenter. Llevaba mucho tiempo en la casa, conocía el estado de salud de sir Ambrose y pudo disponer con facilidad que esa joven Silvia (que usted misma dice que era bastante estúpida) cogiera las hojas adecuadas. Confieso que no veo qué motivos pudo tener; pero me aventuro a suponer que en otro tiempo sir Ambrose hizo un testamento en que era mencionada. Es todo lo que se me ocurre.

La señora Bantry pasó a señalar a Jane Helier.

—Yo no sé qué decir —dijo Jane—, excepto esto: ¿Por qué no pudo haberlo hecho la propia muchacha? Después de todo, ella llevó las hojas a la cocina. Y usted dice que sir Ambrose se había opuesto al noviazgo. Al morir él, lograría el dinero para poder casarse en seguida, y debía conocer el estado de salud de sir Ambrose tanto como la señora Carpenter.

El índice de la señora Bantry señaló a la señorita Marple.

—Ahora usted, señorita Profesora —le dijo.

—Sir Henry lo ha expresado todo claramente... muy claramente —dijo la señorita Marple—. Y el doctor Lloyd también tuvo razón en lo que dijo. Entre los dos lo han dejado todo bien claro. Sólo que no creo que el doctor Lloyd haya comprendido del todo uno de los aspectos de lo que ha dicho. Comprendan, no siendo el consejero médico de sir Ambrose, no podía saber exactamente qué clase de afección cardíaca padecía, ¿no les parece?

—No comprendo del todo lo que quiere usted decir, señorita Marple —dijo el doctor Lloyd.

—Usted supone que sir Ambrose tenía un corazón al que afectaba la digitalina, pero no hay nada que lo pruebe. Pudo ser todo lo contrario.

—¿Al contrario?

—Sí, usted dijo que a menudo se receta digitalina para ciertas afecciones del corazón.

—Aunque así sea, señorita Marple, no veo adónde quiere usted ir a parar.

—Pues significaría que podía tener digitalina en su poder con toda naturalidad... sin dar explicaciones. Lo que trato de decir (¡siempre me expreso tan mal!) es esto: Supongamos que usted deseara envenenar a alguien con una dosis mortal de digitalina. ¿No sería lo más sencillo y el medio más fácil de procurar que todos sufrieran envenenamiento... producido por hojas de dedalera que contienen digitalina? No causaría la muerte a ninguno de los otros, pero nadie se sorprendería que hubiera una víctima, ya que, como ha dicho el doctor Lloyd, estas cosas son muy imprecisas. Nadie se molestaría en averiguar si la joven había tomado ya de antemano una dosis fatal de digitalina. Pudo ponérsela en un combinado, en el café o incluso hacérselo beber simplemente como un tónico.

—¿Quiere usted decir que sir Ambrose envenenó a su pupila, la encantadora joven de quien estaba enamorado?

—Exactamente —replicó la señorita Marple—. Igual que

el señor Badge de su joven ama de llaves. No me digan que es absurdo que un hombre de sesenta años se enamore de una joven de veinte. Sucede cada día... y me atrevo a decir que un autócrata como sir Ambrose pudo tomarlo muy a pecho. Esas cosas a veces se convierten en locuras. No podría soportar la idea de verla casada... hizo cuanto pudo por evitarlo... y fracasó. Sus celos crecieron de tal modo que prefirió matarla antes de dejar que se casara con el joven Lorimer. Debíó pensarlo algún tiempo antes, ya que las semillas de dedalera tuvieron que ser sembradas entre la salvia. Cuando llegó la ocasión, él mismo las cogió y envió a Silvia con ellas a la cocina. Es horrible, pero supongo que debemos juzgarle con toda la benevolencia que podamos. Los hombres de edad son algunas veces muy particulares en lo que respecta a las chicas jovencitas. Nuestro último organista... pero basta, no hay que hablar de los escándalos.

—Señora Bantry —preguntó sir Henry—. ¿Fue así?

La señora Bantry asintió.

—Sí. Yo no tenía la menor idea... nunca soñé que pudiera tratarse de otra cosa que de un accidente. Luego, después de la muerte de sir Ambrose, recibí una carta. Había dejado instrucciones para que me fuera enviada y en ella me contaba la verdad. No sé por qué... pero él y yo siempre nos habíamos llevado muy bien.

Durante el momentáneo silencio percibió una crítica callada y se apresuró a agregar:

—Ustedes creen que estoy traicionando una confidencia... pero no es así. He cambiado todos los nombres. En realidad no se llamaba sir Ambrose Bercy. ¿No se dieron cuenta de la extrañeza con que me miró Arturo cuando dije el nombre por primera vez? Al principio no me entendía. Lo he cambiado todo. Como dicen en las revistas y al principio de las novelas: «Todos los personajes que aparecen en esta historia son ficticios.» Nunca sabrán ustedes quiénes fueron en realidad.

CAPÍTULO XII

EL CASO DEL BUNGALOW

A HORA recuerdo un caso —dijo Jane Helier. Su bello rostro se iluminó con la sonrisa confiada del niño que busca aprobación. Era la sonrisa que conmovía a diario al público de Londres y que había enriquecido a los fotógrafos.

—Le ocurrió a una amiga mía —dijo con precaución.

Todo el mundo la alentó hipócritamente. El coronel Banttry, su esposa, sir Henry Clithering, el doctor Lloyd y la anciana señorita Marple estaban convencidos de que la «amiga» de Jane era ella misma. Hubiera sido incapaz de recordar o interesarse por algo que afectara a cualquier otra persona.

—Mi amiga —continuó Jane— (no mencionaré su nombre) era una actriz... muy conocida.

Nadie exteriorizó la menor sorpresa, y sir Henry Clithering pensó para sí: «Me pregunto cuánto tardará en olvidarse de la farsa y dirá yo en vez de *ella*...»

—Mi amiga se encontraba de gira por provincias..., de esto hará uno o dos años. Supongo que es mejor no decir el nombre del lugar... Estaba cercano al río y muy cerca de Londres. Le llamaré...

Hizo una pausa, frunciendo el entrecejo. Al parecer, el inventar un simple nombre era demasiado para ella, y sir Henry acudió en su ayuda.

—¿Le llamamos Riverbury? —le sugirió.

—Oh, sí, espléndido. Riverbury. Lo recordaré. Bien, como

decía esta... amiga mía... se encontraba en Riverbury con su compañía cuando ocurrió algo muy curioso.

Volvió a fruncir el ceño.

—¡Es tan difícil decir lo que una desea...! —explicó—. Temo confundirme y decir unas cosas antes que otras.

—Lo hace usted muy bien —le dijo el doctor Lloyd para animarla—. Continúe.

—Bien, pues ocurrió algo muy curioso. Mi amiga fue llevada al puesto de policía. Al parecer se había cometido un robo en su *bungalow*, situado junto al río, y detuvieron a un joven que les contó una extraña historia, y por ello fueron a buscarla. Nunca había estado en un puesto de policía; pero se mostraron muy amables con ella... amabilísimos.

—No me extraña en absoluto —dijo sir Henry.

—El sargento... creo que era un sargento... o tal vez fuese un inspector... la hizo sentar le explicó lo ocurrido, y desde luego yo vi en seguida que se trataba de una equivocación.

«¡Ajá!», pensó sir Henry. «¡Yo!» Ya está, lo que imaginaba.

—Eso dijo mi amiga —continuó Jane, inconsciente de su propia traición—. Explicó que había estado ensayando en el hotel con su sobresaliente y que nunca había oído siquiera el nombre del señor Faulkner. Y el sargento dijo: «Señorita Hel...»

Se detuvo, muy sonrojada.

—¿Señorita Helman? —le sugirió sir Henry guiñándole un ojo.

—Sí... sí, eso es. Gracias. El sargento dijo: «Señorita Helman, creo que debe haber algún error, puesto que usted se encontraba en el Bridge Hotel.» Y luego me preguntó si me importaría que me viera aquel joven. Yo dije: «Claro que no.» Y le trajeron, diciéndole: «Ésta es la señorita Helier» y... ¡Oh! —Jane se interrumpió boquiabierta.

—No importa, querida —le dijo la señorita Marple para consolarla—. De todas maneras lo hubiéramos adivinado.

Y no nos ha dicho el nombre del lugar ni nada realmente importante.

—Bueno —dijo Jane—. Mi intención era contárselo como si le hubiera ocurrido a otra persona. Pero es difícil, ¿verdad? Quiero decir que una se olvida.

Todos le aseguraron que era muy difícil, y una vez tranquilizada prosiguió su relato.

—Era un hombre muy atractivo... mucho. Joven y pelirrojo. Al verme se quedó con la boca abierta y el sargento le preguntó: «¿Es ésta la dama?» Y él contestó: «No, desde luego que no. Qué estúpido he sido.» Yo le sonreí, diciéndole que no tenía importancia.

—Me imagino la escena —dijo sir Henry.

Jane Helier frunció el ceño.

—Déjeme pensar cómo será mejor continuar...

—¿Y si nos contara de qué se trata, querida? —dijo la señorita Marple con tal amabilidad que nadie pudo sospechar su ironía—. Quiero decir, que cuál era el error de aquel joven y cuál el robo.

—Oh, sí —exclamó Jane—. Bien, ese joven... Leslie Faulkner, había escrito una comedia. A decir verdad había escrito varias, aunque nunca le aceptaron ninguna. Y me la envió para que la leyera. Yo lo ignoraba, ya que recibo cientos de obras de teatro y leo muy pocas... De todas formas así fue, y al parecer el señor Faulkner recibió una carta mía... sólo que no la había escrito yo... ¿comprenden?

Hizo una pausa y todos le aseguraron que la habían entendido.

—En ella le decía que había leído su comedia, que me gustaba mucho y que viniera a hablar conmigo. Le daba la dirección... El *bungalow* Riverbury. De modo que el señor Faulkner, muy satisfecho, fue a verme al... *bungalow*. Le abrió la puerta una doncella, a quien él preguntó por la señorita Helier; le dijo que la señorita Helier le estaba esperando y le hizo pasar al salón, donde le recibió una mujer que él aceptó como si fuera yo... lo cual resulta bastante extraño, puesto que me había visto ac-

tuar y mis fotografías son bien conocidas en todas partes, ¿verdad?

—En todo lo ancho y lo largo de Inglaterra —replicó la señora Bantry—. Pero a menudo hay una gran diferencia entre la fotografía y el original, mi querida Jane. Así como el ver a las artistas fuera de la escena. No todas las actrices pueden resistir la prueba como usted, recuérdelo.

—Bueno —dijo Jane un tanto aplacada—, es posible. De todas formas describió a aquella mujer diciendo que era alta, rubia, de grandes ojos azules y muy atractiva, de modo que debía parecerse bastante a mí. Desde luego, él no sospechó nada y ella, sentándose, comenzó a charlar de su comedia y de que estaba deseando representarla. Mientras hablaban les sirvieron unos combinados y el señor Faulkner tomó uno. Bueno... eso es todo lo que recuerda... que bebió el combinado. Cuando se despertó o volvió en sí estaba tendido en la carretera junto a la cuneta, desde luego donde no había peligro de que le atropellaran. Sentíase muy débil y desorientado... tanto, que cuando se levantó y echó a andar tambaleándose, no sabía adónde se dirigía. Dijo que de haber estado en plena posesión de sus facultades hubiera vuelto al *bungalow* para tratar de averiguar lo ocurrido, pero sentíase torpe y aturdido y siguió caminando sin saber apenas lo que hacía. Empezaba a rehacerse cuando fue detenido por la policía.

—¿Por qué le detuvieron? —preguntó el doctor Lloyd.

—¡Oh! ¿No lo dije? —exclamó Jane abriendo mucho los ojos—. Qué tonta soy. Por el robo.

—Usted mencionó un robo..., pero no dijo dónde tuvo lugar ni por qué.

—Bueno, ese *bungalow*... adonde fue él, no era mío, por supuesto..., pertenecía a un hombre cuyo nombre era...

De nuevo Jane Helier frunció el entrecejo.

—¿Quiere que vuelva a hacer de padrino? —le preguntó sir Henry—. Seudónimos gratis. Describame al individuo y yo le bautizaré.

—Lo había alquilado un rico ciudadano... un caballero.

—Sir Herman Cohen —propuso sir Henry.

—Le va perfectamente. Lo alquiló para una mujer... esposa de un actor, y también actriz.

—Al actor podemos llamarle Claud Leason —dijo sir Henry—, y a ella por su nombre artístico, por ejemplo, señorita Mary Ker.

—Creo que es usted muy inteligente —dijo Jane—. A mí no se me ocurren las cosas tan fácilmente. Bien, era una especie de casita de campo para que pasaran en él los fines de semana sir Herman..., ¿ha dicho usted Herman...? y la dama. Por supuesto la esposa no sabía nada de esto.

—Es lo que suele ocurrir —dijo sir Henry.

—Y había regalado a la actriz buena cantidad de joyas, incluyendo unas esmeraldas muy finas.

—¡Ah! —exclamó el doctor Lloyd—. Ya vamos llegando.

—Estas joyas estaban en el *bungalow* encerradas en un joyero. La policía dijo que fue una imprudencia... que cualquiera pudo cogerlas.

—¿Ves, Dolly? —intervino el coronel Bantary—. ¿Qué es lo que te digo siempre?

—Bueno, según experiencia propia —repuso la señora Bantary—, es siempre la gente cuidadosa la que pierde sus joyas. Yo no encierro las mías en ningún joyero... las guardo sueltas en un cajón debajo de las medias. Me atrevo a decir que si..., ¿cómo se llama...? Mary Kerr hubiese hecho lo mismo no se las hubieran robado tan fácilmente.

—Las habrían hallado —replicó Jane—, ya que todos los cajones fueron abiertos y su contenido esparcido por el suelo.

—Entonces no andaban buscando joyas —dijo la señora Bantary—, sino documentos secretos. Es lo que ocurre siempre en las novelas.

—No sé nada de ningún documento secreto —repuso Jane pensativa—. No los oí mencionar.

—No se distraiga, señorita Helier —dijo el coronel Banttry—. No hay que tener en cuenta las pistas falsas de Dolly.

—Siga hablando del robo —le indicó amablemente sir Henry.

—Sí. La policía recibió una llamada telefónica de alguien que se hizo pasar por Mary Kerr. Dijo que el joven pelirrojo había cometido un robo en el *bungalow*. Su doncella le encontró un poco extraño y se negó a admitirle, pero más tarde le había visto salir por una ventana. Le describió con tanto detalle que la policía le detuvo media hora después y entonces él contó su historia y mostró mi carta; fueron a buscarme y al verme dijo lo que ya les he contado..., ¡que no era yo!

—Una historia muy curiosa —dijo el doctor Lloyd—. ¿El señor Faulkner conocía a esa señorita Kerr?

—No, no la conocía... o por lo menos eso dijo. Pero aún no les he contado la parte más curiosa. La policía fue al *bungalow* y lo encontraron tal como había sido descrito antes..., los cajones por el suelo y ni rastro de las joyas, pero no había nadie. Hasta algunas horas más tarde no regresó Mary Kerr, quien negó haberles telefoneado, diciendo que nada sabía de lo ocurrido hasta aquel momento. Al parecer había recibido un telegrama de su director ofreciéndole un papel importante y concertando una entrevista a la que naturalmente se había apresurado a acudir. Al llegar a la ciudad descubrió que todo había sido una broma y que el director no le había enviado ningún telegrama.

—Un truco bastante usado para quitarla de en medio —comentó sir Henry—. ¿Qué me dice de los criados?

—Había ocurrido lo mismo. Sólo tenía una doncella a la que llamaron por teléfono de parte de Mary Kerr, diciéndole que había olvidado algo muy importante, y dándole instrucciones para que llevase cierto bolso de mano que estaba en un cajón de su dormitorio y que tomara el primer tren. La doncella así lo hizo, desde luego, dejando la casa cerrada, pero cuando llegó al club de la se-

ñorita Kerr, que era donde le dijeron que esperara a su señora, ésta no apareció.

—¡Hum! —murmuró sir Henry—. Empiezo a comprender. La casa quedó vacía, y el entrar por una de sus ventanas no creo que resultara muy difícil. Pero no veo cuándo interviene el señor Faulkner. ¿Quién telefoneó a la policía, si no fue la señorita Kerr?

—Eso no llegó a saberse nunca.

—Es curioso —comentó sir Henry—. ¿Resultó ser el joven que dijo ser?

—Oh, sí. Incluso presentó la carta que supuso escrita por mí. La letra no se parecía en nada a la mía..., pero, claro, él no era de esperar que conociese mi letra.

—Bien, expongamos los hechos con claridad —dijo sir Henry—. Corríjame si me equivoco. La señora y la doncella son alejadas de la casa por medio de una carta falsa... aprovechando la circunstancia de que usted se encontraba aquella semana actuando en Riverbury. El joven ingiere una droga y la policía recibe una llamada que hace sospechen de él. Se ha cometido un robo. ¿Supongo que se llevarían las joyas?

—Oh, sí.

—¿Y fueron recuperadas?

—No, nunca. A decir verdad, creo que sir Herman procuró echar tierra al asunto. Pero por más que hizo por acallar los rumores no pudo evitar que se enterara su esposa, que creo solicitó el divorcio por este motivo, aunque no lo sé con certeza.

—¿Qué le ocurrió al señor Leslie Faulkner?

—Que al fin fue puesto en libertad. La policía no tenía suficientes pruebas contra él. ¿No les parece que en conjunto es todo muy extraño?

—Mucho. La primera pregunta es: ¿Qué historia debemos creer? Señorita Helier, he observado que usted se inclina hacia la del señor Faulkner. ¿Tiene usted alguna razón para ello aparte de su propio instinto?

—No, no... —repuso Jane, contrariada—. Supongo que no. Pero era tan simpático y se disculpó tanto por haber

tomado a otra persona por mí, que tuve el convencimiento de que *debía* decir la verdad.

—Ya comprendo —dijo sir Henry con una sonrisa—. Pero debe admitir que pudo inventar esa historia con toda facilidad y haber escrito él mismo la carta que figuraba ser de usted. También pudo tomar alguna droga después de cometer el robo, pero confieso que no veo con qué *propósito*. Era más sencillo entrar en la casa y desaparecer tranquilamente... a menos que fuese observado por algún vecino y él lo supiera. Entonces ideó este plan para desviar sospechas y explicar su presencia en la casa.

—¿Tenía dinero? —preguntó la señorita Marple.

—No lo creo —repuso Jane—. No, más bien me parece que andaba bastante apurado.

—Todo este asunto resulta muy curioso —dijo el doctor Lloyd—. Debo confesar que si aceptamos la historia de ese joven como cierta, el caso presenta más dificultades. ¿Para qué iba a querer la dama que pretendía hacerse pasar por la señorita Helier mezclar en el asunto a un desconocido? ¿Por qué montar una comedia tan terriblemente complicada?

—Dígame, Jane —dijo la señora Bantry—. ¿Se enfrentó el joven Faulkner con Mary Kerr en algún momento durante los interrogatorios?

—No puedo asegurarlo —repuso Jane despacio y esforzándose por recordar.

—¡Porque de no ser así el caso está resuelto! —exclamó la señora Bantry—. Estoy segura de que tengo razón. ¿Qué es más sencillo que pretender que había sido llamada a la ciudad? Luego telefona desde Paddington o desde cualquier estación a su doncella y, mientras ésta va a la ciudad, ella regresa. El joven acude a la cita, le hace beber un somnífero, y prepara la escena del robo con el mayor lujo posible de detalles. Telefona a la policía, les da la descripción de la víctima propiciatoria, y vuelve de nuevo a la ciudad. Luego regresa a su casa en el último tren y se hace la sorprendida.

—Pero, ¿por qué iba a robar sus propias joyas, Dolly?

—Siempre lo hacen —repuso la señora Bantry—. Y de todas formas puedo dar cien razones. Tal vez deseaba dinero... y es posible que sir Herman no se lo diera en efectivo, por ello simula el robo de las joyas y luego las vende en secreto. O quizás alguien le estuviera haciendo víctima de un chantaje amenazándole con decírselo a su marido o a la esposa de sir Herman. También es posible que ya las hubiera vendido, y sir Herman, sospechándolo, le preguntara por ellas y se viera obligada a hacer algo. Eso aparece muy a menudo en las novelas. O quizá se las estaba haciendo montar de nuevo y tenía las copias en falso. O... es una buena idea, y no tan vista... simula que le han sido robadas, se pone frenética y él le regala otras. De este modo tiene dos lotes en vez de uno. Estoy segura que esa clase de mujeres saben muchos trucos.

—Es usted muy inteligente, Dolly —le dijo Jane con admiración—. A mí no se me habría ocurrido.

—Es posible que lo sea, pero no ha dicho que tenga razón —comentó el coronel Bantry—. Yo me inclino a sospechar del caballero de la ciudad. Él sabría la clase de telegrama que haría marchar de su casa a la actriz, y el resto pudo arreglarlo fácilmente con la ayuda de una nueva amiga. Al parecer nadie ha pensado en preguntar si tiene una *cortada*.

—¿Qué opina usted, señorita Marple? —preguntó Jane volviéndose hacia la anciana, que había fruncido el entrecejo.

—Querida, en realidad no sé qué decir. Sir Henry puede reírse, pero esta vez no recuerdo ningún caso paralelo ocurrido en el pueblo que me sirva de ayuda. Desde luego hay varias preguntas bastante sugestivas. Por ejemplo, la cuestión del servicio. En... ejem... en una casa de costumbres tan dudosas, la sirvienta debía conocer perfectamente el estado de cosas, y una muchacha decente no hubiera aceptado semejante empleo... ni su madre se lo hubiera permitido ni por un momento. De modo que podemos suponer que la doncella no era de fiar. Pudo estar en combinación con los ladrones y dejarles la casa abierta mien-

tras ella iba a Londres para desviar sospechas. Debo confesar que me parece la solución más probable. Sólo me resulta extraño que fuese obra de unos ladrones corrientes, ya que para un robo así se precisan más conocimientos de los que pueda tener una doncella.

La señorita Marple hizo una pausa antes de proseguir con aire soñador:

—No puedo dejar de pensar que hubo algo más... bueno... quiero decir algún sentimiento personal. Supongamos, por ejemplo, que alguien estuviera despechado. ¿Tal vez una joven actriz a quien él no hubiera tratado bien? ¿No creen que eso explicaría mejor las cosas? Un intento deliberado para complicarle. Eso es lo que parece. Y no obstante... no resulta del todo satisfactorio...

—Vaya, doctor, usted no ha dicho nada —dijo Jane—. Me había olvidado de usted.

—De mí se olvida siempre todo el mundo —repuso el doctor con tristeza—. Debo tener una personalidad muy apagada.

—¡Oh, no! —exclamó Jane—. ¿Quiere, pues, darnos su opinión?

—Me encuentro en posición de estar de acuerdo con las soluciones de todos y al mismo tiempo de ninguna. Yo tengo la teoría descabellada y probablemente totalmente errónea de que la esposa tiene algo que ver en el asunto. Me refiero a sir Herman. No tengo el menor indicio en qué basarme... sólo que les sorprendería saber las cosas *realmente* extraordinarias que son capaces de hacer a todo trance las esposas engañadas si se les mete en la cabeza.

—¡Oh! Doctor Lloyd —exclamó la señorita Marple excitada—. Qué inteligente es usted. No me había acordado para nada de la pobre señora Pebmarsh.

Jane la miró extrañada.

—¿La señora Pebmarsh? ¿Quién es la señora Pebmarsh?

—Pues... —la señorita Marple vacilaba—. Ignoro si tendrá algo que ver con esto. Es una lavandera que robó un broche con un ópalo que estaba prendido en una blusa y lo escondió en casa de otra mujer.

Jane pareció más confundida que nunca.

—¿Y eso le hace ver claro este asunto, señorita Marple? —dijo sir Henry guiñándome un ojo, como tenía por costumbre.

Mas, ante su sorpresa, la señorita Marple meneó la cabeza.

—No, me temo que no. Debo confesar que me hallo completamente desorientada. Lo que comprendo es que las mujeres siempre están unidas... y que en un caso de apuro defienden a su propio sexo... Creo que ésta es la moraleja de la historia que acaba de contarnos la señorita Helier.

—Debo confesar que no había considerado el aspecto ético del misterio —dijo sir Henry, en tono grave—. Tal vez vea con más claridad el significado de su punto de vista cuando la señorita Helier nos haya dado la solución.

—¿Eh? —exclamó Jane, todavía más asombrada.

—Estoy confesando que «nos damos por vencidos». Usted y sólo usted, señorita Helier, ha tenido el alto honor de presentar un misterio tan complicado que incluso la señorita Marple ha tenido que confesar su derrota.

—¿Todos se dan por vencidos? —preguntó en alta voz Jane.

—Sí —y tras un minuto de silencio durante el cual todos esperaban que los demás tomaran la palabra, sir Henry volvió a llevar la voz cantante—. Es decir, que nos limitamos a presentar las soluciones esbozadas por todos nosotros... una cada hombre, dos la señorita Marple y cerca de una docena la señora B.

—No llegaban a una docena —replicó la señora Banttry—. Algunas eran variaciones sobre el mismo tema. ¿Y cuántas veces he de decirle que no quiero que me llame señora B?

—De modo que se dan por vencidos. —Jane estaba pensativa—. Es muy interesante.

—Bueno —dijo la señora Banttry—. Vamos, Jane. ¿Cuál es la solución?

—¿La solución?

—Sí. ¿Qué ocurrió en realidad?

Jane la miró de hito en hito.

—No tengo la menor idea.

—¿Qué?

—Siempre quise saberla y pensé que entre todos ustedes, que son tan inteligentes, podrían *dármela*.

Todo el mundo disimuló su contrariedad. Muy bien que Jane fuese tan hermosa... pero en aquel momento todos pensaron que había llevado demasiado lejos su estupidez. Incluso la belleza más trascendental no podía excusarla.

—¿Quiere decir que la verdad nunca fue descubierta? —preguntó sir Henry.

—No; por eso, como les dije creí que ustedes podrían averiguarla.

Jane parecía contrariada... como si hubiera recibido un agravio.

—Bueno, estoy, estoy... —dijo el coronel Bantrey y le fallaron las palabras.

—Es usted una joven muy irritante, Jane —dijo su esposa—. De todas maneras, estoy segura y siempre lo estaré de que tengo razón. Y si nos dijera los verdaderos nombres de todas esas personas, lo comprobaría.

—No creo que pueda hacerlo —replicó Jane lentamente.

—No, querida —intervino la señorita Marple—. Miss Helier no puede hacer eso.

—Claro que puede —dijo la señora Bantrey—. No sea tan escrupulosa. Los mayores podemos comentar algún que otro escándalo. De todas maneras, digamos por lo menos quién era el magnate de la ciudad.

Más Jane meneó la cabeza y la señorita Marple continuó apoyando a la joven.

—Debió de ser un caso muy doloroso —le dijo.

—No —replicó Jane pensativa—. Creo... creo que más bien disfruté.

—Bien es posible —repuso la señorita Marple—. Su-

pongo que rompería la monotonía. ¿Qué comedia estaba usted representando?

—*Smith.*

—Oh, sí. Es de Somerset Maugham, ¿verdad? Todas sus obras son muy inteligentes. Las he visto casi todas.

—Va usted a reponerla en el próximo otoño, ¿verdad —le preguntó la señora Bantry.

Jane asintió.

—Bueno —dijo la señorita Marple poniéndose en pie—. Debo irme a casa. ¡Es tan tarde! Pero he pasado una velada muy entretenida. Cosa que no sucede a menudo. Creo que la historia de la señorita Helier se lleva el premio. ¿No les parece?

—Siento que se hayan disgustado conmigo —dijo Jane—. Quiero decir porque no sé el final. Supongo que debí decirselo antes.

Su tono denotaba pesar y el doctor Lloyd salvó la situación con su galantería acostumbrada.

—Mi querida amiga, ¿por qué había de sentirlo? Usted nos ha presentado un bonito problema para que aguzáramos nuestro ingenio; lo único que lamento es que ninguno de nosotros ha sabido resolverlo convenientemente.

—Hable por usted —dijo la señora Bantry—. Yo lo he resuelto. Estoy completamente convencida.

—¿Sabe que creo que tiene usted razón? —intervino Jane—. Lo que ha dicho parecía muy razonable.

—¿A cuál de sus siete soluciones se refiere? —preguntó sir Henry, fastidiado.

El doctor Lloyd ayudaba a la señorita Marple a ponerse su manteleta. El doctor debía acompañarle hasta su vieja casa, y una vez envuelta en diversos chales de lana, les dio a todos las buenas noches, y luego, acercándose a Jane Helier murmuró unas palabras en su oído. Una exclamación de sorpresa salió de labios de Jane haciendo que los demás se volvieran a mirarla.

Sonriente, la señorita Marple se dispuso a marchar, seguida por la mirada de Jane Helier.

—¿Nos vamos a acostar? —preguntó la señora Bantry—. ¿Qué le ocurre, Jane? Parece como si acabara de ver un fantasma.

Con un profundo suspiro la actriz se rehízo y sonriendo a los dos hombres siguió a su anfitriona hacia la escalera. La señora Bantry entró con la joven en su habitación.

—El fuego está casi apagado —dijo removiendo inútilmente el rescoldo—. No son capaces de encenderlo como es debido. Qué estúpidas son las doncellas. Sin embargo, creo que esta noche es bastante tarde. ¡Vaya, más de la una!

—¿Usted cree que hay muchas personas como ella? —preguntó Jane Helier.

Se había sentado a un lado de la cama, al parecer perdida en sus pensamientos.

—¿Como la doncella?

—No, como esa extraña anciana..., ¿cómo se llama? ¿Marple?

—¡Oh! No lo sé. Imagino que es un tipo bastante corriente en los pueblecitos.

—Oh, Dios mío —replicó Jane—. No sé qué hacer, de veras.

Suspiró profundamente.

—¿Qué le ocurre?

—Estoy preocupada.

—¿Por qué?

—Dolly —Jane Helier adquirió de pronto un tono solemne—. ¿Sabe usted lo que esa extraña viejecita murmuró en mi oído esta noche un poquito antes de marcharse?

—No. ¿Qué?

—Me dijo: «*Yo de usted no lo haría, querida. Nunca se coloque en poder de otra mujer, aunque de momento la considere su amiga.*» ¿Sabe, Dolly, que es absolutamente cierto?

—¿El consejo? Sí, tal vez lo sea; pero no le veo la aplicación.

—Creo que no debe confiarse del todo en otra mujer. Y además estaría en su poder. No se me había ocurrido pensarlo.

—¿De qué mujer está hablando?

—De Netta Greene, mi sobresaliente.

—¿Y qué diablos sabe la señorita Marple de su sobresaliente?

—Imagino que lo ha adivinado, aunque no veo cómo.

—Jane, ¿quiere explicarme en seguida de qué está hablando?

—De mi historia. La que acabo de contarles. Oh, Dolly, esa mujer, ya que... la gente apartó a Claud de mi lado...

La señora Bantry asintió y a su memoria acudió el primer matrimonio desgraciado de Jane... con Claud Averbury, el actor.

—Se casó con ella; y yo podía haberle dicho lo que iba a suceder. Claud lo ignoraba, pero ella pasa los fines de semana con sir Joseph Salmon en el *bungalow* de que les he hablado. Yo quería descubrirla... demostrar a todo el mundo la clase de mujer que era. Y con un robo, todo hubiera tenido que salir a relucir.

—¡Jane! —exclamó la señora Bantry—. ¿Usted llevó a cabo el caso que acaba de contarnos?

Jane asintió.

—Por eso escogí la obra *Smith*. En ella aparezcó vestida de doncella y tenía a mano el disfraz. Y cuando me enviaron al puesto de policía fue lo más sencillo del mundo decir que estaba ensayando mi papel en mi hotel con mi sobresaliente, cuando en realidad estábamos en el *bungalow*. Yo me limité a abrir la puerta y servir los combinados, y Netta simuló ser yo. Él no iba a volver a verla, por supuesto, de modo que no había forma de que la reconociera. Y yo cambio muchísimo vestida de doncella; y además, no se mira a las camareras como si fueran personas. Luego planeamos llevarle a la carretera, coger las joyas, telefonear a la policía y regresar al hotel. No quería que sufriera el pobre muchacho, pero sir Henry no cree

que sufriera, ¿verdad? Y ella aparecería en los periódicos, y... Claud sabría cómo era en realidad.

La señora Bantry se sentó exhalando un gemido.

—Oh, mi cabeza. Y todo este tiempo... Jane Helier, ¡es usted terrible! ¡Mire que contarnos una historia tal como la puso en práctica!

—Soy una buena actriz —repuso Jane complacida—. Siempre lo he sido, aunque la gente diga lo contrario. No me descubrí en ningún momento, ¿verdad?

—La señorita Marple tenía razón —murmuró la señora Bantry—. El elemento personal. Oh, sí, el elemento personal, Jane, pequeña, ¿se da cuenta de que un robo es un robo y de que podrían haberla llevado irremediablemente a la cárcel?

—Bueno, nadie de ustedes lo adivinó —repuso Jane—. Excepto la señorita Marple —su rostro volvió a adquirir una expresión preocupada—. Dolly, ¿cree usted *realmente* que hay muchas como ella?

—Con franqueza, no lo sé —contestó la señora Bantry. Jane volvió a suspirar.

—No obstante, es mejor no arriesgarse. Y desde luego estaría en poder de Netta... eso es cierto. Podría hacerme víctima de sus chantajes, o volverse contra mí. Me ayudó a pensar en todos los detalles y dice tenerme gran afecto, pero no hay que fiarse nunca de las mujeres. No, creo que la señorita Marple tiene razón. Será mejor no arriesgarse.

—Pero, querida, si ya se ha arriesgado usted.

—Oh, no. —Jane abrió del todo sus grandes ojos azules—. ¿No lo comprende? ¡*Nada de eso ha ocurrido todavía!* Bien... yo intentaba probarlo con ustedes, por así decir.

—No lo entiendo —replicó la señora Bantry muy digna—. ¿Quiere usted decir que se trata de un proyecto futuro... y no de un hecho consumado?

—Pensaba hacerlo este otoño... en septiembre. Ahora no sé qué hacer.

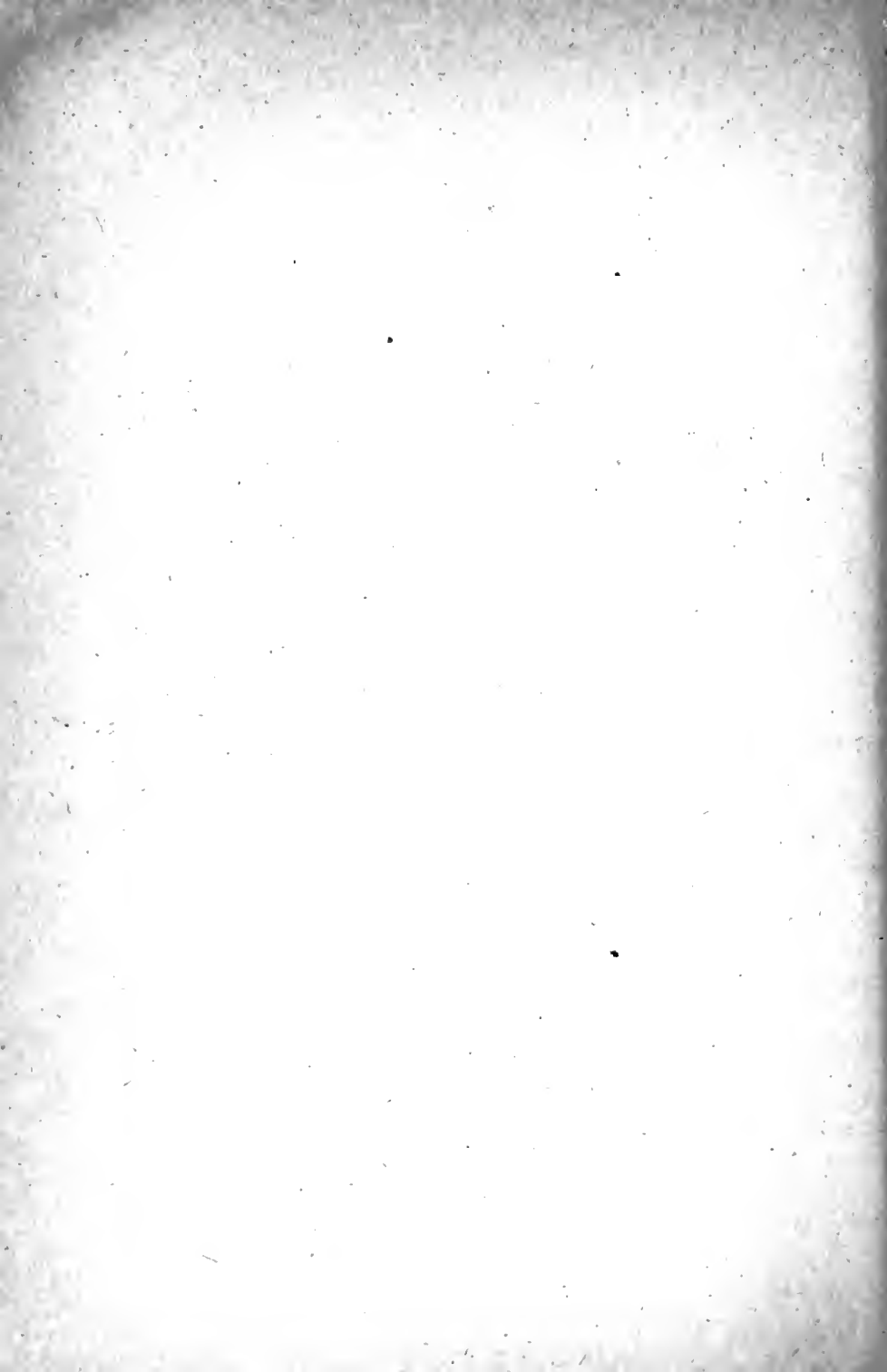
—Y la señorita Marple lo adivinó... supo averiguar la

verdad y no nos lo dijo —añadió la señora Bantry, dolida.

—Creo que por eso dijo lo que... las mujeres se ayudan. No me importa que usted lo sepa, Dolly.

—Bueno, renuncie a ese proyecto, Jane. Se lo suplico.

—Creo que lo haré —murmuró la señorita Helier—. Podría haber otra señorita Marple...



CAPÍTULO XIII

MUERTE EN EL LUGAR

SIR Henry Clithering, ex comisario de Scotland Yard, se hallaba hospedado en casa de sus amigos los Bantry, cerca del pueblecito de Saint Mary Mead.

Un sábado por la mañana, cuando bajaba a desayunar a la cómoda hora de las diez y cuarto, casi tropieza con su anfitriona, la señora Bantry, en la puerta del comedor. Al parecer salía de allí presa de gran excitación y contrariedad.

El coronel Bantry estaba sentado a la mesa con el rostro más enrojecido que de costumbre.

—Buenos días, Clithering —dijo—. Hermoso día. Siéntese.

Sir Henry obedeció y al ocupar su sitio ante un plato de riñones con tocino, su anfitrión continuó:

—Dolly está algo preocupada esta mañana.

—Sí... es... eso me ha parecido —dijo sir Henry.

Y se preguntó a qué sería debido. La señora Bantry era de carácter apacible poco dado a los cambios de humor y a la excitación. Que sir Henry supiera, lo único que le preocupaba de verdad era... su jardín.

—Sí —continuó el coronel Bantry—. La han trastornado las noticias que nos han dado esta mañana. Una chica del pueblo... la hija de Emmott... el de La Taberna Azul.

—Oh, sí, claro.

—Sí —dijo el coronel, pensativo—. Una chica bonita que se metió en un lío. La historia de siempre. He estado

discutiendo con Dolly de esto. Soy un tonto. Las mujeres carecen de sentido. Dolly se ha puesto a defender a esa chica... ya sabe cómo son las mujeres... dicen que los hombres somos unos brutos..., etcétera, etcétera. Pero no es tan sencillo... por lo menos hoy en día. Las chicas saben lo que se hacen, y el individuo que seduce a una joven no tiene que ser necesariamente un villano. El cincuenta por ciento de veces no lo son. A mí me agrada bastante el joven Stanford, que tiene bastante más de tonto que de donjuán.

—¿Es ese Stanford el que ha comprometido a la chica?

—Eso parece. Claro que yo no sé nada concreto —replicó el coronel—. Sólo son habladerías y chismorreos. ¡Ya sabe usted lo que es este pueblo! Como le digo, yo no sé nada. Y no soy como Dolly... que saca sus conclusiones y lanza acusaciones por todo el lugar. Maldita sea, hay que tener cuidado con lo que se dice. Ya sabe... con la encuesta y lo demás...

—¿Encuesta?

El coronel Bantry se sobresaltó.

—Sí. ¿No se lo he dicho? La chica se ahogó. Por eso se ha armado todo ese alboroto.

—Qué susto más desagradable —dijo sir Henry.

—Por supuesto. Me repugna tan sólo pensarlo. Pobre-cilla. Su padre es un hombre duro en todos aspectos, e imagino que no se vio capaz de hacer frente a lo ocurrido.

Hizo una pausa.

—Eso es lo que ha trastornado tanto a Dolly.

—¿Dónde se ahogó?

—En el río. Debajo del molino la corriente es bastante fuerte. Hay un camino con un puente que lo cruza. Creen que se arrojó desde allí. Bueno, bueno, es mejor no pensarlo.

Y el coronel Bantry abrió su periódico, dispuesto a distraer sus pensamientos de asuntos penosos y absorberse en las nuevas iniquidades del Gobierno.

A sir Henry le interesó sólo a medias la tragedia del

lugar. Después del desayuno, se instaló cómodamente en una «tumbona» sobre la hierba, se echó el sombrero sobre los ojos y se dispuso a contemplar la vida desde un ángulo amable.

Eran las doce y media cuando una doncella se le acercó, caminando por el césped.

—Señor, ha llegado la señorita Marple y desea verle.

—¿La señorita Marple?

Sir Henry se incorporó, colocando su sombrero en su sitio. Recordaba perfectamente a la señorita Marple... sus modelos anticuados, sus maneras amables y su asombrosa penetración... así como una docena de casos hipotéticos e insolubles... para los que aquella «típica solterona de pueblo» había encontrado la solución exacta del misterio. Sir Henry sentía un profundo respeto por la señorita Marple y se preguntó para qué habría ido a verle.

La señorita Marple se hallaba sentada en el salón... tan erguida como siempre y a su lado se veía un cesto de la compra, de alegre colorido. Sus mejillas estaban muy sonrosadas y parecía sumamente excitada.

—Sir Henry... celebro mucho verle. Qué suerte he tenido al encontrarle. Acabo de saber que estaba pasando aquí unos días... Espero que me perdonará...

—Es un placer verla —dijo sir Henry estrechando su mano—. Lamento que haya salido de compras la señora Bantry.

—Sí —repuso la señorita Marple—. Al pasar la vi hablando con Footit, el carnicero. Henry Footit fue atropellado ayer... con su perro, uno de esos *terrier* pendencieros que al parecer tienen todos los carniceros.

—Sí —repuso sir Henry sin saber a qué venía aquello.

—Celebro haber venido ahora que no está ella —continuó la señorita Marple—. Porque a quien deseaba ver era a usted, por causa de ese desgraciado asunto.

—¿Henry Footit? —preguntó sir Henry extrañado.

La señorita Marple le dirigió una mirada de reproche.

—No, no. Me refiero a Rosa Emmott, por supuesto. ¿Lo sabe usted ya?

Sir Henry asintió.

—Bantry me lo ha estado contando. Es muy triste.

Sentíase intrigado. No podía imaginar por qué quería verle la señorita Marple para hablarle de Rosa Emmott.

La señorita Marple volvió a tomar asiento y sir Henry se sentó a su vez. Cuando la anciana habló de nuevo lo hizo en tono grave.

—Debe usted recordar, sir Henry, que en un par de ocasiones hemos jugado a una especie de pasatiempo muy agradable: El de proponer misterios y buscar una solución, y usted tuvo la amabilidad de decir que yo... no lo hacía del todo mal.

—Nos venció usted a todos —repuso sir Henry con calor—. Demostró un ingenio extraordinario para llegar a la verdad. Y recuerdo que siempre encontraba un caso paralelo ocurrido en el pueblo, que era el que le proporcionaba la clave.

Sir Henry sonrió al decir esto; mas la señorita Marple permanecía muy seria.

—Lo que acabo de decirle me ha animado a acudir a usted. Pensé que si lo decía... por lo menos no iba a reírse de mí.

El ex comisario comprendió de pronto que estaba realmente apurada.

—Claro que no me reiré —le dijo con toda amabilidad.

—Sir Henry... esa chica... Rosa Emmott..., no se suicidó:.. *fue asesinada*... Y yo sé quién la mató con toda seguridad.

El asombro dejó sin habla a sir Henry por espacio de tres segundos. La voz de la señorita Marple había sonado perfectamente tranquila y sosegada como si hubiera hecho la declaración más sencilla del mundo.

—Ésa es una declaración muy seria, señorita Marple —dijo sir Henry cuando hubo recobrado el aliento.

Ella asintió varias veces con la cabeza.

—Lo sé... lo sé... por eso he venido a verle.

—Pero mi querida señorita, yo no soy la persona adecuada. Hoy en día soy un particular. Si usted está segura

de lo que afirma debe acudir a la policía y hacer la denuncia.

—No creo que pueda hacerlo —replicó, de inmediato, la señorita Marple.

—¿Por qué no?

—Porque no tengo lo que ustedes llaman *pruebas*.

—¿Quiere decir que sólo es una opinión suya?

—Puede llamarme así, pero en realidad no es eso. Lo sé. Estoy en posición de saberlo; pero si le doy mis razones al inspector Drewitt... bueno, se echará a reír, y en realidad, no puedo reprochárselo. Es muy difícil comprender lo que pudiéramos llamar «conocimiento especializado». Por eso...

—Como, por ejemplo... —le sugirió sir Henry.

La señorita Marple sonrió ligeramente.

—Si le dijera que lo sé porque un hombre llamado Buenguisante dejó nabos en vez de zanahorias cuando vino con su carro a vender verduras a mi sobrina hará varios años...

Se detuvo con ademán elocuente.

—Un nombre muy adecuado a su profesión —murmuró sir Henry. Quiere decir que juzga el caso sencillamente por los hechos ocurridos en un caso paralelo...

—Conozco la naturaleza humana —repuso la señorita Marple—. Es imposible no conocerla después de vivir tantos años en un pueblo. El caso es, ¿me cree usted o no?

Le miró de hito en hito mientras se acentuaba el color sonrosado de sus mejillas.

Sir Henry era un hombre de gran experiencia y tomaba sus decisiones con gran rapidez sin andarse por las ramas. Por fantástica que pareciese la declaración de la señorita Marple, se dio cuenta en seguida de que la había aceptado.

—*La creo*, señorita Marple. Pero no comprendo qué quiere que haga yo en este asunto, ni por qué ha venido a verme.

—He estado pensando y pensando —explicó la anciana—. Y, como le digo, sería inútil acudir a la policía sin pruebas concretas. Y no las tengo. Lo que quería pedirle

es que se interesara por este asunto..., cosa que estoy segura halagará al inspector Drewitt. Y si el asunto va más adelante, el coronel Melchett, el primer inspector, estoy segura de que sería como cera en sus manos.

Le miró suplicante.

—¿Y qué diablos va a darme usted para empezar a trabajar?

—He pensado escribir un nombre... *el del culpable...* en un pedazo de papel y dárselo a usted. Luego, si... durante el transcurso de la investigación usted decide que esa... *persona...* no tiene nada que ver..., pues me habré equivocado.

Hizo una breve pausa y agregó con un ligero estremecimiento:

—Sería terrible... que tuvieran que ahorcar a un ser inocente.

—¿Qué diablos...? —exclamó sir Henry sobresaltado.

Ella volvió su rostro preocupado hacia sir Henry.

—Puedo equivocarme... aunque no lo creo. El inspector Drewitt es un hombre inteligente, pero algunas veces una inteligencia mediocre puede resultar peligrosa, y no le lleva a uno muy lejos.

Sir Henry la contempló con curiosidad.

La señorita Marple abrió un pequeño bolso del que extrajo una libretita y arrancando una de sus hojas escribió unas palabras con todo cuidado y después de doblarla en dos se la entregó a sir Henry.

Éste lo abrió para leer el nombre, que nada le decía, mas enarcó las cejas mirando a la señorita Marple mientras se guardaba el papel en el bolsillo.

—Bien, bien —dijo—. Es un asunto extraordinario; nunca había intervenido en nada semejante, pero voy a confiar en la opinión que *usted* me merece, se lo aseguro, señorita Marple.

Sir Henry se hallaba en la salita con el coronel Melchett, primer inspector del condado, así como con el inspector Drewitt.

El primer inspector era un hombre de modales marcía-

les y agresivos. El inspector Drewitt, corpulento, ancho de espaldas y muy sensible.

—La verdad es que me considero un entrometido —decía sir Henry con su simpática sonrisa—. Y en realidad no sé decirles por qué lo hago. (Esto era rigurosamente cierto.)

—Mi querido amigo, estamos encantados. Es un gran placer.

—Un honor, sir Henry —dijo el inspector.

El coronel Melchett pensaba: «El pobre está aburridísimo en casa de los Bantry. El viejo, criticando al Gobierno, y ella sin parar de hablar de sus bulbos...»

El inspector decía para sus adentros: «Es una lástima que no persigamos a un delincuente verdaderamente hábil. He oído decir que es uno de los mejores cerebros de Inglaterra. Qué lástima, realmente una lástima, que se trate de un caso tan sencillo.»

El primer inspector dijo en voz alta:

—Me temo que se trata de un caso claro y concreto. Primero se creyó que la chica se había suicidado... estaba esperando un niño. Sin embargo, nuestro médico, el doctor Haydock, es muy cuidadoso y observó unos cardenales en la parte superior de cada brazo... que le fueron ocasionados antes de morir en el preciso lugar en que cualquiera pudo sujetarla por los brazos para arrojarla al río.

—¿Se hubiera precisado mucha fuerza?

—Creo que no. Seguramente no habría lucha... si la cogieron desprevenida. Es un puente de madera resbaladizo. Tirarla debió ser lo más sencillo del mundo... en un lado no hay barandilla.

—¿Saben ciertamente que la tragedia ocurrió allí?

—Sí. Lo dijo un niño de doce años... Jimmy Brown. Estaba en los bosques del otro lado del río, y oyó un grito y el chapoteo que produce un cuerpo al caer al agua. Había oscurecido ya... y era difícil distinguir nada. No tardó en ver algo blanco que flotaba en el agua y corrió en busca de ayuda. Lograron sacarla pero era demasiado tarde para reanimarla.

Sir Henry asintió.

—¿El niño no vio a nadie en el puente?

—No. Pero, como le digo, era de noche, y por allí siempre suele haber algo de niebla. Voy a preguntarle si vio a alguna persona por allí antes o después de ocurrir la tragedia. Naturalmente, él pensó como todos que la joven se había suicidado.

—Sin embargo, tenemos la nota —dijo el inspector Drewitt volviéndose a sir Henry.

—Una nota que encontramos en el bolsillo de la víctima. Estaba escrita con un lápiz de dibujo y aunque estaba empapada de agua, con algún esfuerzo pudimos leerla.

—¿Y qué decía?

—Era del joven Sandford. «De acuerdo. Me reuniré contigo en el puente a las ocho y media... R. S.» Bueno, fue muy cerca de esa hora... pocos minutos después de las ocho y media.

—No sé si conocerá usted a Sandford —continuó el coronel Melchett—. Lleva aquí cosa de un mes. Es uno de esos jóvenes arquitectos que construyen casas extravagantes. Está edificando una para Allington. Dios sabe lo que saldrá... supongo que cualquier cosa... con mesas de cristal y sillas de acero y lona. Bueno, eso no tiene nada que ver, pero demuestra la clase de individuo que es Sandford... ya sabe... sin moral...

—La seducción es un crimen muy antiguo —dijo sir Henry con calma—, aunque desde luego no tanto como el homicidio.

El coronel Melchett se sobresaltó.

—¡Oh, sí! Desde luego, desde luego.

—Bien, sir Henry —intervino Drewitt—, tiene... un asunto feo, pero claro. Este joven Sandford seduce a la chica y se dispone a regresar a Londres. Allí tiene novia... una señorita bien con la que está prometido para casarse. Naturalmente, si ella se entera de eso, puede dar por terminadas sus relaciones. Se encuentra con Rosa en el puente... hace una noche oscura, no hay nadie por allí, la coge por

los hombros y la arroja al agua. Un sinvergüenza que merece lo que le espera. Ésa es mi opinión.

Sir Henry guardó silencio un par de minutos. Percibía la fuerte influencia de los prejuicios locales. Un arquitecto modernista no era probable que fuese popular en un pueblo tan conservador como Saint Mary Mead.

—Supongo que no existirá la menor duda de que ese hombre, Sandford, es el padre de la criatura que iba a nacer... —preguntó.

—Lo es, desde luego —replicó Drewitt—. Rosa Emmott se lo dijo a su padre y pensó que se casaría con ella. ¡Casarse con ella! ¡Valiente tipo!

«¡Pobre de mí! —pensó sir Henry—. Me parece estar viviendo un melodrama victoriano. La joven confiada, el villano de Londres, el padre iracundo..., sólo falta el fiel amor pueblerino. Sí, creo que ya es hora que pregunte por él.»

Y en voz alta añadió:

—¿Esa joven no tenía algún pretendiente en el pueblo?

—¿Se refiere a Joe Ellis? —dijo el inspector—. Joe es un buen muchacho... trabaja de carpintero. ¡Ah! Si ella le hubiera sido fiel...

El coronel Melchett hizo un claro gesto de asentimiento.

—Cada oveja con su pareja —sentenció.

—¿Cómo ha tomado Joe Ellis este asunto? —quiso saber si Henry.

—Nadie lo sabe —repuso el inspector—. Joe es un muchacho muy tranquilo y reservado. Cualquier cosa que hiciera Rosa para él estaba bien hecha. Le tenía completamente dominado. Se limitaba a esperar que algún día volviera a él... reconozco que ésta era su actitud.

—Me gustaría verle —dijo sir Henry.

—¡Oh! Nosotros vamos a interrogarle —explicó el coronel Melchett—. No vamos a dejar ningún cabo suelto. Había pensado ver primero a Emmott, luego a Sandford y después podemos ir a hablar con Ellis. ¿Le parece bien, Clithering?

Sir Henry respondió que le parecía de perlas.

Encontraron a Tom Emmott en la Taberna Azul. Era un hombre corpulento, de mediana edad, mirada inquieta y mandíbula poderosa.

—Celebro verles, caballeros..., buenos días, coronel. Pasen aquí y podremos hablar privadamente. ¿Puedo servirles alguna cosa? ¿No? Como quieran. Han venido por el asunto de mi pobre hija. ¡Ah! Rosa era una buena chica. Siempre lo fue... hasta que ese cerdo..., perdóneme, pero eso es lo que es... vino aquí. La arrojó al río. El cerdo asesino. Ha traído la desgracia a todos nosotros. ¡Mi pobre hija!

—¿Su hija le dijo claramente que Sandford era el responsable de su estado? —preguntó Melchett crispado.

—Sí. En esta misma habitación.

—¿Y qué le dijo usted? —quiso saber sir Henry.

—¿Decirle? —el hombre pareció desconcertado.

—Sí. Por ejemplo, ¿no le amenazaría usted con echarla de su casa?

—Me disgusté mucho... eso es natural... Pero, desde luego, no la eché de casa. Yo no haría semejante cosa —dijo con virtuosa indignación—. No. Para esto está la Ley... eso es lo que dije. ¿Para qué está la Ley? Ya le obligarán a cumplir con su deber, y si no lo hace, por mi vida que lo pagará.

Y dejó caer su puño con fuerza sobre la mesa.

—¿Cuándo vio a su hija por última vez? —preguntó Melchett.

—Ayer... a la hora del té.

—¿Cómo la encontró?

—Pues... como siempre. No noté nada. Si yo hubiera sabido...

—Pero usted no sabía —replicó el inspector en tono seco.

Y dicho esto se despidieron.

Emmott no es un sujeto que produzca una impresión favorable en manera alguna —dijo sir Henry para sí pensativo.

—Es un poco tunante —repuso Melchett—. Si hubiera

tenido oportunidad ya hubiese matado a Sandford. De esto estoy seguro.

—La próxima visita fue para el arquitecto. Rex Sandford era muy distinto a la imagen que sir Henry había formado de él inconscientemente. Alto, muy rubio, delgado, de ojos azules y soñadores, y cabellos descuidados y demasiado largos. Su hablar resultaba afeminado.

El coronel Melchett se presentó a sí mismo y a sus acompañantes, y pasando directamente al objeto de su visita, invitó al arquitecto a que declarara cuáles habían sido sus actividades durante la noche anterior.

—Debe comprender —le dijo a modo de advertencia— que no tengo autoridad para obligarle a declarar y que todo lo que diga puede ser utilizado en contra suya. Deseo dejar esto bien sentado.

—Yo, no... no comprendo —dijo Sandford.

—¿No comprende que Rosa Emmott se ahogase ayer noche?

—Lo sé. ¡Oh! Es demasiado... demasiado terrible. En realidad no he podido dormir y he sido incapaz de trabajar desde entonces. Me siento responsable... terriblemente responsable.

Se pasó las manos por sus cabellos enmarañándolos todavía más.

—Nunca tuve intención de hacerle daño —dijo en tono plañidero—. Nunca lo pensé siquiera. Nunca soñé... que lo tomara de esa manera.

Y sentándose junto a la mesa escondió el rostro entre las manos.

—¿Debo entender, señor Sandford, que se niega a declarar dónde estuvo ayer, noche, a las ocho y media?

—No, no... claro que no. Había salido. Fui a pasear.

—¿Fue a reunirse con la señorita Emmott?

—No, fui solo. A través de los bosques. Muy lejos.

—Entonces, ¿cómo explica usted esa nota que fue encontrada en el bolsillo de la difunta?

Y el inspector Drewitt la leyó en voz alta sin demostrar emoción alguna.

—Ahora —concluyó—. ¿Niega haberla escrito?

—No..., no. Tiene razón. La escribí yo. Rosa me pidió que fuera a verla. Insistió, yo no sabía qué hacer, por eso le escribí esa nota.

—Ah, así está mejor —le dijo Drewitt.

—¡Pero no fui! —Sandford elevó la voz—. ¡No fui! Pensé que era mejor no ir, ya que mañana pensaba regresar a la ciudad. Tenía intención de escribirle desde Londres y... hacer... algún arreglo.

—¿Se da usted cuenta, señor, de que la chica iba a tener un niño y que había dicho que usted era el padre?

Sandford lanzó un gemido, pero nada respondió.

—¿Era eso cierto, señor?

Sandford escondió todavía más el rostro entre sus manos.

—Supongo que sí —dijo con voz ahogada.

—¡Ah! —El inspector Drewitt no pudo disimular su satisfacción—. Ahora hablemos de «su paseo». ¿Le vio alguien anoche?

—No lo sé, pero no creo. Que yo recuerde no encontré a nadie.

—Es una lástima.

—¿Qué quiere usted decir? —Sandford abrió mucho los ojos—. ¡Qué importa si fui a pasear o no? ¿Qué diferencia puede haber en eso para que Rosa se suicidase tan tontamente?

—¡Ah! —exclamó el inspector—. Pero, ¿no comprende? Ella no se suicidó. La arrojaron al agua deliberadamente, señor Sandford.

—Que ella... —tardó un par de minutos en sobreponerse al horror que le produjo la noticia—. ¡Dios mío! Entonces...

—Se desplomó en una silla.

El coronel Melchett hizo ademán de marcharse.

—Debe comprender, señor Sandford —le dijo—, que no le conviene abandonar esta casa.

Los tres hombres salieron juntos, y el inspector y el coronel Melchett intercambiaron una mirada.

—Creo que es suficiente, señor —dijo el inspector.

—Sí. Vaya a buscar una orden de arresto y deténgale.

—Perdóneme —exclamó sir Henry—. He olvidado mis guantes.

Y volvió a entrar en la casa rápidamente. Sandford seguía sentado donde le habían dejado, con la mirada perdida en el vacío.

—He vuelto —le anunció sir Henry—. Para decirle que yo, personalmente, estoy deseoso de hacer cuanto pueda por ayudarle. No me está permitido revelar el motivo de mi interés por usted. Pero voy a pedirle que me refiera lo más brevemente posible todo lo que pasó entre usted y esa chica, Rosa.

—Era muy bonita —repuso Sandford—. Muy bonita y muy insinuante. Y... y me asediaba continuamente. Le juro que es cierto. No me dejaba ni un minuto. Y aquí yo me encontraba muy solo, a nadie le era simpático, y... y como le digo, era terriblemente bonita y parecía saber lo que se hacía y... —su voz se apagó—. Y luego ocurrió esto. Quería que me casara con ella, y yo estoy comprometido con una señorita de Londres. Si llegara a enterarse de esto... y se enterará, por supuesto... bueno, todo habrá terminado. No lo comprenderá. ¿Cómo podrá comprenderlo? Soy un malvado, desde luego. Como le digo, no sabía qué hacer, y evitaba el volver a ver a Rosa. Creí que si regresaba a la capital y veía a mi abogado... podría arreglarlo pasándole algún dinero. Cielos, qué tonto he sido. Y todo está tan claro... todo me acusa. Pero deben haberse equivocado. Ella *tuvo* que suicidarse.

—¿Le amenazó alguna vez con quitarse la vida?

Sandford meneó la cabeza.

—Nunca. Ni hubiera dicho que fuese capaz de hacerlo.

—¿Qué sabe de un hombre llamado Joe Ellis?

—¿El carpintero? El tipo clásico de los pueblos. Muy callado... pero estaba loco por Rosa.

—¿Es posible que tuviera celos? —insinuó sir Henry.

—Supongo que estaba un poco celoso... pero pertenece a la clase bovina... de los que sufren en silencio.

—Bueno —dijo sir Henry—. Debo marcharme.

Y se reunió con los otros.

—¿Sabe, Melchett? Creo que debiéramos ir a ver a ese otro individuo... Ellis... antes de tomar ninguna determinación. Sería una lástima que después de realizar la detención resultase un error. Al fin y al cabo los celos siempre fueron un buen móvil para cometer un crimen... y, además, bastante corriente.

—Es cierto —replicó el inspector—. Pero Joe Ellis no es de esa clase. Es incapaz de hacer daño a una mosca. Nadie le ha visto nunca fuera de sí. No obstante, estoy de acuerdo con usted en que será mejor preguntarle dónde estuvo ayer, noche. Ahora debe de estar en su casa. Se hallaba hospedado en la de la señora Barlett... una persona muy decente... es viuda y se gana la vida lavando ropa.

Les abrió la puerta una mujer robusta de mediana edad, rostro agradable y ojos azules.

—Buenos días, señora Barlett —dijo el inspector—. ¿Está Joe Ellis?

—Ha regresado hará unos diez minutos —repuso la señora Barlett—. Pasen, por favor.

Y secándose las manos en su delantal les condujo hasta una salita llena de pájaros disecados, perros de porcelana, un sofá y varios muebles inútiles.

Se apresuró a disponer asiento para todos, y apartando una rinconera para que hubiera más espacio salió de la habitación gritando:

—Joe, hay tres caballeros que desean verte.

Y una voz le contestó desde la cocina:

—Iré en cuanto termine de lavarme.

La señora Barlett sonrió.

—Vamos, señora Barlett —dijo el coronel Melchett—. Siéntese.

A la señora Barlett le sorprendió la idea.

—Oh, no señor. Ni pensarlo.

—¿Es buen huésped Joe Ellis? —preguntóle Melchett en tono intrascendente.

—No podría ser mejor, señor. Es un joven realmente formal. Nunca bebe ni una gota de vino, y se toma interés por su trabajo. Siempre se muestra amable y ayuda a conservar la casa. Él me puso esos estantes y me ha hecho un nuevo aparador para la cocina. Siempre arregla esas co-sillas que hacen falta en las casas... vaya, Joe lo hace como cosa natural, y ni siquiera quiere que le den las gracias. ¡Ah! No hay muchos jóvenes como Joe, señor.

—Alguna muchacha será muy afortunada algún día —dijo Melchett—. Estaba bastante enamorado de esa pobre chica, Rosa Emmott, ¿no es cierto?

La señora Barlett suspiró.

—Me ponía de mal humor. Él besando la tierra que ella pisaba, y a Rosa sin importarle ni un comino los sentimientos de Joe.

—¿Dónde pasa las tardes, señora Barlett?

—Generalmente aquí, señor. Algunas veces trabaja en alguna pieza difícil, y además está estudiando contaduría por correspondencia.

—¡Ah!, ¿de veras? ¿Estuvo aquí ayer, noche?

—Sí, señor.

—¿Está segura, señora Barlett? —preguntó sir Henry en tono seco.

Volvióse hacia él para contestar:

—Completamente segura, señor.

—¿Por casualidad no saldría entre las ocho y las ocho y media?

—Oh, no —la señora Barlett echóse a reír—. Estuvo en la cocina casi toda la tarde, montando el aparador y yo le ayudé.

Sir Henry miró su rostro sonriente y por primera vez sintió la sombra de una duda.

Un momento después entraba en la habitación el propio Ellis.

Era un joven alto, de anchas espaldas y muy atractivo, al estilo rústico. Sus ojos azules eran tímidos y su sonrisa simpática. En conjunto: un gigante joven y agradable.

Melchett inició la conversación, mientras la señora Barlett marchaba a la cocina.

—Estamos investigando la muerte de Rosa Emmott. Usted la conocía, Ellis.

—Sí —vaciló y luego dijo en voz baja—: Esperaba casarme con ella. Pobrecilla.

—¿Sabe cuál era su estado?

—Sí —un relámpago de ira brilló en sus ojos—. Él la mató, pero fue lo mejor. No hubiera sido feliz casándose con él, y confiaba que cuando ocurriera esto acudiese a mí. Yo hubiera cuidado de ella.

—A pesar de...

—No fue culpa suya. Él la hizo caer con mil promesas. ¡Oh! Ella me lo contó. Y no se suicidó. Él no se lo merecía.

—Ellis, ¿dónde estuvo usted, ayer, noche, a las ocho y media?

Tal vez fuese producto de la imaginación de sir Henry, pero le pareció ver una nota de reserva en su rápida... casi demasiado rápida... respuesta.

—Estuve aquí. Montando el aparador de la señora Barlett. Pregúntele a ella.

«Ha contestado con demasiado presteza —pensó sir Henry—. Y él es un hombre lento. Eso demuestra que tenía preparada de antemano la respuesta.»

Después de unas cuantas preguntas más, se marcharon. Sir Henry buscó un pretexto para entrar en la cocina donde encontró a la señora Barlett ocupada en encender el fuego, y al verle le sonrió con simpatía. En la pared había un nuevo armario, todavía sin terminar, y algunas herramientas y pedazos de madera.

—¿En eso estuvo trabajando Ellis anoche? —preguntó sir Henry.

—Sí, señor. Está muy bien, ¿no le parece? Joe es muy buen carpintero.

—Ni el menor recelo en su mirada... ni violencia alguna. Pero Ellis... ¿Lo habría imaginado? No, *hubo* algo.

«Debo pescarle» —pensó sir Henry.

Y al volverse para marcharse, tropezó con un cochecito de niño.

—Espero que no habré despertado al niño —dijo.

La señora Barlett lanzó una carcajada.

—Oh, no, señor. Yo no tengo niños... es una pena. En ese cochecito llevo a entregar la ropa que lavo.

—¡Oh! Ya comprendo...

Hizo una pausa y luego dijo dejándose llevar de un impulso.

—Señora Barlett. Usted conocía a Rosa Emmott. Dígame lo que pensaba realmente de ella.

—Pues, creo que era una caprichosa. Pero está muerta... y no me gusta hablar mal de los muertos.

—Pero yo tengo una razón... una razón poderosa para preguntárselo.

Le habló en tono persuasivo.

Ella pareció reflexionar, mientras le observaba con suma atención. Al fin se decidió.

—Era una mala persona, señor —dijo con calma—. No me atrevería a decirlo delante de Joe. Ella le dominaba. Esa clase de mujeres lo consiguen... es una pena. Pero ya sabe lo que ocurre, señor.

Sí, sir Henry lo sabía. Los Joe Ellis de este mundo son particularmente vulnerables... confían ciegamente.

Abandonó aquella casa confundido y perplejo. Se hallaba ante un muro infranqueable. Joe Ellis había estado trabajando allí durante toda la tarde anterior, bajo la vigilancia de la señora Barlett. ¿Cómo era posible soslayar este obstáculo? No había nada que oponer a esto... cómo no fuera la sospechosa presteza con que Joe Ellis había contestado... haciendo recelar que tuviera preparada aquella historia.

—Bueno —dijo Melchet—; esto parece dejar el asunto bastante claro, ¿no les parece?

—Sí, señor —convino el inspector—. Sandford es nuestro hombre. No tiene la menor cosa en que apoyar su defensa. Todo está claro como el día. En mi opinión, puesto que la chica y su padre estaban dispuestos a... bueno...

a hacerle prácticamente víctima de un chantaje... y él no tenía dinero... ni deseaba que el asunto llegara a oídos de su novia... se desesperó y actuó de acuerdo con su desesperación. ¿Qué dice usted, señor? —agregó dirigiéndose a sir Henry con deferencia.

—Eso parece —admitió sir Henry—. Y, sin embargo... no puedo imaginarme a Sandford cometiendo ninguna acción violenta.

Pero sabía que su objeción apenas tendría validez. El animal más manso, al verse acorralado, es capaz de las acciones más sorprendentes.

—Me gustaría ver a ese chico —dijo de pronto—. Él oyó el grito.

Jimmy Brown resultó ser un niño vivaracho bastante menudo para su edad, y de rostro delgado e inteligente. Estaba deseando ser interrogado, y le decepcionó bastante ver que ya sabían lo que había oído la noche fatal.

—Tengo entendido que estabas al otro lado del puente —le dijo sir Henry—. Al otro lado del río mirando desde el pueblo. ¿Viste a alguien por ese lado mientras te acercabas al puente?

—Alguien andaba por el bosque. Creo que era el señor Sandford el arquitecto que está construyendo esa casa tan rara.

Los tres hombres intercambiaron miradas de inteligencia.

—¿Eso fue unos cinco minutos antes de que oyeras el grito?

El muchacho asintió.

—¿Viste alguien más en... la orilla del río donde está el pueblo?

—Un hombre venía por el camino por ese lado. Iba despacio, silbando. Tal vez fuese Joe Ellis.

—Tú no pudiste ver quién era —le dijo el inspector en tono seco—. Era de noche y había niebla.

—Lo digo por lo que silbaba —repuso el chico—. Joe Ellis siempre silba la misma tonadilla... «Quiero ser feliz...» Es la única que sabe.

Habló con el desprecio que los chiquillos sienten por los que consideran anticuados.

—Cualquiera pudo silbar eso —replicó Melchett—. ¿Iba en dirección al puente?

—No. Al contrario... hacia el pueblo.

—No creo que debemos preocuparnos por este desconocido —dijo Melchett—. Tú oíste el grito y un chapoteo y pocos minutos después al ver un cuerpo que flotaba aguas abajo, corriste en busca de ayuda, regresando al puente, cruzándolo y yendo directamente al pueblo. ¿No viste a nadie por allí cerca a quien pedir ayuda?

—Creo que había dos hombres con un arado en la orilla del río; pero estaban bastante lejos y no podía distinguir si iban o venían, y como la casa del señor Giles estaba más cerca... por eso corrí allí.

—Hiciste muy bien, muchacho —le dijo Melchett—. Actuaste con gran presencia de ánimo. Tú eres *scout* (1), ¿verdad?

—Sí, señor.

—Muy bien.

Sir Henry estaba silencioso reflexionando. Extrajo un pedazo de papel de su bolsillo, y después de mirarlo meneó la cabeza. Parecía una cosa imposible... y sin embargo...

Se decidió a visitar a la señorita Marple sin pérdida de tiempo.

Le recibió en un saloncito de estilo antiguo, ligeramente recargado.

—He venido a darle cuenta de nuestros progresos —dijo sir Henry—. Me temo que desde su punto de vista las cosas no marchan del todo bien. Van a detener a Sandford. Y debo confesar que, a juzgar por los indicios, justamente.

—Entonces, ¿no ha encontrado nada... digamos... que justifique mi teoría? —parecía perpleja... ansiosa—. Quizás estuviera equivocada... completamente equivocada. Us-

(1) Explorador.

ted tiene tanta experiencia, que de no ser así lo habría averiguado.

—En primer lugar —dijo sir Henry—, apenas puedo creerlo. Y por otro nos estrellamos contra una *coartada* infranqueable. Joe Ellis estuvo montando unos estantes de un armario de la cocina toda la noche, y la señora Barlett estaba con él.

La señorita Marple se inclinó hacia delante conteniendo la respiración.

—Pero esto no es posible —exclamó con firmeza—. Era viernes.

—¿Viernes?

—Sí... fue la noche del viernes. Y los viernes por la noche, ella va a entregar la ropa que ha lavado durante la semana.

Sir Henry reclinóse en su asiento. Recordaba la historia de Jimmy Brown del hombre que silbaba y... sí... encataba.

Se puso en pie, estrechando con calor la mano de la señorita Marple.

—Creo que voy a arreglarlo a mi manera —le dijo—. O, por lo menos lo intentaré...

Cinco minutos después estaba en casa de la señora Barlett, frente a Joe Ellis, en la salita de los perros de porcelana.

—Usted nos mintió, Ellis, con respecto a la noche pasada —le dijo crispado—. Entre las ocho y las ocho y media usted no estuvo en la cocina montando el armario. Le vieron paseando por la orilla del río en dirección al pueblo pocos minutos antes de que Rosa Emmott fuese asesinada.

El hombre se quedó atónito.

—No fue asesinada... no fue asesinada. Yo no tengo nada que ver. Ella se arrojó al río. Estaba desesperada. Yo no hubiera podido hacerle el menor daño. No hubiera podido.

—Entonces, ¿por qué nos mintió diciéndonos que estuvo aquí? —preguntó sir Henry con astucia.

El joven alzó los ojos y luego los bajó con gesto nervioso.

—Estaba asustado. La señora Barlett me vio por allí y cuando supo lo que había ocurrido pues, pensó que las cosas podían ponerse mal para mí. Quedamos en que yo diría que estuve trabajando aquí y ella se avino a respaldarme. Es una persona muy buena. Siempre fue muy buena conmigo.

Sin añadir palabra sir Henry abandonó la estancia para dirigirse a la cocina. La señora Barlett estaba lavando los platos.

—Señora Barlett —le dijo—. Lo sé todo. Creo que será mejor que confiese... es decir, a menos que quiera que ahorquen a Joe Ellis por algo que no ha hecho... No, ya veo que no lo desea. Le diré lo que ocurrió. Usted salió a entregar la ropa y se encontró con Rosa Emmott. Pensó que dejaba para siempre a Joe para marcharse con el forastero. Ella estaba en un apuro... y Joe dispuesto a acudir en su ayuda... a casarse con ella de ser preciso, y Rosa le tendría para siempre. Joe lleva cuatro años viviendo en su casa y usted se ha enamorado de él, y lo quiere para sí. Odiaba a esa muchacha... no podía soportar la idea de que otra le arrebatara a su hombre. Usted es una mujer fuerte, señora Barlett. Cogió a la chica por los hombros y la arrojó a la corriente. Pocos minutos después encontró a Joe Ellis. Jimmy les vio juntos a distancia... pero con la oscuridad y la niebla imaginó que el cochecito era un arado del que tiraban dos hombres. Y usted convenció a Joe de que podía resultar sospechoso y le propuso establecer una coartada para él, que en realidad lo era para usted. Ahora dígame sinceramente, ¿tengo o no razón?

Contuvo el aliento. Acababa de ponerlo todo en aquella jugada.

Ella permaneció ante él unos momentos secándose las manos en el delantal mientras lentamente iba tomando una determinación.

—Ocurrió todo como usted dice —dijo al fin con voz tranquila, que de pronto sir Henry consideró peligrosa—.

No sé lo que pasó por mí. Una desvergonzada... eso es lo que era. No pude soportarlo... no me quitaría a Joe. No he tenido una vida muy feliz, señor. Mi esposo era un pobre inválido malhumorado. Le cuidé siempre fielmente. Y luego vino Joe a hospedarse en mi casa. No soy muy vieja, señor, a pesar de mis cabellos grises. Sólo tengo cuarenta años, y Joe es uno entre un millón. Hubiera hecho cualquier cosa por él... lo que fuera. Era como un niño pequeño, tan simpático y tan crédulo. Era mío, señor, para que yo cuidara de él y le protegiera. Y esto... esto... —Tragó saliva para contener su emoción. Incluso en aquellos momentos era una mujer fuerte. Se irguió mirando a sir Henry con curiosidad—. Estoy dispuesta a acompañarle, señor. No pensé que nadie lo descubriera. No sé cómo lo ha sabido usted... no lo sé, se lo aseguro.

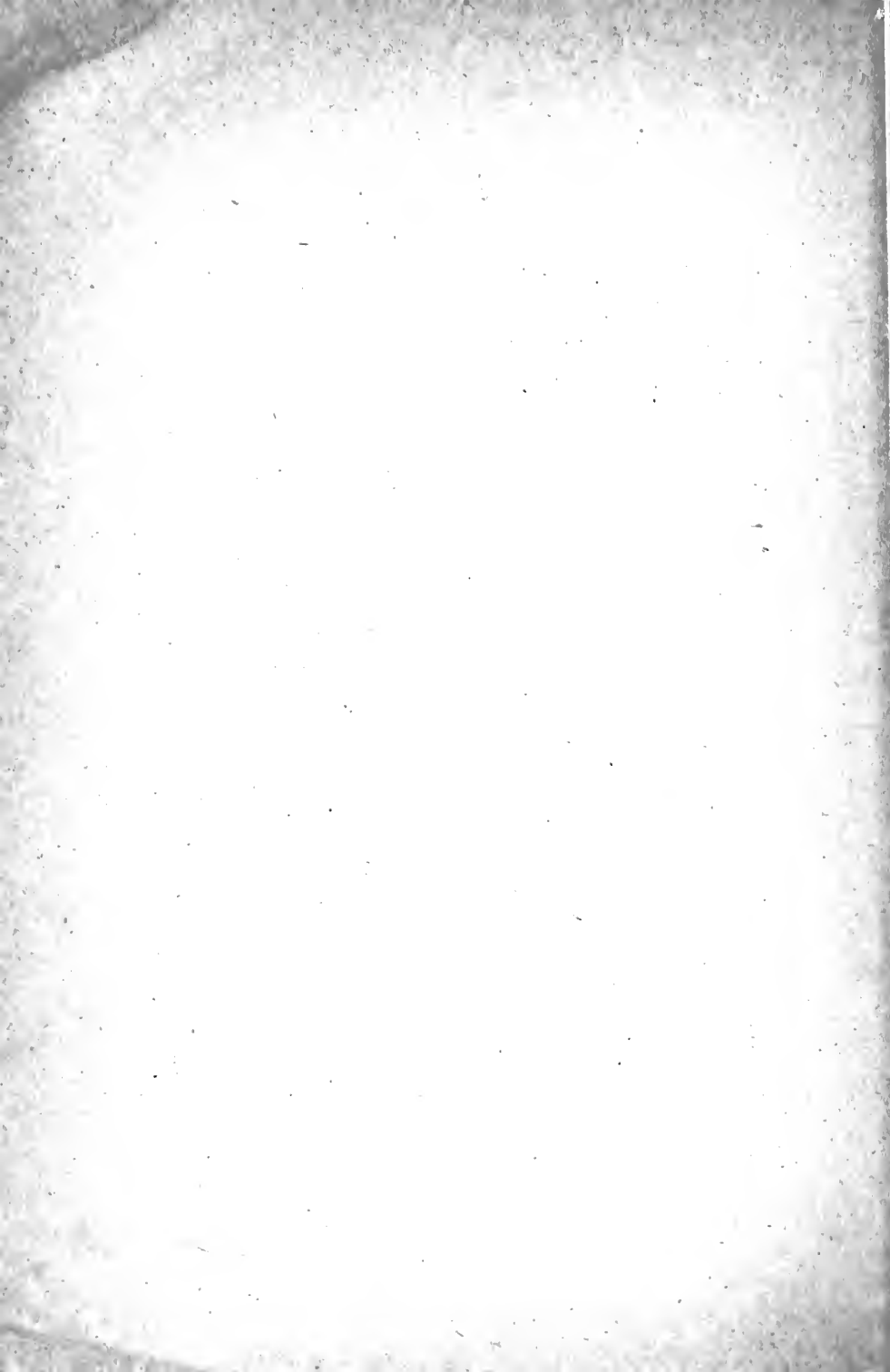
Sir Henry meneó la cabeza.

—No fui yo quien lo averiguó —dijo pensando en el pedazo de papel que seguía reposando en su bolsillo con unas palabras escritas, con letra muy clara y pasada de moda:

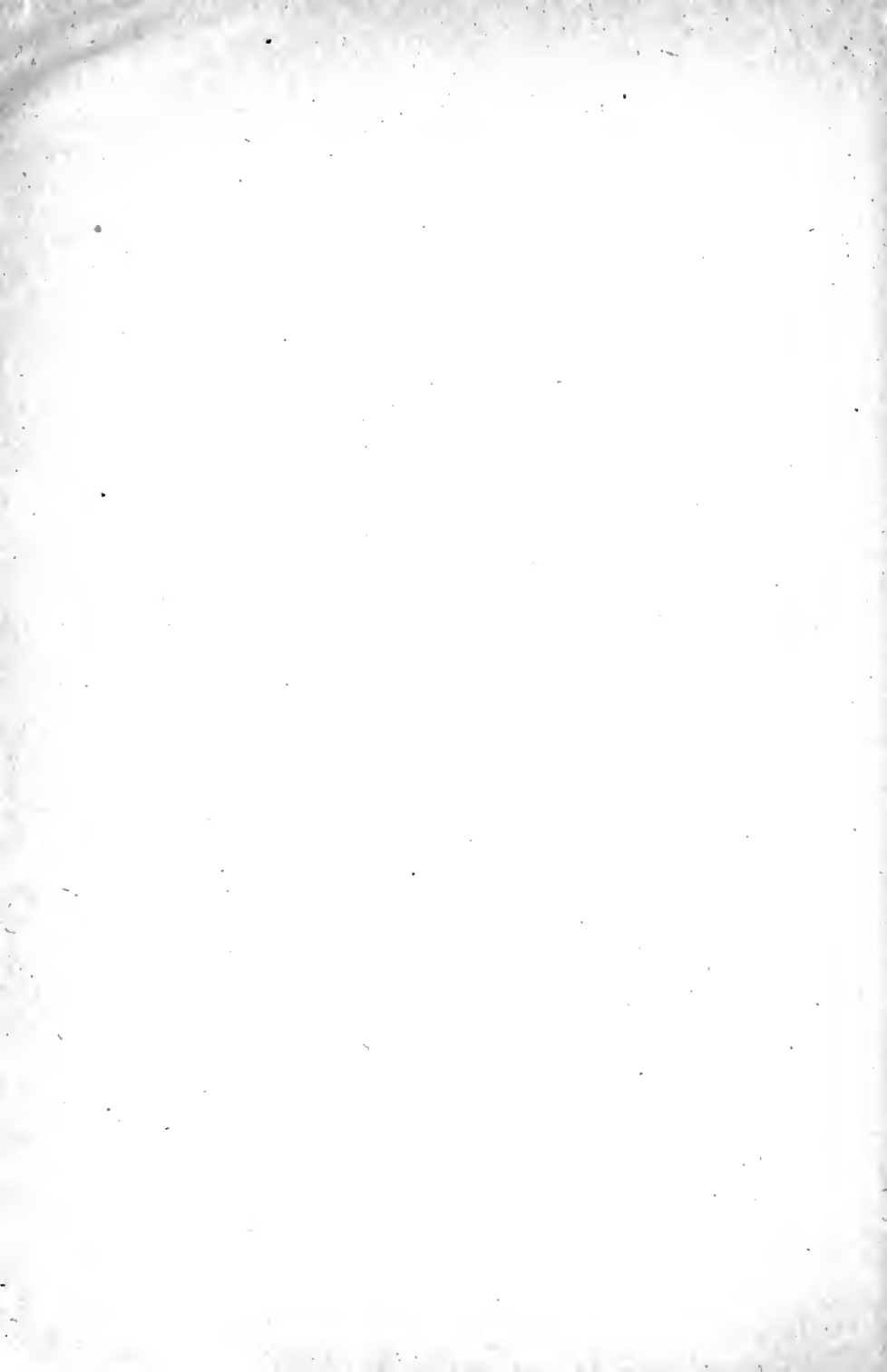
La señora Barlett, en cuya casa se hospeda Joe Ellis.
Una vez más, la señorita Marple había acertado.

F I N

ÍNDICE



I. El Club de los Martes	7
II. La Casa del ídolo de Astarté	21
III. Oro en barras	37
IV. Manchas de sangre sobre el pavimento	51
V. Motivo contra oportunidad	61
VI. La huella del pulgar de San Pedro	75
VII. El geranio azul	89
VIII. La señorita de compañía	107
IX. Los cuatro sospechosos	127
X. Tragedia navideña	145
XI. La hierba mortal	165
XII. El caso del <i>bungalow</i>	181
XIII. Muerte en el lugar	199

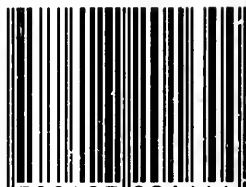


ZANE GREY

Un ambiente perfectamente dibujado con la pluma nos coloca en un Oeste violento y salvaje, pero adorablemente romántico, descrito por el novelista americano que encumbró el género hasta sus más altas cotas. La lectura de cada una de sus novelas es comparable a una película en technicolor, proyectada en pantalla panorámica. En rústica, tamaño 12 x 17 cm.

1. Siena
2. El fugitivo
3. La colina del caballo salvaje
4. Escalones de arena
5. Tierra salvaje
6. El forastero del Tonto
7. Pueblo perdido
8. Meseta negra
9. Tierra sin fin
10. El cazador
11. Estampida
12. Yaqui
13. Hacia Wyoming
14. La caravana perdida
15. Dos sombreros
16. La gran caravana
17. Una sombra en el camino
18. El cuatrero
19. El clan de Arizona
20. Río Maldito
21. Fuego salvaje
22. Reino salvaje

EDITORIAL
MOLINO
BARCELONA



9 788427 201644